

REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO

2



AYUNTAMIENTO DE MADRID

1945

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

DIRECTOR: Angel González Palencia.

SECRETARIO: Agustín Gómez Iglesias.

COMITÉ DE REDACCIÓN: Manuel Machado, Ramón Catalina,
E. Varela Hervías.

SUMARIO

ARTÍCULOS:

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*Quevedo, pleitista*, pág. 255.

MANUEL F. GALIANO.—*Notas sobre una oda incompleta de Quevedo*, pág. 349.

MIGUEL HERRERO.—*La primera edición del Buscón, «pirateada»*, pág. 367.

EL MARQUÉS DEL SALTILLO.—*Casas madrileñas del pasado*, pág. 381.

A. GÓMEZ IGLESIAS.—*Nota al baile VIII de Quevedo*, pág. 437.

RESEÑAS:

González Palencia, Angel.-Moros y cristianos en la España medieval (F. PÉREZ CASTRO), pág. 451.—*Calvete de Estrella, Juan Cristóbal.-Encomio de D. Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba* (A. G. PALENCIA), pág. 455.—*Cotarelo Valledor, Armando.-El teatro de Quevedo* (E. PASTOR MATEOS), pág. 458. *G. de Ameaúa, Agustín.-Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega Carpio* (F. P. C.), pág. 460.—*Hazañas y la Rúa, Joaquín.-La Imprenta en Sevilla. Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX* (E. S. S.), pág. 463. *Bell, Aubrey F. G.-El Renacimiento español* (JOSÉ LÓPEZ DE TORO), pág. 465.—*Cervantes.-El cerco de Numancia* (F. P. C.), pág. 469.—*González de Ameaúa, Agustín.-Andanzas y meditaciones de un procurador castellano en las Cortes de Madrid de 1592 a 1598* (A. G. P.), pág. 471.

Índice de la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» (abarca los tomos números I a XII, correspondientes a los años 1924 a 1935), ANGELA GONZÁLEZ SIMÓN, pág. 473.

INFORMACIÓN:

Una conferencia del Sr. González Palencia sobre Quevedo (E. P. M.), pág. 503.

Conferencia de D. Ciriaco Pérez Bustamante, pág. 504.

Se publica en dos tomos anuales, que forman un volumen de 500 a 550 páginas.

Precios de suscripción: España y Portugal, **25** pesetas anuales.

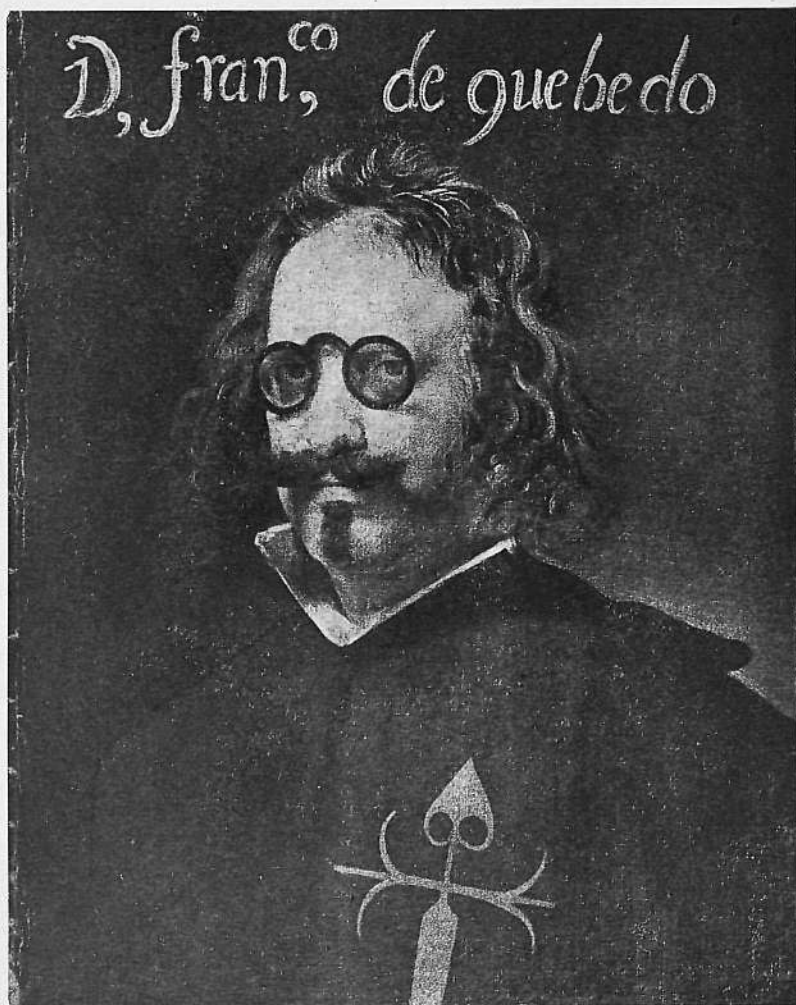
Número suelto, **14** pesetas.

Hispanoamérica, **30** pesetas anuales. Los demás países, **35** pesetas.

La correspondencia diríjase a la Secretaría de la REVISTA, **Plaza**

Ayuntamiento de Madrid
Mayor, 27, Madrid.
www.memoriademadrid.es

REVISTA
DE LA
BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO



(Cortesía del Instituto de Valencia de Don Juan.)

FRANCISCO QVEVEDO VILLEGAS MATRITENSI CLARISSIMO
CONCILIVM CIVITATIS III^o EIVS CENTENARIO MORTIS
DICAUIT VIII SEPT MCMXLV

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

Año XIV

Julio, 1945

Número 52

QUEVEDO, PLEITISTA

Sabido es que la vida del gran escritor fué amargada por los pleitos que la villa de la Torre de Juan Abad, de la que se tituló señor, le suscitó durante el período que va desde el año 1598 hasta el de 1645, en que falleció. El pleito prosiguió con los herederos y sucesores de Quevedo, y tomando parte a veces junto con la Torre el Consejo de las Ordenes militares, hasta fines del siglo xvii, que sepamos; exactamente hasta mediados de diciembre de 1697.

Vamos a intentar un relato, lo más claro posible, del episodio, a base de documentos, en gran parte nuevos. El primero es el *Memorial ajustado del pleito que el señor doctor don Diego de la Serna, Caballero de la Orden de Calatrava, Fiscal del Real Consejo de las Ordenes, litiga con Don Sancho Manuel Carrillo y Alderete Quevedo y Villegas, Alférez mayor y Regidor perpetuo de la ciudad de Plasencia, como Administrador judicial de los bienes de don Juan Francisco Carrillo, su hermano, sobre la propiedad de la jurisdicción de la villa de la Torre de Juan Abad, del territorio de la Orden de Santiago, sus frutos, rentas y emolumentos respectivos a lo útil y honorífico de la jurisdicción*. Fechado en Madrid, 14 de diciembre de 1697.

Este *Memorial*, impreso en treinta y tres hojas en folio, se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (10-4-1=74, núm. 3), y me ha facilitado su conocimiento el bibliotecario de la

Corporación D. Germán García Muñoz, mi buen amigo y compañero, a quien expreso público testimonio de agradecimiento. Lo citaré siempre en mis notas en la forma abreviada de *Memorial*¹.

Otro es el *Pleito sostenido entre don Francisco y doña Margarita de Quevedo, su hermana, estantes en esta Corte, con la villa de la Torre de Juan Abad, sobre cumplimiento de cierta requisitoria* (1609-1630), conservado, en el legajo 43.617 del Consejo de Castilla, en el Archivo Histórico Nacional.

De este pleito me serví yo mismo para el artículo que con el título de *Pleitos de Quevedo con la villa de la Torre de Juan Abad* publiqué en el *Boletín de la Real Academia Española*, 1927, XIV, páginas 495-519, 600-619. (Hay tirada aparte, con 48 págs.) Lo citaré siempre en mis notas con la forma abreviada de *Pleito A*.

Como incidente de estos pleitos es el conservado en el Archivo Histórico Nacional (Consejo de Castilla, legajo 32.422, número 12), cuya portada reza: «1626. El Licenciado Bernal Sánchez, presbítero, vecino de la villa de la Torre de Juan Abad, con la dicha villa y don Francisco de Quevedo Villegas, sobre cumplimiento de cierta provisión de la Chancillería de Granada para que se remita a ella el pleito de acreedores.» Una pieza en quince folios. Su papeleta, con alguna inexactitud, está en el *Índice de los pleitos sobre mayorazgos, estados y señoríos del Consejo de Castilla*, en el Archivo Histórico Nacional (Madrid, 1927, número 1.244, página 86). Lo cito por *Pleito E*.

He tenido ocasión de ver también otros dos pleitos de Quevedo. Uno, el que llevaron *Quevedo y los hijos menores de Alonso Abad, sobre censo* (1622-1642), guardado en el Archivo Histórico Nacional (Santiago, legajo 227, número 17.232), y que cito en la forma abreviada de *Pleito B*. Otro, «seguido entre los hijos de Alonso Abad con don Pedro Carrillo, sobre ejecutoria (1642-1665)», conservado en el mismo Archivo y Sección, legajo 198, número 4.567, citado como *Pleito C*.

He de agradecer a mi amigo y discípulo D. Luis Rejas, joven licenciado en Filosofía y Letras, la copia y extracto de algún documento contenido en este pleito.

¹ Don Aureliano Fernández Guerra, *Obras de Quevedo*, en la Biblioteca de Autores Españoles, vol. 48, II, 660-661, menciona este *Memorial* y da un brevísimo extracto de su contenido.

Sobre sucesión en el mayorazgo fundado por Quevedo se conserva también en el Archivo Histórico Nacional (Consejo de Castilla, legajo 31.990) un pleito, en veintiuna piezas, con un memorial ajustado y un árbol genealógico impreso, seguido (1719-1724) entre *«el curador de D.^a María Teresa de Quevedo, vecina de Madrid, y D.^a María de la Portilla Villegas y Bustamante, vecina de Alceda: sobre la tenuta y posesión del mayorazgo fundado por Don Francisco de Quevedo y Villegas, dueño que se decta ser de la jurisdicción de la Torre de Juan Abad (26 abril 1645), que vacó por muerte de Antonia Florencia de Quevedo»*. Este lo cito por *Pleito D*. De aquí reproduzco el árbol genealógico de la familia de Quevedo, según el ejemplar impreso y con los números que en él figuran. Añado algún nombre con número bis. Figura la papeleta de este pleito en el citado *Índice de los pleitos sobre mayorazgos, estados y señorios del Consejo de Castilla*, número 1.377, página 94.

La ejecutoria de este pleito, de 24 de julio de 1724, se conserva en el Registro General del Sello de Castilla (Archivo Histórico Nacional, Consejo, legajo 37.653, número 1.866). Figura su papeleta en mi libro *Mayorazgos españoles* (Madrid, 1929, núm. 325, pág. 93).

I

PLEITO CON LA VILLA DE LA TORRE
DE JUAN ABAD1.—PRIVILEGIO DE LA TORRE, DE EXENCIÓN DE LA JURISDICCIÓN
DE VILLANUEVA DE LOS INFANTES

«En Octubre de 1529 la Santidad de Clemente Séptimo expidió Bulas a la Magestad del señor Emperador Carlos Quinto, Rey de las Españas, en que con los motivos de la defensa de Africa y Granada le concedió facultad para desmembrar de las Mesas Maestrales y Encomiendas de las Ordenes, hasta en cantidad de 40 mil ducados de oro de renta, la mitad de las Mesas Maestrales y la otra mitad de las Encomiendas, sacando de ellas para este efecto lugares, Fortalezas, Vasallos, y Jurisdicciones, Montes, Prados y Pastos, y que lo que así se desmembrare quedase para su Magestad, para que pudiese disponer de ellos libremente, como de otros cualesquier bienes suyos, vendiéndolos o enajenándolos, y que las personas a quien los aplicase, o en quien los enajenase Su Magestad, no pudiesen ser molestados, como si por la Sede Apostólica se les hubiesen concedido, dando Su Magestad recompensa de otros tantos réditos y aprovechamientos sobre las alcabalas, gavelas, productos y otros réditos del Reino de Granada o Africa, hasta en cantidad de 45 mil ducados. Y porque andando el tiempo se podría dudar si la estimación de los réditos de los bienes desmembrados y de los dados en recompensa por ellos, eran de más o menos estimación, para quitar toda duda declara Su Santidad, que del valor de los réditos de los bienes, que desmembrasen, y de los que se diesen en recompensa, se hiciese tasación, y computación de los contratos celebrados y por los Arrendadores o Conductores, que a la sazón eran, o cinco años antes, la cual estimación, se hiciese por Su Magestad sin tela ni figura de juicio, sino que con sola información y relación se tuviese por verdadera e indubitada tasación del valor, tanto de parte de Su Magestad y de sus sucesores, y de

aquellos en quienes parasen los bienes desmembrados, como de la Orden y Milicia y sus sucesores; y que la desmembración, y conmutación referida hasta en la cantidad de 40 mil ducados la pudiese hacer Su Magestad de una vez o separadamente muchas veces, contribuyendo prorrata la mejora de los 5 mil ducados; y que los que recibiesen los bienes desmembrados por cualquiera título estuviesen seguros perpetuamente, sin que en ningún tiempo pudiesen ser molestados, ni inquietados.

También aparece que en el año pasado de 1536, la Santidad de Paulo Tercero expidió Bula, en que, haciendo relación de la antecedente despachada, y que la Santidad de Clemente Séptimo había muerto antes que el Señor Emperador hubiese usado de la concesión referida, Su Santidad, de su propio *motu* y cierta ciencia, manda que tengan fuerza y se cumplan, y executen las Bulas antecedentes.

Y parece que en 22 de Junio del año pasado de 1537, el señor Emperador Carlos Quinto aceptó las Bulas para usar y gozar de ellas y de todo lo en ellas contenido.

En cinco de junio de 1538, la Santidad del mismo Paulo Tercero expidió Bula al Señor Emperador Carlos Quinto, en que haciendo relación de las dos Bulas antecedentes, y que en su virtud se habían hecho algunas desmembraciones de Patronatos de diezmos y primicias, y que había duda en su subsistencia, por no estar especificados en las Bulas antecedentes, Su Santidad aprueba las desmembraciones que se hubiesen hecho de los diezmos y primicias y le da facultad para hacerlas.

En diciembre del año pasado de 1569, la Santidad de Pío Quarto expidió Breve y Bula al Señor Don Felipe Segundo, en que haciendo relación de las Bulas antecedentes, las confirma y aprueba, y lo en su virtud executado; y respecto de no estar cumplida la desmembración de los 40 mil ducados, da facultad al Señor Rey Don Felipe Segundo para el lleno de la desmembración referida.¹

Poco antes de obtener esta bula, modificó Don Felipe II el estatuto jurídico de algunos lugares pertenecientes a las Ordenes militares, que antes de 1566 se gobernaban por alcaldes ordinarios, que ejercían la jurisdicción civil y criminal en primera instancia; pero

¹ *Memorial*, fol. 31.

desde 8 de febrero de 1566 el rey los redujo a gobernaciones, quitando los alcaldes ordinarios en primera instancia, y la villa de la Torre de Juan Abad vino a quedar debajo del gobierno de Villanueva de los Infantes¹.

En 9 de marzo de 1589, la Torre trató con el Consejo de Hacienda de eximirse de la jurisdicción del gobernador de Villanueva de los Infantes, para cuyo efecto hizo asiento a Su Majestad en la forma y condiciones con que se había de hacer la dicha exención y compra de la jurisdicción de primera instancia², entre las cuales estaban las siguientes:

«Que Su Magestad, como Rey y Señor natural, y Maestre de la Orden de Santiago, hubiese de mandar y mandase que la dicha villa se quedase en el distrito del Campo de Montiel, según y como antes estaba, para en cuanto a la segunda instancia, sin que el Gobernador, ni su Alcalde Mayor, ni otro alguno tuviese, ni le quedase jurisdicción alguna en primera instancia.

Que a la dicha villa de la Torre de Juan Abad, y Alcaldes Ordinarios de ella se les volviese y restituyese la jurisdicción civil y criminal, mero mixto imperio en primera instancia, como antes del dicho año de 1566 la tenían, y que los dichos Alcaldes Ordinarios hubiesen de conocer, y conociesen en la dicha primera instancia de todas las causas civiles y criminales, que se ofreciesen en la dicha villa, sus términos, y jurisdicción, y el Gobernador del Campo de Montiel y su Alcalde Mayor no pudiesen conocer en primera instancia en ningún caso, sino solamente en grado de apelación de la sentencia definitiva, que diesen los Alcaldes Ordinarios, queriendo las partes apelar ante ellos, y que lo puedan hacer a la Chancillería o al Consejo de las Ordenes, cual más quisieren, porque esto ha de quedar a su voluntad.

Que por razón de esta ejecución la villa de la Torre de Juan Abad, hubiese de servir a Su Magestad con 6 mil maravedís por cada uno de los vecinos que pareciese haber en ella, y en sus términos, y se supone tendría hasta 400 vecinos, y que si más hubiese, se había de pagar al mismo precio.

¹ *Memorial*, fol. 3.

² *Ibid.*, fols. 3 v. y 4.

Que para hacer la paga de lo que por dicho asiento ofrecían, se les hubiese de dar y diese facultad para tomar a censo, y usar de diferentes arbitrios por tiempo y espacio de diez años, o hasta que hubiesen acabado de pagar a Su Magestad los maravedís con que le servían por esta exempción, y lo corrido de dichos censos, y costas que se causasen hasta ser sacado el privilegio en toda forma.

Que Su Magestad había de aprobar el dicho Asiento y luego que le hubiese aprobado, se había de dar, y diese a la dicha villa el Privilegio en forma para tomar la posesión de la dicha jurisdicción, para que la pudiesen usar, y exercer los dichos Alcaldes Ordinarios que entonces eran, y adelante fuesen perpetuamente para siempre jamás, conforme a lo que va dicho.¹

En 25 de marzo de dicho año de 1589, Su Majestad aprobó y ratificó el dicho asiento y mandó que los contadores de su Consejo de Hacienda tomasen la razón del dicho asiento y su aprobación¹.

En cuya virtud se hizo ajustamiento de los vecinos que había en la dicha villa, e importó el ajustamiento y lo que debió pagar la villa por razón de la dicha exención de jurisdicción dos cuentos 598.000 maravedís, los cuales pagó la villa a las personas a quienes Su Majestad los había consignado (si bien no se dice en las cartas de pago de qué efectos había procedido la dicha paga)².

También es cierto que en virtud de la cédula de Su Majestad, que se despachó a la villa, se la dió posesión de la dicha jurisdicción en primera instancia, conforme lo capitulado en el dicho asiento.

El privilegio de exención se despachó por Su Majestad a favor de la villa de la Torre de Juan Abad con fecha 1 de julio de 1597, de acuerdo con el asiento antecedente³. Se decía en él:

¹ Archivo de Simancas, *Mercedes y privilegios*, leg. 340, fol. 24.

² La facultad real para tomar a censo, repartir y echar por sisa 2.400.000 maravedís es de Aranjuez, 23 de abril de 1583. (*Ibid.*, fol. 24.) Hubo otra facultad, de 21 de abril de 1590, para tomar a censo 450.000 maravedís, probablemente porque no alcanzara la primera cantidad para cubrir gastos.

³ *Memorial*, fols. 4-8. Copiado íntegro. (Simancas, *Ibid.*, fol. 20.)

«E porque a mí, como Rey y Señor natural y como Maestre y Administrador perpetuo de la dicha Orden, y de las demás, pertenece eximir e apartar los unos Lugares de la jurisdicción de los otros, cada y quando que me pareciere conviene al mi servicio y al buen gobierno y pro común de los tales Lugares, por la presente, por hacer bien y merced a vos el dicho Concejo, Justicia y Regimiento de la dicha villa de la Torre de Juan Abad, y porque esta es mi determinada voluntad, revocando como ante todas cosas revoco, y doy por ninguna y de ningún valor y efecto para en cuanto a esto toca, la Cédula que yo dí a ocho de Febrero del año pasado de quinientos y sesenta y seis, sobre la reducción de la jurisdicción de dicha villa, y las demás de la dicha Orden, y otra qualquiera cosa, que en contrario de esto pueda ser, quedando en su fuerza e vigor para en lo demás, de mi propio motu, y cierta ciencia y poderío Real absoluto, de que para esto al presente quiero usar y uso, como Rey y señor natural, no reconociente superior en lo temporal, y como Maestre y Administrador Perpetuo de las dichas Ordenes, es mi merced e voluntad de eximir y apartar, y eximo y aparto a vos el dicho Concejo, Justicia y Regimiento de la dicha villa de la Torre de Juan Abad, que agora sois, e por tiempo fuéredes, del mi Gobernador del Partido del Campo de Montiel, para que quedando en la dicha Gobernación para en cuanto a la segunda instancia, podáis usar en esa dicha villa y términos de ella la dicha jurisdicción civil y criminal, alta y baja, mero mixto imperio en la dicha primer instancia en todos los negocios y casos civiles y criminales que se ofrecieren en esa dicha villa, y en sus términos y jurisdicción, de cualquier cantidad, calidad y gravedad que sean, sin reservar cosa alguna en la dicha primera instancia entre los vecinos y moradores, estantes o habitantes en ella, y sus términos y jurisdicción, como en el dicho Asiento suso dicho incorporado se contiene; para lo cual es mi voluntad que tengáis en esa dicha Villa de la Torre de Juan Abad, horca, picota, cuchillo, cárcel, cepo, y todas las demás insignias de Justicia, que para usar y exercer fueren necesarias, y podáis elegir y nombrar Alcaldes Ordinarios y los demás oficiales que fueren necesarios en esa dicha Villa y sus términos y jurisdicción para que la usen en la dicha primera instancia en todo ello, como en el dicho Asiento suso incorporado se contiene, a los cuales dichos Alcaldes doy poder y facultad para que puedan traer y traigan vara de mi justicia, y conozcan en

la dicha primera instancia de todos los pleitos y causas, civiles y criminales, de cualquier cantidad, calidad y gravedad que sean, y que en esa dicha villa y sus términos y jurisdicción acaecieren y se movieren de aquí adelante, según y como se declara en el dicho Asiento; para todo lo cual doy poder cumplido a los dichos Alcaldes y demás oficiales, para que puedan usar y exercer los dichos oficios, y para el conocimiento, determinación y ejecución de los dichos pleitos criminales y civiles y ejecutivos; y así mismo doy el dicho poder a los dichos oficiales en los casos y cosas a ello anejas e concernientes para que en esa dicha Villa de la Torre de Juan Abad, y en los dichos sus términos y jurisdicción, acaecieren, según y con las facultades y de la misma manera y como se contiene en el dicho Asiento suso incorporado, quedando en mi Corona Real todo aquello que pertenece al Supremo y Soberano Señorío, y la apelación para el Gobernador del dicho Partido de Montiel, y después a mí, como antes estaba y hacía; y quiero y es mi voluntad que gocéis, y os sean guardadas en la dicha primera instancia, perpetuamente para siempre jamás, todas las honras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, exenciones, preeminencias, prerrogativas y inmunidades, y todas las otras cosas, y cada una de ellas, que se os guardaban antes del dicho año de quinientos y sesenta y seis; y mando al dicho mi Gobernador del dicho Partido del Campo de Montiel y a los Concejos, Justicias y Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y Hombres buenos de la dicha Villa de la Torre de Juan Abad, y de otras cualesquiera ciudades, Villas y Lugares de estos mis Reinos y Señoríos, que ahora, ni en tiempo alguno, ni por alguna manera, no se entremetan a perturbaros la dicha jurisdicción, que así os doy y concedo en la dicha primera instancia.

Y es mi voluntad que para ello os dejen, e consientan en ella, ni en otra cosa alguna, ni parte de ello, ningún impedimento, ni contradicción, y que remitan a los Alcaldes Ordinarios de esa dicha Villa todas las causas, así civiles como criminales, que están pendientes ante ellos en la dicha primera instancia, que fueren de vecinos de ella, con los procesos que tienen para que se prosigan en ella, como se contiene y declara en el dicho Asiento suso incorporado; y que el dicho Gobernador, ni su Alcalde Mayor, ni sus oficiales, ni ninguna otra Justicia que fuere en cualquier tiempo del dicho Partido del Campo de Montiel, no entren en esa Villa ni en sus términos

a os visitar, ni prender, ni hacer ni hagan otros Autos de Justicia en la dicha primera instancia, salvo por la forma y manera en esta mi carta y en el dicho Asiento contenida, so las penas en que caen los que entran en jurisdicción extraña; y mando que no os citen, llamen, ni emplacen para pleito ni causa alguna, que de aquí adelante se mueva para ante el dicho mi Gobernador del dicho Partido de Montiel, ni su Alcalde Mayor en la dicha primera instancia; y si os citaren, llamaren o emplazaren, que no seáis obligados a ir por los dichos llamamientos, ni emplazamientos, ni seáis tenidos por contumaces, ni rebeldes por no ir a ellos, y que por razón de haberse eximido esa dicha Villa de la jurisdicción del dicho Partido de Montiel, y tener la dicha jurisdicción en la primera instancia en la forma contenida en el dicho Asiento suso incorporado, no os traten mal, ni os muevan pleitos algunos, sin que por esta razón se entienda que en cuanto a los pastos, cortes, rozas y labranzas, y los demás aprovechamientos que esa dicha Villa ha tenido con los Lugares comarcanos a ella se haga novedad, sino que se use la dicha jurisdicción en la dicha primera instancia, como se contiene en el dicho Asiento, de forma que por virtud de esta mi carta no se entienda, que a ninguna de las personas se da ni quita más ni menos derecho del que de justicia le pertenece, excepto en cuanto a la jurisdicción, que ha de quedar a esa dicha Villa de la Torre de Juan Abad en la dicha Primera Instancia, como se declara en el Asiento suso incorporado.

Y otro sí, con tanto que esa dicha Villa quede todavía en la Gobernación del dicho Partido de Montiel para en cuanto a la segunda instancia, como antes estaba y para que si el mi Gobernador, o Juez de Residencia, o su Lugar Teniente, que ordinariamente reside en dicho Oficio, quisiere visitar esa dicha Villa y sus términos, y a la Justicia y Oficiales de ella, no lo pueda hacer más de una vez de dos en dos años, ni para ello pueda llevar consigo más Oficiales ni Ministros de Justicia que un Escribano y Alguacil, y no pueda estar ni residir en ella, ni en los dichos sus términos y jurisdicción más de diez días continuos sucesivos, y en el tiempo que de los dichos diez días residiere, y no de otra manera, pueda conocer y conozca en la dicha primera instancia de todos los pleitos y casos civiles y criminales que en esa dicha Villa y sus términos sucedieren y se movieren, y que haya lugar prevención entre él

y los dichos Alcaldes Ordinarios de esa dicha Villa, con que pasados los dichos diez días dexe remitidos a los dichos Alcaldes las causas y procesos de que así hubiere conocido, no estando sentenciados en cualquier estado que estuvieren, y también las causas que estuvieren sentenciadas, de que no se hubiere apelado ante él, con los presos y procesos, como más largo se contiene en el Asiento suso incorporado: con declaración que si el dicho Gobernador, o su Teniente, estuvieren en esa dicha villa con comisión particular mía, y no para visitarla, y tomar la dicha residencia y cuentas como dicho es; en el tiempo que así estuviere en ella, no pueda conocer de ninguna otra causa civil ni criminal en la dicha primera instancia, advocándola, ni a prevención, ni en otra manera alguna, ni saquen presos ni prendas algunas, antes los remitan con los procesos de cualesquier pleitos y causas civiles y criminales, de que así hubiere conocido en el estado que estuvieren, para que los Alcaldes Ordinarios de esa dicha Villa los fenezcan y acaben en la dicha primera instancia; y que vos la dicha Villa quedéis en la dicha Gobernación del dicho Partido del Campo de Montiel, según dicho es, sin que en lo suso dicho, ni en cosa alguna, ni parte de ello pueda haber ni haya novedad alguna, sino que en todo y por todo se guarde y cumpla lo contenido en el dicho Asiento suso incorporado, aunque ofrezcan a servirme con otra mayor suma e cantidad de lo que vos el dicho Concejo, Justicia y Regimiento de esa dicha Villa de la Torre de Juan Abad me habéis servido, aunque sea para ayuda e socorro de otras grandes necesidades, iguales o mayores de las que al presente ha habido, sino que siempre perpetuamente para siempre jamás vos la dicha Villa quedaréis en esta enajenación y gozaréis de ella.»

Todo ello lo concedía el rey «por los dichos dos cuentos quinientos noventa y ocho mil maravedís (2.598.000 maravedís) con que así me servís, pagados en la manera de suso contenida, de que me doy por contento y pagado a mi voluntad, por cuanto los habéis pagado en las susodichas personas».

Con este privilegio fueron requeridos el gobernador y el alcalde mayor de la villa de Villanueva de los Infantes (Campo de Montiel), quienes lo obedecieron y mandaron cumplir.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

2.—CENSOS PARA PAGO DE LA EXENCIÓN, TOMADOS POR LA MADRE DE QUEVEDO

El logro de este privilegio había dado, naturalmente, lugar a gastos, que la Torre de Juan Abad hubo de pagar tomando dinero prestado¹. En 22 de agosto de 1583, la villa ganó facultad de Su Majestad para poder tomar a censo sobre sus propios y rentas 200 ducados que estaba debiendo; y usando de dicha facultad, la villa fundó censo de 200 ducados en favor del Patronato y obra pía que había fundado el doctor Hernán Sánchez, en que había fe de pago sobre los propios y rentas de la villa. En este censo vino a suceder D. Francisco de Quevedo, por diferentes títulos de venta.

Otra facultad real concedió Su Majestad a la villa en 4 de julio de 1584 para poder tomar a censo 7.000 ducados sobre sus propios y rentas y el Pósito, para comprar trigo. El censo lo fundaron la villa y vecinos particulares, el 7 de enero 1585, en favor de Francisca de Avilés, de 1.400 ducados de principal, sobre los propios y rentas de ella y el Pósito, habidos y por haber, y los bienes de los vecinos particulares, cuyas hipotecas se especificaban por menor en el poder que dieron para este censo. En el cual sucedió asimismo, por título de venta, el citado D. Francisco de Quevedo.

El 27 de octubre de 1593 volvió a conceder Su Majestad facultad a la villa para otro censo de 1.400 ducados para comprar trigo para el Pósito. El censo lo fundó la villa en 10 de noviembre de 1593, en favor de Juan López Fernández, sobre los bienes de ella y sobre el propio Pósito. Sucedió en este censo el convento de Santo Domingo, en la villa de Villanueva de los Infantes. Y en 24 de octubre de 1618 ganó facultad la dicha villa para acrecer a 20.000 ducados todos los censos impuestos sobre sus propios y rentas. En cuya virtud, don Francisco de Quevedo pagó y remedió al convento de Santo Domingo los dichos 1.400 ducados. La villa, en 16 de noviembre de 1619, usando la facultad de crecimiento, fundó censo a favor de Quevedo de los 1.400 ducados, a razón de 20.000 el millar, con la misma ante-

¹ El extracto de las facultades reales y de los censos fundados en virtud de ellas figura en el *Memorial* cit., fols. 9-10. (Véase también *Ibid.*, fol. 21, y Archivo de Simancas, *Mercedes y privilegios*, leg. 340, fols., 20-24.)

lación que tenía el convento, y le fundaba sobre sus propios y rentas generalmente, y en especial sobre algunos que se señalaban.

Después que la villa de la Torre de Juan Abad logró el privilegio de la exención de la jurisdicción, y en 8 de noviembre de 1598, la villa dió poder a Juan Marín, regidor perpetuo de ella, en el que hacfa relación de tener tomado a censo, en virtud de las facultades reales, sobre sus propios y rentas, los siguientes censos: de Juan Pérez Canuso, vecino de Villanueva, 3.500 ducados; de Juan Martín Cejudo y Fabián de León, 4.000 ducados; de los herederos de Francisca Godínez, 8.000 reales. Todos los dichos censos montaban tres cuentos ochenta y cuatro mil y quinientos maravedís (3.084.500 maravedís), con los cuales se había hecho pago a Su Majestad de los maravedís con que había servido la dicha villa por razón de la exención de la jurisdicción de ella. La Torre daba poder al dicho Juan Marín para que pudiese tomar a censo todas estas partidas juntas, a razón de 16.000 el millar, obligando e hipotecando los bienes, propios y rentas de la villa, y especialmente algunos que señalaban. Había tenido la Torre facultad real para esta operación a 15 de octubre de 1598; y en virtud de ella y del poder referido, el citado Juan Marín, en nombre de la villa, el 24 de noviembre de 1598, fundó censo en doña María de Santibáñez (madre de Quevedo), viuda, mujer de Pedro de Quevedo, secretario de cámara de la reina doña Ana, de dicha cantidad, de que había fe de paga, y obligó por la general todos los propios y rentas de la dicha villa que al presente tenía y adelante tuviere; y sin que la general derogase la especial, hipotecó algunos que se señalaban. En dicho censo vino a suceder también D. Francisco de Quevedo, por diferentes ventas y cesiones, de que no se dudaba. Con lo cual habían venido a recaer en don Francisco todos los censos fundados por la villa, así antes de la exención de jurisdicción como después de ella.

3.—DEUDAS DE LA VILLA CON QUEVEDO, Y PRIMERA REQUISITORIA

La villa de la Torre era «muy antigua y de mucha autoridad, y de vecinos muy honrados, y de muchas casas y familias de hijosdalgo, y de hacienda y caudales muy considerables, y que tiene veinte leguas de contorno de término y jurisdicción y siete leguas de

travesía... Merece por ello y por lo honorífico 1.500 ducados anuales, y esta cantidad dieran muchos por el goce de la dicha villa»¹. Esto creían los vecinos de mitad del siglo xvii, y que valía la propiedad de 44.000 a 46.000 ducados. Recordaban que Felipe II había vendido un pedazo de término a Villamanrique, que era de la Torre, que sería una tercera parte del término, por 31.000 ducados.

A pesar de estas buenas condiciones de la villa de la Torre, que serían ciertas, mal negocio fué el que hizo doña María de Santibáñez poniendo su dinero en este censo. Dudo mucho que cobrara sus intereses ni siquiera un año. Porque ya a principios de 1609 hacía unos ocho años que no cobraban los herederos de doña María², que fueron sus hijos D. Francisco de Quevedo y doña Margarita de Quevedo. Por cuentas posteriores³ se advierten cobrados por Jerónimo de Ribera, con poder de los herederos de doña María Santibáñez, según carta de pago de 20 de mayo de 1604, a cuenta de réditos y costas, 54.527 maravedís; «pero por no haber luz de lo que montaron», las partes contratantes acordaron dar por pagada la mitad, o sea 27.263 maravedís, que se abonaban a la cuenta del Concejo de la Torre.

Por fin, cansados de tantas dilaciones, acudieron al Consejo de Castilla, que en 22 de enero de 1609 expidió una real provisión⁴ para que la villa de la Torre de Juan Abad cumpliera «una requisitoria de pago por cuantía de 885.236 maravedís, principal de ciertas costas y salarios causados y que se causaren por la razón y causa en ella contenida», que no era otra sino la deuda de los réditos del dicho censo; requisitoria dada por el famoso alcalde D. Gregorio López Madera⁵.

No debió el Concejo de la Torre de hacer mucho caso de tal provisión, puesto que en 30 de marzo del mismo año los herederos de

¹ *Memorial*, fols. 27 y 27 v.

² Doña María murió antes del 8 de abril de 1605, puesto que en el testamento de su hija, doña María de Santibáñez y Quevedo, otorgado este día ante José de Palomares, escribano de Madrid, se citan bienes que le dejó su madre, doña María de Santibáñez. (Pérez Pastor, *Bibl. Madrileña*, II, 537.) Y por la partida de la cuenta que se va a citar, se ve que había fallecido antes de mayo de 1604.

³ Cuenta hecha en 1633. (Véase más adelante, pág. 307.)

⁴ *Pleito A*, pág. 6.

⁵ *Ibid.*, pág. 8. Este licenciado Gregorio López Madera no es el médico de quien da noticias Pérez Pastor (*Bibl. Madril.* cit., II, 303; III, 278, 380 y 417), sino su hijo, el jurista, alcalde de Casa y Corte, corregidor antes de Toledo, autor de los libros *Animadversionum Juris civilis*, *Augustae Taurinorum* (1588) y de las *Excelencias de la Monarquía de España*, Madrid, 1625, cuya personalidad ilustra también Pérez Pas-

doña María de Santibáñez pedían que García Marín y Luis Polo, alcaldes ordinarios de la villa, cumpliesen y ejecutasen la tal provisión dentro de los quince días en que les fuera notificada, y pagasen los maravedís de principal, salarios y costas que por ella se mandaban. La Justicia de la villa daba a entender que hacía diligencias; pero no cumplía la provisión. Quevedo acudió a D. Jerónimo Palomeque, corregidor de Ciudad Real, a quien iba cometida la ejecución de la requisitoria, y éste contestó con evasivas, diciendo que estaba ocupado en cierto negocio del servicio del Consejo, además de que el término de seis días que se le daban era poco, y el salario, de la misma manera, y señalando que el corregidor realengo más cercano de la Torre era el de la ciudad de Alcaraz, a quien el Consejo lo debía cometer; no obstante estas objeciones, él se avendría a hacerlo dándole término conveniente.

Quevedo y su hermana pedían que fuese el corregidor de Alcaraz, si este era el mejor camino. Y lograron otra real provisión (9 de abril de 1609), igual que la primera, y un auto del Consejo, de 15 de abril, por el que daba quince días al corregidor de Ciudad Real y mandaba que si éste no pudiera ir, fuese el de Alcaraz.

tor (*Bibl. Madril.* cit., II, 408, 539 y 549; III, 119, 182 y 278 sobre todo, etc.). Francisco Herrera Maldonado, en su *Sanazaro Español: Los tres libros del parto de la Virgen nuestra Señora* (Madrid, 1620), escribe esta octava laudatoria de Madera:

«O gran Gregorio López de Madera,
ilustre de España en letras y gobierno,
pues el valor que en tí se considera
fama es del nombre, que te hace eterno.
nítido sol de la Española esfera,
que el Pindo libras de ignorante infierno,
pues eres en su cálido emisfero,
gran juez, gran escritor, gran consejero.»

A las noticias de Pérez Pastor podemos añadir las de su nombramiento como ministro supernumerario del Consejo de Castilla en 1619 (A. H. N., *Libro de Plazas*, número 724, fol. 326 v.); la de que fué consejero de la Primera Sala del Consejo de Castilla en 1622 (*Ibid.*, *Libro 725*, fol. 27); la consulta sobre el oficio de guarda de la Casa de la Moneda de Granada; el que se da en otra consulta para que se reparta entre los criados de Su Majestad por muerte de Francisco de Beteta (*Consultas de Gracia*, 1624, núm. 78, leg. 4.423); otra sobre la perpetuidad del oficio de alcalde y guarda de la Casa de la Moneda, que se le concedió por una vida más (*Consultas* de 1648, núm. 48). Su mayorazgo, fundado en 1617, se encuentra copiado en el proceso concedido, de 1774, marzo, núm. 2, leg. 5.034 de la Cámara de Castilla, en A. H. N. Repetido en los legs. 5.045, 1776, junio 2, y 5.090, junio 14. Murió en 1649, según prueba Pérez Pastor. (Véase mi artículo *El veinticuatro y el oidor*, en *Archivo Hispalense* (Sevilla, 1944, I, pág. 52, nota 9).

El asunto parecía bien enfocado; pero el alcalde García Marín, después de otorgar el correspondiente poder, se personaba en la causa para decir que a él no se le podía reclamar, porque él no era ya alcalde, cargo en que había cesado en el mes de diciembre de 1608. Cuando Quévedo conoció este escrito (28 de abril), insistió en que la requisitoria se entendiese con Marín, ya que las provisiones se habían dado por «la rebeldía de no haber querido el dicho García Marín y Luis Polo, su compañero, siendo alcaldes, cumplir la dicha requisitoria». A este escrito de Quevedo dió la razón el Consejo, proveyendo un auto de «no ha lugar a lo que pide García Marín», dado a 12 de mayo.

Seguía teniendo buen cariz el asunto para Quevedo, ya que al fin llegó a la Torre el juez de comisión, que era el licenciado Jerónimo Pérez Sarmiento, teniente del doctor Jerónimo Palomeque, corregidor de Ciudad Real. Pero los de la Torre eran muy listos, y para evadir la tormenta que se les venía encima, los alcaldes y regidores se habían retraído a la iglesia, con sus bienes y, sobre todo, con los libros de cuentas del Concejo. El juez de comisión informaba al Consejo de Castilla (17 de mayo) de estos hechos, y decía no hallar bienes en la Torre con que pagar la deuda. Acompañaba a su informe un testimonio de las cuentas de la sisa, que importaban 3.025.924 maravedís, advirtiéndole que faltaban por ver quince cuentas.

No tenía el juez tiempo material para acabar su cometido, y Quevedo logró del Consejo una prórroga por veinte días (25 de mayo). No consta en el pleito la sentencia, que el juez debió de dictar a fines de mayo, ya que a 3 de junio Luis Polo apelaba de ella, por la cual le habían condenado al pago de salarios de quince días, de los gastos de ida y vuelta de Ciudad Real a la Torre, y de las costas del juez y de sus oficiales, que montaban más de 20.000 maravedís; daba por libre a García Marín, y obligaba al Concejo y a los oficiales que habían sido de la Torre desde ocho años atrás a pagar a Quevedo su deuda. Estos oficiales apelaban contra esta sentencia ante el Consejo de las Ordenes militares (28 de mayo de 1609), contando los trámites seguidos en la Torre y la toma de cuentas y libranzas de este asunto¹.

* * *

¹ *Pleito A*, págs. 7-8.

Un incidente, natural y lógico, vino a complicar todavía más la posibilidad de cobro de su deuda por Quevedo: otros acreedores del Concejo de la Torre presentaron su reclamación, alegando preferencia a Quevedo por ser más antiguos acreedores; principalmente el convento de Santo Domingo de Villanueva de los Infantes, cuyo censo era anterior al de Quevedo¹. El Consejo acordó que el escribano de la Chancillería de Granada no diese más autos de los que tocasen, y que se despachase la provisión con arreglo al auto indicado. Con lo cual parece que se cortó este incidente.

* * *

¹ Este pleito se tramitaba en la Chancillería de Granada, sobre graduación de los acreedores. En él actuaban el Concejo de la Torre, el colegio de la Compañía de Jesús de Segura de la Sierra, como cesionario de Francisco de Avilés, fundador de dicho colegio, y de otro del Patronato del doctor Nieto, de Villanueva de los Infantes, de 200 ducados de principal, y D. Francisco de Quevedo y sus hermanos, doña Elvira Rodríguez, viuda de Juan López Sánchez, Bartolomé de Herrera y secretario Gaspar López Maldonado.

El convento de Santo Domingo tenía 1.400 ducados de principal sobre los propios. Francisco de Avilés, 19.000 reales de principal, a 14.

Patronato del doctor Nieto, 200 ducados, a 14.

Juan López Fernández, vecino de Villanueva, 1.400 ducados, a 14 (lo cobraba el convento de Santo Domingo).

Francisco de Quevedo y sus hermanos, herederos de doña María de Santibáñez, 8.200 ducados, a 17, «de que se les deben 3.000 ducados de corridos, aunque es necesario liquidar las cuentas de lo recibido por la parte y sus ejecutores, porque se entiende que será mucho menos».

La de Juan López Fernández, que se llama doña Elvira Rodríguez, 20.000 reales de principal, a 16.

La Chancillería proveyó auto diciendo que acudieran a Granada a alegar su derecho; y notificado este auto a Quevedo (Madrid, 9 de marzo de 1609) en su persona, «dijo que lo oye y que protesta alegar de su justicia dentro del término que se manda, sin que por esto sea visto atribuir a los dichos más jurisdicción que la que tienen de derecho, por cuanto el censo que tiene contra la villa de la Torre de Juan Abad se les dió en virtud de una facultad real, con remisión a los Alcaldes de esta corte, y que el conocimiento de la causa toca y pertenece a los señores del Real Consejo Supremo, donde han de acudir a pedir su justicia en razón de lo que pide, y esto respondió y lo firmó». (Es copia de la declaración de Quevedo. Constan las notificaciones a los demás litigantes.)

Con el testimonio de la anterior provisión, el Concejo y los demás acreedores pidieron que se enviaran los autos a Granada y que el juez viniera en persona a dar cuenta de lo que ha hecho en virtud de tales provisiones. El Consejo acordó: «Dese emplazamiento y compulsoria y provisión para que el Escribano no le dé más autos de los que le tocaren» (18 de junio de 1609), y mandó que se despachase la provisión con arreglo al auto anterior (25 de junio). (*Pleito A*, págs. 8-9.)

La investigación de Pérez Sarmiento había permitido conocer que el Concejo de la Torre impuso de sisa 3.025.924 maravedís, y que en seis años había librado más de 200.000 maravedís de lo autorizado por Su Majestad para pago de la exención que a la villa dió el rey de la jurisdicción. Hacía once años, en 4 de junio de 1609, que la villa tomó dicho censo, y no había dinero de propios ni de sisa.

Quevedo y su hermana Margarita, que estaba al servicio de la reina, representados por Juan Díaz de Santibáñez Ceballos, que sería pariente de ellos, intentaba cobrarse del Pósito; pero no siendo empresa fácil averiguar las cuentas de este organismo, el corregidor de Ciudad Real necesitaba más tiempo, «porque es necesario tomar cuentas a los mayordomos del Pósito de más de ocho años a esta parte, que las tienen por dar y se entiende que en su poder paran y están más de 4.000 ducados del dicho Pósito, con los cuales podemos ser pagados de lo que aun se nos debe y sobrarán muchos maravedís», según constaba del testimonio que presentaba.

Pedía además Quevedo procuración ordinaria conforme a ley para sacar de la iglesia a los alcaldes en ella retraídos, pues los «alcaldes, regidores y oficiales de la dicha villa contra quien se libró la requisitoria de pago, están retraídos en la iglesia de la dicha villa, adonde se han alzado y metido sus bienes, con lo cual tampoco se puede executar con efecto» (15 de junio).

Concedió el Consejo (18 de junio) diez días más de prórroga, sin más término, y la cédula ordinaria para sacar de la iglesia a los en ella retraídos; pero los alcaldes de la Torre seguían retraídos en la iglesia, «donde asisten y habitan» —decía Quevedo—, con los libros metidos en el arca en que estaban en el Ayuntamiento y escondidos.

Dicho retraimiento en la iglesia dificultaba la actuación del juez de comisión y obligaba a Quevedo a pedir más plazos, y a pesar de que el Consejo concedió otras prórrogas, con apercibimiento de que iría persona a costa de Quevedo a acabar el asunto (21 de julio), pasó el plazo y terminó la comisión sin que lograrse Quevedo cobrar sus deudas¹.

¹ *Pleito A*, págs. 9-10.

4.—UN JUEZ DE COMISIÓN EN LA TORRE

Fracasados estos intentos, decidió Quevedo cambiar de táctica, y creyó que en el Consejo de Castilla tendría más éxito. Para que el negocio se tramitase en este alto Tribunal, donde acaso él creyera contar con más amigos que en Ciudad Real, pedía, por medio de su apoderado, Juan Díaz de Santibáñez, que se le entregaran los autos originales tramitados por el juez de comisión. El corregidor de Ciudad Real se negaba a enviar los originales, y decía que los copiaran por cuenta del peticionario. Ante la súplica de Quevedo en el Consejo de un auto proveído para que se le entregasen los papeles, el Tribunal mandó dar provisión al juez para que informase del estado en que tenía su comisión y enviara los autos que en razón de ella hubiese hecho (22 de enero de 1610).

No parecía, sin duda, a Quevedo conveniente este medio dilatorio, y pidió nuevo juez de la corte. El pago del censo que tenía él con sus hermanos contra el Concejo de la Torre de Juan Abad, y que montaba 3.084.500 maravedís, a 17.000 el millar, no había tenido efecto porque la primera vez el corregidor envió un teniente suyo, y después que personalmente hizo las diligencias que convenían, no buscó los bienes y dineros del Concejo, que estaban en poder de diferentes personas; ni hizo diligencias en sacar los deudores, que estaban retraídos en la iglesia; ni con los libros del Concejo apuró las cantidades que se le debían...; «y así, después de muchos días de asistencia, se volvió sin hacernos pago, y hoy se nos está debiendo la dicha cantidad, y cierto que esto durará así y se irá continuando, porque las personas del Concejo son poderosas y se están en su misma tierra... a V. A. suplico—decía—que atendiendo a lo susodicho y a que estamos sin nuestra hacienda y sin tener con qué podernos sustentar, se sirva de mandar darnos juez de esta corte que vaya a continuar la dicha ejecución..., con orden de que no se vuelva hasta que efectivamente la haya hecho». (30 de enero de 1610.)

Entonces el Consejo mandó que el juez enviase los autos originales a poder del escribano de Cámara, accediendo a la petición de Quevedo, con lo cual se obviaba el gasto de copiar más de 600 hojas.

Pero Quevedo pretendió más: que se le entregaran a él mismo los papeles. Razonaba su petición en esta forma: porque eran títulos en virtud de los cuales tenía que cobrar, y en caso de que no cobrase, como no tenía cobrados maravedís algunos por causa de dicho corregidor, para pedir ante el Consejo lo que le conviniera, por lo cual no se le podían negar, ni presumir que por su parte hubiese de faltar cosa alguna; porque habiendo gastado en las dichas diligencias, por la persona que en su nombre había ido a la dicha cobranza, más de 300 ducados, no sería bien que ahora tuviese que gastar en traer los tales papeles, por orden del corregidor, otros 200 reales, que no los tenía; porque la razón que tenía el corregidor para no entregar los papeles era evitar que se viera su negligencia y poco cuidado en cumplir las provisiones del Consejo, mientras que para sus salarios, y muchos más que cobró, no le faltó.

Negó el Consejo lo que pedía Quevedo (8 de febrero de 1610), y éste hubo de pagar 150 reales de costas de este pleito (27 de marzo). Pero el escritor no cejaba en insistir pidiendo el nombramiento de juez de la corte que fuese a cumplir la requisitoria. El escrito de Quevedo, de Madrid a 25 de abril de 1610, era duro para el corregidor de Ciudad Real y mostraba una angustiosa situación económica suya y de su hermana, quizá exagerada por motivos polémicos.

Reprochaba al corregidor de Ciudad Real haber gastado ciento treinta días sin hacer otra diligencia que cobrar y ganar sus salarios, sin ejecutar ni cumplir las requisitorias del alcalde, así en el principal de ellos como en salarios y costas. Las requisitorias, autos, papeles y diligencias originales se habían llevado al Consejo, y de ellos y de las informaciones presentadas por Quevedo constaba la omisión del corregidor, y que «habiendo y parando muchos mrs. y bienes del dicho Concejo en diferentes vecinos de la dicha villa que habían sido oficiales y mayordomos del pósito dél, no los cobró ni sacó de su poder, ni a los dichos deudores de la iglesia donde se habían retraído, y lo que peor es que no quiso tomar las cuentas a los dichos oficiales, ni reveer las dadas, ni cobrar los alcances que a los dichos oficiales estaban fechos, los cuales dolosamente y porque no supiesen los alcances que tenían contra sí, sacaron del ayuntamiento los libros de los propios y los llevaron a la iglesia, adonde se retrajeron, como queda dicho».

Dejó también de dar a D. Francisco posesión de los bienes del Concejo, y de hacer otras diligencias, gracias a las cuales hubiera cobrado su crédito, salario y costas, sobre todo si hubiera compelido a los oficiales encargados del Pósito, hipotecado especialmente a la seguridad del censo, a que restituyesen más de 3.000 ducados que entre sí tenían de dicho caudal.

De tan lamentable actuación se habían seguido a los hermanos Quevedo más de 400 ducados de costas, así de los personales como de los procesales, que había llevado un diligenciero; sobre no cobrar sus créditos, costas y salarios. La causa de todo la veía Quevedo en «estar la dicha villa en la comarca de Ciudad Real y haber entre los dos lugares muy gran correspondencia y ser personas poderosas los demás regidores y oficiales». De no proveer de más eficaz remedio, no se cumplirían las requisitorias, con el consiguiente perjuicio a los acreedores, «por no tener más hacienda y patrimonio que el dicho censo, ni de qué alimentarnos más que de sus réditos; y por haberse cesado la paga de ellos, estamos adeudados y empeñados en mucha cantidad que nos han prestado diversas personas para el dicho efecto».

Tal escrito impresionó, sin duda, a los consejeros, que proveyeron auto, a 9 de junio, cometiendo este negocio al realengo más cercano, como no fuera el de Ciudad Real, con término de veinte días. El comisionado, licenciado Rodríguez de Soto, juez de alzadas de la ciudad de Toledo, fué, por agosto de 1610, con Quevedo a la Torre para tratar de cobrar lo que se le debía.

La llegada del juez ocasionó otra vez el retraimiento a la iglesia de los oficiales y regidores, como cómplices y culpables por la mala administración de los maravedís que había importado la sisa y arbitrio para pagar la jurisdicción. Desde la iglesia escribieron a don Francisco una carta pidiéndole que alzase la mano y no usase de rigor. Quevedo, al día siguiente, envió un hombre, en hábito de clérigo, que les preguntó qué harían para arreglarse con Quevedo; y ellos se obligaron, en número de treinta o cuarenta vecinos, a hacer escrituras de obligación de a 1.000, 2.000, 3.000 y 4.000 maravedís, y el monto se lo darían para ayuda del pago de los réditos, pagos y salarios, con la condición de que D. Francisco había de quitar otros censos que la villa tenía y no se habían redimido.

Sin haber hablado más con D. Francisco, sino con su emisario, empezaron a hacer escrituras. Ellos redactaron la que había de firmar Quevedo, y éste no la quiso otorgar, y otorgaron las escrituras particulares. Los particulares que se concertaron parece que fueron treinta y cuatro, y se comprometían a pagar cada uno 150 ducados al año; pero con la condición de que D. Francisco tomase los otros censos que la villa tenía, subiéndolos a razón de 20.000 el millar, y prometiendo no causar costas y salarios. Pero otros vecinos se opusieron a la ejecución de este concierto ante el gobernador del partido, y fueron dados por libres, con lo cual cesó la vía ejecutiva.

La comisión de Rodríguez de Soto dió por resultado la prisión de Luis Polo en la cárcel de Ciudad Real. Su hijo, Martín Sánchez de Polo, presbítero, se obligaba a pagar cierta cantidad para traer a su padre a la cárcel de la Torre. También padeció algo García Marín, que se obligaba a pagar a Quevedo unas fanegas de trigo. El juez prendió también a Lázaro de Lorca, a Alonso Hernández de Hidalgo y a Tomás Fernández Salido, y los tenía presos en el Ayuntamiento¹.

* * *

Para Quevedo no tuvo efecto útil alguno esta actuación del juez de alzadas, ni le sirvió de gran cosa, por entonces al menos.

El 27 de abril hacía en Toledo la siguiente petición:

«Don Francisco de Quevedo, residente en corte, digo que por el año pasado de seiscientos y diez requerí a V. M. con una Provisión real de S. Magd., despachada por los señores de su Consejo, para efecto de hacerme pago de los maravedís que la villa de la Torre de Juan Abad me debe, y a doña Margarita de Quevedo, mi hermana, de réditos corridos del censo que nos paga, y es así que en su cumplimiento, V. M. fué servido de que el Licenciado Rodríguez de Soto, Alcalde Mayor de las alzadas de esta ciudad, fuese a la dicha villa a hacer el dicho pago y cumplir la dicha real provisión, el cual fué y en su cumplimiento hizo ciertas diligencias, para cuyos efec-

¹ *Pleito A*, págs. 11-15.

tos se le entregaron los papeles y demás autos fechos ante el doctor Palomeque, corregidor de Ciudad Real, y el Ldo. Pérez Sarmiento, su teniente, jueces que primero conocieron del del dicho pleito por otras particulares comisiones de Su Mag. a ellos dirigidas, las cuales están en poder de Lorenzo de Tapia, escribano, ante quien el dicho Licenciado Rodríguez de Soto hizo sus autos, y aunque le he pedido me los entregue originalmente, no lo quiere hacer diciendo que a la obligación de su oficio los debe guardar en su poder. Y porque yo tengo necesidad que se me entreguen para usar dellos donde me convenga, y por estar obligado a dármelos originalmente el susodicho escribano, conforme está mandado por provisiones y requisitorias, atento a que no se me ha hecho pago, a V. M. pido y suplico mande que el dicho escribano me dé y entregue los dichos autos y papeles originalmente, o se le apremie para ello. Y pido justicia.—(Firmado) Francisco de Quevedo.»

El corregidor, D. Francisco de Villacis, mandó que el escribano Tapia entregase los autos, y se extendió el siguiente

«Recibo. —Yo don Francisco de Quevedo, residente en Corte, estante al presente en esta ciudad de Toledo, recibí de Lorenzo de Tapia, escribano de Su Magd. y de la Comisión que para hacerme pago de los maravedises que la villa de la Torre de Juan Abad me debe de réditos del censo que me paga, tuvo el Ldo. Rodríguez de Soto, alcalde de Alzadas de esta ciudad, todos los procesos originales del dicho pleito, así los fechos ante el doctor Palomeque como los actuados ante su teniente y ante el dicho Alcalde de alzadas en que están los derechos de los demás acreedores de la dicha villa, sin faltar cosa alguna. Los cuales me entrega en virtud del auto del señor Corregidor que es el de suso contenido, y me obligo que, siéndole pedidos al dicho Lorenzo de Tapia, o parte dellos, por provisión de Su Magd., o que por ella se le mande, volver el dicho proceso como le recibo; y lo firmé en Toledo a veinte y siete de Abril de mil y seiscientos y once años.—(Firmado) Don Francisco de Quevedo.»¹

¹ *Pleito A.* págs. 15-16.

Aunque D. Francisco se decía no estar pagado en 1611, parece que siguió en vigor el concierto hecho en 1610 por el licenciado Rodríguez de Soto, por el cual se hipotecaron los propios del Concejo para responder del crédito de Quevedo. Este administró cuatro años por sí la renta de propios, aunque «no asistió en la villa la mayor parte del tiempo», y sirvió el oficio por muchas y diferentes personas; luego llevó la administración Pedro Gallego, vecino de Villamanrique, y después el bachiller Bernal Sánchez, vecino de la Torre.

* * *

Conocemos el relato de lo sucedido después según la versión de la villa, que no es muy fidedigna, a juzgar por la doblez manifestada en cuantos documentos hemos tenido ocasión de conocer¹.

«El licenciado Rodríguez de Soto, en 1610—decía la Torre—, se concertó con la villa y vecinos particulares della en que dándole ciento y cincuenta ducados en cada año, durante la paga de los corridos, costas y salarios causados hasta el fin del dicho año de todos sus censos, había de alzar el dicho juez, con lo cual tuvo efecto el dicho trato, y los particulares en su conformidad otorgaron las dichas escrituras en conformidad de lo que el dicho Don Francisco de Quevedo hubo de otorgar, con lo cual quedó pagado y satisfecho hasta el dicho año de los dichos corridos, como de las demás partidas declaradas en la dicha escritura de transacción a que nos referimos². Y para que de allí en adelante con mejor comodidad el dicho don Francisco de Quevedo pudiera ir cobrando, fué trato se pusiesen los propios del dicho Concejo en administración, cobrándolos el susodicho en la dicha administración el primero; y así se hizo y administró los dichos bienes, tiempo de cuatro años

¹ Consta el relato en un poder dado por la villa, en 17 de octubre de 1628, a su convecino Cristóbal González Bustos, y publicado en el *Pleito A*, págs. 34-37, para pedir que se exigieran cuentas a Quevedo del tiempo que tuvo la administración de los bienes de la villa, entre 1610 y 1620.

² Ni una ni otra de las partes contendientes presentaron nunca en los pleitos esta escritura de transacción; al menos en los que hemos tenido oportunidad de ver.

poco más o menos, y en el uso del dicho su oficio de tal administrador hubo mala cuenta y razón, porque no asistió en la villa la mayor parte del tiempo y sirvió el dicho oficio por muchas y diferentes personas puestas por su mano, que no acudieron al uso del dicho oficio con puntualidad; y lo que así valieron los dichos propios más que algunas partidas, escritas de letra de Fernando Navarro, vecino de Villanueva, persona que al dicho tiempo estaba en esta villa ejecutando alcabalas, sin que haya otra firma más que al fin una del dicho don Francisco de Quevedo, de uno de los años de su administración¹; y el libro original de donde se sacaron las dichas partidas no parece y se dice que lo ha quemado.

Y después entró en la dicha administración Pedro Gallego, vecino de Villa-Manrique, otros cinco años y medio, poco más o menos; y aunque los susodichos han dado parte de las dichas cuentas, ni fué líquida, cierta ni verdadera, porque se dejaron de hacer muchos cargos, y en los descargos se les pasaron muchas sumas de maravedís que no se debieron pasar, de que resultó dar a entender a los señores del Real Consejo que los propios de este Concejo no valían más de cinco mil y trescientos reales, siendo así la verdad que siempre han valido más de catorce y quince mil reales de ordinario cada año, y así lo dió por relación jurada el bachiller Bernal Sánchez, vecino de esta villa, que después los administró tiempo de tres años y medio, y la causa fué subir más que en el tiempo de las administraciones de los dichos don Francisco de Quevedo y Pedro Gallego, estar las partidas en día, mes y año, lo que no tuvieron los susodichos, y se debe repetir y que se les compute al dicho respeto de la cuenta del dicho bachiller Bernal Sánchez por cada un año y tiempo por ochenta mil reales, como fué alcanzado el dicho bachiller Bernal Sánchez.

Y después de haber dejado la dicha administración el dicho bachiller Bernal Sánchez, fué depositario de lo que procedía del dicho Concejo Francisco Gallego por orden de Alonso Sánchez Comendador, alcalde del dicho don Francisco de Quevedo, el cual debe sanear y pagar otra tanta cantidad respectivamente, como el dicho bachiller Bernal Sánchez por haber nombrado al dicho alcalde. Después de lo cual entró de

¹ Quevedo decía siempre que sólo se había podido hacer la cuenta de un año, que sería éste.

administrador Martín de Merlo Maldonado cinco o seis años¹, el cual, debiendo asistir en la villa por haberle crecido el Real Consejo cincuenta ducados de más salarios que a los demás, no lo ha hecho, y ha administrado por personas supuestas, las cuales se han aprovechado del término y del dinero del Concejo y de los montes y propios, sin tener la claridad y razón que requería, y los dichos supuestos echaban quien arrendase los propios, y ellos recibían las posturas y luego se lo comían con sus ganados y cortaban las dehesa y baldíos, y siendo capítulo expreso de su comisión seguir las manifestaciones y denunciaciones de penas de ordenanzas, no lo ha fecho y ha dejado grande cantidad de ellas, en más de ocho mil ducados, y los unos y los otros han fecho lo mismo de daño al Concejo más de cincuenta mil ducados.»

5.—LA TORRE, CONDENADA A LA VENTA DE SU JURISDICCIÓN

Si estando Quevedo en Madrid, y algunos años en la Torre de Juan Abad mismo, no lograba que el Concejo cumpliera las requisitorias de pago, puede comprenderse lo que sucedería durante la ausencia del escritor en Italia. Por eso hubo de llegar al extremo recurso de pedir (2 de abril de 1620) que el Consejo de Castilla mandase vender la jurisdicción de la villa, y otros cualesquier bienes propios y rentas de ella, para cobrarse los débitos que tenía en virtud de los censos de cuatro cuentos trescientos treinta y tres mil y cien maravedises (4.333.100 maravedís), débitos que ascendían ya a la suma de ciento veinte mil reales (120.000 reales), con otros 3.000 reales más que había prestado a la villa para pagar los réditos de un censo, a razón de catorce, que cobraba el convento de Santo Domingo. Con su instancia presentaba Quevedo las escrituras de censo y la del último préstamo de 3.000 reales².

¹ Quevedo, según este relato, administró cuatro años: 1610-1614; Pedro Gallego, cinco años y medio: 1615-1621; Bernal Sánchez, tres años y medio: 1621-1624; Martín de Merlo Maldonado, cinco o seis años: 1625-1630. Y a seguido hace su argumento refiriéndose al «año pasado de 1620», y el escrito era de 17 de octubre de 1628.

² La ejecutoria de este pleito, de 5 de diciembre de 1620, está publicada en el *Pleito A*, págs. 17-27, según la copia conservada en el *Registro general del Sello de Castilla*, 1620, diciembre, del Archivo de Simancas. En el *Memorial*, folios 10-11, hay un extracto de esta ejecutoria.

Principió la villa no haciendo caso del emplazamiento que le marcara el Consejo notificando a García Marín y Pedro de Lillo, alcaldes ordinarios, y a Juan Morales, Juan Morcillo González y Alonso de la Mata, regidores, por lo cual se les acusó la rebeldía. Al fin se personaron en el pleito (5 de junio) y dieron excusas de su conducta, diciendo que los corridos que a Quevedo se le debían eran muchos menos de los que pedía, además de que él mismo había tenido a su cargo la administración de los propios del Concejo, y había de dar cuenta de ellos, y por lo que de ella resultase quedaría pagado de todo lo que se le debía, o a lo menos se le debería poca cantidad; que los propios valían en cada un año 1.000 ducados, «y si al presente habían valido menos, había sido respecto de no haberse arado la dehesa de Calderón y haberse comprado de más la almotacénia de la villa y sacándose de la renta la paga de ellas y haberse así mismo quedado por arrendar otra tierra»; que en su deseo de pagar, el Concejo había dado orden que se arrendasen el cuarto de dehesa que solía dar al carnicero y la almotacénia, comprada al Concejo, y las viñas y cotos de la cañada de Santa María, con lo cual era cosa cierta que rentaría mucho más de los dichos 1.000 ducados; que muchos vecinos habían concertado con D. Francisco darle cada uno 2.000 y tantos maravedís cada año, y de ello habían dado escrituras, y la obligación duraba hasta que se acabase de pagar todo lo que se debía, y cobrando así lo atrasado como lo porvenir, había sobrada cantidad de bienes para haberse pagado de todo lo susodicho, sin ser necesario tocar en la jurisdicción; que la jurisdicción no estaba hipotecada a los dichos censos ni aún comprendida en la general de hipoteca, y los vecinos de la villa la administraban en nombre del rey, y no era vendible.

Contestó Quevedo que lo cierto era que le estaban debiendo 120.000 reales, y esto sólo de los réditos corridos, sin el principal de dichos censos, que montaba 14.000 ducados, poco más o menos; que para su cobranza se fundaba en censos y escrituras; que los propios de la villa tenían muy corto valor, y que él los había administrado tan solamente dos años, el 1612 y 1613, y en ellos habían valido, por la buena administración de Quevedo, y sin embargo, solamente habían rentado unos 600 ducados cada año, como constaría de las cuentas que había dado de uno de ellos, en que había alcanzado a la villa en más de 2.000 reales, con lo cual quedaba inutilizado el argumento de

la Torre; que aun cuando fuera y llegara a la cantidad que el pueblo decía, todavía era imposible con ella haber pagado lo que antes de la dicha administración debía a Quevedo; que supuesto que don Francisco se fundaba en instrumentos públicos, a la villa incumbía mostrar la paga, y eso dentro de diez días; que los bienes de la villa no valían 1.000 ducados de renta al año, «aunque se arase la dehesa de Calderón, y se arrendasen el cuarto de dehesa que se solía dar al carnicero y la almotacén y pámpana de las viñas y cotos de la cañada de Santa María, porque la dehesa de Calderón se había arado siempre y había valido cuando más 100 ducados, y el cuarto de dehesa que se solía dar al carnicero no valdría 300 reales cada año, y la pámpana de las viñas y los cotos de la cañada no valían 500 reales, y de ellos se pagaban las alcabalas; de más de que, cuando la renta del Concejo fuera tanta que el acreedor pudiera cobrar lo que iba corriendo y alguna parte de lo pasado, no podía ser obligado a cobrar poco a poco su crédito».

De todo lo cual resultaba que había de venderse la jurisdicción como bienes que estaban obligados e hipotecados a la paga y satisfacción de los censos y sus corridos, sin atender a las escrituras de obligación citadas de los vecinos, porque éstas estaban dadas por ningunas, y cuando fueran válidas no había quedado innovada la dicha villa.

No replicaba la villa, y conclusa la causa, en 2 de julio se dió auto de vista por los señores del Consejo Real de Castilla, por el cual se mandó que «no pagando la dicha Villa de la Torre de Juan Abad al dicho Don Francisco de Quevedo dentro de sesenta días lo que le estaba debiendo de los réditos de los dichos censos, se vendiesen los bienes, rentas, propios y jurisdicción de la dicha villa, y del precio de ellos se pagase al dicho Don Francisco de Quevedo los maravedís que se le estaban debiendo de los réditos de los dichos censos».

De este auto interpuso suplicación la villa de la Torre de Juan Abad, y habiendo alegado las mismas razones, añadió «que la jurisdicción de la dicha villa la tenía de tiempo inmemorial a esta parte, y no estaba hipotecada a los censos de dicho D. Francisco de Quevedo, ni el Concejo la había podido hipotecar, porque no eran propios de él, ni las otras cosas para que había tenido facultad, y lo que de nuevo se había comprado había sido un poco de ensanche de la

dicha jurisdicción, cosa muy distinta de la jurisdicción principal, que la dicha villa tenía de ella, y sus términos¹». Concluía diciendo «se había de revocar el dicho auto y denegar al dicho D. Francisco de Quevedo la pretensión que tenía»; y se ofreció a probar lo necesario.

Satisfizo D. Francisco, alegando las mismas razones que tenía dichas, y demostrando que los bienes de la villa no rentaban ningún año los 850 ducados que importaban los réditos de sus censos, y pidió confirmación del auto de vista; el cual se dió en 14 de noviembre del mismo año 1620, confirmando a la letra el de vista, de que se despachó la carta ejecutoria citada de 5 de diciembre².

6.—QUEVEDO, SEÑOR DE LA JURISDICCIÓN DE LA TORRE

Por no haber cumplido la Torre con el tenor de la mencionada carta ejecutoria, en 18 de marzo de 1621 se despachó provisión por los señores del Consejo Real para que la Justicia de la dicha villa de la Torre de Juan Abad ejecutase la aludida ejecutoria. «En cuya execución y cumplimiento la dicha justicia trató de executar la dicha ejecutoria, y con efecto hizo pregonar en la dicha Villa, y otros lugares la venta de los propios, rentas y jurisdicción de la dicha villa.»

¹ Hemos seguido hasta aquí la *Ejecutoria* y el *Memorial*.

² Nótese la desfachatez con que la Torre afirmaba tener la jurisdicción de tiempo inmemorial. Igual valor tenían los argumentos con que trataba de refutar a Quevedo; v. gr., el de que éste había administrado las rentas y no se le habían tomado cuentas, y tendría cobrado lo suficiente. (véase *Pleito A*, pág. 24.)

También la villa, con notable desenfado, decía en 1628 (*Pleito A*, pág. 36) que «Don Francisco de Quevedo, callando y encubriendo los papeles que hicieron los jueces, pagas, trato y escrituras y la administración que hasta entonces había habido, hizo pedimento en el Real Consejo, diciendo que la Villa le debía ciento veinte mil reales de resultas y réditos de los dichos censos; y aunque por parte de la villa se hizo cierta contradicción, fué tan sumaria y poca defensa porque no se supo por entonces de los dichos papeles ni escrituras por la muerte de Juan Morales, escribano ante quien las escrituras habían pasado»..., sacó ejecutoria, y «puso por supuesta persona a don Alonso de Leyva, su amigo, vecino de Segura, que hizo postura en la dicha jurisdicción en precio de cuatro mil ducados, y sin aguardar a los términos del derecho se le remató, que habiéndose de vender vale cincuenta mil ducados, sin que en la dicha venta pasase dinero más que a cuenta de lo que pedía, el cual traspasó en el dicho don Francisco de Quevedo».

Hizo postura D. Alonso Mexía¹ (con vista del privilegio original de exención) en la dicha jurisdicción, «con todo lo a ella anexo y perteneciente, conforme al dicho privilegio, en un cuento, y quinientos mil maravedís (1.500.000 maravedís) que había de pagar al dicho Don Francisco de Quevedo, con calidad que se le había de entregar el Privilegio original».

Y por no haber mayor postor, se remató en el dicho D. Alonso de Mexía la dicha jurisdicción, y tomó posesión de ella, nombrando alcaldes y demás oficiales de la dicha villa.

«Y el dicho don Alonso Mesía pagó a don Francisco de Quevedo los dichos un cuento y quinientos mil maravedises, de que el susodicho otorgó recibo y carta de pago, y más 316 fanegas de trigo que tenía el pósito, a razón de 16 reales.» Y D. Alonso cedió el remate de la dicha jurisdicción en D. Francisco de Quevedo².

7.—PLEITO SOBRE LAS ELECCIONES

La primera reacción de la Torre contra el documento anterior, que la ponía en manos de Quevedo, fué reclamar ante el alcalde mayor del Campo de Montiel, en Villanueva de los Infantes, el 24 de abril de 1621, donde se personaron Estacio Pérez y demás consortes, regidores perpetuos que eran de la villa de la Torre, por haberles privado D. Alonso Mexía de Leyva de sus oficios en las nuevas elecciones y nombramientos; expresaron agravios de las dichas elecciones, pretendiendo se habían de revocar, pues siendo sus oficios perpetuos, no había podido nombrar D. Alonso otros regidores, y sólo podía nombrar alcaldes que ejerciesen la jurisdicción en primera instancia.

Satisfizo Mexía, pretendiendo se habían de confirmar los nom-

¹ El testafarro fué D. Alonso Mexía de Leyva, vecino y regidor de Segura de la Sierra, gran amigo de Quevedo. Este le dedicó el 17 de marzo de 1626 el *Cuento de cuentos*. Con licencia del autor hizo una segunda edición de *Los sueños* en 1631, poniendo al frente una advertencia para justificar las correcciones que hacía. Elogió en una octava latina las *Concordancias* que el maestro B. Jiménez Patón compuso para los *Proverbios morales* de Alonso de Berros (Baeza, 1615), y en un soneto, la *Elocuencia española en arte*, del mismo Patón (Baeza, 1621). (Datos recogidos por A. Fernández Guerra, *Obras de Quevedo*, II, 661.)

² *Memorial*, fol. 11 v.

bramientos de oficiales en la dicha villa, por haberse hecho judicialmente y en virtud de título legítimo.

Conclusa la causa, en 12 de mayo de 1621 el alcalde mayor de Villanueva de los Infantes, licenciado Galindo Pinilla, dió auto favorable a la Torre¹:

«Dijo que debía de mandar, y mandó revocar, y revocó, y dió por ninguna la elección que el dicho Don Alonso de Leyva hizo de Alcaldes ordinarios, y Regidores y Alcaldes de la Hermandad, Alguacil Mayor y otros Oficios del Concejo de la dicha Villa, removiendo los oficiales, que por ella exercían sus Oficios de Alcaldes y Regidores, y los demás que fueron nombrados el día de San Miguel del año pasado de 620, por los Oficiales, concejo, Justicia y Regimiento de la dicha villa, y salieron por suerte de los cántaros de la insaculación, que en virtud de comisión particular de su Majestad hizo el Gobernador de este partido de Alcaldes Ordinarios de la dicha villa, todos los cuales dichos Oficios han estado, y están a disposición y merced de su Magestad, no obstante que la dicha villa esté en costumbre de elegir y nombrar algunos de ellos, cuyo derecho no le tiene la dicha Villa adquirido por título de venta, ni otro contrato hecho con su Majestad; en consecuencia de lo cual mandó que a los dichos Oficiales antiguos y removidos por don Antonio de Leyva les sean vueltos y restituidos los dichos oficios y se les den y restituyan la posesión de ellos, conforme a las leyes capitulares y establecimientos de la dicha Orden de Santiago, que dispone en cuanto a la execución de elecciones de oficios; y reservó su derecho a salvo al dicho don Alonso de Leyva para que en virtud de executoria ganada a pedimento de don Francisco de Quevedo Villegas, y de la venta que el susodicho hizo en favor del dicho don Alonso de Leyva de la jurisdicción de la dicha Villa de la Torre de Juan Abad, y remate, de que se hace mención en este proceso, pueda elegir, y nombrar un Alcalde de dicha Villa, el cual tenga derecho para conocer a prevención con los Alcaldes Ordinarios de ella, y advocar las causas de los dichos Alcaldes, según y como conocía, y advocaba en primera instancia la Justicia Mayor de este Partido, en que se incluye la dicha Villa de la Torre de Juan Abad, la cual jurisdicción compró la Villa de su

¹ *Memorial*, fols. 11 v. y 12.

Majestad, por título de venta, y adquirido y comprado con sus dineros, con que sirvió a su Magestad. Y asimismo, si algún otro oficio tuviere la dicha villa en común, y hubiere comprado de su Magestad, se entienda estar a elección y disposición del dicho Don Alonso de Leyva y comprehendir en la dicha executoria de su Magestad, y en las sentencias que dieron y pronunciaron los señores del Consejo de Justicia, en que mandaron se vendan los bienes, propios, rentas y jurisdicción de la dicha Villa, y en la hipoteca de los bienes, y propios del Concejo, y hipotecados al censo que contra ella tiene la parte del dicho Don Francisco de Quevedo, que en cuanto a los tales Oficios de que su Magestad ha dispuesto, y ha hecho merced a la dicha Villa por contrato, aprueba el nombramiento y elección que tiene hecha el dicho don Antonio de Leyva, y hiciere de aquí adelante.»

Apeló Mexía de este auto ante los señores del Consejo Real de las Ordenes, y habiéndose traído, en virtud de provisión de emplazamiento y compulsoria, al pleito, Quevedo, como cesionario de Mexía de Leyva, expresó agravios de tal auto, «pretendiendo su revocación, y que se había de declarar por bueno el nombramiento de Alcaldes Ordinarios, mandando, que de allí adelante los pudiese nombrar, porque legítimamente se le había vendido la jurisdicción de la dicha Villa, en ejecución y cumplimiento de una carta executoria, librada por el Consejo Real de Castilla, y como dueño de la dicha jurisdicción podía elegir, y nombrar Alcaldes para que la exerciesen, sin que fuese de consideración decir, que sólo podía nombrar un Alcalde, que conociese a prevención con los demás que estaban elegidos, y se eligiesen en la dicha Villa, según se hacía antes que la dicha villa comprase la jurisdicción, en la cual había sucedido plenamente».

A lo cual se satisfizo por la dicha villa por diferentes fundamentos, que no se dicen en la carta ejecutoria.

Conclusa la causa, los señores del Consejo de Ordenes, en su auto de 15 de septiembre, dijeron:

«Que sin embargo del Auto dado, y pronunciado por el Alcalde mayor de Villanueva de los Infantes, de doce de Mayo de este año, mandaban, y mandaron que la dicha Villa, por el tiempo que suele, haga elecciones de Alcaldes Ordina-

rios, según, y como lo acostumbró hasta aquí, los cuales ejerzan la jurisdicción que tenían los Alcaldes Ordinarios de la dicha Villa, antes que hubiesen ganado el privilegio de la primera instancia, sin que en lo tocante a la jurisdicción adquirida por el dicho Privilegio, puedan entrometerse por manera alguna. Y asimismo mandaban, y mandaron, que el dicho don Francisco de Quevedo, para ejercicio de lo que abaxo se hará mención, nombre una persona, la cual ejerza la jurisdicción que la dicha Villa adquirió por Privilegio de la primera instancia, según y de la manera que los Alcaldes Ordinarios ejercían esta jurisdicción después de ganado el dicho Privilegio, y que sin embargo que se le da al dicho don Francisco, el susodicho descuento a la Villa del crédito que tiene los réditos, que a razón de como él los cobra de la dicha Villa en cada un año, de la cantidad del principal con que la Villa sirvió a su Magestad, por razón de la primera instancia.»

Quevedo suplicó de este auto para comisiones y expresó agravios, «porque por la carta ejecutoria del Consejo Real se había mandado vender, y se había vendido la jurisdicción de la dicha Villa sin limitación alguna, y así le tocaba como a persona, que había sucedido en ella, nombrar y poner Alcaldes Ordinarios, y todos los demás ministros de Justicia, que la ejerciesen en primera instancia, y que la dicha Villa no podía nombrar, ni elegir Alcaldes, por ser acto y ejercicio de jurisdicción, y no tenerla la dicha Villa, por haberse transferido toda la que antes tenía en el dicho don Francisco, y ser toda ella enajenable».

A lo cual se satisfizo por parte de la dicha villa pretendiendo «confirmación de los Autos del Consejo, y Alcalde Mayor, sin embargo de lo alegado por el Dicho Don Francisco de Quevedo».

Conclusa la causa en revista, se dió un auto que modificaba bastante el anterior, y dejaba abierto el camino para nuevos pleitos.

«Dijeron que confirmaban y confirmaron el Auto en este pleito dado y pronunciado por el Real Consejo de las Ordenes en quince de Septiembre de este año, en cuanto por él se mandó que el dicho don Francisco de Quevedo nombre una persona que ejerza la jurisdicción que la dicha Villa adquirió por

Privilegio de la Primera instancia, según y de la manera que los Alcaldes Ordinarios de la dicha Villa la exercían después de ganado dicho Privilegio, y en cuanto por el dicho Auto se mandó que la dicha Villa por el tiempo que acostumbra haga elección de Alcaldes Ordinarios, los cuales exercían la jurisdicción que tenían los dichos Alcaldes Ordinarios, antes que hubiesen ganado el Privilegio de la Primera instancia, en cuanto a lo susodicho, sin embargo de lo contenido en el dicho Auto, mandaban y mandaron que la dicha Villa nombre para cada Oficio de jurisdicción dos personas, y hecho el dicho nombramiento se lleve al dicho Don Francisco para que de los nombrados escoja al que le pareciere, y en cada Oficio de jurisdicción, los cuales escogidos por el dicho Don Francisco, exerzan la jurisdicción que los tales exercían antes del Privilegio de la primera instancia, y en cuanto al precio contenido en dicho Auto del dicho Consejo de las Ordenes que el dicho don Francisco de Quevedo ha de descontar a la Villa del crédito que tiene sobre ella, revocaron el dicho Auto, y mandaron que el precio sea el contenido en el remate, y reservaron su derecho a salvo a la Villa, para que si en razón del dicho precio tuviere algo que decir, lo pida, y siga adonde, como y ante quien viere que le conviene.»

8.—APELACIÓN DE LA TORRE

Ni en el Consejo de Castilla ni en el de las Ordenes militares hemos podido encontrar rastro del documento en virtud del cual se adjudicó a Quevedo la jurisdicción o señorío de la Torre de Juan Abad. En el *Memorial* que venimos utilizando no se dice tampoco más del traspaso que le hiciera Mexía de Leyva. El primer documento notarial en que le vemos llamándose «Señor de la jurisdicción de esta villa» es de 2 de mayo de 1622¹, título que la villa se guardaba muy bien de darle, v. gr., en documento de octubre de 1623.

El documento más antiguo que hallo, en que se ve la actitud de la villa, es el siguiente²:

¹ Poder a Pedro de Aguilar, *Pleito A*, pág. 27.

² En el *Pleito E*, fols. 6-11. Es traslado de otro traslado, hecho por el escribano de Madrid Juan Espejo en 6 de octubre de 1626.

La Torre, representada por Pedro Díaz y Pedro de Lillo, alcaldes ordinarios de ella por Su Majestad, y Juan Morales, Juan Morcillo y Estacio Pérez, regidores perpetuos de ella, oficiales del Concejo y vecinos de ella, dió poder ante Pedro Pablo, el 24 de julio de 1622, a Pedro de Lillo el Mozo y otros para «que puedan parecer y parezcan ante el Rey Nuestro Señor y señores de sus Reales Consejos y Chancillerías y pedir que esta villa sea restituída en la jurisdicción que a esta villa le hizo merced en primera instancia con conocimiento del alto y bajo mero mixto imperio, que le ha sido quitada a pedimento de don Francisco de Quevedo, Caballero de Santiago, por mandado de los Señores del Real Consejo de las Ordenes y Castilla, de que ha sacado ejecutoria de los dichos señores, por decir el dicho don Francisco que esta villa le debe 118.000 reales de réditos de los censos que tiene sobre los propios y rentas de ese dicho concejo. Atento la dicha ejecutoria fué ganada con siniestra relación, porque el dicho concejo no debe lo que le pide, antes el dicho don Francisco debe mucha cantidad de maravedís; y para ello se pide que se junte a cuentas con el dicho concejo, y, liquidado y averiguado, si a él se le debiere, se verá por el alcance que el dicho Don Francisco hiciere a el dicho concejo. Y ansi mismo pide que la venta que se hizo de la dicha jurisdicción no se pudo hacer, que se de por ninguna y de ningún valor y efecto respecto de que fué hecha sin guardarse en ella la forma del derecho, mayormente que cuando esto no fuera ansi, que lo és, fué vendida por menos de la sexta parte que vale, porque vale cuarenta mil ducados y dió por ella don Alonso de Leiva cuatro mil, de manera que está danificado el dicho concejo en más de treinta y seis mil ducados».

Que pedir (*sic*) que Pedro Gallego y el dicho Don Francisco, administradores que han sido de este concejo, den cuenta de los maravedís que fincan en su poder de lo procedido de los propios del dicho concejo de esta villa durante han sido tales administradores, y se puedan hallar presentes a las dichas cuentas ansi de las que diesen los dichos administradores como a las que de presente esté dando el Bachiller Bernal Sánchez, administrador de los propios y rentas de este dicho concejo; las cuales dichas cuentas puedan contradecir o aprobar como más convenga, pidiendo en nombre de este concejo lo que más convenga y fuere necesario en razón de ellas, pidan que les tomen a los dichos Francisco y Pedro Gallego las dichas cuentas el Alcalde mayor de este partido o otro juez

que S. M. fuere servido, e pidan, si fuese necesario, a S. M. dé juez a esta villa para que liquiden las cuentas de los propios de él y asimismo del pósito; y si se pidiere por parte del dicho don Francisco o otra persona en su nombre el dicho juez, lo contradigan, atento que el dicho pósito está pagado enteramente de lo que se le debe de los alcances que les han sido fechos a los depositados, que ha sido de él con 307 fanegas de trigo que metieron los vecinos de esta villa en las paneras del dicho pósito, sin embargo de otras 200 fanegas de trigo que están obligados por escrituras y conocimientos a pagar al dicho pósito para Santa María de Agosto de este presente año de la fecha de este poder, con que el dicho pósito está pagado, como dicho es, de todo lo que se le debe.»

Por otra parte, la villa de la Torre de Juan Abad apeló de la ejecutoria que mandaba la venta de la jurisdicción, y trató de demostrar que no se le debía a Quevedo tanto como él decía. Para ello presentó las escrituras de los particulares, en virtud del concierto de 1610, cobradas ya; pero casi todas con fecha posterior a la venta de la jurisdicción. La suma total de maravedís cobrados asciende a 251.000; o sea unos 7.400 reales escasos de los 120.000 adeudados¹.

De cómo se cobraron algunas de estas escrituras da idea la declaración de Alonso Sánchez Comendador, que había pagado 12.000 maravedís: «En 1621 vino a la villa Quevedo, y hablando con el declarante, le dijo: «Aquí tengo unas escrituras contra vos y otros vecinos, y yo no sé para qué las hicieron pues no me las quieren pagar. En verdad que las diera a trueque de pepinos o de berengenas, porque a mí no me importan nada.» El declarante se ofreció a hablar con los vecinos por ver qué suma podría reunir. Quevedo le dijo que les hablase y le diesen lo que quisieran, que les entregaría sus escrituras, pues no le servían de nada. Fuéronse haciendo las escrituras, y el testigo se las iba dando a Quevedo a medida que se otorgaban.»

Por otra parte, la villa quiso recuperar las trece piezas de la requisitoria (que estaban en poder de Quevedo desde 1611), pues sospechaba, o al menos afirmaba sospechar, que las cuentas estaban mal,

¹ Son treinta escrituras, según consta en el *Pleito A*, pág. 28.

y era preciso volverlas a ver. Pedía, pues, que el agente Falla devolviese las trece piezas del pleito ejecutivo; y el Consejo de Castilla así lo mandaba en 30 de octubre de 1623.

Notificado Falla, contestó que no era pleito ejecutivo lo que él recibió, sino requisitoria, ya que el pleito no se lo hubieran podido dar a él, que no es procurador, sino agente; que él se lo había entregado a Quevedo, el cual tenía entendido que hacía diligencias ante la Justicia de Toledo y ante Lorenzo de Tapia, escribano.

La villa acusó la rebeldía de Falla a 22 de noviembre. El siguió negándose, y la villa pidió que un portero «compela por prisión a que lo entregue», como lo proveyó el Consejo a 4 de diciembre.

Y desde este momento Quevedo va levantando una verdadera montaña de obstáculos para terminar a los seis meses largos no entregando los papeles que se le pedían.

Don Francisco, residente en corte, daba poder en 1 de enero de 1624 a su primo D. Luis de Toledo y Guzmán, vecino de Toledo, para que pidiera a Lorenzo de Tapia, escribano de Toledo, un testimonio de que tenía en su poder la comisión y lo actuado por el licenciado Soto, alcalde de alzadas de Toledo, proveído por el Consejo para que fuese a la Torre e hiciese pagar los corridos de los censos. A petición del D. Luis de Toledo, y previo auto del alcalde mayor, licenciado Barreda, a 15 de enero, el escribano Tapia contestó que los autos que se le pedían los entregó «en virtud de auto del señor don Francisco de Villacis, corregidor que fué de esta ciudad, a don Francisco de Quevedo, en 27 de abril de 1611, de cuyo entrego y recibo tenía carta de pago firmada por el mismo Quevedo». (Toledo, 15 de enero de 1624.)

El Consejo mandó entonces a Quevedo que entregase estas piezas en el oficio del escribano de la Cámara (Madrid, 31 de enero de 1624). A 1 de febrero se le notificó el auto anterior, en su persona, «el cual dijo se ponga en el oficio para responder». Falla presentó el documento anterior para cumplir lo que se le mandó. Pero Quevedo se excusó de presentar los papeles por no haber recibido traslado de la petición de la villa acerca de este asunto, y pidió que el escrito de la villa se incorporase a los autos.

El Consejo proveyó que se diese a Quevedo «traslado de lo que le toca y fuere de dar», y la villa acusó la rebeldía de don Francisco por no cumplir el auto anterior (7 febrero). El Consejo acordó (14 fe-

brero) despachar provisión para que Lorenzo de Tapia entregase las piezas del pleito o enviase el auto del corregidor, que se le mandó entregar a Quevedo, y la carta de pago de éste, originalmente, en el término de seis días. Notificada esta provisión el 27 de abril, Tapia presentó el recibo. La villa entonces pidió que D. Francisco «jure y declare que la firma es suya» (30 abril). Lo cual, notificado a Quevedo (2 mayo) dijo que «lo oía».

La villa acusó la rebeldía de Quevedo por no haber reconocido la firma y recibo (4 de mayo de 1624), y pidió que se le compeliere a hacerlo. Así lo acordó el Consejo, y se le notificó a Quevedo el mismo día en su persona, el cual dijo «que las dos firmas que están en la petición y carta de pago que le ha sido mostrada son diferentes, por lo cual y por hacer tanto tiempo que parece se hicieron, tiene necesidad de ver firmas de aquel tiempo para enterarse si son suyas y para ello pide término». Otra vez la villa suplicó que se compeliere a Quevedo a que reconociese sus firmas (mayo 1624). El Consejo dió un auto para que un portero apremiase a Quevedo (30 de mayo de 1624).

Por fin, el 22 de junio se presentaron a Quevedo los mencionados documentos, y dijo «que reconoce la letra y firma de la petición anterior y de la carta de pago». Respecto a los papeles que pide la parte contraria que presente, dice que los «tiene presentados en diferentes tribunales y chancillerías dentro y fuera de esta Corte, y que para hacer la dicha exhibición tiene necesidad de que su Magd. y señores del su Consejo le den término competente para ello, que a éste que declara le importa, y que, como de ellos constará, no contienen otra cosa más de delitos contra los que los piden, y esto dió por su respuesta y lo firmó».

No parece que entregase Quevedo las piezas de la requisitoria, al menos por esta fecha.

9.—NI DINEROS NI PAPELES

Entretanto, no cobraba gran cosa Quevedo de sus atrasos. En 30 de mayo de 1622 le dió Bernal Sánchez, su administrador de propios y rentas, la cantidad de 9.234 reales de a 36 maravedís de los réditos de los censos. Pero no lograba que se le restituyese el

Pósito. Quevedo pedía, en escrito autógrafo, al Consejo de las Ordenes militares:

«Habrá año y medio que V. A. tiene en la visita de don Tomás Pasquier proveído que el Alcalde Mayor de Villanueva de los Infantes con su audiencia vaya a la Torre de Juan Abad y restituya el pósito, y es así que en el dicho pósito no hay caudal ni dineros ningunos, y le tiene usurpadas a los vecinos más de tres mil fanegas de trigo y muchos dineros, y de no haber venido el juez se van deteriorando muchas deudas y perdiéndose papeles y prescribiendo conocimientos, y el lugar se perece y yo no puedo cobrar por ser el dicho pósito la mejor y más especial hipoteca de mi hacienda, y de restituirle este año, que es estéril, se remediarán con el caudal los pobres y yo con los réditos. Por lo cual suplico a V. A. mande se envíe la comisión al dicho Alcalde mayor de Villanueva de los Infantes en la forma que está decretado.» (Firma.)

La Sala acordó en conformidad con la petición de Quevedo y de las sentencias de vista y revista (Madrid, 13 de julio de 1622).

La villa de la Torre, no logrando hacerse con las cuentas, que guardaba Quevedo cuidadosamente, a pesar de todos los autos que le compelián a entregarlas, trató, sin duda, de demostrar la falta de documentos, y a este efecto presentó una información testifical, en la que relataba los hechos en la forma que se ha expuesto, según las declaraciones de Alonso Sánchez Comendador y Bernal Sánchez.

Pedro Díaz, además de declarar que había cobrado Quevedo, dijo que éste se había llevado a su posada, cuando vino a la villa por administrador, un arca donde estaban los privilegios del pueblo y otros papeles, como eran cartas de pago y otras provisiones.

Quevedo comentaba, en nota marginal, con estas palabras: «Pedro Díaz, fué de los que llevaron el arca de todos los papeles de propios y pósito y sisa a la Iglesia, como consta del fol. 24, segunda plana. No dice que lo hizo, ni que sacó los papeles, ni que había otra cosa sino provisiones y cartas de pago; y era mi enemigo.»

También declaró Pedro González que el alcalde Cristóbal (1622 y 23) se llevó del archivo unos papeles. Juan de Córdoba y otros aludían a las nuevas escrituras de 1622 y 1623 para arreglar las antiguas, y a los embargos hechos por Quevedo a sus deudores. Tam-

bién decían que D. Francisco había de comprar los censos que tenía el Concejo, y ponerlos a veinte, porque entonces eran de catorce y de diecisiete.

En la declaración de Alonso Salido hay la nota siguiente de Quevedo, al margen: «Entonces no se acordaba por el mucho tiempo, y después, que forzosamente había más tiempo, se acordó.»¹

Tampoco la Torre podía conseguir su propósito de sustituir las piezas de la requisitoria.

* * *

Por otra parte, el licenciado Bernal Sánchez, como representante de la Torre, presentó ante el Consejo, en 31 de julio de 1626, la provisión real de 5 de junio de 1626, para que Lázaro de los Ríos, escribano de Cámara, remitiera a la Chancillería de Granada el pleito sobre las cuentas. A 2 de octubre se le notificó a Quevedo en su persona, y dijo «que lo oía y que se ponga en el oficio». Lo mismo contestó al escrito que le trasladaron de parte de Pedro de Lillo y en la misma fecha.

Como procurador de la villa y de D. Francisco de Quevedo actuaba Esteban Tofiño, quien decía no tener poder para responder a este punto, por lo que entendía se le debía decir a Quevedo (19 de septiembre de 1626). La diligencia de notificación se interrumpía.

Pedro de Lillo acusó la rebeldía (8 de octubre). Tofiño contestaba también, a 11 de noviembre de 1626, contradiciendo, «porque el pleito estaba introducido ante el Consejo, y sólo pretendían embarazar el negocio y no pagar a Quevedo, y porque no era de los que la ley mandaba que se llevasen a las Chancillerías». A 14 de noviembre se notificó a la parte que tocaba. Como ésta no contestaba, Tofiño acusó la rebeldía a 20 de noviembre.

Concluso, los señores D. Jerónimo de Medinilla Belenguer de Aoiz y D. Francisco de Alarcón dieron auto (Madrid, 28 de mayo de 1627) mandando dar «traslado a los acreedores de lo que pide el Lic. Bernal Sánchez, y responda don Francisco de Quevedo, y con lo que dijeren o no, se traiga al Consejo»².

¹ *Pleito A*, págs. 31-32.

² *Pleito E*, fols. 2, 3 y 13 v.

10.—EL SUCESO, SEGÚN QUEVEDO

A instancia de Pedro Lillo el Mozo, vecino de la Torre, que seguía otro pleito, llamado de la dote, con Quevedo, se dió una copia de la declaración prestada por Quevedo acerca de los capitales y réditos que D. Francisco tenía con el Concejo. Este documento fija con bastante claridad la posición de Quevedo en el asunto, y da noticia de otros pleitos que seguía, derivados de éste¹:

«En la villa de Madrid, a dos días del mes de Septiembre de mil seis cientos y veinte seis años el alguacil Joan Pizarro, en virtud del auto de suso, por ante mi el escribano, requirió a don Francisco de Quevedo, caballero del hábito de Santiago, cumpla con lo que por el dicho auto se le manda. El cual, habiendo jurado por Dios en forma de derecho, poniendo la mano en el pecho sobre la cruz de su hábito, dijo que a él se le ha notificado un auto que el presente escribano le leyó y que dixo que jurase e declarase. A que respondió que no le corriese términos y se pusiese en el oficio. Y acudiendo luego al oficio de Pastor de Arcaeta a pedir el auto y petición que se le había notificado para verla y ver lo que a su derecho convenía, le dieron otra petición y auto por el cual se le mandaba dar traslado, y no que jurase y declarase; y estando para responder a la dicha petición, se le notificó otro auto en que con apremio se le mandaba jurase y declarase, sin haber incurrido en mora por haberle dado el oficio el dicho auto que decía traslado, y no sabe otra cosa. Mas, que por cumplir con la verdad, que no parezca que la rehusa, jura y declara que no tiene más censos que los que están presentados en la Sala, en el pleito que trata contra el dicho Pedro Díaz y Pedro de Lillo, y en las cuentas que están presentadas en el mismo pleito y se tomaron para él, que son cuatro censos; en cuanto a las 386 fanegas de trigo contenidas en el dicho pedimento dixo que es verdad que las recibió poco más o menos, lo que pareciere por la entrega dellas que se le hizo. Y en cuanto a qué título las cobró, dice que ellos se las dieron y se juntaron para dárselas; y en

¹ *Pleito A*, págs. 32-34.

cuanto a cuenta de qué deuda lo aplicaron, dijo que a cuenta de los réditos que se le deben, que son en mucha cantidad; y en cuanto a la posesión que tiene de la hacienda de Juan Abad, dijo que es verdad que tomó posesión que tiene de la dicha hacienda antes de este pleito con los dichos Pedro Díaz y Pedro de Lillo, que hoy se la han quitado por otras deudas anteriores, y que todo ello ha rentado hasta cincuenta reales poco más o menos, y esta cantidad no sabe si la han cobrado, y que de ello constará en la cuenta.

Y en cuanto a las cantidades que dicen haber cobrado de los vecinos de la dicha villa, dijo que eso consta por las cuentas que se hicieron por mandado del Consejo, que están presentadas en el dicho pleito, por las cartas de pago que les dió de lo que recibió, volviéndoles sus escrituras, y que las personas son casi todo el lugar, y las cantidades tan diferentes que es imposible saberlo con certidumbre, por ser unas rentas que es imposible saberlo con certidumbre, por ser unas de a diez reales y otras de a ocho, y otras de más y menos, y ningunas de una misma cantidad, y haber cuatro años que lo susodicho pasó y haberles vuelto sus escrituras.

En cuanto a qué deudas tiene aplicado lo que ha cobrado de los dichos particulares, dijo que a los réditos corridos que le deben, como dicho tiene, porque él no tiene otra acción por donde cobrar de vecino ninguno sino por lo que ellos se obligaron por los réditos corridos. Y en cuanto a las cantidades que dicen ha comprado y vendido de las haciendas de los dichos Pedro Díaz y Pedro de Lillo, jura y declara que las ha aplicado a la deuda criminal del estelionato, por lo cual los señores de la Sala los condenaron en vista y revista¹, y las costas en que están condenados y en todo lo demás que manda la ejecutoria.

Y en cuanto al título y posesión que tiene de la villa de la Torre de Juan Abad, dijo que es verdad que la tiene por cuatro mil ducados en venta real que de ella se le hizo por ejecutoria del Consejo real de Castilla y de las Ordenes; que la tiene en cuenta de los dichos réditos que se le deben, porque él no puede cobrar nada de los principales ni por cuenta de ellos, si no es de los dichos Pedro Díaz y Pedro de Lillo, que por el

¹ No hemos podido encontrar rastro de este pleito por estelionato, que sería muy instructivo para nuestro objeto.

delito de estelionato están condenados que le rediman los principales de los censos en que le defraudaron y engañaron. Y que así todo lo que se ha pedido por esta petición y por este declarante jure y declare ha sido por dilatar, supuesto que todas son partidas que no pueden ser sino réditos, y el pleito con las partes es por delito criminal para redención de aquello en que delinquieron. Y esto dijo que es la verdad por el juramento que tiene fecho y lo que sabe de lo contenido cerca del dicho pedimento, y lo demás lo niega. Y lo firmó de su nombre y de ello doy fé.

Y así mismo dijo que declara... que en cuanto a los réditos que cobra cada año del administrador son seiscientos reales que le dá cada mes, pues algunas veces ha faltado de dárselos y otras veces le ha dado de más, y que el asiento que con él tiene hecho es éste y que lo que puede ser de variedad es poco más o menos.» (Firma.)

11.—LA VILLA DE LA TORRE, EN BUSCA DE LOS DOCUMENTOS

La Torre de Juan Abad no se conformaba con la situación creada, y seguía tratando de que se tomaran cuentas, por las cuales esperaba demostrar que D. Francisco había cobrado mucho más de lo que se le debía. Con fecha 17 de octubre de 1628 otorgaba la villa su poder a Cristóbal González Bustos, su convecino, para este efecto, asignándole doce reales de salarios cada día.

El documento es curioso por sus datos retrospectivos, ya utilizados¹, y por insistir en lo mucho que había cobrado Quevedo de la villa y de los particulares, por lo cual convenía que se pidiera que le tomaran cuentas. Requerido para ello el alcalde Pedro de Lillo para que hiciera el poder, Quevedo pidió que éste se hallase presente y lo diese juntamente con el Concejo; pero Lillo, «por ser cosa con el dicho don Francisco, por cuyo nombramiento tiene la vara de justicia y ser deudo de los hijos de Pedro Gallego (administrador de Quevedo), ni lo ha querido, ni quiere hacer, porque nunca venga a debido efecto».

A 31 de marzo la villa de la Torre pidió al Consejo que llevase Quevedo todos los papeles, pues sólo «ha llevado los que le ha pare-

¹ Véase la nota núm. 1 de la pág. 278.

cido al Relator». Y el Consejo mandó que especificase la villa de qué papeles se trataba. Hízolo la Torre (2 de abril de 1629), y eran:

Un pleito que intitula: «Don Francisco de Quevedo y doña Margarita de Quevedo, sobre el cumplimiento de una requisitoria del señor Alcalde Gregorio López Madera.»

Otro que se intitula: «La villa de la Torre de Juan Abad sobre poner sus propios en administración.»

Otro: «La cuenta que dió don Francisco del año que fué administrador.»

Otro: «La cuenta que dió Pedro Gallego, administrador que fué de los propios de la dicha villa, vecino que es de Villamanrique.»¹

La Torre, a 5 de abril, decía que «don Francisco, a fin de defraudar el crédito de mi parte y que no pareciese la dicha escritura de remate, fué a la ciudad de Toledo y tuvo traza para que se le entregasen los dichos papeles, y habiendo la villa gastado mucho tiempo en buscar los dichos papeles, halló la carta de pago y el auto que tuvo para que se lo entregaran, la cual tiene reconocida; y aunque se le ha pedido muchas veces lo entregue, no lo ha hecho ni lo quiere hacer, y mi parte tiene en esta corte cinco meses persona para las cuentas, y no se pueden hacer sin los dichos autos». Por tanto, pedía que se juntase con los autos. A 23 accedía el Consejo, y a 26 se notificó a Baltasar de Montoya, en nombre de Quevedo, quien respondió que «lo oía».

Instado, a 25 de mayo respondía que los papeles que él recibió en 1611 eran ciertos procesos contra la villa «sobre los delitos que habían cometido por haber impedido el cumplimiento de las dichas requisitorias de pago y hecho ciertos excesos contra diferentes jueces..., sin que en ello hubiese cosa que pudiese importar a la dicha villa, porque lo que piden de las cuentas de la sisa y sentencias dadas contra los oficiales que la libraron está en este mismo cuaderno, y la apelación que de ellas se interpuso está pasada en cosa juzgada; en que se conocerá que el intento de la parte contraria es sólo molestar-me e impedir con esto el nombramiento de administrador y comerse los bienes del concejo, como lo han hecho dos años ha que no hay administrador, pues si quisieran cobrar estas condenaciones que se

¹ De todos estos pleitos, sólo hemos podido encontrar el primero, que se conserva en el *Pleito A*, como se ha dicho.

han hecho por lo que los dichos oficiales han librado mal de la sisa, se pudieran hacer con esos mismos papeles que están en este cuaderno, y sin embargo serles notorio, los piden, y también lo es y les consta que yo entregué los mismos papeles que recibí en Toledo a Juan Díaz de Santibáñez, por el año de seiscientos trece, que fué más de dos años después que yo los recibí; los cuales entregué al susodicho para que, como persona que con poder mío había asistido a hacer las diligencias necesarias para que se me pagase lo que la dicha villa me debía, en que se ocupó mucho tiempo para cobrar los salarios que de ello se le debía de la dicha villa, que era quien lo debía de pagar, porque de los dichos procesos que así le entregué constaba; el cual con ellos acudió al concejo y pidió se liquidase lo que se le debía de sus salarios causados por las diligencias hechas en los dichos procesos en razón de la dicha cobranza, y se mandó presentase ante el contador Pozo los dichos papeles para que hiciese la dicha cuenta, el cual, con vista de ello y noticia de la parte contraria, la hizo y sacó alcance líquido contra la dicha villa; y por no poder cobrar lo que esto montaba de la dicha villa, por estar sus bienes en administración, lo cobró de mis bienes como todo consta de las mismas cuentas originales, hechas por el dicho contador, que están originales en poder de Fernando Navarro, escribano, vecino de Villanueva de los Infantes».

Terminaba Quevedo su escrito pidiendo provisión para que el escribano le entregase las cuentas originales, y se quedase con traslado para presentarlo en el Concejo.

Insistía la Torre en sus puntos de vista (19 de mayo de 1629), y presentaba las escrituras por las que decía constar la paga de Quevedo y las cuentas. A la notificación contestó el apoderado de don Francisco que «lo oía». Y el 6 de junio, en nombre de Quevedo también, presentó un escrito acerca de la petición de los papeles. Insistía en que a Quevedo se le debían muchos años, sin tratar de darle satisfacción; y la causa de que se siguiera el pleito y otros era porque las personas que estaban gozando los bienes y propios de la dicha villa, con ocasión de estos pleitos estaban apoderados de esta hacienda, donde Quevedo había de cobrar. Además, los papeles que se pedían para verificar que D. Francisco estaba pagado de alguna parte de lo que se le debía, no verificaban cosa alguna, pues por las cuentas hechas «entre mi parte y la contraria por juez de V. A., a

quien se cometi6 el hacerla, consta haberse hecho alcance contra la dicha villa». Respecto a las escrituras que ahora se alegaban como pagadas, ya se alegaron en el pleito de la jurisdicción, y sin embargo, se mand6 vender ésta por ejecutoria del Consejo. Además, a la villa constaba que los papeles que pedía no estaban en poder de Quevedo, «pues mucho tiempo después que hizo el recibo de ellos se le entregaron a el contador para hacer la cuenta de lo que la dicha villa debía a mi parte, el cual lo hizo por mandado del Consejo, en vista de los dichos papeles, y así tiene mi parte pedida compulsoria para traer las dichas cuentas».

La villa, a continuación (15 de junio), presentó una información testifical para probar que D. Francisco «tiene en su poder muy grandes sumas de trigo, cebada y ganados de diferentes personas, como deudores que eran de la villa»; y presentaba cuatro escrituras «para que conste estar pagado enteramente desde septiembre de 1610 hasta todo el año once de los corridos de sus censos»¹.

12.—EL SUCESO, SEGÚN LA TORRE

El documento más fuerte contra Quevedo escrito en este pleito es el presentado por la villa el 13 de junio de 1629, para contestar a otros anteriores de don Francisco, de 5 de mayo y de 6 de junio².

Insistía la villa en que paraban en poder de Quevedo los papeles, cuentas, tanteos y ajustamientos, y más títulos de su hacienda, con procesos y sentencias de rescate contra particulares, para la paga de la jurisdicción y primera instancia; recordaba cómo Quevedo había conseguido en Toledo la entrega de los procesos; ponía de relieve la contradicción acerca de su paradero actual, pues una vez decía que los entreg6 a Juan de Santibáñez y otra al contador Pozo; creía que los ocultaba porque habría de devolver gran cantidad de dineros indebidamente cobrados; insinuaba el delito de Quevedo de tomar papeles oficiales que debían parar en manos de escribanos de Cámara y sólo podría manejarlos con citación de la parte contraria

¹ *Pleito A*, págs. 39-40.

² *Ibid.*, págs. 40-41.

y dejando un traslado; rebatía el aserto de Quevedo de que los procesos sólo tenían culpas de los de la villa, porque si así fuera nunca habría tratado de disimulárselas, y la villa haría que los culpables recibieran su castigo, pues sólo serían algunos amigos de Quevedo y que le ayudaban en su empeño de quedarse con la jurisdicción; insistía en que eran precisos los papeles para hacer las cuentas, y en que D. Francisco estaba pagado de los réditos y de los principales sólo con lo cobrado hasta el año 14 y lo embargado a Bernal Sánchez, hacienda de más de 10.000 reales.

«Menos fundamento—continuaba—tiene decir que con ocasión de estos pleitos están los poderosos gozando y disfrutando la hacienda de la villa de donde ha de cobrar, y lo contrario es lo cierto, y como dueño de la jurisdicción de que se ha apoderado y que pone los alcaldes de su arbitrio y mano, hacen lo que él quiere, y así está gozando de todo ello, y hizo que a Martín de Merlo, último administrador por V. A. se le quitase la administración alzándose la parte contraria y sus aliados con ella.» Las escrituras presentadas probaban estar Quevedo pagado, y no valía decir que un juez posterior encontró un alcance de más de dos cuentos, porque esto tiene dos respuestas: una, «que huyendo el cuerpo de nuestro concejo, donde se tenía noticia de todo esto, acudió al de las Ordenes, y allí se le despachó el juez y las cuentas se hicieron muy a su modo y con solas las personas de su contemplación..., y la otra, que aun entonces no había ni hubo que hacer cuenta hasta el año diez, pues con las dichas obligaciones quedaba enteramente pagado». Y no obstaba la carta ejecutoria que oponía en que se dedujo todo esto, porque el auto de revista decía que dentro de sesenta días mostrase la dicha villa, «mi parte, como ha pagado la contraria, y pasados, por lo que resultare debersele, se vendan sus propios y jurisdicción, y en este término, por negociación del susodicho y tener en su poder los recaudos no respondió nada la villa, y así fué imposible deducirlo de la ejecutoria». Pedían, en consecuencia, que el Concejo compeliere a Quevedo a que exhibiera los citados papeles, y no lo haciendo, declarase por extinguidos los censos y por pagados sus réditos, «supuesto que tiene en su poder la hacienda y títulos con que mi parte se los puede quitar, y que sobra otro tanto, y en caso que los presente, declare estar pagado enteramente de los corridos, salarios y costas hasta el año de 1610».

A la notificación de este escrito contestaba Quevedo el con-sabido «que lo oía», y lo mismo a otras posteriores, hechas en junio y en septiembre de 1629. Al verse constreñido, Quevedo suplicaba la revocación del auto que le mandaba entregar en término de treinta días las trece piezas del pleito que recibió en Toledo, fundándose en que estaban los papeles repartidos en varios oficios y no se había dado la provisión necesaria para re-traerlos.

La villa (18 de febrero de 1630), al tener noticia de la suplicación anterior y de que el Consejo le había mandado poner dos guardas hasta que entregase las catorce piezas del proceso de ella que tenía, pedía que el Consejo repeliese la dicha petición, por no estar firmada de abogado ni tampoco hecha por parte, porque por autos de vista y revista está vencido Quevedo y condenado a entregar estos papeles, «y ha más de seis años que se litigó este pleito y que se le mandó, teniendo la villa más de tres años una persona en esta corte siguiendo el pleito y procurando parezcan los dichos papeles, y aunque ha prometido entregarlos siempre, jamás lo ha cumplido, y a pesar del auto de revista, en que se le dió término de treinta días, ha más de seis meses y lo tiene en el mismo estado que agora seis años, y no tendrá otro jamás, si el Consejo no lo manda compeler. Y así, ninguna de las dichas rentas se cobra ni tiene forma por tener el susodicho estos papeles».

Insistió nuevamente en sus conocidas razones de que no tenía los papeles por los que se veía haber cobrado Quevedo de la villa más de lo justo, y pedía que se le condenase además a que pagara las costas de tres años de asistencia de un vecino de la Torre al pleito.

El Consejo resolvió: «Júntese todo y al relator.»

Quevedo tuvo por fin que entregar los papeles. Al menos así se deduce de la siguiente nota:

«Pagó la villa de la Torre Juan Abad, sesenta reales y no más a cuenta de ochenta y seis, de las piezas que ha presentado D. Francisco de Quevedo, que ha rubricado el Consejo.—En Madrid a veinte y cuatro de Julio de 1630.»

Y no contiene más el pleito.

13.—CONCORDIA DE QUEVEDO CON LA TORRE

No relaciona el *Memorial* la escritura de concordia entre Quevedo y la Torre, «por no conducir a este pleito». Pero gracias a la diligencia del nunca bien alabado Pérez Pastor, puedo dar a conocer este importante documento, según el original guardado en el Archivo de Protocolos de Madrid¹.

En Madrid, a 29 de mayo de 1631, se reunieron Quevedo, residente en esta corte, y el licenciado Martín Sánchez Polo, presbítero, comisario de la Inquisición de Murcia, vecino de la Torre, en nombre y con poder del Concejo, de 5 de enero, ante Pedro Pablo. Dijeron que D. Francisco tenía ciertas pretensiones contra la villa y sus vecinos, algunas de ellas deducidas en pleito, y otras que pretendía deducir, y por el contrario, la dicha villa tenía otras pretensiones contra Quevedo, igualmente deducidas o por deducir en pleito.

Las de Quevedo eran las siguientes:

Que los propios de la villa se vendiesen por el estelionato, para hacerle pago conforme a la condición del censo de su madre.

Que todos los corridos de sus censos, conforme a la condición de ellos, se le pagasen en plata doble, y lo que a cuenta había pagado la villa en vellón, volverlo y que lo diese en plata.

Pedir juez que tomase cuenta de lo que los propios habían rentado dos años que había estado sin administrador, y que lo que pareciere haber rentado, se lo entregasen, por no haberlo podido distribuir en otra cosa que en pagar los dichos censos.

Seguir el pleito de la advocación de las causas, y que los alcaldes de la villa no conociesen de 400 maravedís arriba, y en ellos estuviesen a prevención con su alcalde mayor.

Seguir la ejecución que tenía en apremio, sin levantar el ejecutor, con 600 maravedís de salario, hasta estar pagado.

En estas pretensiones quería Quevedo que el Concejo le diese satisfacción, y el Concejo pretendía a su vez que no estaba obligado;

¹ *Memorial*, fol. 16 v.; Pérez Pastor, *Bibliografía Madrileña*, II, 537; Archivo de Protocolos de Madrid, núm. 5.537, fols. 391-394.

antes al contrario, D. Francisco debía satisfacerle en las cosas siguientes:

Que de los dos años que administró Quevedo por comisión del Concejo, «que del uno tiene dada cuenta, y de los papeles del cargo parece faltar unos membretes, de que dió razón Fernando Navarro, escribano de Villanueva de los Infantes, sobre lo cual dió la villa querella de D. Francisco y del Fernando Navarro, y Pedro de Lillo exhibiera los dichos membretes».

Que de las hojas que faltaban en las trece piezas de ejecuciones había de dar cuenta de ellas D. Francisco, como le estaba mandado en virtud del recibo que hizo de ellas en Toledo.

Que D. Francisco había de otorgar la escritura del pleito que siguió Pedro de Lillo, que es la que se halló en borrador, sin firma, en los papeles de Juan Morales, escribano de la Torre, «sobre que pusieron pleito ante los señores alcaldes de Corte en el oficio de Sierra.»

Negaba Quevedo estar obligado a nada de esto, especialmente en lo de las hojas de las trece piezas, por haberlas entregado, por mandato del Consejo, a Juan Díaz de Santibáñez, como constaba del recibo que de él tenía presentado.

«Y estando las cosas en este estado—escribían—el dicho Sr. don Francisco, por sí mismo y lo que le toca y el dicho Licenciado Martín Sánchez Polo, en virtud de dicho poder... están convenidos y concertados que por bien de paz y excusar los pleitos que están comenzados sobre las dichas pretensiones, y que se esperan comenzar, por serles de mucho coste y gasto y los fines dudosos, de tomar algún buen medio y concierto y lo han tomado y asentado en esta manera»:

Que en cuanto a los dos años, poco más o menos, que D. Francisco administró los propios y tiene dada cuenta del uno y del otro no, «la cuenta que está dada se ha de reveer y las partidas del cargo y descargo que faltaren se han de poner y bajar las que estuvieran duplicadas»; y el año que estaba por dar cuenta se le había de hacer cargo por el año que más hubieren valido los propios desde que se administran, bajándole los miembros que no administró.

Que la cuenta de lo que la villa debía a Quevedo de corridos y costas de sus censos se había de hacer en la Torre, ante los alcaldes ordinarios de ella; «en la cual todas las partidas de dinero, trigo,

cebada y centeno que su merced hubiere recibido, o sus agentes con su poder, así del concejo como de vecinos de la villa, o de otros por ellos, y lo que por unas censuras que se leyeron en la villa constase haber recibido D. Francisco, las había de recibir su merced en la cuenta que ahora se hiciese de todos los réditos y costas de los censos». Y de lo que Juan Díaz de Santibáñez cobró y no estuviere descargado a la villa en la primera cuenta, se había de descargar lo que no estuviere descargado. Y las dudas que se ofrecieren en dicha cuenta se habían de comprometer en dos personas: una, por parte de Quevedo, y otra, por la del Concejo; y por lo que determinasen se había de estar y pasar; y en caso de discordia se había de nombrar un tercero, de conformidad de ambas partes; y por lo que dos de los tres determinasen, se había de pasar y ser sentencia definitiva.

Y las cuentas no se habían de tomar en las dudas que se ofrecieren, sino que, dejándolas aparte mientras los jueces árbitros las determinaban, se había de proseguir y acabar las tales cuentas.

Y acabadas las cuentas, si la villa fuese alcanzada en alguna cantidad de maravedís reduciendo la obligación que la villa tenía de pagar en plata doble todo el cargo al 10 por 100, el alcance que la dicha villa tuviese y el valor de la jurisdicción lo había de pagar en esta forma la villa.

Que los alcances que la villa hiciese a los administradores que habían sido, cuyas cuentas había de pedir la villa luego, y las había de hacer sin alzar mano, los había de ceder con poder en causa propia para que D. Francisco los cobrase.

Y las obligaciones que estaban otorgadas, «y las que adelante se otorgasen a favor de la villa de los cuartos de los arbitrios, sacando mil reales que había de haber su S. M. y 2.700 poco más o menos que había de haber Villanueva de los Infantes en cada un año, todo lo demás que montare, hasta la cantidad concurrente, le había de ceder el dicho concejo las escrituras con poder en causa propia».

De todas las cuales partidas el Concejo había de estar obligado a la evicción y saneamiento, y haciendo Quevedo las diligencias ordinarias en la cobranza de las unas y las otras, sin estar obligado a más.

Lo que dejase de cobrar, no lo había de pagar la villa.

Y asimismo de lo que procediese de los propios de la villa, «en los cuales había de haber administrador hasta estar D. Francisco enteramente pagado, sacando sesenta mil maravedís cada un año para gastos del Concejo y sacando el salario del administrador», todo lo demás que cayera lo había de entregar el dicho administrador a Quevedo, haciéndole de ello pago primero de lo que fuese corriendo cada un año de los réditos de todos los censos; y lo que cobrase a cuenta de los dichos alcances, hasta que se le hubiese pagado enteramente lo que se le debiere. Lo cual había de ir cobrando de lo que primero cayese de todos los dichos efectos.

Y hechas estas cesiones, Quevedo había de «alargar la jurisdicción a la dicha villa, y en el interin que esto se efectuase y se hiciesen las cuentas de los administradores y las de su merced que se han de empezar luego, y se han de proseguir sin dilación alguna, se ha de estar en el conocimiento de las causas como está hoy, a prevención de los alcaldes ordinarios de la dicha villa, y el Alcalde Mayor del Sr. D. Francisco, sin que su merced haya de innovar en el pleito que sobre esto ha intentado.

•Y si de las dichas cesiones salieren inciertos de quinientos ducados arriba, en el interin que la villa los paga, le ha de volver la jurisdicción al dicho señor don Francisco como su merced la tiene ahora, si entre vecinos particulares no le asegurasen la deuda a su satisfacción».

Ambas partes se comprometieron a cumplir lo estipulado, y se apartaron de los pleitos movidos o por mover, y diéronse por libres mutuamente, y se obligaron a no tratar ningún pleito. Si alguna parte contraviniese, pagaría las costas y gastos, más 1.000 ducados de pena convencional, que desde luego aplicaban para el donativo a Su Majestad. Quevedo obligó sus bienes, y la villa sus propios y rentas, al cumplimiento de esta escritura. Se sometieron al fuero del Consejo de Su Majestad y al Consejo Real de las Ordenes, renunciando su propio fuero, jurisdicción, domicilio, etc.

Fueron testigos instrumentales D. Alonso Mexía de Leiva, regidor y vecino de la villa de Segura de la Sierra; Eugenio Romero, vecino de Madrid, y Gregorio Martínez, residente en la misma capital.

Firmaron Quevedo y Martín Sánchez Polo, ante el escribano Juan Martínez de Portillo.

14.—CUENTAS DE LA VILLA DE LA TORRE CON QUEVEDO

Como consecuencia de la transacción anterior se hicieron al fin las cuentas de las deudas de la villa, cuestión batallona de las relaciones del señor con sus vasallos.

Después de varios intentos¹, el 15 de octubre de 1633 se juntaron en la villa de la Torre de Juan Abad, «a liquidar y ajustar la cuenta de réditos de censos que el concejo desta villa debe, los señores don Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero de la Orden de Santiago, de una parte, y Juan de Bordallo y Diego González, Alcaldes ordinarios, Alonso de la Mata, Juan Alvarez y Martín Díaz Busto, Regidores, y Luis González Busto, fiel ejecutor, y en nombre y con poder del dicho concejo, de la otra, y así juntos se hizo la dicha cuenta en la forma siguiente:

¹ En el pleito, que termina en 1665, se halla copia de la requisitoria para que tomaran las cuentas a Quevedo, a Pedro Gallego, vecino de Villamanrique, y a Martín de Merlo, vecino de Valdepeñas, que habían administrado los propios y rentas de la Torre de Juan Abad. Había de hacerlas el alcalde mayor de Villanueva de los Infantes. (11 de abril de 1631.)

El licenciado Andrés Flores, alcalde mayor del campo de Montiel, ante Pedro Morcillo Caro, pidió costas, a 23 de junio de 1633, a Felipe Mexía y Merlo, heredero de Martín de Merlo, desde 2 de marzo de 1628.

Cargo al Concejo

Maravedís

Alcance a favor de Don Francisco en la cuenta que se hizo de los réditos de los censos por el Lic. González Muñoz, teniente de Gobernador del Partido con comisión de S. M. ante Fernando Navarro, escribano, a 7 de Septiembre de 1622.....	2.615.891
Por la cuenta pasada tomada por el dicho Lic. González Muñoz se le hicieron buenos al concejo de la segunda partida del descargo de costas pagadas a Juan Díaz de Santibañez, ejecutor por Pedro Gallego, administrador que entonces era; en la cual dicha cuenta se le cargaron al dicho Don Francisco debiéndolas el concejo como costas suyas, y así fué yerro y se cargan al dicho concejo para deshacerlo.....	47.926
Resto de 77.089 mrs. en que don Francisc alcanzó al Concejo en la cuenta que dió en Madrid de su administración de propios de 1612, como de ella pareció, porque los 68.000 restantes se cargaron al concejo en la cuenta pasada, tomada por el dicho Lic. González Muñoz.....	9.989
Alcance que don Francisco hizo al concejo en la cuenta de su administración del año 1613, que dió en este presente año en esta villa, ante el Alcalde mayor de este partido, como de ella pareció.....	2.635
Por los réditos de un censo de 3.084.500 mrs. de principal a razón de a veinte y por once años y un tercio, que comenzaron a correr desde 24 de Mayo de 1622, que se cargaron los réditos de dicho censo en la cuenta pasada, hasta 24 de Septiembre de 1633.....	1.747.883
Por los réditos de otro censo de 75.000 mrs. de principal a razón de a veinte, que era del colegio de Segura, por once años y ciento y tres días, que comenzaron a correr desde 21 de Mayo de 1622, que están cargados en la dicha cuenta, hasta 1.º de Septiembre de 1633 que cumplió el plazo.....	42.310
Por los réditos del censo de 650.000 mrs. de principal, que era del colegio de Segura y se cuenta a razón de	

Maravedís

a veinte, por once años y cuarenta y seis días, desde 21 de Mayo de 1622, que están cargados en la cuenta pasada hasta 6 de Julio de 1633, que cumplió el plazo.....	351.594
Por los réditos del censo nuevo que era del convento de Santo Domingo de Villanueva de los Infantes de 523.600 mrs. de principal, por diez años, desde 10 de Noviembre de 1622, que está hecho cargo en la cuenta pasada hasta 10 de Noviembre de 1632.....	261.800
Por el premio de plata de los maravedises de réditos cargados en esta cuenta de los dos censos mayores, por estar obligado a plata y en la concordia que don Francisco y el Concejo hicieron en razón de pleitos y diferencias, corroboran la dicha obligación, como de ella pareció; y se considera el dicho premio a razón de diez por ciento, conforme a la premática nueva.....	209.947
Por el premio de los réditos de los dichos censos mayores, cargados en la cuenta antecedente, conforme a la dicha concordia, a razón de diez por ciento, habiendo descontado de los dichos réditos la plata recibida a cuenta de ello y en especie, que don Francisco declaró estar pagado de ella, y por lo restante monta la cantidad de.....	344.592
<i>Suma y monta el cargo.....</i>	<u>5.634.567 $\frac{1}{2}$</u>

Data al Concejo

Maravedís

Resto de 235.000 maravedís, que montaron veinte y ocho obligaciones de vecinos de la Torre entregadas a don Francisco, declaradas en la cuenta pasada, que las hicieron a cuenta de réditos de censos porque los 82.666 mrs. restantes están fechos buenos en la dicha cuenta pasada al concejo, y así en esta se le hacen buenos los restantes.....	152.334
Mitad de 54.527 mrs. advertidos en las cuentas pasadas y no hechos buenos, cobrados por Jerónimo de Rivera con poder de los herederos de D. ^a María de Santibañez, de que dió carta de pago a 20 de Mayo de 1604, a cuenta de réditos y costas, y por no haber luz de lo que montaron, de consentimiento de las partes se hace buena esta partida la mitad a cuenta de los dichos réditos y la otra mitad queda por costas.....	27.263
Por la última partida cargada al concejo en la cuenta pasada de las costas de Juan Díaz de Santibañez, pagadas a Alonso Martínez, escribano, por Pedro Gallejo, administrador que fué del Concejo, a quien se le descargaron en su cuenta, y por haberles satisfecho el concejo de sus propios y no el dicho señor don Francisco de sus bienes, fué yerro el cargarlos, y así se descargan.....	8.568
Por un yerro del cargo de la cuenta pasada en el rédito de un censo adicionado a la margen de la partida...	340
Recibidos por don Francisco en el precio de 375 florines de oro, que pagaron los vecinos de la Torre por el dicho concejo y se vendieron a 16 reales, que montaron la cantidad de.....	204.000
Recibidos por D. Francisco de Lázaro de Lorca en el precio de 50 florines del tercio, a nueve menos cuartillo, a la dicha cuenta, de su carta de pago de 22 de Julio de 1610.....	14.875
Otra cantidad a dicha cuenta, de Francisco Martín, regidor de la villa, según carta de pago de 24 de Julio de 1610.....	9.679

Otra cantidad recibida a la dicha cuenta del Licenciado Bernal Sánchez, de que tenía hecha obligación por el concejo, como pareció de su carta de pago en mayor suma de la Administración que tuvo el dicho licenciado, su fecha a 13 de Mayo de 1622..	9.000
Por el precio del mesón de Juan Abad, que don Francisco tomó por cuenta del concejo, por que en esta cantidad se conformaron las partes, respecto de estar caído y tenerlo y apreciarlo libre en la dicha cuenta..	18.700
Lo que el P. Fray Blas de la Granja, religioso del convento de la Victoria de Madrid, recibió del Concejo en obligaciones para diferentes personas, a cuenta del rédito de censo que se le debía al dicho convento por la parte que del mayor le tocaba por la Señora Doña María de Santibañez, que después volvió a don Francisco, como pareció de la cuenta que hizo el concejo, a 3 de Julio de 1618, ante Pedro de Aguilar, escribano; y por haberse cargado todos los réditos del dicho censo por mayor en la cuenta pasada, en que entró el tiempo que lo gozó el dicho convento, se le hace bueno lo pagado a cuenta de ellos, que era..	40.000
Recibidos por don Francisco en la cuenta de su administración del concejo del año 1612, por los réditos de censos del colegio de Segura, en dos partidas, como de ella parece, y por haberse hecho cargo de los réditos enteramente por esta cuenta y la pasada, se hace bueno el dicho recibo de..	177.483
Recibidos por don Francisco de Francisco Gallego, depositario de los propios del concejo, de que dió carta de pago a pie de libranza del ayuntamiento, fecha a 20 de Octubre de 1622, como pareció de la cuenta que dió de su depósito a Martín de Merlo, administrador que le sucedió..	39.780
Recibidos por don Francisco en partidas diferentes de Martín de Merlo, administrador que fué del Concejo desde 2 de Marzo de 1623 hasta 2 de Agosto de 1628, como parece de la cuenta que dió este presente año (1633) ante el Alcalde Mayor del partido donde le fueron descargados..	1.343.617
Recibidos por Quevedo de diferentes personas de penas	

de manifestaciones del mes postrero de la Administración de dicho Martín de Merlo, que no se le cargaron en cuenta, como pareció de carta de pago de letra y firma de Quevedo, su fecha a 1 de Julio de 1628, que mostró Pedro Pablo, escribano y se volvió a quedar en su poder.....	5.012
Pagado por Francisco Gallego, depositario de los propios que fué desde 2 de Agosto de 1628 hasta 26 de enero de 1631 a Quevedo y a Francisco Gómez y a otras personas en su nombre, como pareció de la cuenta que dió de dicho depósito a 20 de Julio de 1633, donde por siete partidas se le van descargados.....	181.418
Pagado a Francisco Gómez, en nombre y con poder de don Francisco, por Francisco de Contreras, cobrado de los propios del concejo, como pareció de su carta de pago, fecha a 20 de Agosto de 1631.....	106.960
Recibidos por Quevedo de Francisco Gómez, administrador que de presente era de los propios del concejo, a cuenta de réditos de censo, de que le dió carta de pago y de ella se descargó Gómez en la cuenta que dió ante el Alcalde Mayor del partido el año 1633, como de ella pareció.....	1.001.810
Dados por recibidos por Quevedo de Juan Gómez de Tiscar, hermano y heredero del Licenciado Bernal Sánchez, administrador que fué del Concejo, por el alcance que se le hizo en su cuenta ante el Alcalde mayor del partido en 1633; los 85.031 mrs. por la resolución del alcance de la cuenta, y los 30.105 restantes, que salieron inciertos, de los que se le hicieron buenos en la dicha cuenta por dados a don Francisco en dineros y gastos que hizo con su merced y sus criados, por tener de todo hecho cuenta y dándole carta de pago y exceder de ella el dicho descargo en la dicha cantidad. Y así por ser todo alcance final, lo dió por recibido, y así se hace bueno al concejo para en cuenta de lo que D. Francisco le restaba debiendo a dicho Juan Gómez de la compra de una casa en la villa de la Torre.....	115.136
<i>Suma y monta el descargo</i>	<u>3.455.975 ¹/₂</u>
Ayuntamiento de Madrid www.memoriademadrid.es	

	Maravedís
Suma el cargo.....	5.634.567
Idem el descargo.....	3.455.975
<i>Alcance contra el Concejo.....</i>	<u>2.178.592.*</u>

Termina el documento con cierta solemnidad, que refleja la importancia que para las relaciones de Quevedo con la Torre tenía este arreglo y transacción:

«Y de la manera que dicha es se acabó la dicha cuenta con asistencia de Alonso de Cuenca, contador de parte del Concejo y por los dichos señores don Francisco de Quevedo, Alcaldes y regidores, en nombre del dicho Concejo y en virtud de su poder que el dicho Luis González visto tiene, cada parte por lo que le toca, la aprobación por buena e bien fecha, cualquier tiempo que parezca; y así mismo se le ha de recibir en cuenta a el dicho concejo cualesquiera cartas de pago que parecieren del Señor D. Francisco o de otras personas en su nombre y con su poder, y otras pagas que en cualquiera tiempo se averiguieren no estando incluidas en esta cuenta o en la pasada, fecha de los dichos réditos de censos. Y así lo otorgaron, siendo estigos Francisco Gómez y Francisco del Olmo y Juan de Pareja, vecinos y estantes en esta villa, y los otorgantes, que doy fée conozco, lo firmaron de sus nombres: Don Francisco de Quevedo Villegas; Juan de Bordallo; Diego González Alonso de la Mata; Juan Alvarez de Vivar; Luis González Busto; Martín Díaz Busto.—Ante mí, Pedro Morcillo Caro.—E yo el dicho Pedro Morcillo Caro, escribano por S. M., público y del Ayuntamiento desta villa, presente fuí y lo signé ut supra.—En testimonio de verdad.—Pedro Morcillo Caro, rubricado.—Este es el original.»

Don Francisco puso de su mano: «Cuenta y alcance que se me debe líquido, dos cuentos 178.592.»¹

¹ *Pleito B*, pieza 1.^a, fols. 74-80.

Esta cuenta, con la seca aridez de sus números, nos dice bien claro que llevaba la razón Quevedo en sus discusiones inacabables con la villa. Prestó los dineros su madre, y no cobró réditos. Ni él ni su hermana vieron en doce años una cuenta clara, habiendo de terminar por dar como recibidos una insignificante cantidad de 23.000 maravedís. Cuando en 1610 apretó con su requisitoria del Consejo, consiguió que le pagaran los vecinos unos 228.000 maravedís, y en virtud de las obligaciones que algunos vecinos hubieron de hacer, cuando la tormenta del juez de comisión les amenazaba, sacó 152.000 maravedís. El año 1612, que lo administró por su cuenta, estando presente en la Torre, obtuvo 177.500 maravedís. En los años posteriores, desde la ejecutoria de la jurisdicción hasta 1631, en que llegó a una transacción, los pagos del Concejo siguieron el mismo difícil camino. De los cinco millones y medio de maravedís que debió haber cobrado en treinta y dos años, sólo había recibido tres y medio escasos; y dudo mucho que los dos millones restantes los cobrase entre 1633 y 1639, en que se reanudó el pleito sobre la jurisdicción.

15.—PLEITO SOBRE LA POSESIÓN DE LA JURISDICCIÓN

Pasaron unos diez años, durante los cuales parece que D. Francisco disfrutó de la jurisdicción de la villa de la Torre de Juan Abad por virtud de la transacción concertada con la villa en 1631.

De esta época hallo un documento¹, firmado en Madrid a 26 de marzo de 1639, en el cual dice:

«Que es mi voluntad que el prado de Sorriego y la Haza de la Unquera, que como bienes de mi vínculo llevaba, con permisión mía, Alonso de Villegas, difunto, es mi voluntad los lleve y tenga por el tiempo que fuere mi voluntad, D.^a Isabel de Villegas, para que anden juntos todos los bienes en el dicho vínculo, y con más puntualidad acuda al aniversario y reparos de la casa y hacienda. Y en virtud de esta quiero que desde luego lo goce uno y otro por el tiempo que mi voluntad fuere.»

¹ *Pleito D, Memorial* ajustado, fol. 35. Traslado confrontado con su original por el escribano Francisco González de la Concha, en información hecha por María Teresa de Quevedo.

El pleito con la villa estaba latente, y brotó este mismo año con un aspecto nuevo.

El 26 de octubre de 1639, poco más de un mes antes de la detención de Quevedo (el 7 de diciembre) y de su encarcelamiento en San Marcos de León, se hizo pedimento en el Consejo de Ordenes por el licenciado D. Miguel de Monsalve, que hacía oficio de fiscal, en que hizo relación «que en diferentes villas del partido de Ocaña y de Villanueva de los Infantes, en que se incluía la dicha villa de la Torre de Juan Abad, estaban puestas personas que ejercían jurisdicción con título de Alcaldes Mayores y Ordinarios, siendo como era contra los Breves Apostólicos¹, y no haber precedido licencia del Consejo para ejercerla». Concluyó se le mandasen dar provisiones «para que cada una de las dichas villas no consintiesen que en ellas se ejerciese la jurisdicción ordinaria por Alcaldes Mayores, ni otras personas, y que los que la estuviesen ejerciendo, no usasen de ellas, y que remitiesen al Consejo los nombramientos y títulos, en cuya virtud habían ejercido las dichas jurisdicciones».

Y se dió auto mandando despachar las provisiones que se pedían por el señor fiscal, en cuya virtud se quitó el alcalde mayor puesto por D. Francisco de Quevedo en la villa de la Torre de Juan Abad, y se eligieron alcaldes ordinarios en ella que ejerciesen la dicha jurisdicción.

Y del despojo de la posesión de la dicha jurisdicción, Quevedo se agravió ante el Consejo, pretendiendo que, «en virtud de las cartas ejecutorias referidas y posesión en que se hallaba se le había de mantener y amparar en ella, para que usase la dicha jurisdicción».

De este pedimento y de las cartas ejecutorias presentadas por don Francisco de Quevedo se dió traslado a la parte del señor fiscal. El cual respondió que las provisiones que se habían despachado por el Consejo en defensa de la jurisdicción de las Ordenes «habían sido y eran justas, y se debían defender, y la restitución y diligencias que por ellas se hubiesen hecho; y particularmente en la Villa de la Torre de Juan Abad, porque no le pertenecía ni podía usar de ella, ni nombrar alcaldes que ejerciesen la jurisdicción don Francisco de Queve-

¹ Parecía olvidarse el fiscal de las bulas concedidas por Su Santidad, ya mencionadas atrás, pág. 258.

do, por virtud del censo ni de las ejecutorias que presentaba, porque la facultad Real con que se había tomado el censo le había permitido solamente sobre los propios, rentas y pósito de la dicha Villa, que era la forma ordinaria, y no sobre la jurisdicción, porque aquella no era, ni podía ser suya, sino de la Orden, y que para enajenarse como la misma Villa, si su Majestad la quisiera enajenar, era necesaria licencia y facultad de Su Santidad; y no obstaba decir que la Villa había comprado con sus propios la primera instancia, y que así esta se había acrecido en sus propios y caudal; porque cuando Su Majestad, como Rey y sin usar de la jurisdicción de Maestre hubiera podido (que no se concedía) dar la jurisdicción de la Orden a quien no la tenía, y se tolerara por estar todavía entre los Vasallos de la misma Orden y ejerciéndose por ellos, con todo esto, apropiándose la don Francisco de Quevedo se enajenaba; pues si fuera de libre facultad, y enajenable la dicha jurisdicción, la podía ejercer por cualquiera persona que quisiese, aunque no fuese vecino de la Villa, y de la jurisdicción de la Orden y que así se ha recobrado para ello justamente, pues siendo inenajenable de suyo la jurisdicción, como queda dicho, por ningún camino se podía conceder su enajenación, si no es con autoridad Apostólica, aunque la dicha Villa hubiese comprado la primera instancia, pues no por eso había hecho suya la jurisdicción, que era propia de la Orden; y porque las ejecutorias presentadas no se habían litigado con el señor Fiscal de este Consejo ni Procurador General de la Orden para que pudiesen parar perjuicio a su Majestad, como Administrador perpetuo de la Orden, ni a ella, y que así no habían causado instancia, y por eso había cesado la posesión, y restitución de ella, que pedía el dicho don Francisco de Quevedo, pues antes la Orden y su Magestad estaban despojados de su jurisdicción y habían sido reintegrados legítimamente». Concluyó en «que no había de ser oído el dicho Don Francisco de Quevedo, y se le debía imponer silencio cuanto a lo que pretende de la jurisdicción».

A lo cual satisfizo D. Francisco de Quevedo pretendiendo se le había de dar el amparo de posesión que tenía pedido, sin embargo de lo alegado por el señor fiscal, «porque estando en virtud de ejecutorias en posesión de ejercer la jurisdicción civil y criminal de la dicha Villa de la Torre de Juan Abad, guardando la forma, que le habían dado las dichas cartas ejecutorias, no había podido ser per-

turbado en tal posesión, con sola la relación que había hecho el señor Fiscal, pues su pretensión obraría en los lugares que por tolerancia de Su Magestad ejercía la jurisdicción, pero no en la Torre de Juan Abad donde la Villa tenía comprada con su dinero la jurisdicción, y obligada como suya propia al crédito de Don Francisco. Y porque siendo, como era suya la dicha Villa de la Torre de Juan Abad, la dicha jurisdicción por haberla comprado de su Magestad, la había podido muy bien obligar; y que supuesto que con licencia de su Magestad la había comprado, también se le había dado permisión para poderla obligar, pues habiéndola pagado con su dinero había quedado hecha propios de dicha Villa. Y porque las Cartas ejecutorias que había presentado, estaban ganadas con legítimo conocimiento de causa, en contradictorio juicio con la dicha Villa de la Torre de Juan Abad, y en ellas se habían alegado todas las excepciones, que deducía el señor Fiscal, las cuales obraban cosa juzgada en este caso, por haberse ganado con la dicha Villa, que era la parte formal a quien tocaba la primera causa de litigar¹. Concluyó se había de hacer como por él estaba pedido; denegando al señor fiscal lo que pretendía.

Lentamente, como era costumbre, fué tramitándose la causa, y conclusa ya sobre el dicho artículo, en 23 de diciembre de 1643, después de haber sido libertado el anciano escritor de su prisión, a la caída de Olivares, se dió auto de vista por el Consejo Real de las Ordenes, por el cual ampararon a D. Francisco de Quevedo en la posesión en que estaba en la jurisdicción de la dicha villa de la Torre de Juan Abad, «al tiempo y cuando se le había quitado, en virtud de la Provisión del Consejo, a pedimento del señor Fiscal, y mandaron que usase de ella en conformidad de las dichas Cartas ejecutorias y posesión que tenía dada en ejecución de ellas, y que se le restituyesen todos los frutos y emolumentos que por razón de la dicha jurisdicción le había tocado y podido tocar todo el tiempo que había estado despojado de ella».

De este auto se interpuso suplicación para el Consejo de Comisiones por el señor fiscal.

Y en este estado, la villa de la Torre de Juan Abad salió a la causa pretendiendo «se había de denegar a don Francisco de

¹ *Memorial*, fols. 14-15.

Quevedo el amparo de posesión que tenía, enmendando el auto de vista del Consejo, del cual suplicaba, sin causar instancia, porque la dicha jurisdicción no estaba hipotecada a los censos de dicho don Francisco ni pudiera estarlo, respecto de ser jurisdicción de la Orden de Santiago y no haber precedido Breve Apostólico, sin el cual no pudiera enajenarse ni hipotecarse; y porque habiendo estado incorporada la dicha jurisdicción en la cabeza de su Partido, que era Villanueva de los Infantes, en virtud de Cédula del señor rey don Felipe Segundo, por cierto servicio que la dicha Villa había hecho, se había eximido de la dicha cabeza, quedándola la jurisdicción ordinaria por título precario de Su Magestad, como Administrador perpetuo de la dicha Orden, y sujeta a la dicha cabeza de Partido, en cuanto a las apelaciones y otros casos expresados en la dicha exención, sin que de ninguna manera la adquiriese la dicha Villa en propiedad para poder hipotecar¹, y porque a lo dicho no obstaban las ejecutorias del Consejo de Castilla, en las cuales no había litigado el señor fiscal ni se había dispuesto lo alegado en esta petición, que era en lo que verdaderamente consistía la defensa de la villa, y la de la dicha Orden; y porque siendo esto así, habiéndose quitado la jurisdicción en muchos lugares de la Orden a algunos acreedores que habían tomado posesión de ella, y formándose competencia entre el consejo de las Ordenes y el de Castilla, se había vencido en favor del de las Ordenes, reconociendo con aquella decisión que la dicha jurisdicción no era capaz de hipoteca especial ni general en perjuicio de la Orden; y porque siendo tan notorio el defecto de título en la parte del dicho Don Francisco, no le competían los remedios posesorios que tenía introducidos, resistiéndole el derecho de la Regalía, y en materias jurisdiccionales no se atendía a la posesión; y porque si bien su Magestad era el principal interesado, la dicha Villa lo era también por el derecho de la tolerancia y uso de la dicha jurisdicción; y porque si se diese lugar a la pretensión de don Francisco se haría consecuencia general para que todos los demás acreedores se resistieran a las jurisdicciones de otros muchos lugares, que importaban casi la tercera parte de la jurisdicción de la Orden de Santiago». Concluyó con que «se había de denegar a dicho don Francisco

¹ Extraño resulta que la villa tardara más de treinta años en ver este argumento, que suponía basado en documentos que poseía.

lo que pretendía; y que en caso necesario se había de revocar el dicho auto, del cual en caso necesario suplicaba sin causar instancia».

De esta petición se dió traslado a D. Francisco de Quevedo, y se mandó llevase el pleito al señor fiscal y al procurador general de la Orden.

Quevedo presentó petición en respuesta de la dada por la villa, pretendiendo que «se había de repeler, declarando no tener obligación a responder a ella, respecto de que en juicio contradictorio celebrado con la villa estaba vencida por dos cartas ejecutorias, y mandado que Don Francisco usase de la posesión de la jurisdicción, ni podía ser admitida para contradecir la dicha posesión».

La villa pretendió que, sin embargo de lo alegado por D. Francisco de Quevedo, se le había de mandar responder derechamente a su pedimento.

Y en este estado se llevó el pleito al señor fiscal y al procurador general de la Orden de Santiago, que lo era D. Juan de España y Moncada, los cuales respondieron, afirmándose en lo alegado por el señor fiscal, «que se había de enmendar el auto de vista, amparando a la Orden de Santiago y la villa de la Torre de Juan Abad, en la posesión, uso y ejercicio de su jurisdicción; porque siendo aquel juicio posesorio y que don Francisco había de litigar, como debía, la propiedad, entre tanto debía ser amparada y mantenida la Orden, y dicha Villa en la posesión, uso y ejercicio de la jurisdicción en que se hallaba, como era notorio en derecho; y porque la dicha posesión, uso y ejercicio de la jurisdicción era civil y natural y legítima, dada, concedida y restituida por su Magestad y en virtud de su Real Provisión, como de los autos constaba, y que así no era viciosa, clandestina, precaria ni violenta, por lo cual pertenecía a la Orden y a la dicha villa los interdictos posesorios *retinendae* que pedía, y proponía; y particularmente el *uti possidetis*, que competía a esta dicha Orden y Villa, porque había más de cuatro años que estaba en quieta, pacífica y legítima posesión, uso y ejercicio de la dicha jurisdicción, dada y restituida judicialmente, por mandado de Su Majestad, por lo cual de oficio debían ser amparados, mientras no fuesen vencidos en la propiedad, cuyo juicio suspendían en nombre de dicha Orden y suyo»; y pidieron en esto y en el dicho juicio posesorio, ante todo, debido pronunciamiento, y restitución en caso necesario, protestando alegar a su tiempo más en forma de su derecho.

Y habiéndose reservado, por autos de vista y revista, para definitiva el artículo introducido por D. Francisco de Quevedo sobre repeler la petición presentada por la villa, se concluyó la causa en revista¹.

16.— QUEVEDO CONFIRMADO EN LA POSESIÓN DE LA JURISDICCIÓN
DE LA TORRE

En 9 de junio del año de 1644 se dió auto de revista por el Consejo de Comisiones, por el cual se confirmó a la letra el auto de vista y se reservó su derecho a salvo al señor fiscal, para que en razón de la propiedad de la dicha jurisdicción pidiese y siguiese su justicia como le conviniese, y que se repeliesen las peticiones de contradicción y suplicación presentadas por la dicha villa, de que se despachó carta ejecutoria a D. Francisco de Quevedo en 13 de junio de 1644, la cual se ejecutó en toda forma, y se amparó y reintegró en la posesión de la jurisdicción de la dicha villa².

Pudo por fin Quevedo, en el testamento que otorgó el 26 de abril de 1645, debajo de cuya disposición murió, fundar mayorazgo de diferentes bienes (entre ellos del censo y jurisdicción que tenía sobre la dicha villa de la Torre) en favor de D. Pedro Carrillo de Quevedo y Alderete, hijo de D. Juan Carrillo, caballero de Santiago, y de doña Margarita de Villegas Quevedo, difuntos, vecinos que fueron de Madrid, de veintiún años de edad, colegial mayor del colegio del Arzobispo, de la Universidad de Salamanca, a quien llamó por primer sucesor en el dicho mayorazgo. Pero la villa no había de aceptar tal estado de cosas, y cuando D. Pedro pidió en 26 de septiembre de 1645 que se le diese posesión de la jurisdicción y demás bienes ante los alcaldes de la villa, ésta contradijo la posesión, alegando la escritura de transacción otorgada por su tío con la villa en 1631. Y se enzarza nuevo pleito, que duró hasta fines del siglo xvii, que sepamos.

¹ *Memorial*, fols. 15-16.

² *Memorial*, fol. 16 v. Esta ejecutoria se conserva en el Archivo de Simancas, Registro General del Sello de Castilla, junio 1644, según tiene la bondad de comunicarme D. Ricardo Magdaleno, director de aquel Centro y buen amigo, a quien agradezco la busca.

17.—PLEITO SOBRE EL SECUESTRO DE LA JURISDICCIÓN
DE LA TORRE

En la escritura de transacción entre la villa de la Torre y Quevedo, hecha en 1631, había una cláusula¹ en que se aludía a la manera de ejercer la jurisdicción, y en ella se basaba la Torre para oponerse a la petición del heredero de Quevedo.

En 27 de septiembre de 1645, los alcaldes de la Torre dieron auto en que declararon no haber lugar la retención de la jurisdicción pedida por la villa. De este auto se apeló ante el Consejo, y se despachó provisión de emplazamiento y compulsoria, en cuya virtud pasaron los autos compulsados al Consejo.

Don Pedro de Alderete alegó que, como heredero de Quevedo, se le había transferido la posesión civil y natural de todos los bienes, entre ellos la jurisdicción de la villa, y que se le había de mandar dar la posesión actual de ella.

Conocido por la villa este documento, presentó petición satisfaciendo a la presentada por Alderete, y pretendió se le denegase la posesión de la jurisdicción, «y que antes la villa había de ser amparada en la posesión en que se hallaba de ella, por el remedio sumarísimo del interim, en virtud de la transacción otorgada por la villa y D. Francisco de Quevedo».

Se dió auto en 12 de marzo de 1646, en que se mandó «viese este pleito el señor Fiscal». El cual lo vió y pidió lo mismo que la Torre, pretendiendo que se había de mandar guardar la dicha transacción y concierto.

Conclusa la causa, en 26 de marzo de 1646 se dió auto de vista por los señores del Consejo de Ordenes, por el cual se mandó que ambas partes dijese y alegasen lo que tuviesen que decir acerca de la dicha transacción, y que la jurisdicción litigiosa se pusiese en depósito «en la persona que el señor Presidente nombrase en el interim que se determinaba el pleito». No consta que este auto se notificase al fiscal.

Alderete suplicó de este auto para el Consejo de Comisiones,

¹ Véase atrás, pág. 305.

pretendiendo se había de enmendar en cuanto se había mandado secuestrar la jurisdicción y ponerla en depósito, impidiendo a D. Pedro que la usase, como lo había hecho su tío. La villa también suplicó de dicho auto en cuanto al secuestro, y de no haberle mantenido a ella en el uso y ejercicio de la dicha jurisdicción.

En 26 de junio de 1646 se dió auto de revista, por el cual mandaron los señores del Consejo que, sin embargo del auto de secuestro y depósito de la jurisdicción, D. Pedro de Alderete «usase y ejerciese la jurisdicción de la villa como lo había hecho su tío, reservando su derecho a salvo a la villa, para que, en razón a la dicha transacción, pidiese su justicia como y donde viere le conviniese»¹.

18.—PLEITO SOBRE LA PROPIEDAD DE LA JURISDICCIÓN DE LA TORRE

El fiscal del Consejo de las Ordenes, D. Miguel de Monsalve, en 31 de agosto de 1646, puso demanda a D. Pedro de Alderete sobre la jurisdicción de la Torre, diciendo pertenecer las justicias de la villa de la Torre, con su jurisdicción y vasallaje y rentas y derechos, al Maestrazgo de Santiago, y que, por tanto, no podían estar afectas al pago de deudas «ni la villa la pudo hipotecar, ni lo hizo, ni lo está». Suplicaba condenasen a Alderete a dejar la jurisdicción y que la ejerciesen los alcaldes ordinarios de la villa y el gobernador del partido, como se hacía antes que la ocupasen D. Pedro y D. Francisco de Quevedo y sus antecesores; y que restituyese la parte de Quevedo «todos los frutos, rentas y emolumentos percibidos y que percibiesen de aquí adelante», que eran 1.500 ducados anuales, en que el fiscal estimaba lo honroso y útil de la dicha jurisdicción.

Sin embargo de diferentes excepciones dilatorias, en que era peritísimo el sobrino de Quevedo, por autos de vista y de revista se le mandó responder derechamente a la demanda. Y lo hizo diciendo «que se le debía absolver y dar por libre y conservarle en la posesión de la jurisdicción hasta que estuviese pagado y satisfecho de su crédito, por lo general y favorable que resulta de los pleitos litigados en esta materia, favorables a la parte de Quevedo; porque en virtud

1 *Memorial*, fol. 16 v. y 17 v.

de las ejecutorias ganadas, era ya cosa juzgada, cuya excepción oponía en fuerza de peremptoria o como mejor procediera legalmente para excluir la dicha demanda; porque entre tanto que no se le hiciera entero pago de todo su crédito, no expiraba ni cesaba el título de dicha posesión y siempre mantenía su fuerza y eficacia legal de la cosa juzgada; y porque, aunque fuera un pretexto de demanda de propiedad, no parecía visto inquietarle en su dicha posesión y fuera cosa inicua despojarle sin pagarle, y no dudándose, como no se dudaba, ni era posible, del dicho crédito, ni tampoco de las Reales ejecutorias, en cuyo «vientre» se hallaba calificado».

Hasta 1 de junio de 1651 no dió el Consejo auto, en que se mandó que «por ahora y sin perjuicio del estado de la posesión en que se hallaba el dicho don Pedro de la jurisdicción, para mejor proveer se presentasen en el Consejo las fundaciones y escrituras de los censos primeros, sobre los cuales y sus réditos se habían ganado las cartas ejecutorias en el Consejo de Castilla, y las ventas y privilegios de la exención de la jurisdicción que tuvo la villa; y que de ellas se diese traslado a la dicha Villa y el señor Fiscal siguiese su justicia en cuanto a la estimación de la jurisdicción todo el tiempo que la hubiese tenido y tuviesen don Francisco de Quevedo y don Pedro de Alderete; y que se trajese, con lo que se dijese por las partes, al Consejo, para que se viese por los señores que en él se hallasen».

Don Pedro presentó los documentos requeridos, y hubo de pasar bastante tiempo hasta que el fiscal del Consejo de Ordenes, D. Francisco Enríquez de Ablitas, volvió a insistir en «que se debía quitar la jurisdicción a Alderete por falta de título, ya que era de la villa y ésta de las Ordenes, y no había consentimiento de S. M., ni breve de S. S.», etc.

El fiscal, a 20 de agosto de 1657, tanteó de nuevo el ataque sobre la base de la escritura de transacción de 1631. La Torre tomó parte otra vez en el pleito al lado del fiscal.

En 31 de marzo de 1658 se dió auto por el Consejo de las Ordenes, en que se mandó que D. Pedro de Alderete, en cumplimiento de la escritura de transacción, no usase la jurisdicción de la Torre, sino que la ejerciesen los vecinos de ella.

Alderete formó competencia, así sobre el pleito de la demanda principal de la jurisdicción como en el de transacción, que corresponderían al Consejo de Castilla. La Junta General de Competen-

cias, a 4 de septiembre de 1658, declaró que lo referente a la propiedad de la jurisdicción tocaba al Consejo de Ordenes, «por haber el dicho don Pedro contestado y consentido allí el juicio», y lo referente a cumplir la transacción tocaba al Consejo de Castilla.

Siguió, pues, el pleito sobre la propiedad de la jurisdicción en el Consejo de Ordenes. Y en 16 de mayo de 1659 alegó en forma don Pedro de Alderete, en documento claramente redactado, donde refería el origen de las deudas con los censos que tomó la madre de Quevedo, doña María de Santibáñez, y presentaba juntamente el traslado de una cuenta de los años 1647 a 1658, por la cual la villa resultaba alcanzada en 661.350 maravedís¹.

Después de varios incidentes se dió sentencia de vista, no se dice en qué fecha, condenando a D. Pedro de Alderete, «a que deje libre y desembarazada la jurisdicción de la villa de la Torre de Juan Abad y el uso de ella a la misma villa..., para que los alcaldes ordinarios de ella, en nombre de la Orden, ejerzan en la forma que la usaban y ejercían antes que la dicha villa se agregase a la de Villanueva de los Infantes, cabeza de Partido; y desde que entró a gozar de la dicha jurisdicción don Francisco de Quevedo Villegas, su tío, que fué el año pasado de 1621 hasta el de 1646, que se puso la demanda por el Fiscal de S. M., condenamos al dicho don Pedro de Alderete a que descuento en cada un año los réditos a razón de cinco por ciento respectivos al un cuento y quinientos mil maravedís, porque se remató la dicha jurisdicción en Don Alonso Mesía, el cual cedió el remate en el dicho Don Francisco..., en conformidad de la carta ejecutoria del Consejo de Comisiones. Y desde la contestación de la dicha demanda hasta la real y efectiva entrega, a razón de trescientos ducados en cada un año, por lo útil y honorífico de la dicha jurisdicción. Y mandamos que el dicho descuento se haga en la forma referida de los créditos que tiene el dicho don Pedro Alderete contra la dicha Villa de la Torre de Juan Abad, y por que se tomó la posesión de la jurisdicción de ella»².

Alderete pretendía que se había de enmendar dicha sentencia y que había de ser absuelto y dado por libre de la demanda contra él puesta por el señor Fiscal, «con imposición de perpetuo silencio»,

¹ *Memorial*, fol. 17 vto. 22 v.

² *Ibid.*, fols. 2 v. 3.

y que se le había de conservar en la dicha jurisdicción perpetuamente, revocando en todo la sentencia del Real Consejo de las Ordenes.

El fiscal y el procurador general de la Orden de Santiago, que lo era D. Gregorio Tapia y Salcedo, pretendían que dicha sentencia de vista se había de confirmar, aumentando la condenación de frutos y emolumentos, sin distinción de tiempo, «a razón de mil y quinientos ducados cada un año»¹.

La causa se recibió a prueba, sin embargo de la contradicción hecha por Alderete, y ambas partes hicieron probanzas y presentaron instrumentos para justificación de su pretensión.

El fiscal y el procurador general articulaban en su interrogatorio una pregunta para probar que don Francisco de Quevedo y su sobrino y heredero «han gozado de la dicha villa y de su jurisdicción y términos y del dominio y vasallaje de ella y de todas las penas de Ordenanzas, y de todos los demás frutos, emolumentos que se causan para el dueño de la jurisdicción, y han nombrado Alcaldes Mayores y Oficiales del Concejo de la dicha villa, y Alcaldes Ordinarios, eligiéndolos de la proposición que les hace la Villa, tratándose en todo como dueños de ella, haciendo que los vecinos les acompañen para llevarlos a la Iglesia, donde tenían lugar de silla preeminente, y volverlos acompañándolos a su casa; y en las procesiones y otros actos públicos, los llevaba la justicia en medio, presidiendo a todos, y tratándose en cuanto se ofrecía como dueños absolutos de dicha villa».

Varios testigos vecinos de la villa y otros forasteros contestaban afirmativamente; y lo mismo se deducía de varias escrituras².

Otra pregunta trataba de demostrar que el valor de lo honorífico de la villa merecía 1.500 ducados al año, y la propiedad de la villa de 44.000 a 45.000 ducados. Se alegaba el privilegio a Villamanrique de exención de jurisdicción y de un pedazo de término, que parece

¹ *Memorial*, fol. 3. La suplicación de Alderete, copiada a la letra, *ibid.*, folios 24-24; la petición de suplicación del procurador general de la Orden de Santiago, en los fols. 24-25 v.

² *Ibid.*, fol. 26 v. Sólo hay nota de dos documentos de Quevedo: el nombramiento de alcalde mayor a favor de Pedro Pablo (20 de julio de 1627) y la proposición y nombramiento de oficios por la villa para que nombrase alcaldes Quevedo, de que parece que Antón Sánchez de Maya, teniente alcalde mayor, dió su voto para dicho nombramiento.

había sido de la Torre, por el cual había servido a Felipe II con 30.000 ducados.

La cuarta pregunta trataba del valor antiguo de las penas de ordenanza, «que eran de cuatro a cinco mil reales en cada un año, los cuales habían percibido Quevedo y su sobrino, aunque en la actualidad valían muy poco por la mala administración de Don Pedro».

Don Pedro de Alderete se valía de un documento que demostraba que ni él ni su tío habían percibido las penas de ordenanza, sino los administradores de propios, y que de las cantidades que había recibido había dado siempre carta de pago por cuenta de sus créditos¹.

El pleito se concluyó legítimamente y se vió en revista, en Comisiones, en 1 de junio de 1664, por los señores D. Jerónimo de Camargo, D. Francisco de Vergara, D. Jerónimo Morquecho y don Francisco de Medrano. En 1 de julio mandaron que se hiciese memorial ajustado. Se remitió dos veces a más señores jueces, por autos de 19 de enero y 1 de septiembre de 1665, y en tal estado se quedó por entonces².

19.—ULTIMA PARTE DEL PLEITO

En tal estado quedó el pleito hasta el año 1696. En 14 de marzo de este año removi6 el asunto el fiscal del Consejo de las Ordenes, D. Diego de la Serna (a quien se mandaron llevar los autos), y dijo «que respecto de haberse visto este pleito en remisión, en grado de suplicación, se buscasen los votos de los señores que le vieron y que no pareciendo, se diese por no visto, y que se despachase emplazamiento por retardado para la vista y no más, y que no fuese para otra cosa»³; y se dió auto en comisiones en 12 de mayo de 1696, dando por no visto este pleito, y mandando se despachase emplazamiento por retardado, como se pedía por el señor Fiscal.

Había sucedido a D. Pedro de Alderete D. Sancho Manuel Carrillo Quevedo y Villegas, alférez mayor y regidor perpetuo de la ciudad de Plasencia, como administrador de su hermano, Juan

¹ *Memorial*, fol. 25 v. 26.

² *Ibid.*, fol. 26 v., y 1 v.

³ *Ibid.*, fol. 1 v.

Francisco, señor de la Torre de Juan Abad, y su inmediato sucesor en dichos mayorazgos. Este Juan Francisco estaba demente, y por su incapacidad, la Justicia de la ciudad de Plasencia había dado la administración de los bienes y mayorazgos a su hermano D. Sancho Manuel.

La villa de la Torre se mostró parte en el pleito. Don Sancho Manuel (25 de enero de 1697) formó artículo sobre la nulidad de la sentencia de vista del Consejo, para cuyo efecto presentó diferentes bulas y alegó en lo principal.

Además de las bulas, por nosotros citadas al principio de este artículo, anteriores al privilegio de enajenación de la Torre, presentó certificación del Consejo de Hacienda del libro de la razón de la Real Hacienda, en uno «donde están asentadas diferentes ventas de jurisdicciones de Villas y Lugares, que fueron de las tres Ordenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, y se desmembraron en virtud de las bulas, que diferentes Sumos Pontífices concedieron a los señores Emperador Carlos Quinto y Felipe Segundo, para que pudiese vender y enagenar las referidas jurisdicciones». Hay puestas copias de las mismas bulas en la cabeza y principio del dicho libro, en el que está sentada también la venta de la jurisdicción de la primera instancia de la villa de la Torre de Juan Abad, que se concedió a ella misma el año de 1589¹.

Se mandó hacer memorial ajustado del pleito, con citación de las partes, y que fuese a costa del señor Fiscal. Este pidió «que respecto a ser parte la Villa de la Torre y ser en su beneficio, se mandase que pagase las costas del Memorial». Don Sancho Manuel dijo que la «villa no litiga, ni pudiera hacerlo por estar vencida por él en las ejecutorias presentadas». Por auto de 26 de septiembre 1697 se denegó al fiscal la pretensión de que el Memorial se hiciese a costa de la villa. Y en esta conformidad se redacta este *Memorial* que venimos utilizando, firmado en Madrid a 14 de diciembre de 1697².

¹ *Memorial*, fols. 28 v. y 32.

² *Ibid.*, fols. 2 y 33 v.

II

PLEITOS POR EL CENSO SOBRE EL MESON
DE JUAN ABAD

20.—DEMANDA DE QUEVEDO. ORIGEN DEL CENSO SOBRE EL MESÓN

No escarmentado D. Francisco de Quevedo de censos, todavía se quedó con otros que le habían de proporcionar nuevos disgustos, a no ser que se divertiera con los pleitos, como parece a ratos deducirse de la prosa curialesca por su agudo ingenio inspirada.

El 11 de mayo de 1622 presentaba Quevedo ante el alcalde ordinario de la Torre, Alonso Sánchez Comendador, una escritura de censo «y en virtud de demanda de ejecución contra los bienes y herederos de Alonso Abad y otros sus consortes por cuantía de 12.000 reales que se le debían de réditos corridos de dicho censo, costas y salarios de él, como cesionario de Francisca de Avilés, vecina de Segura de la Torre»¹.

El censo había sido fundado por Gonzalo García Higuera, regidor, vecino de la Torre de Juan Abad, y Juana Mexía, su mujer, en favor de Antonia Becerra, mujer que fué de Antonio Rodríguez de Sandoval, vecina de Alcaraz, de 4.500 maravedís de censo perpetuo en cada un año, por precio y cuantía de 45.000 maravedís de que se dieron por contentos y pagados en presencia del escribano, en 1323 y medio reales de plata y un maravedí en menudo.

Higuera y su esposa se obligaban a pagar cada año los 4.500 maravedís en los plazos fijados para el día de San Juan y de la Navidad; puestos y pagados en la ciudad de Alcaraz a costa de los censualistas, quienes pagarían seis reales de plata castellanos cada día que hubiese de emplearse en ir a cobrar tal censo. Obligaban para el pago del censo varios bienes raíces, entre los cuales estaban unas casas en la Torre, al linde de casas de Antón Sánchez, sastre, y de

¹ *Pleito B*, pieza 2.^a, fol. 2.

Tomás Mayordomo, cura; un molino harinero en la ribera de la villa, que se llamaba de los Rubios, junto a la dehesa de Montizón, con seis fanegas de tierra de riego, molino que en tiempo de Quevedo se llamaba de Hernán González, que fué del comendador que compró estos bienes hipotecados; otras varias hazas y tierras en término de la Torre¹. Esta escritura fué otorgada en la Torre, a 23 de febrero de 1555, ante el escribano Alonso López.

A la muerte de Gonzalo García Higuera sucedieron en sus bienes Teresa Rodríguez y Juana Mexía y otros hijos y herederos. Le tocó en la partición la haza de la Serrezuela a Teresa, casada con Juan González Camero, que la vendieron a Rodrigo de la Torre, vecino de la villa de la Torre de Juan Abad, en cierto precio y con la obligación de pagar de su parte 40 ducados de principal al referido censo. En 17 de octubre de 1573, en la Torre, y ante el escribano Francisco Vázquez, se quedaron con la obligación que tenían los herederos de Gonzalo García los vecinos de la Torre Alonso Abad y su mujer, Catalina Gómez, por 120 ducados de principal, con la hipoteca especial de la haza de la Serrezuela, término de la villa, a linde del camino real que va a la villa de Peñas y con las hazas de Cristóbal de Sandoval Negrete, vecino de la villa de Beas, que había de pagar a Francisco Guerrero, vecino y regidor de Alcázar, sucesor

¹ Por el interés que pudiera tener para el conocimiento de la toponimia local, damos a continuación la lista de estos nombres:

Haza donde dicen San Pedro del Sabinar, con dos corrales de piedra cercados.

Haza del Quejigar, al linde del camino de la Torre a Valdepeñas.

Haza en el Quijorral, camino de la Puebla.

Quiñón en el Calderón.

Haza en la cañada del Espinillo, al linde del caz del molino.

Haza de cañamar en la cañada de Santa María, entre el caz y la madre.

Haza de cañamar junto a las Fuentes.

Haza en la fuente Santilla, donde nace el agua de la cañada, al linde del camino que va desde Cózar a Santa María de la Vega.

Majuelo en el Cerrillo blanco, de mil vides.

Otro en los calares de la senda de los Halcones.

Haza en la Tejera.

Haza en la fuente del Villar, al linde de la Capellanía.

Haza en el Poyo de Villalgordo.

Otra en el Picorro de Villalgordo.

Otra en la Cantera.

Otra en la Jarosa.

Otra en la Hoya.

Otra en el camino bajo de Villanueva.

sin duda en los derechos de doña Antonia Becerra, el cual había entregado 40 ducados que estaban en poder de Rodrigo de la Torre.

Alonso Abad y Catalina Gómez hipotecaban además para la seguridad de este censo unas casas de mesón que tenían en la Torre, en linde con casas de Cristóbal López y de los hijos y herederos de Gonzalo Ruiz Mejías, que eran suyas propias y estaban libres de otros censos e hipotecas¹.

García Castellanos el Viejo, vecino de Villamanrique, poseedor del molino harinero, y Juan Abad, vecino de la Torre, juntos de mancomún reconocían el 14 de agosto de 1610, ante Pedro Pablo, escribano de Villamanrique, y se obligaban a pagar el referido censo a D. Agustín Guerrero de Sandoval, a D. Fernando de Aranda y a D. Antonio Guerrero, vecinos del Castillo de Locubín, hijos y herederos de doña Antonia Guerrero y Sandoval².

Quevedo compró al Concejo de la Torre de Juan Abad la casa mesón, sobre la cual gravitaba este censo de los Abad, en 18.700 maravedís, en junio de 1622³. Sospecho que hubo de tomarlo a la villa en cuenta de las deudas de ésta, y no si discusión, pues en la cuenta citada de 1633 se dice que lo «tomó por cuenta del concejo, porque en esta cantidad se conformaron las partes respecto de estar caído, y tenerlo y apreciarlo libre en la dicha suma de 18.700 mrs.»⁴

Al presentar Quevedo su demanda de ejecución citada, nombró por bienes del dicho Alonso Abad, difunto, y de sus herederos una casa mesón, linde de Juan Mexía, y dos quiñones de tres fanegas, linde de Miguel Sánchez y Juan de Cuesta, que entonces los poseía Gonzalo de Cañete. En estas fincas hizo y trabó ejecución el alguacil Andrés Martín, en voz y en nombre de los demás sus bienes, a los cuales se dieron ciertos pregones, y pasado el término de ellos se citó de remate al curador de los dichos menores y se pronunció sentencia de remate de los bienes ejecutados por Alonso Abad y Juan Mexía y Rodrigo González, y se mandó pagar de su valor al acreedor

¹ *Pleito B*, pieza 3.^a, fols. 11-16. Copia en Alcaraz a 16 de junio de 1620, por el escribano Diego Hernández de Figueroa.

² Copia hecha a pedimento de D. Agustín de Aranda, en Alcaraz, a 21 de febrero de 1625. (*Pleito B*, pieza 3.^a, fols. 17-18.)

³ Consta en la sentencia del pleito, dada en 16 de septiembre de 1664. (*Pleito C*, fol. 66.)

⁴ Cuenta de 1633. (Véase atrás, pág. 311.)

lo corrido del censo y las costas causadas y que se causaren hasta la real paga, dando ante todo la fianza conforme a la ley de Toledo; y en cuanto a los demás deudores ejecutados, se reservaba el proveer para su tiempo y cuando la causa estuviera en estado.

Pronunció dicha sentencia Alonso Sánchez, con asesor (el bachiller Mexía Romero), en la Torre a 21 de junio de 1622. Quevedo dió la fianza de la ley de Toledo, y por fiador de ella a Alonso de Vargas, vecino de la Torre, el cual la otorgó en fianza en dicho día ante Pedro Pablo, escribano. Y habiéndose pagado las costas, se despachó mandamiento de posesión y apremio en favor de la parte del dicho D. Francisco, en virtud del cual tomó posesión de la dicha casa mesón, y se le dió quieta y pacíficamente¹.

21.—TRANSMISIÓN DE LOS CENSOS SOBRE EL MESÓN

Antes de referir la apelación que de esta sentencia hicieron los hijos menores de Alonso Abad, interesa reseñar algunos documentos relacionados con el censo origen del litigio. En Alcaraz, a 5 de Octubre de 1623, D. Agustín Aranda y Guerrero, hijo y heredero de D. Fernando de Aranda, y doña Antonia Guerrero, sus padres, difuntos, decían tener el censo de 120 ducados de principal contra Gonzalo García Higuera y su mujer, Juana Mexía, y sus herederos por su muerte. García Castellanos el Viejo, vecino de Villamanrique, tenía por título de compra un molino harinero que estaba en la cañada de Santa María, junto a la dehesa de Montizón, hipotecado a dicho censo por 80 ducados. Alonso Abad, que ya tenía en su poder una haza de treinta fanegas de sembradura que decían la Serrezuela, término de la Torre, y un mesón, había hecho reconocimiento por los 40 ducados restantes.

Aranda, por haber estado ausente de Alcaraz, hacía muchos años que no cobraba los corridos de dicho censo, en particular los de los 40 ducados, y tratando de cobrar su hacienda, había apremiado a Juan García Castellanos, vecino de Cózar, y a Garci Castellanos, de Villamanrique, hermanos, hijos de Garci Castellanos, a que le pagaran los corridos de dicho censo, así de los 80 ducados que corrían

¹ *Pleito B*, pieza 2.^a, fol. 2 y sigs. (Ejecutoria del pleito.)

por su cuenta, como de los 40 que corrían por Alonso Abad y sus hijos y herederos. El dicho Alonso Abad redimió el censo de los 40 ducados, pagando a Aranda 261 reales 14 maravedís, de réditos y 440 reales de principal, o sea un total de 701 reales 14 maravedís que entregaron de presente a D. Agustín, que se dió por contento y pagado de ellos.

En 10 de abril de 1628, Juan García Castellanos y su hermano Garci Castellanos, para arreglar las dificultades surgidas por el hecho de tener Quevedo también hipoteca sobre el mesón Alonso Abad, recibieron de D. Francisco los dichos 701 reales y 14 maravedís que habían pagado por redimir el censo, con la condición de que los susodichos le entregasen la escritura de cesión que a ellos les entregó D. Agustín Aranda, con el traslado de las escrituras del censo principal y reconocimiento que a ellos les entregaron, cediéndole el derecho y acción que tenían a la dicha casa mesón y a la haza referida¹.

22.—LA SITUACIÓN DEL MESÓN

La casa mesón, sita en la villa, enfrente de la ermita de la Vera Cruz, se la había vendido el Concejo de la Torre a Quevedo, en precio de 50 ducados, con 40 que tenía de censo, y según D. Francisco, el Ayuntamiento le había pedido que arreglase el mesón para aliviar al pueblo. Si hemos de creer a los testigos presentados por Quevedo en el interrogatorio para averiguar el valor de los reparos, la casa «estaba caída y arruinada, así los tejados como los aposentos, caballerizas y pajares y paredes de los corrales y las cámaras mal reparadas y sin escalera, y de tal forma todo ello demolido que apenas se podía andar sino era con mucho afán de los pasajeros; y por lo susodicho, como por no poder entrar los coches en el zaguán, se iban los pasajeros al mesón de la Plaza».

Según esa misma información, Quevedo reparó el mesón «de todo lo necesario, aderezando las caballerizas y pajares y un cuarto de nuevo con su escalera, poniendo puertas y ventanas, y levantó el zaguán para que entrasen los coches, y cerró de nuevo el corral y puso mucha teja y madera en los tejados, y hizo muchos pesebres,

¹ *Pleito B*, pieza 3.^a, fol. 22.

gastando en todo y los dichos reparos mucho yeso», empleando hasta la cantidad de más de 4.000 reales.

La ruinosa situación del mesón cuando en él entró D. Francisco, daba por resultado que «no merecía de arrendamiento a su común estimación más de 15 a 16 ducados; y si valió luego algo más fué debido a las reparaciones hechas». Quevedo tenía por administrador del mesón a Francisco Gómez, que lo administraba como hombre cuidadoso, lo arrendaba mediante pregones y lo remataba en el que más daba.

A pesar de todo, por la variedad de los tiempos y ser los años malos y estériles, y no correr los caminos ni andar los pasajeros, por cuya causa los mesoneros no veían ganancia ni interés, se quedó dicho mesón cuatro años sin morador ni haber persona que lo arrendase, aunque el administrador hacía las diligencias debidas¹.

De la calidad de las reparaciones hechas por Quevedo en el mesón da idea la declaración de un testigo, Juan García Suárez², que dijo que «Don Francisco... alzó la entrada... del mesón, y alzó las vigas del zaguán y puso unos postigones de hierro para alzar las vigas de dicho zaguán, y en lo alto de las cámaras hizo un aposento casa, y para poder habitar en ella lo enlució con yeso, y el suelo de estas cámaras... con suelo de yeso y retejó los tejados y aderezó la chimenea de la dicha casa que estaba muy maltratada, y las caballerías de los tejados, y entre el corral del dicho don Francisco y la casa mesón sobre que es el pleito, un ramal de pared con sus almenas. Sábelo este testigo «porque algunos de los reparos referidos los pagó él a cuenta de los alquileres. Y el dicho don Francisco hizo otro reparo en un pajar que linda con casas de Juan Gómez».

La parte de Alonso Abad afirmaba, en contra, que cuando en el mes de julio de 1622 «se le dió posesión de dichas casas mesón a don Francisco Quevedo, estaban inscritas y reparadas en todos sus edificios, sin que padeciesen ruina ni quiebra alguna, y valían entonces, antes y después hasta ahora, a su justa y común estimación ochocientos ducados y más, y que estos dieran por ellas si trataran de venderse, por ser muy buenas y de considerables edificios, muy acomodadas y en buen sitio».

¹ *Pleito B*, pieza 1.^a, fols. 38-39.

² *Ibid.*, fol. 41.

Decían también que «antes de la dicha posesión ordinariamente se alquilaron dichas casas mesón a razón de cincuenta y ocho ducados en cada un año, y en estos mismos las alquiló dicho don Francisco Quevedo, el que las trajo en pregones y las arrendaron los propios todos los que las ha tenido y gozado; si hubiera hecho estas diligencias por merecer dicho alquiler y estar de ordinario frecuentadas de pasajeros, carros y coches, y si no lo han valido, ha sido por no haberlas hecho pregonar y por negligencia suya y de sus agentes»¹.

El testigo Esteban Ramírez² afirmaba muy seriamente que las casas mesón estaban «bien paradas con todos sus edificios, sin que padeciesen ruina ni quiebra alguna, y valdrían 700 ducados, y éstos diera este testigo por ellas si trataran de venderse, por ser muy buenas y de considerables edificios, muy acomodadas y en buen sitio». Sabíalo el testigo por haberlo visto ser y pasar en su tiempo. Lo que el testigo había visto fabricar a D. Francisco era «que en unas cámaras altas, que había, hizo un tabique, y en la entrada de la parte principal de la calle alzó lo encamarado con la misma madera que se tenía la dicha casa para que pudiesen entrar los coches y se pusieron unos postigones de hierro en los puntales de los rollizos, y los asieron una roza que amarraron en la siguiente puerta, y la pusieron más allá para que pudieran entrar los dichos coches». De arriendo valía 40 ducados, y algún año hasta 58.

La realidad del estado del mesón puede deducirse de la cuenta que pusieron los albañiles de los gastos y materiales, que montaba 1.460 reales³. Pero esto hay que referirlo a 1644 ya, puesto que en una partida se ponen reparaciones de veintidós años a esta parte.

¹ *Pleito B*, pieza 1.^a, fol. 52.

² *Ibid.*, fol. 55.

³ *Ibid.*, pieza 1.^a, fols. 77 v. y 78. La copiamos a continuación:

«Primeramente de reparos de las puertas principales que se alzaron para que entrasen coches y umbrales que se echaron y mudar la puerta, ochenta reales.

Más de quitar un pedazo de toca y cuartones y argollas de la pared de en medio y cerrar una puerta de arco, y manos, cien reales.

Más de hacer un zaquezamí en un aposento alto de madera y yeso, y manos y materiales, ciento y sesenta reales.

De hacer una escalera de piedra, de manos y yeso y más materiales, ciento y cuarenta reales.

23.—¿DE QUIÉN ERA EL MESÓN?

El pleito parece que estuvo en tramitación hasta los alrededores de 1641. De la sentencia de ejecución y remate de 1627 habían apelado, expresando agravios, Francisco Martínez de Salas, curador de Alonso, de Catalina y sus hermanos, hijos de Juan Abad y Juana García, y pidió que declararan libres a los menores, por las siguientes razones: porque Alonso Abad, abuelo de los menores, no pudo obligar al censo el mesón, porque no era suyo, ni tenía parte de él, por lo cual la hipoteca que de él hizo fué nula: el mesón era de Catalina Gómez, su mujer, que lo llevó a su poder en dote y casamiento cuando casó con Abad, y Catalina lo había heredado de Jerónimo López, hijo de Jerónimo López, marido en primer matrimonio de Catalina Gómez (casada de segundas con Alonso Abad), y su hermano Juan Abad. De Catalina Gómez era tutor Alonso Abad, y como tal se hizo cargo del mesón, según constaba de una cuen-

De un reparo del tejado de encima de el pozo y brocal de dicho pozo, y yeso y manos y demás materiales, sesenta reales.

Más de aderezar el pajar y echar los rollicos dobles, y manos y demás materiales, cuarenta reales.

Más del dicho pajar de la casa, de madera y teja que faltó, y caras y tapias y manos, cien reales.

Más de otro reparo de la caballeriza grande, setenta reales de manos y materiales.

Del repaso de la caballeriza grande, setenta reales. De manos y demás materiales, ochenta reales.

De reparos de pesebres y ataderos de veinte y dos años, a quince reales cada uno, montan trescientos y veinte reales.

De retejar los tejados los dichos veinte y dos años de cada dos años uno de unos y yeso para cordones [y demás materiales y tejados, ciento y cincuenta reales.

De reparos de poyos y basar en el dicho tiempo, treinta reales. De una puerta, unos sesenta reales.

De cercar el corral de afuera que tiene unas almenas en el dicho tiempo, de yeso y manos, treinta reales.

De cerraduras y llaves de las puertas de los aposentos y calles y de piedras la entrada de el portal, veinte reales.

Y en esta conformidad los dichos albañiles hicieron el dicho aprecio, juraron a Dios y a una señal de la Cruz en forma de derecho haberlo fecho bien y fielmente como mejor les ha dado a entender Dios nuestro Señor, y lo firmó el que supo y firmó su Merced el dicho Alcalde.»

ta de 8 de junio de 1587. Los menores que ahora litigaban no heredaron bienes algunos de Alonso Abad, antes renunciaron a la herencia.

Trasladado este escrito a Quevedo, contestó pidiendo la confirmación de la sentencia. Negaba que el mesón sobre que era el litigio fuera de ningún otro tercero, sino de Alonso Abad, deudor, y como tal lo hipotecó al censo de más de treinta años atrás, cobrándose de él los réditos, en algunas ocasiones con ciencia y paciencia y sin contradicción alguna de Catalina Gómez, su mujer, y demás interesados; además que hubieran perdido el derecho que pudieran tener, por prescripción. La cuenta que presentaban no estaba hecha ni autorizada por escribano, ni tampoco constaba de la partición que se decía hecha entre los hijos de Alonso Abad, y mucho menos la renuncia de la herencia.

Insistía el curador de los menores en que no se les había notificado los autos ejecutivos, porque el escribano de la villa y el alcalde ordinario de ella no lo quisieron hacer, por ser puestos y nombrados por D. Francisco de Quevedo; y en que el mesón no era de Abad, y no tenían por qué responder al censo. Negaba la prescripción, porque «los dichos menores y Juan Abad, su padre, como nietos e hijo de la dicha Catalina han tenido y poseído quieta y pacíficamente el dicho mesón desde que murió la dicha Catalina Gómez, cuyo era, y sin contradicción alguna hasta ahora que les movió este pleito el dicho don Francisco». Insistía también en que Juan Abad, padre de los menores, dentro del plazo de la ley y hasta años después de muerto Alonso Abad, su padre, renunció y pudo renunciar su herencia, mientras no se probara haberse mezclado en ella.

24.—SENTENCIAS CONTRA QUEVEDO

Puesto el pleito a prueba con cierto término, hechas por ambas partes litigantes ciertas probanzas y presentados papeles, la causa quedó concluida, y el alcalde mayor dió sentencia definitiva contra Quevedo, en Villanueva de los Infantes, a 17 de diciembre de 1641, en la que se decía «que por la parte de los dichos menores haber probado bien y cumplidamente lo que le convino y que el dicho don Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero de la Orden de San-

tiago y su procurador en su nombre, no ha probado lo que le convino... En consecuencia de lo cual debo revocar y revoco la sentencia de remate en esta causa dada y pronunciada por Alonso Sánchez Comendador, Alcalde Ordinario que fué de la dicha villa de la Torre de Juan Abad, en veintiun días del mes de Junio del año pasado de mil seiscientos y veintidos, con acuerdo del Bachiller Mexía Romero, de que por parte de los dichos menores se apeló; y mando que les sean devueltos y restituidos sus bienes libremente y sin costa alguna, declarando, como declaro, las Casas mesón en que se trabó la dicha ejecución y de que se tomó posesión no haberse podido hipotecar por no ser propias del dicho Alonso Abad, que la hipotecó; doy por nula e de ningún valor ni efecto la dicha hipoteca, y más condeno a el dicho don Francisco de Quevedo y Villegas en los frutos y rentas que han rentado y podido rentar las dichas Casas mesón, de que tomó posesión, desde el día que la tomó que se verificaren en la ejecución desta mi sentencia y por ella definitivamente juzgado. Así lo pronuncio y mando sin hacer condenación de los de costas contra ninguna de las partes por causas que me mueven, y reservo su derecho a salvo a el dicho don Francisco de Quevedo para que pida su justicia como le convenga contra el dicho Alonso Abad que le hipotecó las dichas Casas mesón o contra quien viere que le conviene y con derecho pueda.—El Licenciado Loaisa Caballero¹ ».

Quevedo apeló de esta sentencia ante el Consejo de las Ordenes, adonde se presentó con su poder Lucas de Quiñones. Dada carta provisión de emplazamiento y compulsoria, pasaron los autos del pleito al Consejo.

El procurador de Alonso y Catalina Abad, vecinos de la Torre (y ya no menores), pedía confirmación de la última sentencia, basado en los conocidos argumentos de ser terceros poseedores del mesón y no herederos de Alonso Abad, que se pretende lo había hipotecado, por lo cual no había lugar contra ellos la vía ejecutiva; de no haber probado Quevedo el dominio del mesón respecto de Alonso Abad, que lo hipotecó, mientras que los Abad habían verificado que Catalina Gómez fué dueña del mesón y lo llevó en dote por suyo y como suyo en el segundo matrimonio que contrajo con Alonso Abad, y así no lo pudo hipotecar al dicho censo; de que por muerte

¹ *Pleito B*, pieza 1.^a, fol. 6. Copiada también en la pieza 2.^a, fol. 17

de Catalina heredaron el mesón Jerónima López, hija del primer matrimonio de ésta, y Juan Abad, hermano suyo, hijo de la misma Catalina y de Alonso Abad, su segundo marido, con lo cual se convenía al efecto del dominio de dicho Juan Abad, y consiguientemente la nulidad de la hipoteca; de que Juan Abad no fué heredero de su padre Alonso, ni él dejó bienes que heredar, y repudió su herencia.

El Consejo dió sentencia, que se pronunció en Madrid a 30 de abril de 1643, confirmatoria de la de Villanueva de los Infantes, y condenando a Quevedo en los frutos y rentas que había cobrado desde el día en que tomó posesión del mesón¹.

Quevedo volvió a apelar antes los jueces de comisión, con protesta de expresar agravios dentro del término de la ley, cosa que no hizo. Acusada la rebeldía, y en virtud de comisión real dada a dos consejeros de Castilla y dos del de Ordenes para que durante el año 1644 viesen y determinasen los pleitos y causas que se suplicasen o estuviesen suplicadas ante el Consejo de Ordenes, estos jueces de comisión dieron sentencia definitiva en grado de revista, pronunciada en Madrid a 23 de diciembre de 1644, confirmando la dada en 30 de abril de 1643, con la conocida condenación de Quevedo en los frutos y rentas que hubiera cobrado del mesón². En el mismo día se dió carta ejecutoria, a súplica de Alonso y Catalina Abad. Quevedo hubo de restituir el mesón en 26 de febrero de 1645³.

25.—EL PLEITO DESPUÉS DE LA MUERTE DE QUEVEDO

Parecía natural que ante tal cúmulo de sentencias se inclinase Quevedo a dar por terminado el pleito y la reclamación; pero no sucedió así. Con intención de dar largas al asunto, pidió que se le indemnizase de las mejoras y reparos que había hecho en el mesón,

¹ *Pleito B*, pieza 1.^a, fol. 8. Componían la Sala D. Juan Girón y Zúñiga y los licenciados D. Juan Chacón Ponce de León, D. Juan Carvajal y Sánchez y D. Francisco de Borja y Aragón.

² *Ibid.*, pieza 1.^a, fol. 10. Firmaron la sentencia el doctor D. Pedro de Vega y los licenciados D. Juan Girón y Zúñiga y D. Pedro de Alarcón de Ocón, y había de firmar D. Juan Bautista de Larrea.

³ La ejecutoria se conserva en el *Pleito B*, pieza 1.^a, fol. 2 y siguientes. Está mandada escribir por otro Francisco de Quevedo, escribanó de Cámara. Que restituyó Quevedo el mesón consta en el *Pleito C*, pieza 1.^a, fol. 66.

poniendo en la cuenta, por un lado, 16 ducados; por otro, 4.000 reales, y por otro, 56 ducados¹. Ya hemos visto que la cuenta hecha por los albañiles sumaba sólo la cantidad de 1.460 reales.

En estas largas iban pasando los meses de 1645. A 20 de abril contradecía D. Francisco las *litis expensas*². Al traslado de la información testifical sobre los gastos, hecha el 6 de julio, no contestaba. Se publicaron las probanzas el 26 de agosto, y tampoco respondía. Pero esta vez estaba justificado el silencio del caballero de Santiago, a quien le habían restituído meses antes, por sentencia, el señorío de la Torre de Juan Abad. La muerte llamaba a sus puertas a la vez que los alguaciles que llevaban las citaciones del Juzgado.

Murió D. Francisco en Villanueva de los Infantes el día 8 de septiembre del mismo año de 1645. Su sobrino y heredero, D. Pedro Carrillo de Quevedo y Alderete, hijo de D. Juan Carrillo, caballero de Santiago, y de doña Margarita de Villegas y Quevedo, difuntos, vecinos que fueron de Madrid, de veintiún años de edad, persona libre, sin tutor ni curador, llamándose señor de la Torre de Juan Abad, daba su poder en Granada el 15 de septiembre de 1645; pero no se podía presentar—decía—en la Torre ante los requerimientos de la parte de Abad³.

Esta decía el 7 de abril de 1646 «que habiéndose hecho ciertas probanzas de una y otra parte sobre la liquidación de los dichos frutos y rentas del dicho mesón, y fecho publicación de testigos, dicho don Francisco murió y pasó de esta presente vida, de cuya causa dichos mis partes están indefensos, porque el heredero del dicho don Francisco no ha venido a esta villa, por ser sobrino del señor arzobispo de Granada y estar a su servicio».

Más de un año había pasado desde la muerte de D. Francisco, cuando hubo que extender requisitoria contra D. Pedro Carrillo, fechada el 15 de septiembre de 1646⁴.

A los dos meses casi se persona en autos el procurador de don Pedro Carrillo (7 de noviembre de 1646), alegando defecto en la citación. Parece que el tal D. Pedro había heredado también de su tío la fiebre de los pleitos, que no le había de dejar en toda su vida. Y se

¹ *Pleito B*, pieza 2.^a, fol. 26.

² *Ibid.*, fol. 33.

³ *Ibid.*, pieza 2.^a, fol. 71.

⁴ *Ibid.*, pieza 2.^a, fol. 93. En ella se hace historia del pleito.

encontraba pretextos para dar largas a los pleitos con extraña facilidad. Por ejemplo, decía que era clérigo de órdenes menores de la diócesis de Toledo, y que tenía una prestamera en Fuente Ali-sandro, diócesis de Osma (según documento otorgado por D. Martín Carrillo y Alderete, obispo de Osma), desde 19 de diciembre de 1639, y alegaba que no podía presentarse en la villa de la Torre por estar residiendo su préstamo, cuando poco antes decía que no podía venir por estar al servicio del arzobispo de Granada, su tío¹.

26.—SENTENCIA CONTRA EL SOBRINO DE QUEVEDO

En febrero de 1647 no se había llegado a tomar resolución de este pleito, y aquí nos faltan los documentos. Pero el pleito duró todavía casi veinte años más. Al fin, se resolvió con arreglo a la siguiente sentencia del Consejo de Ordenes, pronunciada en Madrid a 16 de septiembre de 1664².

«En el pleito que es entre Alonso y Catalina Abad y María Fernández, hijos y herederos de Juan Abad, difunto, vecino que fué de la Torre de Juan, y Nicolás Tornero, su procurador, de la una parte, y D. Pedro Alderete Quevedo, Colegial mayor del colegio del Arzobispo de la Universidad de Salamanca, como heredero y sucesor de los bienes de D. Francisco Queve-

¹ Martín Carrillo, del Consejo de la Santa Inquisición, obispo de Oviedo en 1633, pasó a Osma en 3 de febrero de 1636.

Estaba haciendo los ejercicios en Villagarcía (8 de diciembre de 1635). Se decía (19 de junio de 1640) que le iban a dar la gobernación del arzobispado de Toledo, pues al titular, D. Dionisio de Castejón y Fonseca, lo nombraban gobernador del Consejo de Castilla.

Nombrado arzobispo de Granada, donde entró el 2 de febrero de 1642, visitó la casa de la Compañía en Granada el 14 de febrero de 1642, la primera de religión que visitaba. El padre Andrés de Lucas le hizo una muy erudita lección de escritura, y luego le hicieron un torneo. Se despidió a las doce del día. Envió al Colegio doce cajas de conserva, treinta perdices, veinte capones, dieciocho jamones y treinta reales de a ocho para compra de premios a los hermanos estudiantes.

Murió como arzobispo de Granada el 28 de junio de 1635. (Gams, *Series episcoporum*, y *Memorial Histórico Español*, Cartas de Jesuitas, vol. I, 340, 347; III, 453; IV, 264; VI, XI, XXI.)

² *Pleito C*, pieza 1.^a, fol. 66.

do y Villegas, su tío, y Eusebio García del Rey, su procurador, de la otra;

Fallamos, atentos a los autos y méritos del proceso deste pleito, que debemos condenar y condenamos al dicho don Pedro Alderete, como heredero del dicho don Francisco Quevedo, y a los bienes y hacienda que del susodicho hubiere quedado, a que pague a los dichos Alonso y Catalina Abad y demás consortes *nueve mil cincuenta y tres reales*, por los veinte y dos años y siete meses y medio, que estuvo poseyendo la casa mesón el dicho don Francisco Quevedo, sobre que fué el pleito, desde veinte y uno de Junio de mil y seiscientos y veinte y dos hasta seis de Febrero de mil seiscientos y cuarenta y cinco que la restituyó, a razón de cuatrocientos reales anuales en cada uno de los dichos años; y de la dicha cantidad mandamos que se bajen mil novecientos y cincuenta reales de los reparos y mejoras que hizo el dicho don Francisco Quevedo en las dichas casas, conforme las declaraciones de los Alarifes, y los intereses dellos a razón de cinco por ciento el dicho día seis de Febrero de mil seiscientos y cuarenta y cinco hasta ahora, que montan mil novecientos y doce reales y veinte y un maravedís; y así mismo se bajen de la dicha cantidad setecientos y un reales y catorce maravedís que el dicho D. Francisco de Quevedo pagó del censo que tenía impuesto sobre la dicha casa, los cuatrocientos y cuarenta reales de ellos de su principal y los doscientos y setenta y un reales y catorce maravedís que el dicho D. Francisco de Quevedo pagó del censo que tenía impuesto sobre la dicha casa, por los réditos corridos hasta el día de la redención del dicho censo con cinco por ciento desde diez de Abril de mil seiscientos y veintiocho hasta ahora, que importan ochocientos y dos reales y diez maravedís; que, juntas las dichas partidas que se mandan bajar, importan cinco mil trescientos y sesenta y seis reales y veinte y un maravedís, que descontados de los dichos nueve mil y cincuenta y tres reales que importa la liquidación de los frutos y rentas de la dicha casa, queda líquida la dicha condenación en tres mil seiscientos y ochenta y seis reales y veinte y tres maravedís. Los cuales mandamos que el dicho Don Pedro Alderete pague al dicho Alonso y Catalina Abad y consortes dentro de nueve días como fuere requerido con la carta ejecutoria que de esta nuestra sentencia se librare. Y reservamos su derecho a salvo al dicho Don Pedro Alderete para que en razón de los diez y ocho mil y setecientos

maravedís que el dicho don Francisco Quevedo pagó a la Villa de la Torre de Juan Abad por el precio de la dicha casa mesón, pida y siga su justicia contra la dicha Villa como viere le conviene. Y por esta nuestra sentencia definitiva así lo pronunciamos y mandamos. Sin costas.»¹

La sentencia fué notificada al procurador de D. Pedro Alderete, que suplicaba de lo que era o podía ser en perjuicio de él de la sentencia ante la persona del rey y sus jueces de comisión. Lo mismo hizo la otra parte². Fué confirmada el 31 de agosto de 1665. Y Alderete consignaba, el 31 de octubre de 1665, en el oficio del escribano, la cantidad adeudada; pero pidiendo que no se diese ejecutoria.

27.—AL CABO DE UN SIGLO

Aunque no tengo documento sobre la terminación del pleito que D. Sancho Manuel Carrillo seguía con el fiscal del Consejo de las Ordenes, puedo afirmar que ganó Carrillo y siguió siendo señor de la villa de la Torre de Juan Abad, en vista de los datos que a continuación se resumen³.

Muerto sin sucesión D. Pedro de Alderete, sobrino y heredero de D. Francisco, siguió en posesión del mayorazgo don Juan Carrillo Alderete Quevedo y Villegas, hijo de otro Juan, hermano de Pedro. Como aquel Juan Carrillo estuviese loco, tuvo su tutela su hermano D. Sancho Manuel, discernida por la Justicia de Plasencia, en 15 de septiembre de 1685, según hemos visto atrás⁴, y después, la tutora fué la otra hermana, doña Margarita Carrillo, también por decisión de la justicia.

Aunque en el *Pleito D* (*Memorial* ajustado, fol. 34) no se menciona ni figura en el árbol D. Sancho Manuel Carrillo, parece indu-

¹ Formaban la Sala los licenciados D. Antonio de Riaño y Salamanca, D. Francisco de Medrano y D. Jerónimo de Toledo y Prado.

² La sentencia conservada es copia de la original, hecha a 22 de septiembre de 1664 por Fracisco Morales Lazcano.

³ *Pleito D*, *Memorial* ajustado, fols. 3-4 v., y pieza 2.^a, fol. 1.

⁴ *Memorial*, fol. 31.

dable que poseyó algún tiempo los mayorazgos de Quevedo. Así se deduce de una carta de 4 de julio de 1689, firmada por él, dirigida a persona desconocida, y que decía así¹:

«Muy señor mío: Aunque no conozco a V. md. ni le he servido en nada, le canso con estos renglones, por la noticia que me han dado de sus muchas prendas, ofreciéndome para cuanto sea de su agrado.

En esa Villa, junto a el lugar de Barma y Vejoris tengo un mayorazgo que fundó don Pedro de Quevedo y Villegas, que después sucedió en él don Francisco de Quevedo y Villegas, señor que fué de la Villa de la Torre de Juan Abad, y después de sus días sucedió en él D.^a Margarita de Quevedo y Villegas, su hermana y mi abuela; y después de la dicha sucedió en él mi padre don Juan Carrillo Quevedo y Villegas; y por su fallecimiento ha recaído en mi este Mayorazgo, que en tiempo de mi padre le administró el Licenciado Pedro Conde de Quevedo.

Deseo que V. md. me la haga de informarse si ha muerto el Sr. Licenciado Pedro Conde Quevedo, y en qué estado están los bienes de este mayorazgo, que consisten en dos casas, una que llaman la casa alta y otra la baja, en viñas, huertos, prados, tierras y otras propiedades que se refieren en los títulos de dicho mi Mayorazgo; informado V. md. de lo referido, me avisará de todo, y también si han quedado algunos parientes de mi tío don Francisco de Quevedo, que lo deseo saber, porque hoy está mi casa sin sucesión y con algunos mayorazgos que llaman a los parientes de esta línea; y por si llega el caso, deseara tener esta noticia para obviar inconvenientes.

V. md. perdonará este enfado y esté asegurado le corresponderé en todo lo que se le ofrezca mandarme.

Dios guarde a V. md. muchos y felices años.—Madrid y Julio, 14, de 1689 años.—Besa las manos de V. md.—(Firmado).
(Posdata: Dirección casas de la Calle de la Madera Alta).»

Fallecida doña Margarita el 18 de marzo de 1709, en su testamento pidió que nombraran por tutor del incapaz demente al presbítero D. Juan Velázquez Nieto, por haberle criado y tener especial conocimiento de su obra, y se le discernía el cargo el 17 de junio de 1709.

¹ *Pleito D, Memorial* ajustado, fol. 34.

Con este motivo, D. Manuel Quevedo pretendió que se le declarase inmediato sucesor y se le encargase la administración de los bienes del mayorazgo. Con ésta siguió Velázquez; pero tras varias incidencias se declaró sucesor a Manuel Quevedo el 23 de diciembre de 1709.

Manuel murió *ab intestato* en Sigüenza en noviembre de 1713. Dejó viuda a doña Justa de Parada, y de ella a la hija única, Antonia Florencia de Quevedo. En 1716 acudió doña Justa ante los jueces de Cruzada, diciendo que después de la muerte de D. Manuel había fallecido D. Juan Carrillo Alderete Quevedo Villegas (el loco), y pedía la sucesión en el mayorazgo a favor de su hija, Antonia Florencia. En 2 de septiembre de 1716, el alcalde mayor de Plasencia declaraba, en efecto, a Antonia Florencia sucesora en el mayorazgo, con su madre por tutora, y mandaba se la diese posesión; lo que se hizo en una venera con el hábito de Santiago que exhibió Velázquez Nieto, depositario de las rentas del mayorazgo. Debía de ser esta venera la que figura en la cláusula que indica los bienes del mayorazgo fundado por Quevedo en su testamento: «Venera sobre una esmeralda grande rica, con una espada de rubíes con el cerco de diamantes.»¹

Antonia Florencia murió, de cuatro años de edad, en Madrid, el 19 de marzo de 1718, y fué enterrada en el convento del Carmen calzado. Tomó entonces posesión del mayorazgo doña María Teresa de Quevedo, hermana de Manuel, como hija de Francisco de Quevedo, soldado de la Guardia Española Amarilla de Su Majestad, vecino de Toledo, difunto, y de Feliciano de Yuste, su tercera mujer y tía carnal, por tanto, de Antonia, la última poseedora.

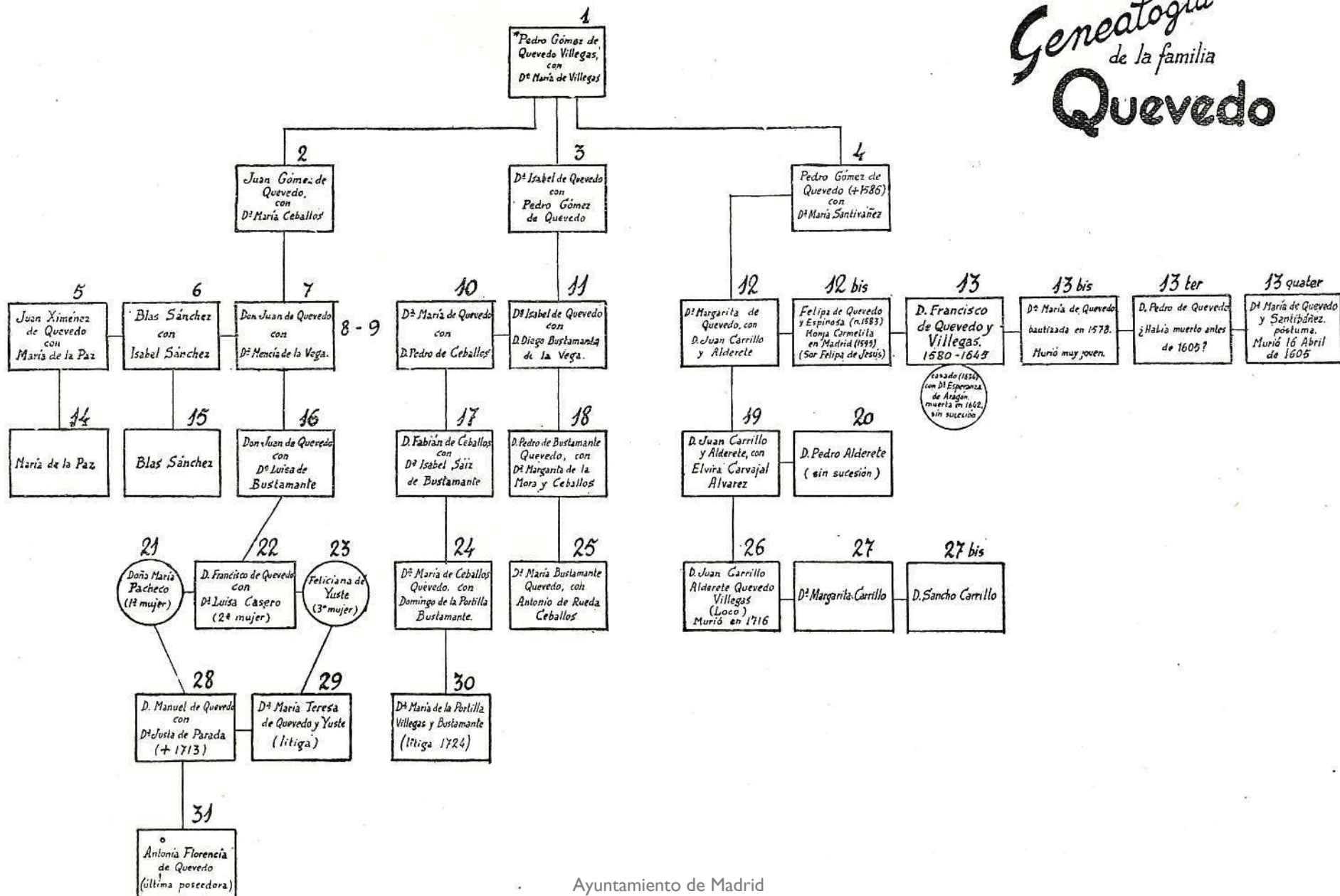
Púsole pleito doña María de la Portilla Villegas y Bustamante, descendiente directa de D. Pedro Gómez de Quevedo Villegas y de doña María Villegas, abuelos del escritor, padres de Isabel de Quevedo y de Pedro Gómez de Quevedo, padre de D. Francisco, el fundador.

La sentencia de tenuta de este pleito es de 7 de marzo de 1724, y fué a favor de esta doña María de la Portilla, remitiendo, en cuanto a la posesión, a la Chancillería².

¹ *Pleito D. Memorial* ajustado, fol. 3. El testamento está reproducido por Fernández Guerra y por otros varios.

² A. H. N., *Consejo de Castilla*. Registro General del Sello de Castilla, legajo 37.653, núm. 1.866. Catalogado en mi libro *Mayorazgos españoles*, núm. 325, pág. 93.

Genealogía de la familia Quevedo



28.—CONCLUSIÓN

A los datos recopilados en nuestra publicación de 1928, según el *Pleito A*¹, y que terminan en 1630, cuando los escritos de ambas partes litigantes mostraban ya una tensión insostenible, y que permiten la rectificación documental de la leyenda que suponía a Quevedo dando muerte a un hombre en el atrio de la iglesia de San Martín de Madrid el día de Jueves Santo (21 de marzo de 1611)², hay que añadir como resumen de este artículo la extrañeza que causa el comprobar el empleo de testafierro utilizado por Quevedo para adquirir la jurisdicción de la Torre. Existe una laguna documental en este momento del pleito, y sería muy curiosa e instructiva la escritura que este Mexía de Leyva hiciera a favor de su amigo D. Francisco³.

Hemos podido ahora añadir la escritura de convenio entre la villa y Quevedo, de 1631, y la cuenta aprobada, como efecto de esta concordia, en 1633, que parece llevó la paz a los pleiteantes por unos años; pero no sin que surgiera otra vez el pleito en 1639, ganado por Quevedo en 1644. Son curiosos los incidentes del pleito, relatados abreviadamente por lo tocante a casi un siglo de actuación posterior.

Son completamente nuevos, y nos presentan una figura de Quevedo como dominado por una especie de furia pleitista, los documentos sobre el mesón de Juan Abad.

Parece que D. Francisco, entre otros, tenía un censo que gravitaba sobre el mesón llamado de Juan Abad, situado en la calle de la Veracruz, propio de Alonso Abad, quien había de pagar los réditos de ese censo, cuando en 11 de mayo de 1622 presentaba ante el alcalde ordinario de la Torre demanda de ejecución contra los bienes y herederos de Alonso Abad y otros sus consortes, por cuantía de 12.000 reales que se le debían de los corridos, costas y salarios.

No tardó en dar sentencia contra los hijos menores de Alonso Abad el alcalde Alonso Sánchez, asesorado por el bachiller Mexía Romero, el día 21 de junio de 1622, mandando ejecutar los bienes

¹ Véase el resumen de las páginas 43-45.

² *Ibid.*, páginas 45-46.

³ Véase atrás, páginas 283-284.

de los menores, que eran un mesón y dos quiñones de tierra, de los que tomó quieta y pacífica posesión nuestro escritor.

El hecho de que en las cuentas de 1633 le abonase la villa la cantidad de 18.700 maravedís como valor de este mesón, adquirido en 21 de julio de 1622, se explicaría por ser varios los obligados a los censos; pero no dejó de haber precipitación, si no es que fué abuso de autoridad por parte de Quevedo, en la tramitación de este asunto; porque hallamos la anomalía de que él adquiere la otra parte de los censos sobre el mesón de unos señores Aranda y Guerrero, de Alcaraz, *con fechas muy posteriores* a la sentencia del alcalde Alonso Sánchez, tan bachillerescamente asesorado; es decir, en octubre de 1623 y abril de 1628.

Los abogados de los menores llevaron muy bien el asunto y demostraron que Alonso Abad, abuelo de ellos, no pudo obligar al censo el mesón de referencia, porque no era de él, sino de su mujer, Catalina Gómez, con quien había casado en segundas nupcias, y de los hijos de ésta con su primer marido.

La cosa estaba clara, y el alcalde mayor de Villanueva de los Infantes revocó en 17 de diciembre de 1641 la sentencia dada por el alcalde Alonso Sánchez en la Torre a 21 de junio de 1622 (casi veinte años de pleito por un capital de cuarenta ducados!), mandó que se devolvieran sus bienes a los que ya hacía tiempo que habían dejado de ser menores, y condenó a Quevedo en los frutos y rentas indebidamente percibidos.

Es significativo que Quevedo no repitiera contra Alonso Abad que le hipotecó las dichas cosas, según el juez le insinuaba, sino que apelase el auto. Después de varios incidentes dilatorios, Quevedo fué condenado, y hubo de restituir el mesón en 26 de febrero de 1645.

Pero siguió el pleito por la indemnización de los gastos hechos en el mesón, y lo continuó su sobrino y heredero hasta el 16 de septiembre de 1664, diecinueve años después de la muerte del gran escritor. La sentencia, modelo de equidad, condenaba al heredero de Quevedo en 9.053 reales, de los cuales habían de descontarse 5.366 por los gastos hechos en el mesón y sus intereses; con lo cual quedaba líquida la condenación en 3.686 reales y 23 maravedís. ¡Pequeñas cifras para pleitos de más de cuarenta años de duración!

* * *

No negamos razón a D. Francisco cuando fustiga con su hiriente sátira los procederes de la gente de curia¹; pero él se dejó en el tintero su opinión acerca de los litigantes, que en todos los tiempos han sido capaces de sugerir a letrados y procuradores los más raros artilugios para conseguir su propósito. En las páginas leídas queda probada la «técnica» especial adquirida por Quevedo para no cumplir los autos y las sentencias de los Tribunales cuando a él no le convenían.

El estudio directo de cualquier pleito hace salir a la superficie, desde el fondo sin fin de los centenares de folios de sus piezas, rasgos psicológicos bien pronunciados de los litigantes, y pone al desnudo el corazón humano, con sus pasiones, que no se logran ocultar tras la hojarasca de las declaraciones, alegatos y protestas de amor a la justicia; cada cual va tras de lo suyo, o de lo que cree o finge creer que es suyo, con una terquedad a prueba de años y de contrariedades.

La lectura de estos viejos folios, por medio de los cuales el nombre de D. Francisco se perpetuó durante casi un siglo en las covachuelas de los Consejos de Justicia, nos permitirá formar una idea aproximada de cómo fué el *hombre* que supo levantar un monumento imperecedero a las letras españolas.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA

¹ Por ejemplo, algunas de *El sueño de la muerte*, o *Visita de los chistes*.

NOTAS SOBRE UNA ODA INCOMPLETA DE QUEVEDO

I

En la *Memoria para la Biblioteca Nacional* de 1874 (pág. 9) se encuentran unas palabras con que su director a la sazón, D. Cayetano Rosell, informa de que «en las guardas de un tomo que perteneció al insigne D. Francisco de Quevedo y es una traducción de Píndaro, ha descubierto el Secretario de nuestra Biblioteca [entonces don Cándido Bretón] una composición original, escrita de la propia mano y letra de nuestro autor¹, con el título de *Lisipo y Policlete*. Redúcese a un fragmento, cuya tinta en alguna parte [está ya casi desvanecida, de una canción u oda, al parecer en alabanza del gran duque de Osuna]. Don Florencio Janer se proponía incluir el fragmento de referencia en su edición de la Biblioteca de Autores Españoles. Fallecido antes de terminar ésta, el editor se dirigió al Sr. Octavio de Toledo, que facilitó una copia o permitió que se leyese el manuscrito (véase B. A. E., LXIX, 561). Más tarde lo publicó Astrana en su edición de Quevedo (II, 376; cito por la edición de 1943); pero ambas versiones dejan que desear, a mi entender, en algunos pequeños detalles, por lo que voy a ocuparme de dicho fragmento de oda, dando el resultado de mi lectura, no sé si acertada, y ano-

¹ Rosell, Astrana, la nota de la edición de Janer y la ficha del libro en la Biblioteca Nacional coinciden en considerar la letra como de Quevedo, por lo cual lo acepto así después de comprobarlo en una ligera lectura de autógrafos.

tando las varias tachaduras que en el manuscrito se encuentran y que son curiosa muestra de la técnica poética de nuestro gran escritor.

El texto en cuestión se halla en el recto de la tercera guarda de la paráfrasis latina de Píndaro, obra de Juan Lonicer, publicada por Andrés Cratandro (Basilea, 1535)¹. Se trata de un ejemplar en bastante buen estado, en cuarto, que se conserva en la Biblioteca Nacional con la signatura R-642. La poesía ocupa la totalidad de la página, estrechándose las líneas algo al final para que pueda caber toda ella. Está escrita en tinta bastante débil, y en algunos puntos hoy completamente ilegible, aunque no ocurría así cuando se leyó y transcribió hace setenta años.

En el texto que sigue modernizaré la ortografía, añadiendo acentos y signos de puntuación, suprimiendo alguna coma (verso 14), convirtiendo *i* en *y*, *x* en *j* o *g* (*xente*, *exipto*, *xirones*)², *z* en *c* (*hizieron*, *contradesir*), *v* en *b* (*deve*), *r* en *l* (*marmor*), añadiendo *h* en *ora*, *o*, eliminándola en *theatro*, doblando la *c* en *faciones*, etc.

Lisipo y Policleteo

Strophe

No con estatuas duras
en que el mármol ocioso
y el Arte perezoso,
difunto, imita fijas las figuras,
5 detendré tu semblante,

¹ *Pindari poe | tae vetustissimi, lyri | corum facile principis, | Olympia | Pythia | Nemea | Isthmia | per Ioan. Lonicerū latinilate donata: adhibitis enarratio | nibus, ē Graecis Scholiis, & doctissimis utriusq̃ linguae au | toribus desumptis: quarum suffragio Poēta, a paucis ha | ctenus intellectus, nunc planior & illustrior redditur. | Cum gratia & privilegio Caesareo. Basileae, | apud Andream Cratandrum. | M. D. XXXV.* (cf. Astrana, II, 1366; Janer I. c.). Sobre otras poesías de Quevedo conservadas en páginas en blanco de libros, véase Astrana, II, 412, n. 1.

² Es curiosa la grafía *x* por *g*, *j* (véanse numerosos casos en los entremeses que publica Astrana, II, 542 y 555), que, según me indica Dámaso Alonso, demuestra una pronunciación sorda. También es notable *exipto*, frente a 361, 10; 364, 2 (citaré siempre por Janer), en que los editores escriben *Egito* (rima con *infinito*, *delito*, *sobrescrito*, *contrito*). Sobre ortografía en general de Quevedo, véase Astrana, II, 1.175.

- que se llevó en los pies la postrer hora
que el mundo teme y llora;
ni, émulo de Lisipo y Policleto,
¡oh grande, ya inmortal duque de Osuna!,
10 para contradecir a tu fortuna
procuraré con tus facciones reales
animar los metales;
que los dorados bultos
más doctos y más cultos
15 lisonja muerta son sin movimiento.
Valdréme del acento
de la lira, y del canto,
que, disfrazando mi sonoro llanto,
tu nombre llevará de gente en gente
20 y a la tumba del Sol desde el Oriente.
Razonarále el Noto por las jarcias,
y el mar, que tanto honor debe a tus quillas,
hará que le pronuncien sus orillas;
y sus golfos, que fueron
25 teatro a tus hazañas,
aplaudiendo sus sañas
las pirámides tres de tus jirones,
que hicieron callar en tus pendones
las bárbaras de Egipto,
30 hoy, lastimados de tu [ausencia eterna],
de lágrimas serán borrasca [tierna].

La edición de Janer considera *Lisipo y Policleto* como el título de la composición, y lo mismo, como se ha visto arriba, el señor Rosell; pero ya Astrana, y creo que con razón, ha prescindido de estas palabras para titular la poesía *Al duque de Osuna*. Me parece un poco extraño que una composición como ésta, mixta de oda y treno, hecha para celebrar las glorias del duque con ocasión de su muerte (otras poesías dedicadas a Osuna: 5, 13, 144-6), tenga un título ajeno casi por completo a su asunto y tomado de dos personajes que sólo incidentalmente aparecen en ella. Yo tal vez me inclinaría a creer—como conjetura incierta únicamente—que estas palabras, escritas a la misma distancia del margen que los demás versos y no en medio ni con letra más grande, como era de esperar en un título (cf. infra *Strophe*), son el primer verso de un ensayo abandonado en

seguida. Quizá Quevedo se proponía comenzar la oda en líneas generales de este modo: «Lisipo y Policleto immortalizaban a los héroes en esculturas; pero yo no lo haré así, sino que...»

Y si realmente Quevedo se proponía escribir una oda pindárica, no podía escoger mejor proemio que una comparación *ex abrupto*, como suelen hallarse en el lírico griego. Pero sin duda a Quevedo le pareció un comienzo demasiado brusco. Dejó, pues, en suspenso el primer renglón, con idea quizá de aprovecharlo en otro punto, y probablemente sin intención de denominar de modo alguno el poema (las odas de Píndaro no tienen más título que la dedicatoria al vencedor), y continuó con la palabra *Strophe*, que nos hace evidente su propósito, con toda probabilidad no llevado enteramente a cabo, de dar a su poesía estructura tripartita (*strophe, antistrophe, epodo*), tal como en otras suyas (27, 689, cf. infra).

Comienza con un tema predilecto de Quevedo, la escultura, a que se refiere no sólo, como era obligado, en composiciones dedicadas a estatuas, sino en otras, como 77, 9 (Deucalión animando las piedras); 73, 3 (*al mármol frío—que contra el Tiempo su dureza atreve*); 730; 161, 5; 2, 4 (*la forma dura*); 2, 9 (*dura vida*); etc. No he encontrado en una lectura fragmentaria ninguna otra cita de Lisipo y Policleto; pero sí de Fidias (105, 11). Parece que Quevedo quiere distinguir entre escultores en mármol (versos 1 a 7) y en bronce (8 a 15), incluyendo entre los últimos a los dos citados, en lo cual se ajusta a la verdad arqueológica.

En el verso 3 iba a escribir *y perezoso el Arte*, pero se detuvo en *i perezoso e*; el deseo de evitar una rima interna y aprovechar un consonante obvio le indujo a tachar y escribir *y el Arte perezoso*. Nótese la extrema agilidad mental que revelan estas correcciones en mitad de palabra; la impresión que nos producen es la de que Quevedo componía con una velocidad aproximadamente igual a la del que escribe una carta, y corregía con la misma rapidez. Compárense las palabras de José Antonio González de Salas en las prevenciones al lector del *Parnaso Español*: *Pero aunque así, ventajoso era por su espíritu propio. Fácil le tuvo, ígneo y arrebatado, y por esa ocasión no pocas veces se resistió a la emendación y a la lima, remitiendo este estudio a otra sazón y a mejor ocio*. También parece evidente, si se estudia esta oda, que apenas la releó ni corrigió, y probablemente ni fué nunca terminada, ni se volvió a ocupar de ella.

En el verso 4 decía primitivamente *sin movimiento imita las figuras* (*imita* no está del todo claro). Por mi parte, creo que éste sería un verso aceptable; pero el autor ha tachado las tres primeras palabras y, saliéndose de la línea por la izquierda, ha escrito encima *difunto* (o quizá *difonto*), *imita, fixas*; la corrección no corresponde exactamente a la redacción primera, ya que *sin movimiento* se refería a las figuras o estatuas (cf. verso 15). Se trata de un ejemplo de la llamada por los clásicos metonimia o hipálage, en que se trasladan al autor, el Arte, los atributos de su obra (*perezoso, difunto*: tres maneras distintas, con *ocioso*, de decir *inmóvil, sin movimiento*). Véase un paralelo bastante parecido, que debo a C. Consiglio, en Dante (*Purg.*, I, 7): *ma qui la morta poesi risurga* (la poesía que trata de los muertos), y en el propio Quevedo (21, 3), hablando de una custodia de cristal: *labró artífice duro, yerto y frío — este puro milagro transparente*. Obsérvese cómo *imita* concierda sólo con el segundo de los sujetos.

En cuanto al momento en que se efectuó la corrección, caben dos posibilidades: o bien el autor dejó el verso con la redacción primitiva, y más tarde, observando que había repetido *sin movimiento* en el verso 15, modificó el 4 para evitar tal reiteración, o tachó el verso espontáneamente, y al rondarle luego por la imaginación dichas palabras, las incluyó de nuevo en otra frase. Yo me inclino por la primera posibilidad, pues me parece mejor el verso tachado, y más forzada y artificial su corrección.

Sigue: *hurtare tu semb* (*hurtar* es verbo frecuentemente empleado en lo clásico para designar una representación gráfica; cf. Góngora, 359, 1 [Millé]: *hurtas mi vulto, y cuanto más le debe — a tu pincel, dos veces peregrino...*; sobre *vulto* cf. infra; más abajo, en el mismo soneto, verso 9: *Belga gentil, prosigue al* [Castro *el hurto noble*]); pero en plena palabra cesa de escribir y tacha. El nuevo verbo, *detener*, contiene igualmente la idea de inmovilidad (Dicc. Ac. Esp.: *Detener*: «retener, conservar o guardar»).

La admiración del verso 9 está sustituida en el original por paréntesis. Después del 10, *para contradecir a tu fortuna* (esto es, no conforme con tu muerte), *procuraré con los semblantes* (*semblantes* en plural, para hablar de una sola estatua, en 1, 4); pero al observar que esta palabra ha aparecido ya en el 5, tacha y sustituye *los* por *tus*, añade un trazo horizontal a la *s*, trocándola en *f*;

escribe una *a* sobre la *e*, tacha el resto y anota sobre la línea *ciones* (de todo esto no hay entera seguridad, pues el lugar aparece bastante borroso; *facciones* en 10, 10).

Después del verso 12, ni Janer ni Astrana puntúan. En el 13 escribe *que los bultos*; pero instantáneamente se le ocurre un consonante de *bultos*, y tacha para colocar esta palabra en fin de verso: *que los dorados bultos*¹—*más doctos y más cultos* (esto es, por más insignes y artísticos que sean)—*lisonja muerta son sin movimiento*.

En Janer y Astrana se lee *incierto*. El último ha visto el manuscrito, según se deduce de su colocación y edición; pero probablemente sugestionado por la lectura anterior, pues de lo contrario habría observado que lo que parece el punto de una *i*, no lo es: al debilitarse la tinta, se ha hecho aún más patente el contraste, ya que el supuesto punto queda mucho más oscuro que el resto. Es evidente además que *muerta* es el epíteto apropiado (cf. *supra difunto*), no *incierto*, que aquí no tendría un sentido muy claro, aparte de producir una sinalefa cacofónica.

En el verso 19 hallamos de nuevo concordancia de un verbo con un solo sujeto, como arriba. No estoy aquí de acuerdo con la puntuación de Astrana, que pone punto y coma después de *gente* (en Janer, coma), suprimiendo, en cambio, el punto tras *Oriente*. Creo que el pareado que antecede termina el período de manera rotunda y elegante, aparte de que el sentido es perfecto. Y si no fuese dema-

¹ Es frecuente la palabra *bulto* para designar a una estatua; pero parece que es constante la duda en manuscritos y ediciones de poetas clásicos entre *bulto* y *vulto*, cultismo, del latín *vultus*, «rostro, cara» (cf. Dicc. Acad.). En general, la duda es casi irresoluble; pero puede ser un indicio el contexto en que se trate de esculturas, en que está más indicado *bulto*, o de pinturas, en que, si es preferible *vulto*, no puede desecharse la otra grafía con el sentido de «silueta, contorno, figura». Parece evidente *bulto* en 41, 9; 667, 95, *las estatuas y bultos que hallaste*; y lo mismo en 1, 6 (en el soneto *A la estatua de bronce del rey don Felipe III*), aunque Janer escriba *vulto* y diga en nota: «*vulto* es aquí el rostro, y en esta acepción se usaba antiguamente». En cambio, en el pasaje de Góngora citado *supra* (pág. 353) he escrito *vulto*, según casi todos los editores (es un soneto a un pintor flamenco que le estaba retratando), pues incluso Millé, en que se lee *bulto* (pág. 442), admite *vulto* en el índice de la edición (pág. 1.172), por lo que la primera lección pudiera ser una errata.

En otros pasajes de Góngora cabe la duda (416, 257 Millé; 74, 54; 400, 37; 420, 46; en todos ellos lee *vulto* Foulché-Delbosc y *bulto* Millé), mientras parecen estar claros 420, 575 (*vulto*), y XLVI 7 y XL 6 (*bulto*; estas dos composiciones no son con toda seguridad gongorinas).

En nuestro pasaje no hay duda posible, por contar con la lección autógrafa *bultos*, lógica por tratarse de estatuas.

siado audaz la suposición, juzgaría que la verdadera *strophe* pindárica acababa aquí, aunque no lo haga constar el autor. Nótese que en todas las composiciones pindarizantes de Quevedo (excepto en un solo caso: 689, 23), estrofa, antistrofa y epodo terminan en dos endecasílabos aconsonantados, y que las estrofas tienen de dieciséis a veinticuatro versos; pero no treinta y uno, como el fragmento que nos ocupa.

A continuación, Quevedo quiere decir que el mar y el viento repetirán también el nombre del duque de Osuna. A la busca de un concepto grandilocuente que exprese esta idea, va a escribir quizá *platicarle*; pero, cuando ha escrito *plati*, cambia de opinión y tacha; *platicar* no es verbo del todo apropiado. Necesita un futuro tetrasilábico de un verbo *dicendi*, y lo encuentra, aunque algo rebuscado, en *razonar* *le el viento por las jarcias* (*jarcias* apenas se distingue). Más tarde, quizá al releer la estrofa íntegra, borrará *viento*, para sustituirlo por *Noto*; no para referirse al viento Sur particularmente, sino para dar al verso una pincelada de barniz cultohelénico que en nada le perjudicará. *Razonar* *le el Noto por las jarcias*, esto es, el viento repetirá su nombre al sonar a su paso por el velamen (Janer no puntúa después de *jarcias*)¹.

No he admitido la lección de Janer y Astrana, *razón har* *le*, por varias razones. *Hacer razón* no es locución correcta, que yo sepa; únicamente he encontrado en los léxicos de Correas y Henríquez *hacer la razón* (Dicc. Ac. Esp.: «Corresponder a un brindis con otro»; en Covarrubias, «hacer lo que es justo»). En cambio, *razonar* es verbo en uso en la época clásica. Se emplea corrientemente en castellano antiguo, lo mismo que *platicar*, con el significado intransitivo «hablar», como sus equivalentes: portugués *razoar*, francés *raisonner*, provenzal *razonar*, catalán *rahonar*, italiano *ragionare*. Sin embargo, se encuentra también como transitivo, significando

¹ El tema marítimo—agua y viento—es frecuentísimo en Quevedo, y más particularmente la mención de los *golfos* (en el sentido de «senos, profundidades»), como en 20, 12; 138, 212; 702, 6; 170, 6; 144, 3; 668, 56; 679, 53; 687, 41; 689, 7; 49, 13; 56, 7; 138, 23; etcétera. También son palabras muy usadas *quilla* (212, 8; rimando con *orilla*, como en nuestro fragmento, en 25, 11 y 128, 4), *jarcias* (668, 62; 170, 17; 86, 1), otros términos maríneros como *gavias* (25, 18; 212, 7), *entenas* (25, 18; 86, 1), la *saña* o *sañas* del mar (49, 6; 128, 12), los vientos *Euro* y *Noto* (85, 3; 128, 2; 138, 85; 56, 1; 44, 4 y 6; 90, 5; 116, 1; 212, 2; 666, 9), etc. Podemos suponer que, de haberlo permitido el metro, habría sustituido también *mar* por *Ponto* (cf. p. ej. 25, 8).

«decir»: *razonado habia e dicho el escudero aquellas palabras* (Gr. Conq. Ultr., Gayangos, 189); *non pudo mas la mi lengua rrazonar* (Canc. de Baena, Pidal, 229, 51); *que asy lo rrazona la Santa Escripura* (Id., 337, 23); *lo que home piensa et razona* (Part. II, edición Acad. Hist., II, 25)¹; cf. provenzal *si ab aquestz testimonis que t'ai enrasonat* (Izarn, 130); catalán *enraonar*, «propalar, divulgar, publicar» (Dicc. Lling. Cat. Salvat; nótese la íntima relación con nuestro caso).

De aquí, y limitado su uso a nombres de personas, pudo muy bien tomar el sentido de «hablar de uno, citar» (*razonar*, antiguo: «nombrar, apellidar», Dicc. Ac. Esp.), de donde «hablar bien de uno, elogiar, celebrar» (cf. *hacerse lenguas de*): provenzal *razonar*, «vanter, prôner, célébrer» (Raynouard, *Lexique roman*); *e son cosin lo marques, que cascus razona* (Folquet de Romans, 6, 40, Rayn. «que chacun vante»); *cals rasonàtz ni tenetz per plus pros* (T. de Raimond de Miraval et de Bertrand, Rayn. «quels prônez-vous et tenez-vous pour plus preux?»); o bien «hablar mal de uno, criticar, maldecir» (cf. *traer en lenguas*): portugués *arrazoar algúem*, «arguil-o, accusal-o, increpal-o» (Moraes); provenzal *son avi don totz lo mon rasona* (Guiraut del Luc, Rayn. «dont tout le mond médit»)².

Además, la *a* está algo separada de la *n*; pero ni siquiera el ancho de una letra, ni más que otras letras sin trazo de enlace que pertenecen evidentemente a la misma palabra. Otro argumento decisivo es la tachadura de *plati*, y otro más el hecho de que Quevedo no suprime la *h* en esta composición más que en *ora*, por explicable influencia de la conjunción, mientras la conserva correctamente en los demás casos, incluso en el propio verbo *hará* (verso 23)³. Y no hace falta siquiera aportar ejemplos para defender el uso de *le* en acusativo, tan usual en Quevedo como en todos los autores literarios.

¹ Debo parte de los ejemplos españoles a la amabilidad de D. Vicente García de Diego.

² Lewy (*Provenzalisches Supplement-Wörterbuch*) discute las dos últimas acepciones en el provenzal.

³ En el entremés de Astrana, II, 542, la ortografía es mucho menos correcta: *ospital*, *guesos*, *e*, *o*, *a*, *hora*, *desecha*, *erodes*, *emos*, *ai*, y en cambio *hispas*, *ahorcado*, *hablen*, *harto*, *hermana*, *dehesa*, *mohatra*, *hermosa*, *heridas*, *hixuelos*, *hixo*, y sobre todo *hiziste*, *hazen*, *hecha*, *hagamos*, *hazer*; sólo una vez *aremos*, en unos versos añadidos al margen y probablemente escritos con precipitación. En cambio, en el que publica también en II, 555, aparecen *az*, *azer*, *echo*.

A continuación, escribe *nadara el oceano* (*nadar*, claro está, como transitivo, y *oceano*, como su complemento); pero esta imagen baja un poco el tono altisonante general, y peca además de excesivamente sintética, en comparación con las restantes de la oda. Tacha, pues, el poeta y continúa: *y el mar...*, etc.

Astrana no puntúa después de *orillas*, con lo cual *sus golfos* resulta también sujeto de *pronuncien*; erróneamente, como vamos a ver.

Saños, del verso 26, es sujeto: los mares, agitados por el temporal, parecen aplaudir los éxitos militares del duque. *Las pirámides*, etcétera, están, en cambio, en acusativo: son objeto de las aclamaciones del mar. Astrana escribe *Girones*, equivocadamente, a mi entender. Evidentemente, existe un juego de palabras con el apellido del duque; pero aquí se trata de tres *jirones* (en Janer, la grafía original *xirones*), piezas heráldicas en forma de triángulo isósceles, semejantes a una pirámide vista desde uno de sus lados. En el escudo de Osuna había tres jirones en la parte baja del primer cuartel del escusón, que Quevedo considera que eclipsan con su fama a las tres célebres pirámides de Egipto.

Las bárbaras (pirámides) de Egipto está también en acusativo. Perdónese me esta minuciosa disección, que creo imprescindible para poner orden en la construcción, sumamente embarullada, que se observa en la edición última, la de Astrana, que coloca punto después de *pendones*, con lo cual *hicieron callar* queda sin complemento, y *bárbaras* sin sustantivo y como sujeto de *serán*, lo que no tiene sentido alguno. Además, esto le ha obligado, para evitar una concordancia vizcaína, a corregir *lastimados* en *lastimadas*, sin que ello ayude a comprender mejor la ininteligible frase. La lección auténtica es *lastimados*, que con *serán* se refiere a *golfos* (verso 24), después de un paréntesis de cinco versos. La oración de gerundio comprende desde *aplaudiendo* hasta *Egipto*. En Janer se encuentra *del Exipto*, que debe de ser errata tipográfica, pues el propio metro basta para recusar la lección.

Continúa Quevedo escribiendo *oi de piedad do*; y al llegar a este punto, tacha. La última sílaba no está del todo clara. Yo me inclinaba más bien a suponer *to(cados)* o *mo(vidos)*; pero Dámaso Alonso me hizo notar lo probable de mi primera restitución *do(lidos)*, lección a la que renunciaría el autor por darse cuenta de que, además de la

fea asonancia con *Egipto*, se producía una cacofónica sucesión de dentales. Además, creo que aquí el poeta, como en el verso 22, parece querer reprimir una tendencia a intercalar excesivo número de heptasílabos.

En el verso 30 hay, antes de *tu*, una palabra de dos letras tachada e ilegible; lo que está entre corchetes no se lee ya, por lo cual me he debido atener a las lecciones de mis predecesores. En Astrana (II, 1.367) se lee, por error, *borrasca eterna*.

II

Vamos a dar ahora cuenta de otras acotaciones de puño y letra de Quevedo que figuran en el libro de referencia.

En el verso de la segunda guarda está copiada la paráfrasis de Lonicer del epodo primero de la primera Pítica (P. I, 13-20), precedida del título general y de las primeras palabras de este poema: *Pindari Pythia Ode Hieroni Ethneo. O Aurea Cythara Apollinis etts. epodos I. quecunque*, etc. (En Astrana, equivocadamente, *Aetheneo*, *ex osa* por *exosa*, *se positus* por *sepositus*, *Thyphos* por *Typhos*. Es error del poeta escribir *Ethneo* por *Aetnaeo*, *quecunque* por *quaecunque*, *cythara* por *cithara*). Se trata de uno de los pasajes más bellos de Píndaro, escogido probablemente por ello como lema del propietario del libro.

En la portada se halla la firma rubricada de Quevedo (*D. Franciscus de Quevedo Villegas*) en la forma en que, según Astrana (II, 1.177), la escribía en sus últimos años.

En la plana siguiente observamos el curioso hecho de que, de los dos epigramas latinos impresos que celebran la gloria del traductor Lonicer, Quevedo ha tachado, al parecer a mano airada (como es lógico, no se puede identificar al tachador; pero sí la tinta, que es la misma que en la firma), el segundo de ellos, titulado *Jacobi Micylli in eundem*. No me atrevo a decidirme en cuanto a los motivos de esta tachadura. ¿Protesta contra la inmodestia del editor y sus amigos? ¿Movimiento del gusto, herido por unos versos ciertamente no muy valiosos? Porque no me decido a pensar que Quevedo se sintió ofen-

dido por motivos religiosos, ya que quizá no conocía el hecho de que tanto el autor del epigrama—Jakob Molsheim, alsaciano (1503-58), rector de Heidelberg, amigo de Camerario y Melanchthon y protegido del elector palatino Federico II—como el de la edición—Johannes Lonicer (1499-1569), profesor de Marburgo, íntimo de Lutero y del *praeceptor Germaniae*—habían pertenecido a círculos luteranos. Pudiera tratarse también de una protesta contra la velada indirecta dirigida a los modernos en los versos 2 a 4: *qui* (sc. *Pindarus*) *Lyricos inter maximus unus erat*, — *dū studiis honor, et laudes mansere Camoenis*, — *nec profuga in sola Musa iacebat humo*.

No conocemos al autor del primer epigrama laudatorio, *Euricii Cordi Medici* según el título.

En la página primera, al margen de la primera estrofa de la primera Olímpica (O. I, 1-11), cita el título y primeras palabras de la tercera, y el pasaje paralelo del epodo tercero (O. III, 41-45) de la misma, con alguna errata (*Olimpia* por *Olympia*, *Poluci* por *Polluci*, *prestat* y *ceteris* por *praestat* y *caeteris*, *obtima* por *optima*), también según la paráfrasis de Lonicer. Y viceversa, al margen de este último pasaje (pág. 49) repite la cita paralela del primero, tomada de la misma paráfrasis, y probablemente de memoria, pues escribe *optima quidem res aqua*, en vez de *optima sane res est aqua*. Una y otra frase son las famosísimas en que se declaran las virtudes excelsas del agua, y probablemente las que en mayor grado impresionaron a Quevedo, como lo demuestra el hecho de que vuelva a citarlas de manera no demasiado oportuna en las notas del *Anacreón castellano* (dedicado también, por cierto, al duque de Osuna), en que contrapone con la oda XXIII, ὁ πλοῦτος εἰ γε χρυσοῦ, los pasajes de referencia. *Este lugar* (en que se rechaza el oro y las preocupaciones que trae consigo) *parece que los contradice Píndaro en la primera Olymp.:* «*Optima sane res est aqua, aurum vero, ut lucidus ignis noctu, [sic praevalet] eximie superbis divitiis.*»

A continuación traduce Quevedo en español:

«Buena cosa es el agua,
y el oro es excelente y resplandece
en las sumas riquezas
como en oscura noche ardiente fuego.»

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Traducción satisfactoria, que sería perfecta si su primer verso rezara «Lo mejor es el agua».

Continúa Quevedo: *Y en la ode III de los Olympios* (sic), *epode* (sic)¹ *último, dice esto mismo* (sin cita latina):

«El agua se aventaja
a esotros elementos,
y después es el oro
lo mejor de la tierra.»

Aquí ya no me gusta tanto la versión de Quevedo. Más que traducción, es paráfrasis, y además infiel, puesto que en el texto griego no se hace ninguna gradación, sino una mera contraposición con las partículas μέν y δέ. Quevedo intenta poner de acuerdo a Anacreonte con Focílides, de una parte, y con Píndaro de la otra, aduciendo que el último se refería realmente a *bienes aparentes, que son los de fortuna*, mientras que los otros *hablaron de bienes naturales y del alma, y en esos no tuvieron por bien al oro*. Salta a la vista que Quevedo incurre en el error casi general de los humanistas de su época, que se obstinaban en conciliar las opiniones de los clásicos en una sola, sin tener en cuenta las enormes diferencias de ideario, temperamento, estilo, época, etc.²

¹ *Epode* me parece un hipercultismo, por influencia de *ode*, *strophe*, etc.

² En este pasaje, Astrana y Janer declaran seguir ambos al manuscrito original, que fué propiedad de Gayangos (B. N. 17.529), cuya letra es del amanuense de Quevedo. Sin embargo, Janer contiene algunas inexactitudes, como *que lo contradice* (a mi entender no hay por qué corregir el original, en el que parece encontrarse una especie de anacoluto frecuente en prosa rápida), *Olimpiada* (resolución errónea de la abreviatura), *eximi* (hay un trazo final que, aunque dudoso, puede muy bien ser una e), *Olimpios*, *riquezas*, *naturaleza* y *nace* (orig. -ς). Astrana contiene también algún error (*les contradice*, *Oлимп.*, *eximt*). En cambio, ha corregido, según los manuscritos de la Biblioteca Nacional 4.065 y 18.308, la traducción del segundo pasaje, corrupta en el manuscrito original, y por tanto, en Janer (*a esos otros elementos, y después el oro*, con flagrante violación de la métrica; en los manuscritos citados se lee *essotros* y *es*, agregado en 18.308 sobre la línea). Dichos manuscritos son mucho más modernos (véase Astr., II, 1.356, 1.358, 1.367) y contienen una serie de variantes en su mayor parte ortográficas (*contradiæ*, *riquezas*, *obscura*, *essa*; en 4.065, *cossas*, *dise*) y errores, como *Pyndaro*; aparte de la supresión, unas líneas más abajo, de un *que*, con la que se produce una grave alteración del sentido. Todos los manuscritos coinciden en la falta de *sic praeualet* en el texto latino procedente de Lonicer, lo que nadie ha restituido hasta la fecha. En el 472 de Toledo (280 en Astrana, II, 1.369) se halla, según lectura de la señorita González Si-

En la página 60, al margen de la primera estrofa de la Olímpica sexta (versos 1 a 7) y de la nota de Lonicer *quandoquidem invidia non nisi a magnitudine et exuberantia virtutum vincatur*, anota Quevedo *elegans huius rei r(ati)o & compar(ati)o solis apud Plutarc.* *περί φθόνου καὶ μίσους*. Se refiere a *de inv. et odio*, 538 A 12 Pohl., y la comparación está bien tráfda (es un pasaje en que dice Plutarco que las virtudes oscurecen la envidia como el sol hace desaparecer la sombra al llegar el mediodía).

En la página 296, al margen de P. XI 22, hay otra nota de Quevedo: *Euripus dici potest per translationem. Mesinensium Pharus* (nótese errata, por *Messin*-). Se trata de una falsa apreciación, ya que el proceso es absolutamente inverso. La palabra *εὐριπος* significa «brazo de mar estrecho con flujo y reflujo violento y alternativo»¹, y por antonomasia ha venido a designar en la antigüedad al de Eubea. En cuanto al estrecho de Mesina, a que se refiere Quevedo, lo llama una vez Plinio (*Nat. Hist.*, II, 219) *euripus Tauromenitanus*, a pesar de que Taormina se halla a casi 50 kilómetros de Mesina, y Cicerón lo pone dos veces en parangón con el Euripo famoso, en *pro Mur.* 35 (*Thes. ling. lat. s. v. euripus: tangi videntur et fretum «Siculum» et euripus «Chalcidicus»*) y de *nat. deor.* (III, 24)².

Anotaremos finalmente el hecho de que las notas de Quevedo presentan dos tintas diferentes: una más clara, con que se hallan escritas la oda y las dos citas paralelas, y otra más fuerte y perfectamente legible, empleada para las restantes notas. Las anotaciones más antiguas deben de ser, como parece lógico, aquellas entre las cuales figura la firma del propietario del libro, y por tanto, las de la tinta más visible. Sin embargo, la diferencia de tiempo entre unas y otras no debe de ser grande, si consideramos que tal vez la cita de Mesina pueda datarse en fecha posterior a su regreso a España después de su primer viaje a Sicilia (1614), y que para las anotaciones

món, lo contradice, obscura y esotros, con la lección general *epode*. La cita latina está también incompleta.

¹ Procede, según Bolsacq, de *εὐ* + *ῥή* «impétuosité, heurt (des flots, des vents)», y significa (Liddell-Scott) «any strait or narrow sea, where the flux and reflux is violent».

² Es un hecho conocido que el estrecho de Mesina presenta las mismas particularidades en su corriente que el famoso Euripo, pues alternan en él cada seis horas las llamadas *rema montante*, que se dirige de Norte a Sur, y *rema scendente*, en sentido inverso. El faro, situado en la entrada Norte del estrecho, existía ya en la antigüedad.

en tinta débil se puede admitir la conjetura de Astrana, según la cual el fragmento en cuestión data de 1625, ya que parece reciente la muerte del duque de Osuna, que falleció en la prisión el 25 de septiembre de 1624¹.

En cuanto a las citas que aparecen también en el *Anacreón*, son muy posteriores a la fecha de composición de éste (1609), ya que están escritas con la misma tinta que la oda. Probablemente debemos ver en ellas un recuerdo de sus estudios anteriores,² estampado por Quevedo en las márgenes del libro, que hojeaba buscando inspiración pindárica para el elogio fúnebre que deseaba componer.

III

Hay otras citas pindáricas en el *Anacreón castellano*, que comienza con estas palabras: *Está la imagen de Anacreonte segunda a la de Píndaro*. En las notas de la segunda oda saca a colación acertadamente N. VI 1 para demostrar que ἀνδρες puede referirse a todo el género humano, sin distinción de sexos. Y por cierto que la traducción latina que hace seguir al texto griego (única ocasión en que cita el original de Píndaro) no es de Lonicer. Es *unum hominum, unum deorum genus*, y procede de la edición pindárica de Enrique Estéfano (quizá la del año 1586).

Los versos primero y segundo de la misma Nemea, ἐκ μητρὸς δὲ πνέομεν ματρὸς ἀμώτεροι, han influido evidentemente en el comienzo del *Elogio al duque de Lerma* (Janer 27), canción pindárica a que luego me referiré, y que empieza:

«De una madre nacimos
los que esta común aura respiramos.»

¹ En su *Vida turbulenta de Quevedo* (Madrid, 1945), Astrana fija también en estas fechas, aun sin nombrarlo, nuestro fragmento («dedicóle después otra poesía», página 355). Las cinco composiciones restantes dedicadas a Osuna las data en 1624, fecha quizá demasiado temprana para alguna de ellas (en cambio, del texto de la 5 de Janer no se deduce que sea posterior a la muerte del duque).

² Los años de intensa actividad clásica de Quevedo son el 1608 y 1609 (Jeremías, Focílides, Anacreonte), que coinciden también, por cierto, con la época del comienzo de su amistad con Osuna.

Sin embargo, mientras Píndaro pasa a distinguir acto seguido dioses y hombres, Quevedo lo hace entre personas justas y malvadas.

Y una última cita se encuentra en el mismo *Anacreón*, en las notas de la oda XXVIII. *Por qué a la pintura llama rodia arte, declara un lugar de Píndaro en los Olympios, Ode VII, De Rhodiis: «Pallas eis libens fabrilem erudiit manum; hinc miris hominum clara laboribus effulsit Rhodos, ut per celebres vias sculptorum manibus ficta animalia vivis aemula currerent.»* Palas por su gusto les enseñó el arte de la sculptura. Por esto fué illustre Rodas con famosos trabajos de los hombres; tanto, que por las vias y caminos más usados y célebres, a imitación de los animales vivos, sirviéndoles de alma las manos de los sculptores, corrían los imitados y sculpidos¹.

La paráfrasis es sumamente inhábil, y aun más la traducción castellana, hecha literalmente de la primera, ampliando algunos conceptos, como *más usados y célebres, sirviéndoles de alma, los imitados y sculpidos*, etc. Dará idea de lo infiel de ambas traducciones el hecho de que la verdadera versión de la última parte del pasaje (Olimp. VII, 50-2) debía ser simplemente *y por los caminos iban figuras iguales a animales vivos*. Quevedo añade que este lugar se lo debe a Tribaldo de Toledo, *hombre modestamente culto*²; y por mi parte no he podido hallar en ninguna edición antigua una traducción latina semejante, por lo que deduzco que quizá procede del erudito citado.

¹ También aquí sigo con los editores al manuscrito 17.529; pero en él se lee *Rodiarte*, de donde en Janer un monstruoso *rodirse* (los manuscritos 18.308 y 4.065, *rodia arte*), y contiene otros errores, como *efulsit* (recogido por Janer y Astrana), *Rodis* (Janer), *erudit* (corregido), *sculptoris* (con una corrección ilegible), a lo que se añaden erratas en Astrana como *Od. VIII y emula*. Todos los manuscritos dan *Rod-*, y los dos modernos, *escult-*, *Pallas* (la segunda vez), *emula*, *trabajos*, y un grave error en *scultoribus manibus*; en cambio, el 4.065 da *effulsit*.

En el citado manuscrito de Toledo (nota núm. 2 de la pág. 360) se lee también la corruptela *sculptoris*, y en cambio, *Rhodos*.

En cuanto a *De Rhodiis*, en ningún título de oda pindárica aparece un ético como éste, por lo que sospecho que se ha tomado equivocadamente por el título lo que en principio no debió de ser sino una nota explicativa, quizá de Tribaldos de Toledo, con referencia al pronombre *eis* que se halla en la paráfrasis.

² Luis Tribaldos de Toledo (1558-1634) fué bibliotecario del Conde-Duque, preceptor y secretario del conde de Villamediana, cronista mayor de las Indias, editor de la *Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza y de las obras de Francisco de Figueroa, traductor de Pomponio Mela, etc. Es autor de unos versos latinos dedicados a Anacreonte en el prólogo del *Anacreón castellano*.

Quevedo siente escrúpulo de aducir esta cita, porque *no prueba aquí sino de la sculptura*; pero añade que *presupone que nunca anda la una sin la otra* (la pintura). En efecto: en Rodas hubo pintores, como Protógenes, de quien cuenta Plinio (*Nat. Hist.*, XXXV, 81) una anécdota en que interviene Apeles; y Parrasio tenía pinturas suyas en Lindos (*Ibid.*, XXXV, 71). Cf. el resto de la nota de Quevedo, que habla de Protógenes y Apeles precisamente en 687, 31.

IV

Y ahora unas palabras sobre el problema de fondo. ¿Cómo entendió Quevedo la poesía pindárica? De los testimonios citados deducimos que el poeta leía a Píndaro más bien en traducciones, aunque era capaz de saborearlo, con ayuda de ellas, en el original. Su encanto le movió, sin duda, a imitarlo; difícil tarea, que, según Horacio (Oda IV, 2, 1-4), no se puede intentar, so pena de fracasar en la empresa como Icaro en su vuelo.

Tenemos tres composiciones pindáricas de Quevedo, todas ellas silvas: la que principalmente nos ocupa, el citado *Elogio al duque de Lerma*, que en el *Parnaso Español* (ed. 1648, pág. 33) va acompañado de una docta disertación de González de Salas sobre la oda pindárica, y la silva dedicada *A don Jerónimo de Mata en el libro de las tristezas de Amarilis* (J. 689; en *Las tres musas últimas castellanas* se dice: «Sigue la disposición de las odas de Píndaro.»)

Por su forma, el *Elogio* es perfectamente regular, con sus dos tríadas compuestas de estrofa y antistrofa de dieciséis versos y un epodo de veintiuno. A cada endecasílabo o heptasílabo corresponde exactamente otro semejante. La rima corresponde también con precisión en cada miembro. Pero en la última silva citada hallamos ya anomalías notables. La estrofa tiene veinticuatro versos; la antistrofa, veintidós. No existe ya el menor interés en lograr que coincidan en los dos miembros versos de once o de siete sílabas. Tampoco se corresponde la rima, que tiende a la formación de monótonos pareados; pero no queda ningún verso suelto.

En el presente fragmento no podemos hablar de correspondencia estrófica, puesto que no se conoce más que la estrofa; pero ya la versificación es sumamente desordenada, casi caótica. Quedan libres cuatro versos (5, 8, 21, 24, 29), algunos con consonantes tan difíciles como *Policleto*, *jarcias* y *Egipto*, lo que hace creer que no se pensaba poner orden en la versificación tras una segunda lectura. Ni con la suposición que he aventurado arriba (pág. 354) se consigue tampoco una posible ordenación. Ni aun podemos recurrir a la cronología para explicar un cambio de sistema o un mayor cuidado o negligencia en la composición, ya que la más armónica de las canciones pindáricas data, según Astrana, de 1609; la intermedia, de 1637, y la más desordenada, la nuestra, de 1625. Hay que suponer, pues, que en este último caso el poeta escribía a vuela pluma y sin ningún cuidado especial, y que la oda no se terminó ni pasó de simple ensayo, malgrado tal vez por la misma circunstancia del desorden métrico y estilístico que en ella reinaba y que indujo a Quevedo a abandonar su tarea.

En cuanto al fondo, poco directamente pindárico contienen las tres composiciones: alguna influencia evidente, como la señalada arriba; la disposición en tríadas, observada con más o menos rigor, y la elevación del lenguaje y la busca del concepto elegante y raro, en que coinciden en cierto modo la tendencia de Píndaro y la de su imitador. A mi parecer, las composiciones de Quevedo, sin negarle sus excelentes dotes de humanista, revelan, más que al lector del original griego, al magnífico seguidor de una tradición heroica, indirectamente pindárica, de que en España tenemos soberbias muestras anteriores a él¹.

Uno de los puntos en que más se fijaron los eruditos renacentistas fué el de la disposición de la oda pindárica, de las relaciones entre estrofa, antistrofa y epodo. Citaremos a este respecto, y como ejemplo demostrativo de las que fueron probablemente ideas de

¹ Coincide con nuestra opinión la de Fr. J. S. Crespo en un documentado estudio sobre la influencia de Píndaro publicado en *Estudios* (II, 1945, 143 y siguientes): «De Quevedo sabemos que varias veces intentó seguir las huellas del poeta helénico, si bien le sigue más en la forma que en el contenido... Esta pequeña oda [por la que nos ocupa]... consta de una *strophe*, y de ella puede afirmarse, como de las antedichas composiciones, que, más que el fondo, pretendió tener en cuenta la forma y división ordinarias en las obras de Píndaro que conocía.»

Quevedo en este punto, el pasaje siguiente de la citada disertación de su amigo González de Salas (Astrana, II, págs. 370 y sigs.): «Que la STROPHE contenga siempre una disposición previa del argumento que se haya de tratar en aquel ternario, sin designación de personas, y una como materia universal y *cuestión*, que llamaron los retóricos antiguos *infinita*, y que significaron los mismos en la *tesis*; y luego, que la ANTISTROPHE haya de corresponder a la *hipótesis* retórica, particularizando el asunto y adecuándole a la materia propuesta en la STROPHE. El EPODO ha de abrazar y comprender artificiosamente ambos institutos. Podría, pues, también decirse, para explicar más esta enseñanza, que en la STROPHE se contenga en *abstracto* el asunto, y en *concreto* en la ANTI-STROPHE.»

Esto no son sino menudencias retóricas, que no encuentran confirmación más que parcial en la lectura atenta de Píndaro. En algunas odas, la comparación se inicia de modo impersonal en la estrofa; pero otras muchas comienzan súbitamente con el nombre del destinatario de ella. Y tampoco parece que, con todo, Quevedo se sintiera enteramente dispuesto a someterse a esta minuciosa reglamentación, puesto que en la misma oda que estudiamos se halla el nombre de Osuna en el noveno verso. Y si reparamos en que González de Salas anota algo más arriba que «ninguna de las obras suyas llegó a mis manos más irregular y turbada», y que «cuidóse, empero, no con infelicidad, el restituirla, porque he pretendido que quede ya en este lugar para perfecta idea de esta estructura artificiosa», no podemos menos de sospechar que no existía en Quevedo tal regularidad métrica y estrófica del *Elogio* referido, y que, como era de esperar, nuestro genial poeta no se redujo a copiar nimios detalles de la forma pindárica. Probablemente aquí, como en tantas ocasiones, González de Salas ha dispuesto a su antojo del texto de Quevedo, acomodándolo a un esquema teórico. Y en su forma primitiva, el *Elogio*, como las otras dos odas pindáricas de Quevedo, no pasó de reproducir en forma aproximada la disposición pindárica y de dejar traslucir en su texto una vaga influencia, más en el conjunto que en detalles particulares, de la poesía del gran lírico griego.

MANUEL F. GALIANO.

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

LA PRIMERA EDICION DEL BUSCON «PIRATEADA»

Desde que en 1841 D. Basilio Sebastián Castellanos puso en circulación la noticia de que el librero de Madrid Alonso Pérez había sido expedientado y multado por haber contrahecho la primera edición del *Buscón* de Quevedo, publicada en Zaragoza el año 1626, fué cosa indudable que existía o debía existir una edición que, pareciendo ser de Zaragoza, era realmente de Madrid, pues eso significa la palabra *contrahacer*, o sea falsificar y hacer pasar por legítimo lo que es falso.

El problema se presentaba tentador, a no dudarlo, para los bibliógrafos, máxime para los bibliógrafos quevedistas. Sin embargo, las cosas han pasado muy de otro modo.

Cuando en 1852 publicó D. Aureliano Fernández Guerra su bibliografía de Quevedo, registró la primera edición del *Buscón* en Zaragoza (1626), sin mencionar para nada otra edición furtiva o *pirata* que hubiera sido hecha sobre el texto del impresor zaragozano.

Cuando en 1932 publicó Astrana Marín la bibliografía de Quevedo¹, al llegar al año 1626 registra la misma edición que había descrito Fernández Guerra, sin suscitar para nada el problema de una edición fraudulenta.

Pero entre ambas fechas, en 1927, había aparecido el *Ensayo de una Tipografía Zaragozana del Siglo XVII*, obra de Manuel Jiménez Catalán, premiada y publicada por la Biblioteca Nacional,

¹ *Obras completas de Quevedo*. M. Aguilar. Madrid, 1932. Reproducida en 1943. Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

y en esa obra, al describirse la conocida edición del *Buscón* (Zaragoza, 1626), se recoge el eco de lo dicho por B. S. Castellanos: «El librero de Madrid Alonso Pérez hizo el mismo año una edición furtiva copiando la descrita. Se conoce también con el título *Historia y vida del gran Tacaño*.» A renglón seguido pasa Jiménez Catalán a enumerar todas las ediciones del *Buscón* que posee la Biblioteca Nacional, en la cual da por no existente la dicha edición furtiva.

La noticia de Jiménez Catalán aparece también en Cejador, quien, en el tomo IV de su *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*, dice y repite (págs. 177 y 365) que el librero Alonso Pérez, padre del poeta Pérez de Montalbán, establecido en la calle de Santiago, de Madrid, contrahizo y reimprimió la primera edición del *Buscón* de Quevedo, «por lo que fué multado en 1627, año en que volvió a imprimirse *El Buscón* en Barcelona».

La misma idea mantenía en 1927 el doctor Roberto Selden Rose en su edición crítica del *Buscón*, dando por cierta la existencia de una edición contrahecha en 1626, aunque sin dar señales de conocerla.

Se plantean, pues, los siguientes problemas: ¿Existe tal edición o no existe? ¿Dónde está? ¿Cómo es?

Existe, en efecto, una edición que reproduce la de Zaragoza, con el mismo pie de imprenta, lo cual ha hecho que los tres bibliógrafos mencionados, Fernández Guerra, Jiménez Catalán y Astrana Marín, la hayan tenido ante los ojos y hayan juzgado erróneamente que se trataba de la conocida edición príncipe. El formato es en ambas ediciones idéntico; el impresor, el lugar y la fecha son iguales. Examinados uno tras otro los dos ejemplares, el de la edición legítima y el de la falsificada, es relativamente fácil creer que se trata de dos ejemplares repetidos de la primera edición; pero viéndolos simultáneamente, las diferencias saltan a la vista desde la misma portada, y mucho más en las hojas preliminares, y muchísimo más en la distribución del texto. Tal vez sea mucho pedir a un bibliógrafo que pase de la portada; lo que indudablemente hay que pedirle es que pase del lomo o del tejuelo.

Esta es la explicación de lo ocurrido. La Biblioteca Nacional de Madrid posee los dos ejemplares del *Buscón*: el de Zaragoza verdadero y el de Zaragoza contrahecho. El primero lleva la signatura

R-10747; el segundo, R-9164. Además, yo poseo otro ejemplar de este último, por amistoso obsequio del culto catedrático y expertísimo catador de rarezas bibliográficas D. Eugenio Asensio. Posiblemente existen más ejemplares, amalgamados entre los que, a bulto, se han clasificado por pertenecientes a la edición príncipe.

Véanse en las dos páginas siguientes las portadas de entrambas ediciones. La de Zaragoza la designamos con la letra Z; la de Madrid, con la letra M.

FICHAS BIBLIOGRÁFICAS DE ENTRAMBAS EDICIONES, SEÑALADAS CON LAS RESPECTIVAS INICIALES Z Y M

Z

«Historia | de la Vida | del Buscón, llamado | Don Pablos: exemplo de Vagabundos, y espejo | de Tacaños | *Por Don Francisco de Quevedo Villegas, Cauallero del | Orden de Santiago, y Señor de la Villa | de Juan Abad.* | A Don Fray Juan Agustín de Funes, Cauallero de la Sagrada | Religión de San Juan Bautista de Jerusalem, en la | Castellanía de Amposta, del Reino | de Aragón. | *Con licencia y privilegio:* | En Çaragoça, Por Pedro Verges. | A los Señales. Año 1626. | A costa de Roberto Duport. Véndese en su casa en la Cuchillería.

(*Al fin.*) Con licencia. | En Çaragoça: Por Pedro Verges. 1626.

7 fols. de prels., 101 núms. de texto y 1 sin n. para la tabla. 15×10 cms., 16º mllª. pergº. Están equivocados los fols. 73 (65) y 89 (81). Capitales de adorno, grabadas en madera.

Port.—(*V. en b.*)—Aprob. de D. Esteban de Peralta, por mandato del Dr. Salinas: en Santa Engracia de Zaragoza, 20 Abril, 1626.—Lic. del Ordinario: Zaragoza 2 Mayo 1626.—Aprob. del Dr. Calixto Remírez, 10 Mayo 1626.—Priv. de Aragón a Roberto Duport, por 10 años: Calatayud 26 Mayo 1626.—Dedicatoria, firmada por el librero (*sin fecha*).—Al Lector.—A Don Francisco de Quevedo, Luciano su amigo, soneto. Don Francisco en yqual peso (*folio en b.*)—Texto.—Tabla.*

**HISTORIA
DE LA VIDA
DEL BVSCON, LLAMADO
DON PABLOS; EXEMPLO
de Vagamundos, y espejo
de Tacaños.**

*Por Don Francisco de Quenado Villegas, Cauallero del
Orden de Santiago, y señor de la Villa
de Iuan Abud.*

*A Don Fray Iuan Angustin de Funes, Cauallero de la Sagrada
Religion de San Iuan Bautista de Ierusalen, en la
Castellania de Amposta, del Reyno
de Aragon.*



Con licencia y privilegio:

**En Çaragoça. Por PEDRO VERGES.
A los Señales. Año 1626.**

A costa de Roberto Doport. Védese en su casa en la Cuchilleria.

HISTORIA
DE LA VIDA
DEL BVSCON, LLAMADO
DON PABLOS; EXEMPLO
de Vagamundos, y espejo
de Tacños.

*Por don Francisco de Quevedo Villegas, Cavallero
de la Orden de Santiago, y señor de
Iuan Abad.*



CON LICENCIA.

En çoragoça. Por Pedro Verges, a los Señ;
les, Año 1626.

M

«Historia | De La Vida | Del Buscón, Llamado | Don Pablos;
Exemplo | de Vagamundos, y espejo | de Tacaños. | Por don Francisco de Quevedo Villegas, Cavallero | de la Orden de Santiago, y señor de | Juan Abad. | [*Adornito.*] | Con Licencia. | En Zaragoza. Por Pedro Verges, a los Señ | les, Año 1626.

3 fols. de prels., 85 núms. de texto y 1 sin n. para la tabla. 15 × 10 cms., 16° mll^a. Están equivocados los fols. 6 (9), 8 (), 45 (44), 46 (40), 47 (46), (Hay dos folios 46; por tanto, hay que contar con ese error a partir del 47.), 57 (49).

Port. — (*V. en b.*) — Aprobación de D. Esteban de Peralta, en Zaragoza, 29 Abril, 1626. — Licencia del Ordinario, Zaragoza, 2 de Mayo 1626. — Al Lector.»

Del cotejo resulta que la edición furtiva suprime de la portada la dedicatoria, las palabras *y privilegio* y las líneas finales, que dicen: *A costa de Roberto Duport. Véndese en su casa en la Cuchillería*. Las razones de la supresión se adivinan fácilmente.

De los preliminares se han suprimido la aprobación del doctor Calixto Remírez, la dedicatoria firmada por el librero y el soneto de Luciano. Del final se ha suprimido el colofón.

Reproducimos algunos de los folios preliminares donde más resaltan las diferencias.



HISTORIA
DE LA VIDA
DEL BVSCON, LLA-
MADO DON PABLOS;
Exemplo de Vagamundos, y
espejo de Tacaños.

*Capítulo I. En que cuenta quien es,
y de donde.*



○ Señor soy de Segouia, mi
padre se llamo Clemente
Pablo, natural del mismo
pueblo, Dios le tenga en el
cielo; fue tal, como todos
dizen, de officio Barbero,
aunque eran tan altos sus
pensamientos, que se corria le llamassen assi;
diziendo. que el era Tundidor de mexillas, y
Satre de barbas; dizen que era de muy buena
A cepa,

VIDA DEL BVSCON.

CAPITVLO I.

En que cuento quien es, y de donde.

O, señor, soy de Segovia, mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo, Dios le tenga en el Cielo; fue tal, como todos dizé: de oficio Barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corria le llamassen así; diciendo, que el era Tundidor de mexillas, y Sastre de barbas; dicen, que era de muy buena cepa, y segun el se via, es cosa para creer, estuvo casado con Aldonça Saturno de Revollo. hija de Octavio de Revollo Codillo, y nieta de Lepido Ciracunte.

Sospechavase en el pueblo, que no era Christiana vieja, aunque ella por los nombres de sus passados esforçava q̄ decendia de los del Triunvirato Romano. Tuvo muy buen parecer, y fue tan celebrada, que en el tiempo que ella vivio todos los copleros de España haziã cosas sobre ella. Padecio grandes trabajos recien casada, y aun despues, porque malas lenguas davan en dezir, que mi padre metia el dos de bastos, por sacar el as de oros. Provofole, que a todos los que hazia la barba a navaja, mientras les dava con el agua, levantandoles la cara para el lavatorio,

APROVACION.



*Gradecido al mandamien
to del señor Don Juan de
Salinas Vicario General
de este Arçobispado de
Çaragoça, que me obligô
a ver libro tan sazonado,
como su Autor, supo, que se le deue la Estam
pa, por la propiedad de las cosas, por la ele
gancia de las palabras, por la enseñaça de
las costumbres, sin ofensa alguna de la Reli
gion. En Santa Engracia de Çaragoça, a 29.
de Abril, Año de mil seysçientos veynte y
seys.*

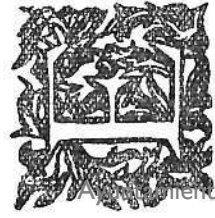
Esteuan de Peralta.

APROVACION.

A Gradecido al mādamiento del
señor Don Iuan de Salinas
Vicario General de este Arçobispado de Zaragoza, que me obligò a
ver un libro tan sazonado, como su
Autor, supo, que se le deve la Estam-
pa, por la propiedad de las cosas, por
la elegancia de las palabras, por la en-
señança de las costumbres, sin ofensa
alguna de la Religion. En Santa En-
gracia de Zaragoza. a 29. de Abril,
Año de mil y seyscientos y veynie y
seys.

Estevan de Peralta.

LICENCIA DEL ORDINARIO.



L Doñor Iuan de Salinas Collegial del Colegio de San Bartholome de Salamanca, y en lo Espiritual y temporal Vicario General de la Ciudad y Arçobispado de Çaragoça, por el Illustrissimo y Reuerendissimo señor don Fray Iuan de Peralta por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostolica Arçobispo de dicho Arçobispado, del Consejo de su Magestad, &c. Damos licencia a Roberto Dufort Librero, para que pueda hazer imprimir vn libro intitulado ; *Historia de la vida del Bnsscon, llamado Don Pablos, Com* puesto por Don Francisco de Queuedo: Por quanto nos consta no auer en el cosa en que

que contrauenga a nuestra Santa Fè Católica y buenas costumbres, y mandamos se ponga esta nuestra licencia al principio de cada libro. Dat. en Çaragoça a dos de Mayo del año mil seyçientos veynte y seys.

El Doñor Don Iuan
de Salinas Vicario
General.

Por mandado de dicho señor Vicario General.

Antonio Çaporta Notario.



4 3 APRO-

LICENCIA DEL ORDINARIO.

AL LECTOR.

EL Doctor Juan de Salinas Collegial del Colegio de San Bartolome de Salamanca, y en lo espiritual y temporal Vicario General de la ciudad, y Arzobispado de Zaragoza, por el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Fray Juan de Peralta, por la gracia de Dios, y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo del dicho Arzobispado, del Consejo de su Magestad, &c. Damos licencia a Roberto Dupont Librero, para que pueda hazer imprimir un Libro intitulado, *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos*. Compuesto por don Francisco de Quevedo: por quanto nos consta no aver en el cosa en que contravenza a nuestra Santa Fe Católica y buenas costumbres, y mandamos se ponga esta nuestra licencia al principio de cada libro. Dado en Zaragoza a dos de Mayo del año mil y seiscientos y veynete y seys.

*El Doctor Don Juan de Salinas
Vicario General.*

Por mandado del dicho señor Vicario General.

Antonio Zaporta Notario.

Al

E V E desleído te confidero Lector, o oydor (que los ciegos no pueden leer) de registar lo gracioso de don Pablos Principe de la vida Bucona. Aquí hallaras en todo genero de picardía (de que pienso que los mas gustan) sutilezas, engaños, invenciones, y modos, nacidos del oño para vivir a la droga, y no poco fruto podras sacar del, si tienes atencion al escarnio. Y quando no lo hagas, aprovechate de los sermones que dudo nadie compre libro de burlas, para apartarle de los incentivos de su natural depravado. Sea empero lo que quisiéres, dale aplauso, que bien lo merece, y quando reñas de sus chistes, alaba el ingenio de quien sabe conocer, que tiene mas de deleyte, de saber vidas de picaros, descritos con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderacion. Su Autor, ya le sabes, el precio del libro no le ignores, pues ya le tienes en tu casa, sino es que en la del librero le hojeas, cosa pesada para el, y que se avia de quitar con mucho rigor, que ay

A 3 gorro-

APROVACION.

He visto y leydo este libro, y me parece sepuedar licencia para imprimirlo, En Zaragoza a treze de Mayo de mil seyscietos veynte y seis.

El Doctor Calisto
Remirez.



Don

Don Felipe, Por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Gerusalem, &c.



ON Juan Fernandez de Heredia, Cavallero Meznadero, Genil hombre de la boca de su Magstad, de su Consejo, y Regente el Officio la general gouernacion en este Reyno de Aragón, y Presidente en la Real Audiencia de aquel. Por quanto por parte de Roberto Dupont, Libroto, domiciliado en la Ciudad de Çaragoça se nos ha suplicado fuessemos seruidos dar licencia y facultad para imprimir y vender, y hazer imprimir y vender en el presente Reyno de Aragon vn libro, intitulado. Historia de la vida del Buscon, llamado don Pablos, exemplo de vagamundos, y elpejo de racaños. Y porque auemos mandado ver

En conclusión. Aquí tenemos una edición del *Buscón*, de 1626, distinta en absoluto de la de Zaragoza, conocida hasta ahora por príncipe, y de la de Barcelona del mismo año. Lleva el mismo pie de imprenta que la de Zaragoza; pero carece de aquellos pormenores más relacionados con la persona del librero, editor zaragozano (dedicatoria, soneto, privilegio, lugar de venta), y de la licencia del rey, como quien rehuye la imputación de falsedad en documento público. Todas estas cautelas hacen al libro sospechoso de furtividad.

Existe, por otro lado, esa especie, propalada por el quevedista Sebastián Castellanos y acogida sin reservas por Fernández Guerra, Cejador, Jiménez Catalán, etc.

A esto replica el señor Astrana: «No existió tal proceso ni tal condena contra Alonso Pérez ni Alonso Martín, ni tal edición.»¹ Yo me limito a decir: «Aquí está la edición.» Y si el cuerpo del delito es desde ahora innegable, también lo debe ser el proceso, aunque no parezca. Sabido es que muchos papeles de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, en cuyo archivo debía existir dicho proceso, fueron vendidos como papel inservible, y sólo quedan de la parte criminal once tomos del índice. ¿Se ha revisado este índice?

Por otra parte, la noticia de la edición furtiva y del consiguiente proceso confiesa el señor Astrana que no procede de la sospechosa o apócrifa colección documental del señor Candamo, sino del señor Castellanos. De la buena fe de este último duda atrozmente el señor Astrana; pero Fernández Guerra, que lo conoció y trató, confesó a Menéndez Pelayo, y así éste lo hizo constar, *que lo tenía por hombre de buena fe e incapaz de inventar semejantes patrañas*.

Ahora aparece la edición furtiva a defender al pobre del señor Castellanos y a exigir un huequecito en la biografía y bibliografía de Quevedo para aquel episodio de sus relaciones con Montalbán y su padre, suprimido precipitadamente por el señor Astrana en su último libro sobre Quevedo.

MIGUEL HERRERO.

¹ *Obras completas de Quevedo*. (Obras en verso.) M. Aguilar. Madrid, 1943; página 1.470.

CASAS MADRILEÑAS DEL PASADO

§ III

CASAS DEL SIGLO XVIII

Casa de Bornos, en la calle del Pez.—Casas de los marqueses de Santiago y de Valmediano.—Palacio de Villahermosa.—Casa del mayorazgo de Giraldelli, en la calle de Fuencarral.—Palacio de Torrecilla, en la calle de Alcalá.
Palacio de Ugena, en la calle del Príncipe.

XI. — CASA DE BORNOS, EN LA CALLE DEL PEZ

En la calle citada, con vuelta a la de la Madera Alta, de extensión de 28.731 pies, construida por D. Eugenio Valenciano para D. Jacobo Flon, hermano del conde de la Cadena, que tenía la suya en la esquina opuesta¹. La compró Flon de doña Catalina María Temporal Polo y Cortés, viuda de D. Fernando de Soto y Vaca, caballero de la Orden de Alcántara, procurador general de ella y contador de la Real Casa. Aumentó el nuevo propietario el núcleo primitivo con tres casas más (dos en la calle del Rey y otra en la calle de la Madera), adquiridas el 17 de abril y el 9 de junio de 1723, y un sitio erial, que antes fué bodega, en la segunda calle, el 1 de abril de 1726.

¹ A los herederos de Valenciano, D. Antonio, D. Pedro, D. Luis Leguey, marido de doña María Valenciano, y D. Francisco de Oleaga, apoderado de D. Félix Valenciano, capitán comandante del regimiento de Dragones de Almansa, residente en la Habana, se les mandó pagar 20.000 reales, por auto de 27 de julio de 1753, resto de la obra hecha por Valenciano. (Protocolo 14.965, fol. 376.) El título de conde de la Cadena se concedió, por real despacho de 11 de marzo de 1712, a D. Bartolomé de Flon, citado en el texto.

La casa tenía un zócalo de sillería, portada principal de lo mismo, con un buen escudo de armas; escaleras de piedra, una fuente de mármol y otra de piedra berroqueña. En el cuarto principal, oratorio con cuerpo recto, media naranja y linterna interior, y en lo exterior, empizarrado y emplomado, de buena arquitectura y muy rico. «El frontal, de dos varas de largo y cinco cuartas de alto, con marco de bronce con diferentes piedras de ágata, lapislázuli y pórfido; en el medio, una piedra caña de poco más de tercia de largo y cuarta de ancho, pintado en ella Lot, su mujer e hijos y las llamas de Sodoma. En medio del paño, un escudo de bronce; dos arcos, en los lados, de lapislázuli, y cuatro pilastras de piedra de almendrilla de Tortosa. Al exterior, dos repisas de bronce dorado, con dos leones sujetando diferentes triunfos de guerra. Un sagrario, compuesto de cuatro estípites con dos cuerpos; en el segundo, otras dos estípites y cuatro prestales con cuatro piedras de diáspero; entre los prestales, piedras de diferentes embutidos de diáspero, piedra caña y perfiles negros correspondientes a las del frontal.

•En la puerta de en medio, una piedra, y en ella una jarra de lapislázuli y un óvalo de lo mismo; las cuatro estípites formadas, de diáspero y pórfido, rematado por una cruz de lapislázuli. En la grada primera, seis piezas de embutidos de pájaros, frutas y flores de diferentes piedras de ágata y almendrilla, y todo de bronce; en el centro, dos piedras embutidas de piedra caña, pórfido y diásperos y perfiles negros, y en la tercera, de una pieza de piedra embutida de pórfido, piedra caña y perfiles negros; la compañera, de ágata, que finge correspondencia. En la peana de la Virgen, dos piedras de mármol de Tortosa; otras dos en los prestales del cuerpo del retablo del asiento o peana. En el nicho hay seis piedras de difentes embutidos de triunfos de guerra, y otros dos fuera; el marco, de caña, pórfido, lapislázuli y perfiles negros; dos pilastras con prestales de diáspero, teniendo en el medio un círculo de lapislázuli con una imagen de bronce, y más abajo un adorno de ágata embutido de lapislázuli y pórfido. Las dos repisas que mantienen el retablo son de bronce y están a modo de dos leones agarrando dos castillos y triunfos de guerra; en ellas, cuentas de pórfido. Hay un relicario con marco de bronce y distintos adornos, y una imagen de la Concepción, de coral, y diferentes adornos de lo mismo delante de una imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de escultura, con

trono de querubines; tres pinturas de San Pedro de Alcántara, Santa Teresa y otra que no se dice, y en el cielo pintado, tres tarjetones, ocho abanicos, cuatro escuadras y cuarenta y ocho tarjetoncitos pequeños.»

La descripción contemporánea del oratorio, uno de los más ricos de Madrid, revela la prosperidad del dueño. Don Jacobo Flon, director de la Renta del Tabaco, fué hombre de iniciativas comerciales; su nombre va unido a la introducción en España de la hoja de lata. El privilegio se concedió por Felipe V por reales cédulas de 30 de marzo y 16 de julio de 1726, refrendadas de D. Francisco Díez Román, a favor de D. Pedro Enrique Muirón y D. Emerico Dupasquier, de nacionalidad suiza, como sabedores del secreto de blanquear el hierro blanco, llamado hoja de lata, ignorado en España. Ellos y D. Juan Leonardo Clauder constituyeron Compañía para explotar el negocio, por escritura de 1 de octubre de 1726, ante Jacinto Vecino¹, designando director a Clauder. A los pocos días declaró éste había intervenido como mandatario de D. Jacobo Flon, D. Bartolomé Flon, conde de la Cadena, y D. Benito Berbrugghen, a quienes pertenecía enteramente, con aportación de veinte mil pesos escudos de plata por cada parte. Las empresas industriales y la gestión de la renta del tabaco no fueron motivo de prosperidad para D. Jacobo Flon, que fué del Consejo de Hacienda, reconocimiento oficial de su preparación en ese orden; aunque el aspecto práctico no respondiera a sus dotes, caso no extraño, sino frecuente en la vida económica en todos los tiempos. Declarado el concurso de acreedores a sus bienes ante D. Diego Bustillo, teniente de corregidor de Madrid, principió el 9 de marzo de 1735. Se dió sentencia de graduación de créditos el 22 de septiembre de 1741, entre los que ocuparon preferente lugar los hijos del constructor de la casa, Valenciano, según hemos visto.

El defensor de los bienes del concurso, Cosme Capellán, siguió pleito con los hijos del marqués de Casa Pontejos sobre declaración de nulidad de la venta de la casa, hecha por D. Jacobo Flon el 23 de diciembre de 1734. Declaróse como tal el 22 de junio de 1742. Apelaron los Pontejo; pero se confirmó por el Consejo en ejecutoria de 5 de noviembre siguiente.

¹ Protocolo 14.178, fol. 58.

Apreciada en 960.000 reales por los alarifes Gabriel Eugenio González y Juan Durán, se sacó a la venta, sin tener licitadores. El 12 de octubre de 1748 hubo nueva valuación por Manuel del Río, Antonio Valcárcer y Andrés Díaz Carnicero, que lo hicieron en 708.900 reales. Motivó reclamación por el defensor del concurso, y hecho nuevo aprecio (practicado, además de los anteriores, por el maestro arquitecto Francisco Esteban y por José Pérez, teniente de maestro mayor de las obras de Madrid), se sacó al pregón el 22 de septiembre de 1751. Hizo postura por 630.600 reales D. Tomás Teodoro París, en quien se remató por auto de 12 de mayo de 1752. No intervino París por sí propio, sino como representante de su amo, el marqués de Bélgida, D. Pascual Benito Belvis de Moncada, como así lo declaró el 12 de julio de 1753 ante Francisco Blas Domínguez. Había vivido Bélgida en la casa de su madre, la marquesa de San Juan, en la plaza de Puerta Cerrada, correspondiente al mayorazgo de Coalla, uno de cuyos frentes formaba, con vuelta a las calles de Segovia y de San Justo, hoy convertida en solar y completamente destruída durante la guerra.

XII.—CASA DEL MARQUÉS DE SANTIAGO (CALLE DE CEDACEROS, ACTUALMENTE NÚMERO 10).—CAPILLA DE BELÉN EN EL CONVENTO DE ANTÓN MARTÍN

La sinceridad no suele ser cualidad de los genealogistas, poco partidarios de los comienzos de linajes y familias. Precisamente en ello están sus enseñanzas, motivo de legítimo orgullo para quienes, partiendo de la nada, escalaron las cumbres de la opulencia y alcanzaron puesto preeminente en la sociedad, cosas imposibles cuando se carece de cualidades, base legítima del ascenso. Es también motivo de humildad y reconocimiento a la Providencia de su amparo, sin el cual en vano se hubiera llegado a la meta, aun proponiéndoselo. Y es, por último, manifestación de la igualdad humana, que sólo existe a los comienzos; lección nunca aprovechada por los llamados a recibirla, que de ello sacarían útiles enseñanzas para purgar el orgullo, hijo de la vanidad, que se asienta en la ignorancia y en el desconocimiento del propio ser. Todo esto sugiere la casa de la calle de Cedaceros que vamos a evocar. Unida a la historia de don

Francisco Esteban Rodríguez de los Ríos, primer marqués de Santiago, madrileño neto, dotado de tantos dones que le acreditaron de hombre experimentado, emprendedor, ávido de negocios, fácil en el expedienteo y manejo de hombres y cifras, cuya vida coincidió con la época de la guerra de Sucesión, favorable para el desarrollo de individualidades análogas, por el clima apropiado para su expansión, por las circunstancias excepcionales que permiten su florecimiento, menos propicio en otras de tranquilidad, apatía y enervamiento.

El 3 de febrero de 1641 recibían las bendiciones nupciales en la parroquia de San Ginés Juan Rodríguez y Francisca Bernal de los Ríos; él, natural de Lumbrales, en el obispado de Ciudad Rodrigo, hijo legítimo de Francisco Rodríguez y de Ana García; ella, madrileña, hija de Juan Bernal y de doña Juana de los Ríos, cuyo apellido, por eufórico e hidalgo, se sobrepondría en sus descendientes, formando el de Rodríguez de los Ríos. Era el salmantino hombre modesto, que hizo un patrimonio respetable en el negocio del arrentamiento de las salinas de Atienza, Cuenca y Espartinas, para cuyo servicio tenía 89 carretas y 239 bueyes. Vivió en la calle de Cedaceiros, esquina a la del Sordo, decorada con pinturas estimables, como una Concepción, de Juan Patricio, de dos varas de largo; un cuadro representando al emperador Rodolfo acompañando al Santísimo, de vara y tercia de largo; cuatro sobreventanas grandes de flores, de Arellano, con unos niños, y otras, también de vara y media de largo, sólo de flores, del mismo autor; una Concepción, de Escalante, y una tapicería grande del «Triunfo del Amor»¹.

Cuando murió, bajo testamento de 2 de febrero de 1683, partieron sus hijos los bienes muebles, pues los demás, hasta no terminar (en San Juan de 1694), el arriendo de las salinas, no podían hacerse, quedando depositados en su viuda, la cual falleció, habiendo otorgado testamento ante Pedro Pérez Ortiz el 27 de junio de 1685. Los hijos fueron: el mayor, D. Francisco Esteban; D. Juan Valentín, residente en Santa Fe, del Nuevo Reino de Granada; D. Manuel, mayordomo del convento de la Encarnación, y doña Francisca, casada con D. José de Anchía. Dejó al primero un mayorazgo, a cuyo establecimiento contribuyó con su industria, según declaraba su

¹ Protocolo 14.505.

padre: «Ha asistido al dicho negocio, como es notorio, en esta corte, como saliendo fuera de ella, en diferentes ocasiones a reconocer las fábricas, tomar cuentas y estado en que los administradores se hallaban»; y le dejaba el patronato de su capilla de Nuestra Señora, San Joaquín y Santa Ana en el convento de Carmelitas de San Hermenegildo. Allí se enterró doña Francisca Bernal de los Ríos el 27 de junio de 1685.

En su disposición testamentaria daba poder general a su hijo D. Manuel para la administración de la hacienda por todo el tiempo que durase la casa y negocios que tuvieron ella y su difunto marido.

Fué aquél casado con doña María de Coca y Berrocal, que, viuda, pasó a segundas nupcias con D. Julián de la Cuesta. Tuvo del primero a D. Juan Manuel y D. Francisco Javier, ayuda de cámara de Su Majestad, y a dos hijas, monjas en Don Juan de Alarcón, donde profesaron con los nombres de sor María Antonia de la Natividad y sor Ursula de la Presentación. Allí se mandaba ella enterrar. «Por hallarme pobre—decía en su testamento—y no tener bienes algunos pido y suplico a la Sra. Comendadora que fuere al tiempo de mi fallecimiento me haga caridad se execute así.»¹

La casa de la calle de Cedaceros se vendió para sacar de su producto la renta de 800 ducados con que dotó al mayorazgo el fundador. Se remató en 50.000 ducados, el 23 de octubre de 1700, en favor de D. José de Anchía y de su esposa, doña Francisca Rodríguez de los Ríos².

Don Francisco Esteban Rodríguez de los Ríos nació en Madrid el 8 de diciembre de 1648. Recibió el bautismo en la parroquia de San Ginés, de manos del licenciado D. Alonso de Haro. Al lado de su padre se formó, del modo que hemos visto, en la gestión del negocio de las salinas, base de su fortuna. Continuó en el arrendamiento por real cédula de 22 de diciembre de 1698, refrendada de D. Gil Pardo de Nájera. Estuvo casado con doña María Bueno, hija de Juan Bautista Bueno Guijarro y de Isabel Mansilla, bautizada en

¹ Protocolo 11.621. El testamento fué otorgado el 27 de enero de 1716 ante Eugenio de Castañeda.

² Doña Francisca Rodríguez de los Ríos, hermana única del marqués, falleció el 8 de septiembre de 1708 y estuvo casada con D. José de Anchía Vallejo, que hizo escritura de recibo de dote el 31 de julio de 1675, y ella otorgó testamento el 1 de septiembre del año 1708, ambos ante Eugenio de Castañeda.

San Ginés el 22 de diciembre de 1652 y muerta en Madrid el 19 de mayo de 1700. Pasó su testamento ante Gabriel Arroyo de Arellano, el 21 de marzo de 1697; se mandó enterrar en la capilla de su marido del convento de San Hermenegildo, al cual dejó un cuadro, en tabla, de la Verónica, con marco de concha, que rescató en Flandes el Infante Cardenal y lo dió a su tío Juan de Mansilla, que estaba a su servicio. Su sortija de desposada la legó al convento de clérigos del Espíritu Santo, a la imagen de la Virgen de la Buena Muerte; era de oro, con diecinueve diamantes, y costó más de 100 doblones. Fundaba una memoria de dos misas rezadas diarias en el convento de San Hermenegildo, sobre cuya dotación surgieron dificultades entre D. Francisco Esteban y aquella casa religiosa.

Comenzaron los autos ante el visitador eclesiástico de Madrid el 20 de junio de 1700, cuya resolución fué desfavorable al convento por sentencia de 2 de septiembre. Apeló ante el nuncio apostólico, monseñor Francisco Acquaviva, que confirmó el auto del inferior el 29 de octubre, por lo cual otorgaron el prior y el convento escritura de ajuste y convenio, ante Gabriel Nevares, el 20 de agosto de 1701.

De su matrimonio tuvo por sucesor a D. Fernando Agustín Rodríguez de los Ríos y Bueno, nacido el 29 de mayo de 1688 y bautizado en San Sebastián¹. Viudo, contrajo nuevo matrimonio con doña

¹ Fué segundo marqués de Santiago, caballero de Santiago, el primero de su familia. Casó: primero, con doña Teresa López de Dicastillo y Testa, hija de los condes de la Vega del Pozo, cuyas capitulaciones se otorgaron el 20 de noviembre de 1706, sin sucesión; segundo, con doña Feliciano Álvarez Ezquivel, nacida en Peñafiel el 11 de marzo de 1706, hija de D. Jerónimo Álvarez Bustamante y de doña María Ventura Esquivel, casada en San Ginés el 2 de marzo de 1726.

Don Cayetano Rodríguez de los Ríos y Álvarez, tercer marqués de Santiago, nació en Madrid el 2 de mayo de 1727. Fué caballero de Alcántara. Casó: primero, en Ronda, el 13 de junio de 1745, por poder, ratificado en Grifón el 27 de mayo de 1746, con doña Paula Jauche Lasso de la Vega, que había nacido en Sevilla el 6 de mayo de 1733, hija de los marqueses de la Cimada; segundo, con doña María Antonia Armendáriz. Murió el 31 de enero de 1791, dejando única a doña María de la Soledad Rodríguez de los Ríos y Jauche, cuarta marquesa de Santiago y de la Cimada, nacida en Madrid el 15 de mayo de 1764, casada también aquí el 29 de enero de 1788 con D. Antonio Bernaldo de Quirós y Cienfuegos, vizconde de las Quintanas. En ella acabó la descendencia varonil del primer marqués de Santiago, que se continuó por su hijo D. Antonio Bernaldo de Quirós y Rodríguez de los Ríos, nacido en Madrid el 18 de noviembre de 1788. Sucedió a su madre en los títulos de marqués de Santiago y de la Cimada, y fué por su propio derecho marqués de Monreal, grande de España, bisabuelo del marqués actual. (Archivo Histórico Nacional. *Santiago*, expediente 7.146; *Alcántara*, expediente 1.229; *Montesa*, expediente 76.)

María Anastasia Bonilla Malo, cuyas capitulaciones matrimoniales se otorgaron el 21 de julio de 1701 ante Eugenio de Castañeda, que le sobrevivió. Ella alcanzó la era de prosperidad que correspondió a esos años. Desde 1704 a 1708 fué proveedor de piensos del ejército de Felipe V en Aragón, Cataluña y Valencia, y tuvo tratos con don Juan Graille, asentista de equipajes y víveres, con almacén en Fraga, para abastecer las plazas de Lérida y Balaguer¹.

Como tal hizo ajuste de cuentas con D. José de Alecha, director de la Compañía de Víveres en 1708, sobre alcance de unas raciones (18.603 de pan y 827 fanegas de cebada) que resultaron a favor de la compañía del regimiento de Rosellón². Por la campaña de 1707, liquidada el año 1718, hubo varios compromisos, consignados en escrituras de esa fecha³. Su crédito contra la Real Hacienda era entonces de 1.980.821 reales y 19 maravedís. Felipe V le dió facultad para nombrar administrador de su casa y negocios, por cédula real, en El Pardo, el 10 de julio de 1717. Lo llevó a cabo, por instrumento de 1 de febrero del siguiente año, a favor de su hijo, D. Fernando Agustín, «para que representando su persona, rija, gobierne, administre, beneficie y cobre las rentas, casa y negocios». Corría por su cuenta la administración de las rentas maestras de las tres Ordenes militares, que contrató en 1712 por un quinquenio, y luego obtuvo prórroga del mismo. También ejerció la Tesorería General de la Santa Cruzada, sobre lo cual sostuvo un pleito con D. Francisco María Piquinotti, administrador de la casa y negocios de D. Domingo Grillo de Mari, marqués de Francavila, sobre reclamación por éste de cantidades percibidas por Ríos, que entendía no debió hacerlo. Se resolvió a su favor por ejecutoria del Consejo de 11 de febrero de 1716⁴.

Juntamente con esos negocios, realizaba compras que lo convertían en un propietario urbano de importancia. En 1703 y 1704 adquirió unas casas en la calle de Peligros (que anteriormente se llamó de las Vallecas, que iba desde la carrera de San Jerónimo a salir a la calle de Alcalá, frente al convento de religiosas Vallecas), de Diego

¹ Protocolo 11.621, fol. 90. Escritura de ajuste y convenio con D. Gabriel Colomer, apoderado de Graille, ante Eugenio de Castañeda, el 18 de mayo de 1716.

² Idem 11.621. Escritura de 17 de diciembre de 1716.

³ Escrituras de 17 y 31 de agosto de 1718. Protocolo citado.

⁴ Protocolo 11.621, fol. 63.

Ruiz¹. En la calle de la Gorguera, la que perteneció a los herederos del licenciado D. Francisco Baz Treceño, en el mismo año². Del Hospital de San Luis, cuyo administrador era D. José Martín, otra en la calle del Carmen Alta, que se llamó antes de los Convalecientes, el 26 de agosto de 1703³. Y el 15 de julio de 1704 compró un censo sobre una casa en la calle de Jacometrezo, que pertenecía a D. Manuel de Herrera y a doña Josefa de Retes⁴.

El 20 de diciembre de 1714, ante Gabriel de Nevares, D. Antonio, D. Luis, doña Rosa, doña Teresa, doña Juana y doña Josefa González de Oviedo vendieron a Pedro de Herrera, que lo hacía con dinero y en representación del marqués de Santiago, tres casas contiguas, situadas en la carrera de San Jerónimo y en la calle de Cedaceros, con vuelta a la de Gitanos (Arlabán actual), en el precio de 77.575 reales, que satisfizo de contado con fe de entrega y carta de pago en la misma escritura⁵. El año 1716 pasaron a su poder dos casas, una en la calle Mayor, frente a las principales del conde de Oñate, y otra en la Cava Baja de San Francisco, de doña Magdalena de Matienzo⁶. A él perteneció la casa de la calle de Alcalá, que pasó a su hija, la marquesa de Valdeolmos y de la Torrecilla, como veremos. Del tiempo que fué proveedor de los ejércitos del Rey Cristianísimo, le debían en Francia una crecida cantidad, que se reconoció a su favor por decreto del Consejo de Estado de aquel reino, en 31 de agosto de 1719. De esa cantidad fundó cuatro mayorazgos, en cabeza de sus cuatro hijos, dotándolos con 700.000 libras tornesas, por escrituras de 29 de marzo de 1713, ante el escribano Nevares, precedida de facultad real en el Buen Retiro, el 20 de octubre de 1712.

Había hecho mayorazgo en favor de su primogénito en la escritura de capitulaciones con doña María Teresa López de Dicastillo y Testa, hija de los condes de la Vega del Pozo, el 20 de noviembre de 1706, a que aplicó sus casas principales de la calle de Cedaceros, otras casas en Madrid y 1.272.000 reales, situado en diferentes juro;

¹ Protocolo 14.508, fol. 654.

² Idem 14.508, fol. 787.

³ Idem 14.508, fol. 171.

⁴ Idem 14.510.

⁵ Idem 14.518, fol. 9.

⁶ Escrituras de 17 de febrero y 12 de junio de 1716, Protocolo 14.518.

aprobado por Su Majestad en cédula real dada en Madrid el 14 de marzo del año siguiente.

El mismo día que D. Fernando Agustín Rodríguez de los Ríos casó con la hija de los Vega del Pozo, se celebró el matrimonio del conde D. Agustín López de Dicastillo, que murió el 14 de marzo de 1715, con doña Angela Rodríguez de los Ríos, la cual no tuvo sucesión, y viuda, profesó en el convento de Mercedarias de Don Juan de Alarcón, renunciando su legítima en su padre por escritura de 23 de abril de 1716. Doña María Nicolasa Rodríguez de los Ríos fué casada en primeras nupcias con el caballero navarro, oriundo de Mendavia, D. Juan de Sesma, del hábito de Santiago, que estaba viudo de doña Francisca Ruiz de Gaona, y murió en Brihuega el 24 de abril de 1715¹. Pasó a segundas nupcias con el primo del anterior, don Antonio de Pontejos y Sesma; de ellos nos ocuparemos más adelante. Doña Eugenia María fué la segunda en el orden de nacimiento, y por su matrimonio, marquesa de Valdeolmos y de la Torrecilla, a quien dedicamos un párrafo al tratar de su casa de la calle de Alcalá.

Felipe V premió los servicios hechos por su proveedor de los ejércitos con el título de marqués de Santiago, por real despacho en Madrid, el 31 de diciembre de 1706, refrendado de D. Francisco Antonio de Quincoces. El vizcondado previo, que desde 1632 se otorgaba como primer escalón al ascender a la jerarquía nobiliaria, fué de vizconde de Uterviejo, denominación más propia del título, que ningún significado señorial encerraba. En cambio, el despoblado de Uterviejo fué concesión de aquel monarca, por real despacho de 24 de enero de 1707, refrendado de D. Francisco Antonio de Quincoces, situado en el partido de Huete, para poblarlo y ejercer jurisdicción civil y criminal, alta y baja, mero y mixto imperio. Sujetó al mayorazgo para el primogénito el título y el señorío y tres patronatos que su devoción, servida por su opulencia, alcanzó en diversas iglesias madrileñas.

Patronato de la capilla de Belén en el convento y hospital de Nuestra Señora del Amor de Dios y Venerable Padre Antón Martín. En 1713, el padre José Oliva, prior del mismo, y la Comunidad, deseosos de fomentar la devoción a la Virgen de Belén y dotarla de una capilla capaz y más decente de la que entonces tenía, la sacaron en

¹ Protocolo 11.620.

procesión pública y la trasladaron, en junio de aquel año, al altar mayor de la iglesia. Con esperanza de las limosnas de los fieles, se derribó parte del convento, como fué la escalera principal del claustro, la sacristía, celda prioral y otras oficinas, para el sitio de la capilla. Pero las limosnas no eran suficientes, hasta que el marqués de Santiago tomó a su cargo la obra, para lo cual obtuvo el convento licencia de su general, fray Juan de Pineda, de la Orden de la Hospitalidad de San Juan de Dios, dada en Madrid el 14 de marzo de 1714¹. El 22 siguiente se otorgó la escritura de patronato a favor del marqués, con la obligación de hacer la capilla y labrar el retablo. Sobre ello tenemos noticias concretas por la escritura del dorado del mismo, por la cual sabemos fué obra de D. Alberto Churriguera:

«En la villa de Madrid a veinte y siete días del mes de Agosto de mil setecientos y quince años ante mí el escribano y testigos parecieron Gabriel Vidal, Pedro de Haro y Manuel Blanco vecinos de esta villa, Maestros del arte de dorador de mate, y cada uno por lo que les toca de un acuerdo y conformidad otorgan: Que se obligan a favor del Sr. Dn. Francisco Esteban Rodríguez de los Ríos, Marqués de Santiago, vecino de esta dicha villa, dueño y poseedor de la capilla de la imagen de Nra. Sra. de Belén que está y se venera en la Iglesia y convento de Nra. Sra. del Amor de Dios y Antón Martín, Hospital del Orden de S. Juan de Dios de esta dicha villa, de dorar y que dorarán el retablo principal en que se ha de colocar dicha Santa imagen de Nra. Sra. de Belén. La mitad de dicho retablo por el dicho Gabriel Vidal y la otra mitad por los dichos Pedro de Haro y Manuel Blanco, según y en la forma que se ha hecho y executado para ella por Dn. Alberto Churriguera, con las ornacinas que tiene y las efigies y hechuras de escultura grandes y pequeñas que están hechas para su adorno y poner todo el oro y material que se ofreciere, y las efigies las han de encarnar, matizar y estofar en oro, haciéndolo a toda su costa de materiales, jornales y manos, bien y cumplidamente a entera satisfacción de dicho Sr. Marqués de Santiago y de las personas que nombrare y fueren del dicho arte de dorador, y para que lo vean y reconozcan. Y dicho retablo y obra, tocante a su arte, ha de ir rematado y fenecido en toda

¹ Protocolo 14.517, fol. 806.

forma para el día último del mes de Mayo del año próximo que viene de mil y setecientos y diez y seis, y la han de hacer por precio de treinta y cuatro mil y quinientos reales de vellón, y le ha de pagar al dicho Gabriel Vidal diez y siete mil doscientos y cincuenta reales de vellón, y a los dichos Pedro de Haro y Manuel Blanco otra tanta cantidad que es la mitad correspondiente y cumplimiento a dichos treinta y cuatro mil y quinientos reales del principal, y por cuenta dellos confiesan haber recibido los dichos, hoy día de la fecha, de mano de dicho Sr. Marqués de Santiago, dos mil reales de vellón de que se dan por contentos, satisfechos y entregados a su voluntad.

.....

Y todos tres, debajo de dicho acuerdo y conformidad, lo otorgaron así ante mí, dicho escribano, siendo testigos Dn. Fernando González, Dn. Juan Fernández Ruiz y Manuel García, vecinos de esta dicha villa y los otorgantes a quienes yo, el escribano, doy fe que conozco y lo firmaron.—Manuel Blanco, Gabriel Vidal, Pedro de Haro; ante mí, Eugenio de Castañeda.¹

El patronato del convento y capilla mayor de la iglesia de los Agonizantes se constituyó a su favor por el reverendísimo padre Juan García, provincial, y los padres prefecto y religiosos clérigos regulares, ministros de los enfermos de la casa y convento de Santa Rosalía. Por escritura de 18 de marzo de 1720, ante Gabriel de Nevarres, les hizo donación de unas casas en la calle de Atocha, esquina a la de San Blas, y veinticinco mil reales para la obra.

En el convento de Don Juan de Alarcón, donde entraron monjas sus sobrinas y luego su hija, la condesa viuda de la Vega del Pozo, dotó cinco plazas de religiosas, cuatro de velo negro y una de velo blanco, por escritura de 1 de julio de 1720, que la madre comendadora y religiosas de dicho convento, de la Purísima Concepción, aceptaron por otra de 2 de agosto siguiente.

Su testamento ante Gabriel de Nevarres pasó el 18 de septiembre de 1720. En él ratificó los mayorazgos en favor de sus hijos, e hizo la siguiente declaración sobre sus bienes de Francia:

¹ Protocolo 11620.

«Declaro, que los caudales que tenía impuestos en Francia se me redimieron y desempeñaron con unas grandes pérdidas, como son las dos quintas partes de que se valió Su Magestad Cristianísima, que han quedado reducidos a dos millones y doscientas mil libras tornesas poco más o menos, los cuales paran todavía en aquel reino y villa de París. Y mediante el no haberlos podido sacar de ella según las ordenanzas nuevamente allí establecidas, se han vuelto a reimponer en la Casa de la dicha Villa de París, a razón de dos y medio por ciento al año. Cuya correspondencia he seguido y sigo con Dn. Martín de Casanave, residente en París. Y así es mi voluntad, que si yo en mi vida no pudiese conseguir traer dichos caudales a estos reinos y emplearlos, mando se traigan a ellos y hagan los empleos en favor de los dichos tres mayorazgos, según y en la forma que por sus fundaciones está dispuesto y ordenado.»

En el mismo documento designaba a su hijo D. Fernando Agustín como sucesor en el cargo de alguacil mayor del Consejo de Castilla, despachado a su favor el 31 de mayo de 1708. Y lo nombraba para encargarse de sus negociaciones y dependencias, como administrador de su casa y negocios; le consignaba dos mil ducados al año de salario por su ocupación y trabajo. Otorgó un codicilo con detalles para cumplir lo contenido en el testamento, hecho el 14 de enero de 1728 ante Tomás González Blanco, y murió el día 16. La partición de sus bienes se realizó en escritura de 10 de junio de aquel año, ante el escribano Nevares, y con posterioridad, ante el mismo, el 28 de julio de 1730, otorgaron todos los interesados escritura de transacción, ajuste y convenio sobre la herencia. Ascendió ésta a 23.925.871 reales ocho maravedís, correspondiendo a cada uno 7.975.290 reales, que, unido a la legítima materna, hacían un total de 8.182.540 reales.

Hizo el aprecio de las pinturas que decoraban la casa del marqués D. Antonio Palomino¹, y entre ellas conocemos algunas, procedentes de su padre; figuran otras que pueden tener algún interés: doce panes iguales de la historia de Jacob, de la escuela de Oriente,

¹ Figura como D. Antonio Palomino y Velasco, pintor de cámara de Su Majestad, vecino de Madrid, que vivía en la calle de Luciente. (Protocolo 14.514, fol. 619.)

de dos varas de ancho y vara y media de alto; otro país de dos varas, de la entrada de la reina Doña Mariana de Austria; otro país grande de la población de Madrid y Puerta de la Vega; cinco láminas de vara en cuadro, con marcos de ébano, de la pasión del Señor, de la escuela de Rubens; una pintura de la caída de San Pablo, de mano de Juan de Toledo; dos pinturas sobre puertas de Flandes, de armas y flores, de dos varas de largo; siete pinturas iguales, perspectivas de Historia Sagrada, pinceladas a lo salomónico, con marcos negros tallados, de dos varas de largo cada una; una pintura de flores de Juan de la Corte; un biombo de doce hojas, pincelado a dos haces, de batallas, flores, medallas y otras cosas, de tres varas y media de alto; dos biombos más pequeños, de ocho hojas cada uno, pincelados de flores.

Fué ejemplo el marqués de Santiago, como hemos afirmado al principio, del tipo biológico-social con recursos bastantes para aumentar una posición, alcanzando la preeminencia social unida a los triunfadores, negación patente del hidalgo holgazán y presuntuoso, lacra social que tan erróneamente se divulga por ahí entre el vulgo culto. Respondió al ambiente y a la época en que vivió, cuyas condiciones favorables utilizó ventajosamente en su provecho; ejemplo colmado no estudiado entre nosotros.

XIII.—CASA DEL MARQUÉS DE VALMEDIANO (EN LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO, ESQUINA A LA CALLE DEL TURCO)

Don Pedro de Porres y Vozmediano, poseedor del mayorazgo fundado en 1546 por el secretario del emperador Juan de Vozmediano (véase palacio de Uceda)¹, vendió las casas de la parroquia de Santa María al duque de Uceda y obtuvo facultad real el 26 de abril de 1614, refrendada de Tomás de Angulo, para subrogar en favor de su mayorazgo lo procedido de la venta de aquéllas, según se contenía en su petición al corregidor de Madrid, concebida en estos términos²:

¹ Número anterior de la REVISTA, pág. 31.

² Protocolo 4.585, sin foliar.

«Dn. Pedro de Porres y Vozmediano, vecino de esta villa de Madrid, señor de la villa y puerto de Cambados y de Tremeroso, digo: que una de las condiciones en que yo vendí las casas que eran de mi mayorazgo de Vozmediano en esta villa, en la plazuela de la iglesia de Santa María, al Sr. Duque de Uceda, conforme a las capitulaciones que hicimos para la venta de las dichas casas, fué que con catorce mil ducados que se reservaron del precio que procedió de la venta dellas, había de comprar otras casas en esta villa, principales de buen sitio y vivienda para meterlas y subrogarlas en el dicho mi mayorazgo, en lugar de las que dicho es vendí al dicho Duque. Y porque en conformidad de lo asentado y capitulado, yo tengo tratado y concertado con Dn. Juan Bautista de Espinosa, Deán y Canónigo de la Santa Iglesia de Cuenca, como heredero universal del Doctor Dn. Andrés Espinosa su hermano difunto, Deán y Canónigo que fué en la dicha Santa Iglesia de Cuenca, de que me haya de vender y venda unas casas principales con su huerta, suyas propias que las hubo y heredó del dicho Doctor Dn. Andrés de Espinosa su hermano, que son en esta villa de Madrid, en la calle real de S. Jerónimo, frontero de las casas y huerta del Sr. Duque de Lerma, concertadas en precio de once mil y seiscientos ducados, de a once reales cada ducado, los cuales se le han de pagar de los catorce mil ducados que para el dicho efecto están depositados en el Monasterio de San Jerónimo de esta villa, que las dichas llaves tiene una el Prior del dicho Monasterio, otra el Teniente de Corregidor de esta villa y la otra está en mi poder, y para que la dicha venta se efectúe y se puedan pagar los dichos once mil y seiscientos ducados sacándolos de los dichos catorce mil ducados del dicho depósito que están en la dicha arca, suplico al corregidor se junten las llaves para dicho efecto en el día y la hora que señale, que sea con toda brevedad.»

Así lo acordó el licenciado Paz de Cuéllar por auto de 4 de marzo de 1615, reuniéndose en el monasterio de San Jerónimo el 7 de abril inmediato, y se otorgó la escritura en dicho monasterio, el 8 de aquel mes, por Francisco Caja, apoderado del deán. Don Andrés de Espinosa hizo su testamento en Cuenca, ante Florián de Valenzuela, en 28 de agosto de 1614, y la compró de Pablo de Castro por escritura ante Esteban de Liaño, en Madrid, el 11 de octubre de 1612;

«alinda por la parte de abajo con casas de doña Aldonza de Anaya, y luego va ensanchando por la huerta y alindando siempre por las espaldas con la huerta de la susodicha y casas de Francisco de Prado, tintorero, y va alindando con ella y por las espaldas con casa y jardín del señor licenciado Gregorio López Madera, y por la parte de arriba con la calle que va de San Jerónimo a la calle de Alcalá, que pasa por la huerta y jardín que dicen del marqués de Aguilar».

La casa estaba señalada con el número 8 de la manzana 213; tenía de sitio 27.253 pies, y el precio de la venta fué de 12.500 ducados.

Luis Bravo, maestro de obras, hizo la traza y labró la casa enteramente, según escritura ante Santiago Fernández, otorgada el 18 de agosto de 1617.¹

Ese fué el núcleo principal de la casa, que el arquitecto don Manuel Machuca y Vargas, académico de mérito de la Real Academia de San Fernando, reconoció y describió en 1777 del siguiente modo:

«De orden del Excmo. Sr. Conde de Corres, he visto, reconocido, medido y tasado una casa que le pertenece y corresponde al mayorazgo titulado Vozmediano, de que es poseedor dicho Excmo. en esta corte. Situada en la Carrera de S. Jerónimo que hace esquina y vuelve a la del Turco, señalada por la visita general con el n.º 8 de la manzana 273. La que tiene de fachada por dicha calle Carrera de S. Jerónimo, cincuenta pies y cuarto, y por la relacionada del Turco doscientos veinte y tres pies. La medianería de la derecha, como se entra en dicha casa (que es línea opuesta a la fachada de la expresada calle del Turco), consta de noventa y seis pies y tres cuartos, siguiendo de su extremo otra que forma escuadra con la antecedente y ensancha el sitio ciento treinta y cuatro pies y tres cuartos. Sigue otra, también opuesta a la referida calle del Turco, con ciento veinte y nueve pies y medio, de el extremo de ésta sigue la que hace testero opuesto a la fachada principal que cierra el sitio, y consta de ciento cincuenta y siete pies y medio, cuyas líneas forman una figura irregular que comprende en sí la área de veinte y seis mil y treinta y siete pies

¹ Protocolo 2.021, fol. 1.448.

cuadrados superficiales, con lo que le corresponde de sus medianerías. La fábrica de que se compone esta casa, es de cimientos de piedra pedernal y de S. Isidro, paredes de tapias de tierra y de fábrica de albañilería, tabiques de varios gruesos, suelos y armaduras de varias clases de madera, aleros de escocia y ordinarios con sus canelones de hoja de lata, puertas, ventanas y vidrieras, con sus herrages y vidrios correspondientes, rejas y balcones de hierro, solados de baldosa y ladrillo fino, algunos sillares, columnas, jambas, dintel, batiante y solado, todo ello de piedra berroqueña; escalera principal y varias particulares, medio real de agua dulce de pie, noria y estanque y obras de limpieza. Todo lo cual y lo demás de que esta fábrica se compone (habiendo dado a cada clase su estimación en el ser y estado que se halla, como igualmente al sitio), taso que vale la cantidad de trescientos y catorce mil reales vellón y que podrá redituvar quince mil y seiscientos reales de la misma moneda, y es cuanto en este asunto puedo declarar. Madrid y Enero 16 de 1777.—Manuel Machuca y Vargas.»¹

El marqués de Valmediano, D. Joaquín José de Arteaga Hurtado de Mendoza, vendió las casas de su mayorazgo, llamadas del Ave María por el escudo de Mendoza de su fachada, situadas en la calle de Bordadores, con facultad real de 6 de mayo de 1777, por escritura de 2 de junio siguiente ante D. Lorenzo de Terreros. Dichas casas pertenecían al mayorazgo de Fresno de Torote, fundado por D. Juan Hurtado de Mendoza y doña María Condelmario, por escritura en Madrid, ante Jerónimo Fernández, el 21 de octubre de 1506, con facultad real dada en Valladolid el 30 de julio anterior. Señaló doña María como dotación: «Unas casas principales de morada que yo hé y tengo en la villa de Madrid, en el arrabal de la dicha villa, a la collación de San Ginés, que han por linderos al presente, de una parte casas de Catalina Ruiz, mujer que fué de Gonzalo Sánchez Román, escribano que fué de la villa de Madrid, ya difunto, y de la otra parte, casas de Fernando Cota, vecino de la dicha villa de Madrid e por delante la calle pública.»

Con el producto procedido de la venta, se adquirió la casa de la duquesa de Medinaceli, doña María Petronila de Alcántara Pimen-

¹ Cons., leg. 5.051, 1777, junio, 5.

tel y Cernesio, por escritura de 16 de marzo de 1792, que lindaba con la del mayorazgo de Vozmediano por arriba, y por abajo con casas del duque de Villahermosa, y por las espaldas con jardines de ambas casas¹. El precio de venta fué de sesenta mil ducados, por haberla reedificado enteramente. El duque de Medinaceli la había adquirido por escritura de 23 de mayo de 1771, gravada con cuatro censos, cuya redención llevó a cabo con caudal propio de la duquesa su mujer, doña María Petronila Pimentel, en cuyo favor hizo escritura, declarando la había adquirido con caudal de ella, ante el escribano Tonielarne, el 11 de octubre de 1774. En lo antiguo habían sido dos sitios: uno, de Antonio Salazar, que lo vendió a doña María de Guevara, viuda del gentilhomme de la boca D. Gabriel Zapata, por escritura ante Sebastián de Aleas, el 10 de mayo de 1599; el otro sitio lo compró D. Antonio Zapata, caballero de Calatrava, a D. Manuel de Porres y Vozmediano, el 12 de abril de 1642, ante Mateo Sanz de Ugarte. Después de varios poseedores, recayeron en doña Vicenta Alfonso de Santiyán Zapata y Mendoza, viuda de D. Francisco Cañaveras y Zumelzu, caballero de Santiago, del Consejo de Hacienda, de quien las adquirió el duque D. Pedro de Alcántara Fernández de Córdoba, vendedor a Valmediano. Ambas fincas se unieron y «se hallan destinadas—se decía en 1803—a la vivienda y morada del Excmo. Sr. Marqués de Valmediano y su dilatada familia de hijos y criados; reparadas y reedificadas modernamente con habitaciones y oficinas de todas clases, arregladas al sistema de habitación de un grande del reino, con magnífica fachada, sin que en ellas haya parte alguna arrendada, de modo que como se hallan son suficientes, cómodas y decentes para habitarlas S. E. y sus sucesores»².

XIV.—PALACIO DE VILLAHERMOSA

Sito en la carrera de San Jerónimo, manzana 273, número 6. Da vuelta al Prado, con sus accesorias a la calle del Turco (hoy Marqués de Cubas). Linda por Oriente con el prado de San Jerónimo; por el Mediodía, con la carrera de San Jerónimo y con casas del duque

¹ Protocolo, 20.463, fol. 140.

² A. H. N., Cons., leg. 5.198, 1803, sep., 3.

de Medinaceli (luego de Valmediano, como hemos visto); por el Norte, por la fábrica que había al extremo de la huerta, con la iglesia de San Fermín de los Navarros, su huerta y jardines del conde de Atarés; a Poniente, por la parte anterior de la huerta, por una esquina con el jardín de la casa del marqués de Valmediano, seguía una línea por la calle del Turco, que lindaba con accesorias de Valmediano y de Atarés, con puerta de salida a la misma calle del Turco, con una superficie de 197.339 pies, compuesta de diferentes sitios¹. El primero y mayor perteneció al mayorazgo de Mencía Ortiz y Juan Negrete, y procedía de la venta hecha, el 24 de septiembre de 1515, por el tesorero Gómez Guillén a Diego Ortiz. Poseyéndolo Juan Bautista Sánchez Román, edificó una casa exenta de huésped de aposento por privilegio de 30 de agosto de 1589. Pasó a ser propiedad de Pedro Zapata del Mármol el 28 de octubre de 1591, el cual, y doña Juana de la Cadena, lo vendió con lo edificado y la huerta, por escritura de 14 de julio de 1616 ante Gaspar Ramírez, al licenciado Gregorio López Madera.

Otra parte procedía de la división del mismo sitio que recayó en Francisca Martínez y lo vendió a D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga, por escritura de 10 de agosto de 1606. El mismo personaje adquirió el mismo año otros pedazos, ante Juan de la Cotería, el 10 de noviembre.

Para ejecución de la condena en que incurrió el conde, se dió comisión al licenciado D. Alonso Méndez de Parada, quien vendió sus bienes ante Gabriel García Hazañón, y se despachó venta judicial, el 16 de diciembre de 1615, en favor de Juan Andrea Spínola. Compró 8.000 pies más, y unidos ambos sitios, edificó en ellos, y recayó en Bartolomé Spínola, quién lo vendió, el 13 de enero de 1625, ante Lucas García, al patriarca de las Indias y capellán mayor D. Diego de Guzmán, especificando se había construido una casa alta, un estanque, noria, plantío de árboles frutales y jardín. El patriarca se deshizo pronto de ella, pues con su poder el canónigo de Avila Antonio González la vendió el 25 de agosto de 1628 a D. Jorge Cárdenas Manrique de Lara, duque de Maqueda, cuyo concurso de acreedores se formó ante D. Juan de Uzcuela, juez privativo de las causas de su testamentaria, vendiéndose al mejor postor, D. Damián

¹ Protocolo 18.164, fol. 950.

Sáenz Vela de Arrieta, por escritura de 9 de noviembre de 1650, quien traspasó el remate en D. Jaime Manuel de Cárdenas, duque de Maqueda, por cuya orden había actuado.

El resto de la propiedad del conde de Villalonga lo adquirió el licenciado Baltasar Gilimón de la Mota, cuya parte tenía su fachada de piedra que salía a la calle del Turco y por abajo llegaba hasta el prado de San Jerónimo. De Gilimón de la Mota lo adquirió el licenciado Garci Pérez de Araciel, por escritura de 10 de junio de 1624. Murió aquel año el nuevo propietario, cuyo testamento cerrado se abrió el 29 de septiembre ante Alfonso López, en el que dejó por usufructuaria a su mujer, doña Antonia de Ipeñarrieta, y nuevo propietario a su hermano, D. Alvaro, abad de Alfaro, los cuales vendieron el solar a Juan de Montenegro el 26 de noviembre de 1625, quien intervino como representante del duque de Maqueda.

Un último pedazo de la parte de Villalonga fué a parar en su incautación al licenciado Gregorio López Madera, a quien heredó su nieto, D. Antonio Manrique de Lara y Madera, de la Orden de Santiago, como su único y universal heredero, instituido en el poder para testar, bajo el que falleció, formalizado el 21 de octubre de 1648 ante Pedro Díaz, el cual procedió a la venta de la casa y galería edificada, los parrales, plantas, estanque y fuente, por escritura de 5 de enero de 1651 ante Jerónimo Sánchez Aguiar, al duque de Nájera, D. Jaime Manuel de Cárdenas. Dueño éste de todo el sitio, que según las medidas de entonces comprendía 147.010 pies superficiales, lindaba por arriba con la calle del Arbol del Paraíso, por donde tenía dos entradas; por abajo, con el prado de San Jerónimo, al que tenía diecinueve rejas y ventanas; por la parte de hacia la calle de Alcalá, con la huerta y jardín del conde de Monterrey, y por la que miraba a la carrera de San Jerónimo, con la casa y jardín de D. Diego de Silva y Guzmán. Sucedió al duque de Nájera su hijo, D. Francisco María de Monserrate de Cárdenas y Ramírez de Arellano, muerto abintestato, heredándolo su madre, la duquesa-condesa de Nájera y Aguilar, doña Inés Ramírez de Arellano. Dió poder para testar, el 13 de febrero de 1660, ante Gregorio Salazar, al padre Alonso García, de la Compañía de Jesús, su confesor, y al capellán mayor de las Descalzas, D. Francisco de Borja, que renunció, por lo que lo otorgó al padre García, precediendo licencia de sus superiores y del nuncio, D. Carlos Bonelli, arzobispo de Corinto,

ante Luis Gallo, el 17 de marzo de aquel año. Sacadas al pregón las casas, se remataron en Francisco Fernández, quien cedió el remate, por escritura de 30 de junio de 1663 ante Juan Luis del Aguila, al Excmo. Sr. D. Diego de la Cerda y Silva, conde de Galve, a quien pertenecían la casa y jardín contiguo, con vista a la carrera de San Jerónimo, cuyo sitio ocupa el palacio actual.

La casa y jardín del conde de Galve tenía la misma procedencia: originariamente fué una huerta del tesorero Gómez Guillén, dada a censo enfiteútico, el 24 de septiembre de 1514, ante Jerónimo Fernández, a Diego Izquierdo, hortelano. Tenía por aledaños: de una parte, el camino que de la villa iba al monasterio de San Jerónimo; por la parte de abajo, el Prado de las Fuentes, y de la otra parte, la tierra de Tatabaya. El 1 de enero de 1560, poseyendo las tierras Diego y Alonso de Valdemosa, otorgaron escritura de reconocimiento en favor de los herederos del tesorero. El 7 de enero de 1580 hubo nuevo reconocimiento por los poseedores de entonces, Bautista Sánchez Román, Juan de Alesanco y Alvaro de Toro. Recayó luego en los príncipes de Mélito, duques de Pastrana, Ruy Gómez de Silva y doña Leonor de Guzmán, por cuyo fallecimiento se suscitaron varios pleitos entre sus hijos y herederos, que transigieron por escritura de 28 de agosto de 1698 ante Isidro Martínez, a que concurrió doña Francisca Manrique, en representación y como viuda de D. Diego de Silva y de la Cerda, conde de Galve, hijo tercero de aquéllos, a quien se le adjudicaron. Falleció bajo poder para testar, de 23 de agosto de 1705, ante Rafael Espinosa. Dejó por heredero a su hermano, D. Rodrigo Manuel Manrique de Lara, conde de Frigiliana, que la aceptó con beneficio de inventario. Puso demanda contra los bienes de su cuñado Galve para el reintegro de 2.263.668 reales, importe de la dote de su hermana la condesa, mujer de aquél. Se le adjudicaron todos los bienes inventariados, y entre ellos las casas citadas, por auto de 3 de diciembre de 1708 ante Pedro Moreno Viniegra. Las unió a otras suyas, contiguas a ellas, que tenían salida a la calle del Turco y había comprado de D. Felipe Ramírez Calderón, caballero de Santiago, por escritura de 12 de noviembre de 1698 ante Juan Castañón. El conde de Frigiliana dió poder para testar a su hijo, D. Iñigo de la Cruz Manrique de Lara, señor de los Cameros, y lo otorgó en su quinta de Canillejas, ante Rafael Espinosa, el 18 de enero de 1718. Agregadas al mayorazgo antiguo de la casa Manrique

por escritura de 11 de noviembre de 1728 ante Juan Arroyo de Arellano, llamó a su disfrute a su sobrina, doña María Augusta Wignancourt Aremberg Manrique de Lara, hija de los príncipes de Barbanzón, mujer de D. Alonso Vicente de Solís y Gante, conde de Saldueña. La instituyó por heredera en su testamento cerrado ante Juan Arroyo de Arellano, ante quien se abrió el 15 de febrero de 1736, habiendo muerto en Santa Fe, el 9 anterior. Sus muchas deudas originaron diversos pleitos, en razón del pago de las mismas; para ello se sacaron al pregón las casas el 16 de junio de 1742, rematándose como mejor postor en D. Jaime Planell, quien declaró, por escritura de 26 de noviembre, lo había hecho por cuenta de doña Leonor Pío de Saboya Moura y Corterreal, duquesa de Atri, mujer legítima de D. Domingo Acquaviva de Aragón, duque de Atri, con caudal propio de la dote de dicha señora, formalizándose escritura de venta ante Eugenio París el 20 de abril de 1746. La duquesa doña Leonor hizo obras que le dieron crecido valor, y obtuvo privilegio de exención perpetua de aposento, dada en el Buen Retiro el 30 de marzo de 1754. Sin sucesión de su matrimonio, hizo testamento cerrado, que se abrió por auto de D. José Pérez Valiente, ante José del Río y León, el 2 de diciembre de 1760.

Don Alejandro Pico de la Mirandola, sumiller de cortina de Su Majestad, consejero de Hacienda, arcediano mayor de la iglesia de Córdoba, dueño de la misma, y D. Manuel Reinaldo de Castro, oficial de la Contaduría de Reales Sisas de Madrid, con poder del Excmo. Sr. D. Juan Pablo de Aragón Azlor Gurrea Zapata de Calatayud, duque de Villahermosa, conde de Guara, del Real y de Sinarcas, fechado en Fontainebleau el 26 de octubre de 1770 ante los notarios Drovillièrre y Drouhet, otorgaron escritura el 18 de octubre del año siguiente, en que se hacía constar el deseo del duque «para adquirir las casas propias de D. Alejandro, en que vive, con sus accesorios y derechos, habiéndolo solicitado diferentes veces, y accedido a ello por su parte, se habían tasado por peritos de recíproca satisfacción todas sus partes, lo mismo del jardín y accesorias, según se contenía en un inventario hecho con separación de cada una. Considerando las particulares especiosas circunstancias de dichas casas, que por su deliciosa y saludable situación en la corte, buena distribución de sus oficinas, completas oficinas para todas las servidumbres, que en su complejo apenas se halla otra igual,

deseando compensar el gusto y afección, correspondiendo a la condescendencia del señor D. Alejandro, y por la utilidad que consideraba el duque tiene en la adquisición de tales casas, se convinieron en el precio de 2.220.544 reales v 11 maravedís.» En ese precio no se incluían los tiestos, árboles y plantas del jardín. Podía continuar habitándolas el vendedor por todos los días de su vida, abonando de alquiler el 1,50 por 100 del precio estipulado. Si a pesar de ello decidía mudarse, le abonaría el duque, para la mudanza, 100.000 reales.

Los duques de Villahermosa han sido objeto de dos monografías históricas, cuyos autores, el padre Luis Coloma en *Retratos de antaño* (Madrid, 1895) y D. José María Orti y Brull (Madrid, 1896), los han tratado, con su maestría y galano estilo peculiar, el primero, y con la preocupación de la exactitud propia del archivero, el segundo. El padre Coloma nos pinta a unos personajes reales, pero poco humanos; el segundo los idealiza, sin humanizarlos. Casados el 1 de junio de 1769, sus capitulaciones se otorgaron el 28 de mayo. La duquesa, doña María Manuela Pignatelli de Aragón y Gonzaga, llevó en dote 90.000 ducados en plata labrada y joyas de diamantes, y 10.000 en dinero, en el Banco de Nápoles de Gionti. La escritura de recibo de dote se otorgó al día siguiente por D. Jorge Azlor, hermano de Villahermosa¹, y en ella dejó consignado algo humano y propio de la vanidad humana como lo siguiente: «Expone y declara, que sin embargo de la relacionada oferta de dote hecha en la escritura de capitulaciones a la Excm. Sra. D.^a María Manuela Pignatelli y Gonzaga, de los diez mil ducados de vellón, ésta ha sido y es aparente por lo respectivo a los noventa mil ducados y por el honor de las personas. Pues la citada dote sólo se compone y ha de consistir en 589.034 reales de vellón, que lo importan diferentes joyas, alhajas, recámara y otros bienes y menaje.» Se compuso ésta de los vestidos, ropa blanca y otros adornos, cuyo importe fué 187.424 reales; un aderezo de brillantes y esmeraldas, compuesto de joya de pecho, collar, pendientes, piocha de muelles, broche y sortija, apreciados en 249.000 reales; un ramo grande de ensaladilla; un aderezo pequeño de brillantes y rubíes, compuesto de cruz con lazo, y dos arracadas con tres gajos; una sortija de brillantes y rubíes, de alianza; otra con una cifra sobre campo azul esmaltado; otra de brillantes; un relicario

¹ Protocolo 17.159, fol. 508.

antiguo con dos esmeraldas; otro con figura de corazón, con diamantes, esmeraldas y rubíes; una caja de ágata guarnecida de brillantes y rubíes, con un camafeo; un reloj guarnecido de brillantes, y las ruedas también de brillantes, que se ve todo el movimiento; dos repeticiones de Cabrier, esmaltadas; una muestra chica de oro y un tocador completo de plata, con su espejo grande, todo labrado, cuyas partidas sumaban 401.610 reales. Aportó el duque 3.348.072 y 20 maravedís en alhajas, dineros y rentas vencidas de sus estados; prometió en arras 10.000 ducados, y 6.000 para los gastos de cámara de la duquesa.

Falleció el duque, D. Juan Pablo, el 19 de septiembre de 1790. Su testamento pasó ante D. Ventura Elipe el día anterior, y dejaba unas memorias testamentarias, fechadas en Turín el 8 de octubre de 1779 y 7 de abril de 1780. Su hijo primogénito, D. Victorio, falleció el 23 de enero de 1792, y quedaron D. José y D. Juan Pablo. Mejoraba en el quinto a la duquesa, la cual celebró escritura de convenio el 30 de marzo de 1793 con los curadores *ad litem* de sus hijos, adjudicándosele la casa del Prado¹.

El duque había subrogado la casa por varios bienes correspondientes a los mayorazgos de Zapata y otros.

La duquesa testó en Madrid, ante D. Ventura Elipe, el 22 de agosto de 1791. Dejó el tercio a su hijo segundo, luego primogénito, que importó 1.450.702 reales y 10 maravedís, impuesto sobre la casa del Prado.

En el año 1828 se hizo tasación de ella por el arquitecto don Antonio López Aguado, cuya descripción dice así:

«En la villa de Madrid, a 6 días de Agosto de 1828, ante el Ilustrísimo Señor D. Francisco Fernández del Pino, del Consejo de S. M. en el Real y Supremo de Castilla, Gobernador de las Sala de Señores Alcaldes de la Real Casa y Corte, compareció el Señor D. Antonio López Aguado, Intendente honorario de Provincia y Arquitecto Mayor de esta muy noble villa, quien bajo juramento que hizo en forma de derecho y según su clase, por ante mí el infrascripto escribano de S. M., dijo: Que a virtud del nombramiento hecho por S. I. que

¹ Protocolo 18.211, fol. 273.

tiene aceptado, ha procedido a reconocer, como en efecto ha reconocido y medido para darla valor, una posesión que pertenece al Excelentísimo Señor Duque de Villahermosa, en esta corte, situada en la Carrera de S. Gerónimo, Prado y accesorias a la Calle del Turco, señalada con el número 6 de la manzana 273, cuya fachada principal a dicha Carrera tiene ciento cincuenta pies de línea y forma por su derecha un ángulo agudo con la del Prado que tiene ochocientos cincuenta pies y medio; ésta en su extremo forma otro ángulo agudo con la medianería del tercero, que linda con la posesión de San Fermín, y tiene trescientos veinte y ocho pies de línea, y volviendo a la fachada principal por su izquierda, forma un ángulo obtuso con una medianería que linda con la posesión del Excelentísimo Señor Conde de Corres, y tiene sesenta y nueve pies y medio de línea, y a su extremo forma un ángulo entrante y ensancha el sitio, nueve, volviendo a formar con ésta un ángulo obtuso prosigue hacia el fondo en línea de ciento cincuenta y siete pies y medio, en cuyo extremo, haciendo otro ángulo obtuso entrante, ensancha el sitio con línea de ciento cincuenta y nueve pies, la que forma un ángulo casi recto con la línea que hace fachada a la calle del Turco, que tiene ciento sesenta y siete pies, y en su extremo hace un ángulo obtuso entrante y prosigue en línea de cuarenta pies, la que con otro ángulo obtuso entrante, vuelve a seguir en línea de veinte y seis pies y cuarto hasta encontrar con la línea de medianería que estrecha el sitio sesenta y seis pies y medio, y formando en su extremo un ángulo agudo entrante, prosigue el fondo de la posesión con línea de medianería que tiene doscientos ochenta y siete pies, hasta cerrar el sitio con la ya dicha medianería del testero. Resultando de las expresadas líneas y sus ángulos la figura de un polígono irregular que medido geométricamente produce de área plana doscientos dos mil novecientos sesenta y cuatro pies y medio superficiales en que van incluidos los gruesos de sus fachadas, cercas y medianerías.

En este sitio está construído un gran palacio de nueva planta, compuesto de sótanos, piso bajo, principal y segundo, el que se halla en el mejor estado, tanto por lo reciente de sus fábricas como por su solidez y buenos materiales, y en el mismo sitio o area está el jardín con sus norias, estanques y otros edificios accesorios de antigua construcción, distribuídos en la servidumbre, de cuartos para jardineros, cuadras,

cocheras, patios, y habitaciones para criados, separados e independientes del palacio, en buen estado de seguridad en lo general.

El grande edificio para uso de su Excelencia se halla distribuido con todas las oficinas necesarias para tal destino, consistiendo la fábrica material, de que es compuesta la referida posesión en el vaciado y excavación de sótanos, estanques, norias y zanjas para cimientos, macizado de éstos, fábrica de mampostería y ladrillo hasta recibir las losas de elección en las líneas de fachada, cantería en dichas con sillares, tranqueiros, esquinas, jambas, dinteles, batientes, repisas, dobelas, impostas, fajas, cornisas y portadas con dos columnas en la fachada principal que sostienen el balcón con balaustrada de piedra de Colmenar, teniendo la del jardín el adorno correspondiente de fajas, frontis y un escudo de armas de la Casa que le corona, todo de piedra berroqueña, y fábrica de ladrillo agramilado en las tres fachadas y ordinario en bóvedas, y paredes de crujía, interiores, tabiques y tabicones de fábrica y entramados, suelos forjados a cielo raso, con artesonados y cornisas de estuques, bóvedas encañonadas en el salón y en la capilla de rosca de ladrillo, armaduras de varias clases y medidas. Entabladas y tejadas en el Palacio con teja a la romana y en los demás edificios con la común; canalones, limas, bajadas y vertederos de plomo, fierro labrado en varias formas y dibujos en gatillos, tirantes, rejas, balcones y pasamanos. Escalera principal con peldaños de piedra berroqueña y blanca de Colmenar la de los pasamanos, escaleras particulares de madera, solados de piedra y de baldosa, empedrados losas de aceras, obra de policía con todas las demás partes y anexidades que comprende esta posesión. A las que habiendo dado el valor que a cada una de sus clases corresponde, y el del sitio a razón de cuatro reales el pie superficial, tasa que su valor es el de nueve millones quinientos diez y seis mil trescientos treinta y nueve reales vellón, de cuya cantidad se deberán rebajar las cargas o gravámenes que sobre sí tenga. No incluyéndose en esta tasación el valor de las plantas y arbolado del jardín. Previniéndose, que para la conclusión de dicho edificio, y habilitación de contaduría y oficinas, se necesitan trescientos setenta mil reales vellón, siendo su valor en renta, el de más de ochenta mil reales anuales. Que todo lo referido es la verdad, según su leal saber y entender, y bajo el juramento que tiene hecho de proceder a esta tasación con

arreglo a los conocimientos y reglas de su arte, imparcialmente, y sin agravio de nadie; y en ello se afirmó, ratificó y lo firmó; Su Ilustrísima lo rubricó de que doy fé.—Antonio López Aguado.—Ante mí Juan Diego Martínez.»

El catedrático de Agricultura D. Antonio Sandalio de Arias, realizó la tasación del jardín:

«En el mismo día, mes y año, ante el propio Ilustrísimo Señor Gobernador de la Sala y por ante mí el infrascripto, compareció D. Antonio Sandalio de Arias, individuo de varias academias, y Sociedades económicas extranjeras y del Reyno, catedrático de agricultura y Jardinero mayor del Real Jardín Botánico de esta Corte, de quien S. I. por ante mí el infrascripto, recibió juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y a una señal de Cruz conforme a derecho y bajo de él dijo: Que habiendo reconocido el jardín de la casa propia del Excelentísimo Sr. Duque de Villahermosa, y échose cargo del buen estado en que se halla el precioso arbolado de su bosque, no menos que las demás plantas que contiene el resto del jardín, su bella disposición, el ornato, decoro y salubridad que proporciona al edificio, que sin el jardín no pudiera jamás servir para habitación de los distinguidos personajes, que siempre deberán ocuparle y por último viendo con los ojos de su corta ciencia, que todos y cada uno de los árboles allí criados, llevan en pos de sí gastos inmensos, gradúa para cada cosa de las que a continuación se expresan los precios siguientes:

Doscientos setenta y ocho elmos o álamos negros, como los llama el vulgo, grandes, sanos y frondosos, a ciento cuarenta reales cada uno, importan todos 38.920 reales vellón.

Ytem doscientos setenta y uno dichos medianos, a setenta reales cada uno, valen todos 18.970 reales vellón.

Ytem cuatrocientos cuarenta y nueve más pequeños de dicha especie y otras varias cuyos troncos en todos los de esta división no bajan del grueso de una muñeca, a quince reales cada uno, valen todos 6.735 reales vellón.

Las plantas de lila común, jazmín y otras que con muchos arbolitos chicos existen en todo el bosque, valen 6.000 reales vellón.

Todos los arbustos y plantas que forman el caprichoso y bien entendido camino cubierto que hay entre los cuadros de las flores, 3.000 reales vellón.

Veinte y dos higueras, grande con chica, siendo como son las primeras el mayor número, las justiprecia a sesenta reales, y en este concepto importan todas 1.320 reales vellón.

Un nogal grande de la especie llamada mollar, 200 reales vellón.

Otro ídem pequeño, 10 reales vellón.

Cuarenta y seis cipreses, a ciento y ochenta reales cada uno, valen todos 8.280 reales vellón.

Todas las plantas o piés de árbol de la vida (*hulla orientalis*) que en gran número forman los textos o hayas de ciertas calles, valen dos mil reales, 2.000 reales vellón.

Veinte y cuatro laureles colocados en sus plazas y en buen estado de vegetación a quince reales cada uno, valen todos 360 reales vellón.

Diez lauros, a veinte reales, importan 200 reales vellón.

Doce perales de diversas castas, a veinte reales cada uno, importan 240 reales.

Once ciroleros, a quince reales cada uno, valen todos 165 reales.

Dos manzanos grandezuelos, a veinte reales cada uno, importan ambos 40 reales.

Veinte y uno dichos llamados enanos o del paraíso, a cuatro reales, valen 84 reales.

Nueve granados de fruto comestible, a 40 reales cada uno, importan 360 reales.

Tres dichos de flor doble, a diez reales, son 30 reales.

Treinta pares fructificando, a 40 reales cada una, importan 1.200 reales.

Dos morales negros a sesenta reales, son 120 reales.

Seis grandes golpes o matas de Geringuilla a 20 reales cada golpe, importan 120 reales.

Siete ídem de lila de Persia, a cuarenta reales, son 280 reales.

Diez y ocho tejos de buen tamaño, a sesenta reales, importan todos 1.080 reales.

Tres acacias de quitasol, a diez reales cada una, 30 reales.

Los arbolillos nuevos de castaño de Indias, sóforas del Japón, carpes flores de amor, moreras aceres, catalpas, acacias de dos puntas, tallas, fresnos y codesoz, que en bastante nú-

mero se encuentran en el criadero, ya a punto de trasplanto, valen 1.340 reales.

Treinta parrillas nuevas en viveros, 30 reales.

Una porción de colistroy y romeros que hay esparcidos por el jardín, en ochenta reales, 80 reales.

Tres eras de menta pipirita, a diez reales la era, treinta reales, 30 reales.

Dos cordones de violeta doble, en 60 reales.

Dos ídem de hierba doncella, en 20 reales.

Las cuerdas y golpes o matas de bupleuro que hay en la rambla inmediata a la fachada de la casa, en ochocientos reales, 800 reales.

Seis almendros dulces y varios peralillos no ingertos que se encuentran en los cuadros del jardín, valen 40 reales.

Tres eras de hiedra terrestre, a veinte reales cada era, son 60 reales.

Una porción considerable de rosales de todo el año que ya en cuerdas y ya en golpes esparcidos se encuentra en el jardín, valen trescientos reales, 300 reales.

Diez adelfas, a seis reales cada una, 60 reales.

Diez filireas, a seis reales, son 60 reales.

Cuatro dahayas, a cuarenta reales, son 160 reales.

Trece plantas de pajarilla, a dos reales, son 26 reales.

Ciento treinta y cinco golpes de peosisa, a cuatro reales cada golpe, valen 540 reales.

Cincuenta y ocho golpes de crisantemo de la china, a tres reales cada golpe, son 174 reales.

Cincuenta y ocho dichos de girasoles dobles, a dos reales, importan 116 reales.

Seis golpes o matas de rosal mosqueta, a ocho reales, 48 reales.

Ocho dichos de rosal de Piocha, a ocho reales, suma 64 reales, 64 reales.

Seis pasionarias grandes, a veinte reales cada una, 120 reales.

Treinta y tres golpes o matas de rosal de bengala, a seis reales cada uno, son 198 reales.

Tres cordones de rosal de cien hojas, 90 reales.

Diez golpes de lirio, a tres reales golpe, son 30 reales.

Dos cordones de mejorana, en 40 reales.

Tres eras de dicha planta en disposición de trasplantarse, a veinte reales era, valen 60 reales.

Todas las demás plantas perennes de flor y de adorno que se encuentran esparcidas por los cuadros y no van enumeradas en las precedentes, valen 1.000 reales.

Una pajarera rústica con sus redes de alambre, colocada en el bosque del jardín con objeto de recreo y adorno, vale 1.500 reales.

Otro ídem de fábrica con su alambarrera, 600 reales.

Un gallinero de cañas con su casilla de fábrica, vale mil reales, 1.000 reales.

Un puente rústico, un cenador chinesco y el barandado rústico que se encuentra en la montaña artificial y bordes del estanque, vale todo cuatro mil reales, 4.000 reales.

Una portada de cañas, que colocadas y ejecutada con gusto en una fachada de las paredes del jardín, le sirve de adorno, vale 800 reales.

No doy el precio o valor que corresponde a los pies superficiales de terreno que tiene el jardín, por estar informado que el arquitecto dará en su tasación el área y valor que tenga dicho terreno, comprendiéndolo en él de toda la casa y sus adyacencias...

Es visto que si el importe de los vegetales perennes y de las demás cosas que adornan graciosa y útilmente al jardín por el floreciente estado en que se hallan, asciende a una suma de *ciento tres mil ciento noventa reales vellón*, añadiendo a esta suma el precio que dará el Arquitecto a los pies superficiales que arroje de sí el área del terreno, no puede menos de considerarse para su rédito o renta un seis por ciento anual y de consiguiente guiado con la doble consideración del valor intrínseco y de lo mucho que debe aumentar la renta de la casa principal, y al mismo tiempo los diversos empleos que pudieran darse a este jardín, con la casa que le está adyacente junto a S. Fermín, declara, que la renta no puede bajar de diez mil reales anuales. Que todo lo referido es la verdad según su leal saber y entender, y bajo el juramento que tiene hecho de proceder a esta tasación, con arreglo a los conocimientos y reglas de su arte imparcialmente y sin agravio de nadie; y en ello se afirmó, ratificó y lo firmó; S. I. lo rubricó, de que doy fee. — Antonio Sandalio de Arias. — Ante mí. — Juan Diego Martínez.¹

¹ A. H. N., Cons., leg. 4.347 (1828), núm. 7.

XV.—CASA DEL MAYORAZGO DE GIRALDELLI, EN LA CALLE DE FUENCARRAL, NÚMERO 79

En lo antiguo eran los números 1, 18 y 19 de la manzana 349. Por providencias del corregidor de Madrid, de 21 de febrero y 6 de abril de 1804, se mandaron demoler en el término de seis días, y de no hacerlo, el arquitecto mayor D. Juan de Villanueva lo practicaría por cuenta del mayorazgo. No ocurrió así, y el arquitecto D. Francisco Martín Vidal emitió informe el 20 de agosto inmediato, estimando procedía su demolición por el inminente peligro que corrían las habitaciones interiores; lo que se realizó bajo su dirección. La reconstrucción se hizo de buena fábrica de ladrillo y mezcla de cal y arena, sobre zócalo de cantería de piedra berroqueña.

La casa contigua, construida a la malicia en la calle de San Vicente, necesitaba también atender a su reparación, pues estaba en igual estado de ruina. Como la situación no era ventajosa y le faltaban muchas comodidades, indispensables en una vivienda de su capacidad, la valuaba en venta en veinticuatro mil reales¹. Para reedificarla se concedió facultad para vender algunas fincas del mayorazgo, entre ellas trece casas en Granada, varias suertes de tierras en Leganés, dos casas de ínfima fábrica en las calles de San Marcos y de los Reyes (barrio del Barquillo) y una huerta en la villa de la Alameda.

A la casa de 1804, que todos hemos conocido, ha sustituido una construcción de buen gusto, inspirada en la tradición artística madrileña, que al blasón de los Giraldelli ha unido el de los Silva de Cifuentes, refundidos en los Queralt de Santa Coloma.

Don Juan Evangelista Giraldelli, natural de Milán, fué hombre de negocios en el Madrid de comienzos del setecientos. Desempeñó la Dirección General de Rentas del Reino; pero tuvo un largo pleito con los acreedores de los asentistas D. Ambrosio y D. Jacobo Andriani y del marqués de Casa Recaño, que empezó en 1740 y se acabó después de su muerte. Hizo escritura de mayorazgo el 20 de junio de 1752 ante Agustín Beleña y Acosta, con facultad real dada

¹ A. H. N., Cons., leg. 5.204 (1804).

en Aranjuez, refrendada de D. Agustín de Montiano y Luyando el mismo día. En él se resume su opulencia: incluyó en su dotación la villa de la Crespa, en Extremadura, adquirida del conde del Montijo, de quien fué acreedor¹; el lugar de Lardies, en Jaca, y la merced de barón, hecha por Fernando VI en el Buen Retiro a 12 de marzo de 1747, a D. Pedro Jerónimo del Río y Villalba, su tío; el lugar de San Felices y pardina de Gorrova, heredamientos en Baza, Cartagena, Guadix, Málaga, Granada, Jerez de la Frontera, Fuensalida, Leganés, Carabanchel y Griñón; las casas principales de la calle Alta de Fuencarral, en que habitaba, y otras en las de San Vicente, Caballero de Gracia, Reloj, Hortaleza, Reyes, Libertad y San Marcos.

El pleito no se resolvió hasta 1775, con desfavorable resultado para D. Rafael Giraldelli, que fué condenado, como heredero de su padre, a depositar 2.688.000 reales en los Cinco Gremios Mayores de Madrid, reservándole el derecho para repetir contra los acreedores de los asentistas en más de cuatro millones, por las resultas a que eran responsables. Como las fincas del mayorazgo estaban sujetas a esa responsabilidad, no pudo formalizar la escritura de fundación, vendiendo la dehesa de la Crespa, un censo contra D. Juan Miguel de Ustáriz, constituido el 6 de abril de 1770 sobre bienes del duque de la Mirandola, y la hacienda de Baza.

Falleció en Madrid el segundo barón de Lardies el 29 de octubre de 1784, con poder para testar, conferido a su mujer el día anterior por testimonio de D. Ignacio Salaya, derogando el poder recíproco que para hacerlo se habían dado el 9 de abril de 1766 ante Francisco Antonio Matienzo. Por esta razón lo fundó su viuda, doña Rafaela Fernández de Córdoba Vigil y Samaniego, por su testamento en Madrid, el 9 de enero de 1786, ante José Romualdo Medrano, que había casado, previas capitulaciones de 20 de enero de 1766 ante D. Ventura Elipe. Era hija de D. Gregorio Fernández de Córdoba, brigadier de los Reales Ejércitos, capitán de Reales Guardias de Infantería española, y de doña Mariana Vigil y Samaniego. El padre del brigadier D. Gregorio Fernández de Córdoba fué D. Juan Fernández de Córdoba, maestre de campo, gobernador y capitán gene-

¹ El contador de la Casa de Montijo, D. Mateo Molino, en certificación dada en Madrid el 9 de agosto de 1747, menciona entre los acreedores del conde, bajo el epígrafe «Diferentes hombres de negocios de España y fuera de ellas»: D. Juan Evangelista Giraldelli, 72.942 reales.

ral de la provincia de Nueva Vizcaya, casado con doña María Sebastiana Alonso Terán.

Respecto al origen de esta rama de Córdoba, desconocida por los genealogistas, tenemos el testimonio de doña María Nicolasa Fernández de Córdoba, única hermana de D. Nicolás, que consignaba en su testamento¹:

«Declaro que el enunciado mi padre y señor Dn. Juan Fernández de Córdoba, fué hijo legítimo del Sr. Conde de Cabra, Dn. Juan Fernández de Córdoba, y de D.^a Mencía Dávalos su mujer legítima, y habiéndole enviado de estos reinos a los de Flandes de tierna edad, cuando volvió de ellos y de su gobierno de Indias, principió pleito con la casa del Excelentísimo Sr. Duque de Sesa, sobre y en razón que así se declarase, que prosiguió hasta su fallecimiento. Y después por el honor del mismo señor mi padre y de todos mis hermanos, me fué preciso continuarlo hasta el estado que hoy tiene, en que he gastado las sumas y cantidades de dinero que resultan de mis cuentas, a cuyos gastos son responsables por iguales partes todos mis hermanos.»

Las casas de doña María Nicolasa Fernández de Córdoba estaban situadas en esta corte, en la calle de Jacometrezo, «como se baja desde la Red de San Luis al convento real de los Angeles, en la acera de mano derecha, parroquia de San Martín». Según tasación por Felipe de Huebas, maestro de obras, en 18 de noviembre de 1747, tenían de fachada 25 pies, y por las espaldas, de línea, otros 25, y el total de su superficie era de 3.150 pies. Fueron en lo antiguo de Juan Delgado y María López, su mujer; ésta las vendió en 28 de febrero de 1589, ante Sebastián Pérez, a su hija, María Delgado, mujer de Cristóbal Flores, y al cabo de algún tiempo fueron sacadas al pregón, rematándose en Felipe de San Juan y Vargas, que cedió el remate en doña Clara de Valencia, viuda de Pedro Ochoa Ladrón de Guevara, a la que se despachó venta judicial el 19 de diciembre de 1650. Doña Clara de Valencia otorgó testamento el 30 de enero de 1664, ante Juan Mauro Saavedra, en favor de sus hijos, D. Pedro y D. Juan Francisco y doña Josefa Fabiana, quienes

¹ Otorgado ante D. Ventura Elipse el 21 de noviembre de 1765. (Protocolo 18.152, folio 1.049.)

vendieron la casa a D. Simón Alonso Terán, por muerte de doña Antonia Palomo, mujer de éste, la cual, con su marido, el señor D. Juan Fernández de Córdoba, maestre de campo y gobernador de la Nueva Vizcaya, la obligaron e hipotecaron a un censo de 4.000 ducados del mayorazgo de D. Gil de Castejón. Herederos del general Córdoba fueron doña María Nicolasa, el coronel D. Gregorio José, doña Ignacia Antonia, mujer de D. Juan Antonio de Zubillaga, vecinos de Méjico; doña Ana, mujer del general D. Gonzalo Antonio de la Rosa, vecinos de Zacatecas, y doña Estefanía Fernández de Córdoba, mujer de D. Juan Francisco de la Borda, quienes renunciaron en su padre, D. Juan, el cual murió en el Puerto de Santa María en el mes de agosto de 1735, recayendo en D. Gregorio Fernández de Córdoba¹.

Dos hijos fueron el fruto de este matrimonio: D. Juan Evangelista Giraldeí y Fernández de Córdoba, cuarto barón de Lardies, muerto sin sucesión en Pamplona el 7 de febrero de 1801, a quien sucedió su sobrina, doña Gertrudis, muerta el 21 de abril de 1809, casada con D. Juan Antonio Casani y Albresei, originario de Milán, cuyos nietos, D. Gaspar y D. Juan Casani y Cron, dieron origen a las dos ramas de la familia en la actualidad. Este casó en San José, el 14 de octubre de 1841, con doña Dolores Díaz de Mendoza, hija de los marqueses de Fontanar, en Linares, donde nació el 8 de noviembre de 1814, padres de D. Fernando Casani y Díaz de Mendoza, nacido en Madrid el 28 de febrero de 1847, caballero de Santiago y primer conde de Vilana en 1879, cuyo hijo segundo, el actual conde, ha dado varonía a las antiguas Casas gallegas de Lanzós y Lemos, condes de Maceda y vizcondes de Fefiñanes, de que sólo hay descendencia femenina².

XVI.—CASA DEL MARQUÉS DE LA TORRECILLA, CALLE DE ALCALÁ, 5

La antigua casa del marqués de la Torrecilla, en la calle de Alcalá, número 5, no debe confundirse con la que habitó el último marqués, de la calle de Peligros, esquina a la de Alcalá, también desaparecida para dar lugar a un edificio descomunal que gravita

¹ Protocolo 18.148, fol. 768 (Ventura Elipé).

² Don Elías Tormo se ha ocupado de esta casa en su documentado artículo *La de Fuencarral*, publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CXVI (1945), pág. 43.

con su mole sobre el armonioso conjunto de la iglesia de las Calatravas. La procedencia de esa casa, que como capricho permitido de gran señor habitó el marqués D. Andrés Avelino de Salabert y Arteaga, en quien acabó la varonía de su Casa, constaba de dos pisos, en alarde aristocrático entre los edificios comerciales que la iban cercando, ante los cuales sucumbió. El marqués de Valbuena era dueño de ella, y la hipotecó a su compañero en el Consejo de Hacienda, el marqués de la Torrecilla, a la paga de 15.000 ducados de vellón que le dió a censo sobre ella. Una de las condiciones fué que cuando se hubiera de enajenar, le daría previo aviso, siendo nula la venta si así no fuese. Resuelto el marqués de Valbuena a enajenarla, le comunicó si quería usar del derecho de tanteo por el precio en que se adjudicó a doña Tomasa de Iriberry, su hermana, de quien fué único y universal heredero. Deducidos los censos, fueron necesarios 108.000 reales, que le facilitó su primo, D. Juan de Sesma, a quien otorgó escritura de obligación el 16 de diciembre de 1755¹, merced a lo cual hemos conocido su procedencia.

La casa grande de la calle de Alcalá, número 5, cuya portada se conserva adaptada al nuevo edificio, con loable buen sentido y público aplauso, tiene más historia. Doña Eugenia María Rodríguez de los Ríos y Bueno, hija del primer marqués de Santiago, concertó su matrimonio con D. Félix de Salabert y Aguerri, marqués de Valdeolmos y de la Torrecilla, mediante capitulaciones de 22 de abril de 1712 ante Eugenio de Castañeda, entregándole su padre, por legítima materna, 708.636 reales, de que otorgó carta de pago Torrecilla el 31 de diciembre de 1731; y por cuenta de la legítima paterna le entregó 120.000 reales, a cuya cuenta recibió diferentes cantidades en la caja de la Casa de Santiago, y diferentes alhajas, tapices, escritorios y otras cosas. Se trató entre ellos que la casa de la calle de Alcalá, vivienda del marqués, su suegro, se la dejase por el coste y costas, descontando los 100.000 reales ya abonados. Se capituló también se le harían buenos los intereses en el retraso de la paga de la herencia materna, a razón de 5 por 100 al año, desde el día del otorgamiento de las capitulaciones hasta principios de septiembre de 1718, en que se instaló el matrimonio Valdeolmos en la casa citada².

¹ Protocolo 1.594, fol. 648.

² Fué la marquesa de la Torrecilla distinguida bibliófila, y de ella es el ex libris Ayuntamiento de Madrid

Del año 1716 tenemos una escritura, relativa a la obra de puertas y ventanas que en ella, entonces en plena construcción, hicieron los maestros Mateo y Francisco Blanco y Juan Fraile:

«En la villa de Madrid, a cuatro días del mes de Noviembre de mil setecientos y diez y seis años, ante mí el escribano y testigos, parecieron Mateo Blanco, Francisco Blanco y Juan Frayle, vecinos de esta dicha villa, maestros de hacer puertas y ventanas, los tres juntos de mancomún cada uno, por si por el todo *insolidum*, etc.

.....
Otorgan que se obligan a favor del Sr. Dn. Félix de Salabert y Aguerri, Marqués de la Torrecilla, Peñatejada y Valdeolmos, vecino de esta dicha villa, de hacer toda la obra que fuere necesaria de puertas y ventanas para una casa principal que dicho Señor tiene en la calle de Alcalá y está labrando en esta villa, frontero del Hospital de esta Corte, con las condiciones en la forma y precios siguientes:

1.^a Lo primero, que las ventanas grandes han de ser de garatusa de solapo y pilastra y los cercos han de ser de cuartón con ventaja, y siendo necesario de cuarta y sesma, se han de poner en las partes que convenga y las maderas han de ser de tabla siete de dos escasos y los gruesos dellas han de ser conforme hoy se practican en las obras de esta Corte, y los postiguillos han de ser de alfajía deudor y menor, con sus tableros de nogal y talón relevado, todo moldado con la moldura, talón plano y filete, y si fueren más angostas las harán con los compartimientos que más convengan y todo ello se obligan hacer a precio cada pie de 150 mrs.

2.^a Que los postigos que hicieren si fueren de cuatro y ocho, han de llevar doce peñazos cruzados de dos y tres cruceros y los cercos han de ser de cuartón de ventaja y las maderas ha de tener de tabla seis dedos y medio y de grueso lo mismo que hoy se practican en esta Corte. Y si hubiese postigos de siete pies y tres y medio, han de llevar diez peñazos cruzados de dos y dos cruceros, y si fueren angostos, han de hacer los compartimientos que más convenga así postigos como alacenas, todo con sus tableros de nogal

de Rodríguez de los Ríos que registra el Sr. Vindel en su *Catálogo de Ex libris* (Madrid, 1929), sin identificarlo debidamente.

con las molduras referidas y cercos, a cuatro reales y medio cada pie.

3.^a Que los cercos, linias de arteria a toda moldura con frisos en blanco, han de hacer cada pie a cinco reales y cuartillo y las hojas a cuatro reales y medio el pie.

4.^a Que todo el enrasado que hicieren, así postigos como ventanas con rosetas y cuarterones moldados con clavazón de clavos de a dos con sus cercos de cuartón, han de hacer cada pie a cinco reales y cuartillo. Y cada pie enrasado ordinario, a tres reales y medio. Y si hubiese puertas de alcoba con su cerco de a tercia, han de hacer cada pie lineal a cinco reales y cuartillo y si fueren de dos haces, se les ha de pagar la diferencia que hubiere por lo que se tasare y apreciare.

5.^a Que las puertas de cochera que hicieren, han de ser los quicios de bigueta y la madera de cuartón y lo menor de tirante con clavos caberanchuelos dando escuadras, tejuelos y argollos, han de hacer cada pie a seis reales y cuartillo, todos los dichos precios de vellón; que dicha obra la han de empezar a hacer desde hoy día de la fecha de esta escritura y desde dicho día en adelante, se obligan de irlas dando y entregando conforme les fuere pidiendo por el Maestro o Maestros de obras que hace las dichas casas, para que las vayan poniendo y sentando en las partes que fuere necesarias hasta el día que se fenezca dicha fábrica, que es el plazo fijo que ponen para su cumplimiento a que se obligan, sin poner en ello escusa ni dilación alguna.

.....
Y así lo dijeron y otorgaron ante mí, dicho escribano, siendo testigos Francisco de Rojas, Maestro de obra prima y Manuel Rodríguez, su oficial, y Manuel García, vecinos desta dicha villa de Madrid y los otorgantes a quienes yo, el escribano, doy fé conozco, lo firmaron los dichos Francisco Blanco y Juan Frayle y por el dicho Mateo Blanco que dijo no saber a su ruego, lo firmó uno de dichos testigos.—Francisco Blanco. Juan Frayle.—Por testigo y a ruego de Mateo Blanco, Manuel García.—Ante mí, Eugenio de Castañeda.¹

Los profesores de Arquitectura y maestros de obras José Sánchez Prieto y Francisco Ruiz la describían así:

¹ Protocolo 11,621, Eugenio Castañeda, sin folio, Casa de Torrecilla.

«Unas casas principales en la calle de Alcalá que corresponden a la Angosta de S. Bernardo y por la de Alcalá cuasi hacen frente a la casa hospital e iglesia de Nra. Sra. del Buen Suceso. A dicha calle de Alcalá cae la puerta principal y por la dicha calle tienen setenta y siete pies, con fondo hasta la calle Angosta de San Bernardo, el área es de 31.904 pies cuadrados. Con sótanos, cuarto bajo, principal y desvanes vivideros y por la calle Angosta de S. Bernardo, tiene cuarto bajo principal y segundo. La portada principal de piedra berroqueña, con su ventana encima, todo adornado con sus pilas-tras, recuadros, cornisa, cartelas, frontis, tarjeta, festones y escudo de armas. Una fuente en el patio principal, con su grada y pilón de piedra de Colmenar, su pedestal y taza de mármol de Génova con sus bichas de relieve y sobre la taza dos pelícanos y una canastilla de frutas, de piedra de Tamajón¹.

La distribución era la siguiente en 1778. El cuarto bajo lo habitaba el Conde de Balazote y se componía de la antesala de pajes, dos piezas al patio de la fuente, otra a la calle de Alcalá, salón del mirador, salón obscuro, gabinete primero, gabinete grande, pieza de algodón con vistas al patio chico, gabinete delante de la alcoba principal, pieza del estudio del Sr. Conde, cuarto que cae al patio de las columnas, pasillo a dicho patio, pieza de verano, galería al jardín, pasillo de la cocina y cocina.

La habitación o cuarto principal constaba de: antesala de día, pieza de S. Juan de Dios, salón dorado, salón obscuro, pieza de trucos, cuarto del señorito, guardarropa, alcoba, gabinete grande y pequeño, cuartito de algodón, pieza verde, pieza de Santa Susana, cuarto de su Señoría, pieza de armarios, pieza de los cofres, la galería, cocina y pasillo.»²

La marquesa, doña Eugenia María Rodríguez de los Ríos, murió el 16 de septiembre de 1742, en su casa, dejando poder a su marido para testar, quien lo hizo el 21 de noviembre ante Tomás González y Blanco, mejorando en el tercio y quinto, con calidad de vínculo a sus hijos segundo y tercero, D. Miguel y D. Rafael Salabert y Rodríguez de los Ríos.

¹ 10 de diciembre de 1731. El precio de la tasación fué de 1.395.500 reales.

² Legajo 5.057, número 9.

Don Félix Angel de Salabert y Rodríguez de los Ríos, como heredero de su madre, percibió el crédito que su abuelo materno, el marqués de Santiago, tenía contra la Hacienda, que se redujo a la décima parte e importó 553.144 reales. Lo impuso a favor de su mayorazgo, redimiendo diversas partidas, entre ellas la carga de aposento de la casa de la calle de Alcalá, y dos censos gravados en 1657 por doña Bernarda Torrejón, viuda de D. Agustín Peñafiel, dueña que fué de la citada casa, por escritura ante Manuel de Obregón y Oruña el 2 de agosto de 1763. Unió por la parte de detrás, donde tenía en la calle Angosta de San Bernardo las casas números 30 y 31, permutando ésta con la inmediata, propiedad de la Archicofradía Sacramental de Santa Cruz, por escritura de 6 de diciembre de 1775. Encargó la obra de la casa nueva resultante de la fusión de ambas a D. Manuel Burgueño, para cuya reedificación dió licencia el Ayuntamiento el 29 de julio de 1776, y estipuló la obra, a base de las condiciones concertadas con el maestro de obras citado, en escritura de 6 de julio de aquel año. Se terminó la obra en el año siguiente. Reconocida por dos maestros a su conclusión, el 4 de mayo, otorgó Burgueño carta de pago a favor del marqués de la Torrecilla, el 20 de noviembre siguiente, de 36.384 reales, a que ascendió su importe, por escritura ante Claudio Sevilla. Allí vivieron los marqueses.

Don Félix casó en Palacio, en el cuarto de la camarera mayor, el 31 de mayo de 1739, con una camarista de la reina, de origen irlandés, aunque nacida en Málaga: doña Isabel Obrien y O'Connor, a la cual regaló alhajas de mucho precio, procedentes de su madre, como un collar de diamantes de treinta y tres diamantes redondos, con uno mayor en el centro; otro de ochenta y una piezas de diamantes; una cruz compañera del collar, con dos piezas en figura de lazos, para el cuello; nueve estrellas redondas para la cabeza; una joya grande de diamantes para el pecho; dos hilos de perlas de cuatrocientos veintitrés granos; dos hilos que sirven de pulseras, con unos retratos orlados de diamantes; un collar de esmeraldas con treinta y cinco piezas cuadradas; dos pares de pendientes, formados de tres almenbras de diamantes; una piocha de cuatro flores de esmeraldas y diamantes, y otra joya para el pecho, de las mismas piedras¹.

¹ Protocolo 20.461.

El 6 de enero de 1790 yacía cadáver en el salón principal de la casa el marqués D. Félix Angel, decano que había sido del Consejo de Hacienda, amortajado con el hábito de San Francisco y el manto capitular de su Orden de Santiago encima.

Su hijo, que nació también en esta casa el 6 de septiembre de 1749, casó el 8 de octubre de 1774 con doña Petra de Torres Feloaga y Ponce de León, por quien recayeron en su Casa los títulos de marqués de Navahermosa y de la Torre de Esteban Ambrán, con el ducado de Ciudad Real en Sicilia y el señorío de Butrón. Tuvieron como sucesor a D. Manuel de Salabert y Torres, marqués de la Torrecilla y de Valdeolmos, bautizado en San Luis el 18 de diciembre de 1779, último que vió la primera luz en la casa que reseñamos. Casó en Irún, el 14 de septiembre de 1827, con doña Casilda de Pinedo y Huici, y su hijo, D. Narciso de Salabert y Pinedo, caballero de la Orden de Calatrava, marqués de dichos títulos, nació en París el 13 de julio de 1830.

Dedicada, por su amplitud, a Círculos de recreo de más o menos categoría, sirvió para dejar su memoria en una tarjeta bien grabada y de buen gusto, hasta que, destruida en la contienda pasada, ha podido ser aprovechada su portada, trozo suntuoso de su fábrica arquitectónica, para aplicarla al nuevo edificio que levanta el Estado para ampliación de la antigua Aduana, sede del Ministerio de Hacienda.

XVII.—PALACIO DEL MARQUÉS DE UGENA, EN LA CALLE DEL PRÍNCIPE, ESQUINA A LA DE LAS HUERTAS

El palacio que la generación anterior conoció como del duque de Santofía y luego del político muerto en el desempeño de su cargo D. José Canalejas y Méndez (12 noviembre 1912), fué levantado por el primer marqués de Ugena a principios del siglo XVIII, como testimonio de opulencias bien logradas. La superficie, de 13.476 pies, se componía de varios solares. El primero fué en su origen una tierra labrantía a las eras de San Sebastián el Nuevo, que perteneció a Pedro Suárez, regidor de Madrid, vendido el 14 de febrero de 1531, a censo perpetuo, a Miguel Jimeno y Pedro de Chinchón. Después de varias transmisiones, recayó su propiedad en el contador Juan del Ayuntamiento de Madrid

Olmo, y por escritura de 12 de julio de 1615, ante Juan de la Cotera, en D. Diego de Rois Bernaldo. Era la tercera parte de lo labrado en el primitivo solar, y lindaba con casas del citado D. Diego de Rois y doña María de Gamir, su mujer; éstos vendieron una parte en la calle del Príncipe a Cristóbal Colomo, maestro de obras, el 23 de marzo de 1620. Inmediata a la anterior, en la misma calle del Príncipe, esquina a la de las Huertas, otra casa, que D. Diego de Rois Bernaldo compró al Seminario de los Irlandeses, de la Compañía de Jesús, por escritura de 10 de abril de 1615, y al padre superior, Antonio Hosquines, prefecto del mismo y superior de los Seminarios ingleses en España, al cual la legó César Bogacio por su testamento de 10 de septiembre de 1610, y la había adquirido aquel mismo año de Francisco de Vera. Era una casa principal, labrada a la malicia¹.

Nueva adquisición hizo el matrimonio Rois Bernaldo y Gamir, el 2 de julio de 1612: la otra parte del solar, en que había tres viviendas labradas a teja vana, que fué de Juan Durán de Figueroa, vecino de Cáceres, quien fundó unas memorias pías por su testamento allí, ante Juan Maderuelo, el 4 de marzo de 1604, y codicilo de 5 de marzo del año siguiente, reducidos a escritura pública el 3 de abril siguiente. Sus testamentarios vendieron la casa de Madrid a César Bogacio el 7 de agosto de 1609. La dejó éste, por el testamento que ya conocemos, a Melchor de Salvatierra, si la quería por el precio de coste y quinientos ducados más, como así fué, y de él la adquirió D. Diego de Rois Bernaldo. La noticia más antigua de ellas es de 1576, en cuyo año el licenciado Antonio de Villena, médico, la compró del vecino de la Alameda Lucas Vázquez, de quien pasó al vecino de Cáceres Juan Durán de Figueroa, en 1593.

Dueños de todas las porciones de casas D. Diego Rois y doña María Gamir de Mendoza, las reunieron e incorporaron en una sola, libertándola de cuatro censos que la gravaban². La vendieron unos años más tarde, el 1 de septiembre de 1623, a un hidalgo portugués tan opulento como noble, D. Manuel de la Vega, poseedor del mayorazgo de Nuestra Señora de la Palma y San Guillermo, fundado

¹ Protocolo 15.796.

² La redención se hizo por escrituras de 2 de julio y 25 de noviembre de 1612, ante Manuel de Trigo y Jerónimo de Herrera: de 21 de julio de 1614 ante este último, y de 24 de mayo de 1619 ante Pablo Aguila Bullón.

por Ruy López de Evora y doña Leonor Rodríguez, al cual la incorporó su hijo por escritura ante Diego Ruiz de Tapia, el 12 de agosto de 1627, que aceptó el inmediato sucesor, D. Manuel de la Vega y Acuña, por instrumento notarial de Diego de Tapia, fechado el 22 de enero de 1628.

La sucesión del mayorazgo de la Palma fué accidentada, pues surgió pleito entre D. Manuel de la Vega y sus hermanos, D. Nuño, D. Luis y D. Jerónimo, que se transigió, después de algunas incidencias, por escritura de 20 de abril de 1637 ante Francisco Suárez de Ribera, dejando el mayor la casa a sus hermanos. Se refundió el condominio en D. Nuño de la Vega y Acuña, por herencia de sus hermanos. A él le sucedió su mujer, doña María Tinoco, que tomó posesión judicial de la casa, el 18 de febrero de 1647, ante Jerónimo Sánchez Aguilera. Ella hizo donación a su sobrino, D. Diego Fernández Tinoco, por causa onerosa, con ocasión de su matrimonio con su prima, doña María Tinoco, el 8 de noviembre de 1651, ante Francisco Morales Barnuevo. El poseedor del mayorazgo de López de Evora le puso demanda de mejor derecho; pero transigieron las partes, en escritura de 10 de agosto de 1675 ante Gabriel de Eguíluz, con calidad de imponer un censo de 7.000 ducados de principal a favor del mayorazgo de la Palma y San Guillermo, quedando la casa libre para D. Diego Tinoco y sus sucesores. Este censo tuvo fatales consecuencias para los Tinoco, dueños del inmueble. Recayó en doña Leonor Fernández Tinoco, vizcondesa del Fresno, y por su muerte sin sucesión, en su hermana doña Jacinta Fernández Tinoco y Chiriboga, madre de doña María Jacinta Suárez de la Concha, y de su legítimo esposo, el marqués de la Fresneda, D. Francisco Suárez de la Concha.

Como los réditos del censo a favor del mayorazgo de Nuestra Señora de la Palma no habían sido satisfechos por los Tinoco, censatarios de él, según hemos visto, poseyendo la casa la vizcondesa del Fresno, doña María Jacinta Suárez de la Concha, se puso demanda por aquéllos, que alcanzaron se declarase a su favor, sacándola al pregón y rematándose en D. Juan Francisco de Goyeneche, que dió por ella 325.000 reales de vellón, cuya venta aprobó el Consejo de Castilla por ejecutorias de 5 y 17 de septiembre de 1731. Entregó su importe, el 26 de aquel mes, en el depositario general de la villa de Madrid, y se despachó venta judicial por el teniente de corre-

gidor D. José de Pasamonte, el 12 de diciembre de 1731, ante Juan Manuel Miñón de Reynoso.

Don Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen había nacido en el lugar de Arizcun el 28 de abril de 1689, hijo de Andrés de Goyeneche y Gastón, natural de allí, casado el 3 de febrero de 1681 con doña María de Irigoyen y Lastiri. Como baztanese, hidalgos de naturaleza en una nobleza tan igualitaria que no admitía distinciones heráldicas. Todos eran nobles y usaban las mismas armas: el escudo ajedrezado de plata y sable¹. Labradores y ganaderos, cuidaban ellos mismos de la labor y atendían vigilantes al segundo; pero las generaciones iban acumulando energías, el carácter y la iniciativa se habían ido fortaleciendo hasta producir individualidades dotadas de cualidades excepcionales, que al aplicarse fuera del limitado horizonte del valle nativo, habían de ensancharse y multiplicarse, como ocurría con los sentidos corporales, al abarcar otros más amplios.

A comienzos del siglo XVIII, Madrid estaba dominado por navarros, y más propiamente oriundos del Baztán. Don Juan de Goyeneche y Gatsón, tío de D. Juan Francisco, inició el éxodo a la corte con tanto éxito, que fué poderoso imán de parientes y conterráneos. Desempeñó la Tesorería de la reina doña Isabel de Farnesio y casó con una señora navarra, en San Ginés, el 22 de diciembre de 1689: doña María Francisca de Balanza; su hijo fué el primer conde de Saceda, en 1743. A su sombra vino el sobrino mayor, como él emprendedor, dinámico y dotado de espíritu de empresa. Desempeñó la Tesorería de la reina viuda, Doña María Ana de Neuburgo, y fué consejero del Tribunal de la Contaduría Mayor, caballero de Santiago en 1715; tomó parte con otro navarro, don Pedro de Astrearena, en negocios de arriendo de rentas provinciales; corrieron por su cuenta las de Burgos y Córdoba, participó en la casa de D. Ignacio Clemente, de la que era director D. Juan de Orovia. Clemente era aragonés y padre de la condesa de Gausa, casada con otro navarro, D. Miguel de Muzquiz, secretario de Estado.

¹ En el medio de dichos cuarteles está un escudo pequeño, de relieve, con el ajedrez escaqueado de blanco y negro, que es la insignia de las armas de este valle de Baztán, que sólo permite a sus naturales y originarios poner con ellas otras armas a los que sean dueños o descendientes conocidos o notorios de casas o casa muy antigua y de la primera población de este valle, como la dicha de Goyeneche. (A. H. N., Santiago, Expediente 3.594.)

Su hija única, doña María Javiëra, casada en 1773 con el segundo conde de Saceda, D. Juan Javier de Goyeneche e Indaburu. Don Juan Tomás fué casado con doña Josefa Rodríguez de los Ríos, hija del primer marqués de Santiago, otro hombre emprendedor y de negocios, afortunado en la corte, según hemos visto. Su laboriosidad e ingenio constituyó la base del posterior esplendor de la familia, que sin él hubiera vegetado en el rincón del Baztán. En Arizcun hizo su testamento, el 28 de junio de 1721, ante Juan Tomás de Echevery, y su herencia ascendió a 2.748.946 reales 13 maravedís, que pasó a su hermano, D. Juan Francisco. En él recayó el palacio Cabo de Armería de Goyenechea y casas y hornos de Lamierrita, escasa representación del terruño paterno. El palacio se describe así, en documento contemporáneo, y los escudos de Goyeneche y Balanza aparecen en la *Cronohistoria de la Compañía de Jesús* del padre Alcázar (Madrid, 1710):

«En el lugar de Arizcun del valle del Baztán pasamos al barrio de Ordoqui en que está la casa palacio Cabo de Armería de Goyeneche que en lengua y idioma vascongado dicen Goyenechea, separada al parecer de otras mas de noventa pasos; y habiéndola reconocido es fabrica de mamposteria concertada muy antigua y fuerte y levantada con dos altos y en cada uno de ellos hay un balcón que caen en el frontispicio y encima de la puerta principal que mira al mediodia y en el intermedio de dichos balcones se ve y reconoce un escudo de armas de piedra fijado en la misma pared, el cual se compone de cuatro divisiones o cuarteles y el principal en crucero contiene dos flores de lis y dos lobos encontrados que tocan al apellido de Goyeneche y los otros dos cuarteles que estan en correspondencia constan de tres flores de lis y una media luna escaqueada que aseguraron los que se hallaron al reconocimiento ser dela familia y varonía delos Echeniques y en el medio de dichos cuarteles está un escudo pequeño de relieve y sobresaliente con el ajedrez escaqueado de blanco y negro que es la insignia delas armas de este valle de Baztan que solo se permite a sus naturales y originarios poner con ellas otras armas a los que sean dueños o descendientes conocidos y notorios de casas o casa muy antigua y dela primera población de este Valle como la dicha de Goyeneche. — Arizcun 6 Noviembre 1728.»¹

¹ Sant., 3.594, fol. 155.

Para ella obtuvo el privilegio, tan estimado entre los navarros, que era verdadero ascenso a la categoría superior nobiliaria, de erección en Palacio Cabo de Armería, con llamamiento a Cortes por el brazo militar, de la Casa de Goyeneche, por R. C., expedida en Aranjuez el 22 de abril de 1721. Sobrecartada por el Consejo de Navarra, el virrey, príncipe de Castillón, expidió R. D., el 5 de mayo, mandando tomar la razón en los libros de la Protonotaría, al folio 420.

Intervino como apoderado de su tío D. Juan con D. Pedro López de Ortega, administrador de la casa y negocios del marqués de Valdeolmos, en la provisión de víveres hasta 1713, y se quedaron con el de las rentas reales y millones de Burgos, de cuya Compañía eran ambos directores; como tales, y para el desenvolvimiento de la misma, cuyos considerables anticipos a Su Majestad limitaban sus iniciativas, tomaron de D. Juan de Sesma, nieto del marqués de Santiago, y de su padraastro, D. Antonio Pontejos, 3.000.000 de reales. Hubo en esta negociación un volumen de 11.000.000 de reales, que permitió devolver, el 18 de diciembre de 1716, la cantidad recibida¹.

El 9 de enero de 1717 se liquidaba y ajustaba la participación que en compañía habían tenido el marqués de Santiago, D. Juan de Sesma, D. Pedro de Garaycoechea y Goyeneche, en la gestión, administración y cobranza de diferentes rentas, desde 1709, como eran los décimos de la mar de Castilla el uno y medio y primero dos por ciento de ellas, las de especiería, goma y polvos azules de todo el reino, puertos secos de Vizcaya y el segundo dos por ciento, cuarta parte en plata que tocaba a los reales gastos secretos².

La posesión de la herencia paterna le permitió aumentar el volumen de sus negocios, como lo demuestra la compra de la casa, y algunos años más tarde tenía un crédito contra la Real Hacienda, procedido de anticipaciones hechas en el año 1738, de 2.344.328 reales. La adquisición de la villa de Ugena, escalón obligado en aquel tiempo para poder titular, fué una prueba más de su desenvolvimiento y prosperidad.

La villa de Ugena perteneció al conde de la Roca, D. Fernando Carlos de Vera, comprada el 25 de noviembre de 1660 ante Pedro

¹ Protocolo 11.621.

² Protocolo citado, sin folio.

de Portillo, que aprobó Su Majestad por real cédula de 13 de diciembre inmediato.

El palacio fué construído por el conde de la Roca, D. Fernando Carlos de Vera y Figueroa, señor de ella¹, adquiriendo diferentes sitios por escritura de 24 de septiembre de 1661 ante Andrés López Alfonso. Fué el autor de la fábrica Francisco de Palancares². La tasó en 133.737 reales de vellón el padre Francisco Bautista, de la Compañía de Jesús, de que otorgó carta de pago el 28 de marzo de 1662³. Murió el conde en Venecia, donde desempeñaba la Embajada, bajo testamento ante Angelo María Pezino el 13 de noviembre de 1663, en que dejó por heredera a su mujer, doña Antonia Enríquez Dávila y Guzmán. Pasó a segundas nupcias con D. Francisco de Herrera Enríquez, marqués de Ugena, caballero de Alcántara, mayordomo de la reina, del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda. Hizo éste testamento en Madrid el 27 de diciembre de 1684⁴, en el cual, entre otras cláusulas, había una que decía así: «Tengo una iglesia material en Toledo con un retablo, la pintura de mano de Vicencio Carducho, con un jardín, y porque en lo pasado hubo culto en dicha iglesia y deseo que le haya en lo futuro para que

¹ La villa de Ugena y lugar de Torrejoncillo, enajenados a D. Fernando Carlos de Vera por escritura de 25 de noviembre de 1660, que adquirió los oficios de tolerancia por instrumento de 2 de enero de 1661. (A. H. N., Cons., leg. 37.833.)

² «En la villa de Madrid a quince del mes de Enero de mil seiscientos y sesenta y uno ante mí el escribano y testigos pareció dela una parte el Señor Dn. Fernando Carlos de Vera y Figueroa, Conde de la Roca, del Consejo de Hacienda de S. M. y estante en esta Corte, y de la otra Francisco de Palancares, maestro de obras, vecino de esta dicha villa y dixerón que por cuanto están convenidos y concertados como por la presente se convienen y concertan en que el dicho Francisco de Palancares haya de labrar y fabricar en la villa de Ugena del partido de Illescas unas casas de vivienda en el sitio y solar que le señalare conforme a la planta que está hecha o conforme a la que en ella se quisiese innovar por parte del dicho Señor Conde de la Roca, con sus cimientos de mampostería de piedra y cal, pilares verdugos y ventanas de albañilería de ladrillo colorado por de fuera y rosado por de dentro y reenchidos los claros de tapia de tierra negra, todo de dos pies y medio de ancho y el primer cuerpo de tres pies de ancho, todas las paredes alrededor y el segundo de dichos dos pies y medio de ancho enmaderado con sus bovedillas de yeso rematadas de todo punto sobre las maderas que les respondiere conforme a los huecos de las piezas en conformidad de la planta que ha de disponer el dicho Sr. Conde, y sus cielos rasos donde tocase, todo cubierto de texado y solado y rematado de todo punto, blanqueado y revocado, sentadas rexas, puertas y ventanas a toda costa poniendo todos los materiales necesarios para ello.» (Protocolo 9.428, año 1661, fol. 3.)

³ Protocolo 9.428, fol. 35.

⁴ Idem 9.869, fol. 851. Ayuntamiento de Madrid

Nuestro Señor sea servido y glorificado. Por estos motivos y la veneración que tengo al Eminentísimo señor Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo mi señor, dejo a Su Eminencia la dicha iglesia y jardín, esperando que no puede haber otro medio igual para que se consiga que en dicha iglesia haya culto, mayormente siendo tan conforme este intento a la piedad de Su Eminencia.» Declaraba sucesor en el mayorazgo de Herrera a la marquesa de Osera; de los otros mayorazgos fundados por doña Ana de Guzmán y Ramiro Núñez de Guzmán, como último poseedor que era de ellos, llamaba a su disfrute a su prima y mujer, doña Antonia Enríquez Dávila. El instituido por su abuela, doña Rafaela de Aragón, con obligación de establecer un monasterio de San Bernardo, como lo corto de su dotación no lo permitía, suplicaba a dicho monasterio consintiese hacerlo en las memorias piadosas que fundaba en su villa de Alcubilete. Para terminar la fábrica de la iglesia del mismo aplicaba sus bienes libres. Dejaba en propiedad a la marquesa todo lo fabricado en Ugena de casas, jardines, huertas y fuentes, las tapicerías de las Amazonas, de Héctor y Aquiles y tres braseros de plata. Para pago de la dote de la viuda, cuya reclamación entabló en 1685 ante Andrés de Caltañazor, se le adjudicó la casa palacio de Ugena. Ella hizo testamento cerrado el 31 de marzo de 1697, abierto y publicado el 22 de enero de 1707 ante Antonio de Padilla, dejando heredera a su sobrina, doña Catalina Micaela Pimentel, dama de la reina.

Surgieron pleitos entre los patronos de las memorias piadosas fundadas en Alcubilete, el fiscal de Obras Pías y los acreedores de los marqueses de Ugena, que se transigieron el 25 de febrero de 1713 ante Francisco Lázaro Mayoral, quedando doña Catalina Pimentel por dueña absoluta del palacio de Ugena. Dejó heredera, por su testamento de 30 de mayo de 1722 ante Pedro José Vallejo, a su hermana, la marquesa de Fuente el Sol, doña María Pimentel y Zúñiga. Renunció la herencia, y quedaron por tales sus criadas, doña Rosa del Río, doña Francisca Peralta y doña María del Olmo, quienes la vendieron el 14 de septiembre de 1726 a doña Ana Sinforosa Manuel y Manrique de Lara, duquesa de Nájera, quien la agregó al mayorazgo de Nájera por escritura de 8 de noviembre de 1729. Falleció el 18 de agosto de 1730, *habiendo hecho testamento y codicilo* el 15 y 16 de aquel mes, ante José Payo de Ordás, en que instituyó por heredero a su hijo, D. Joaquín Portocarrero, habido en su matri-

monio con el conde de Palma, marqués de Almenara, D. Gaspar Portocarrero. Murió D. Joaquín, de dos años, el 17 de marzo de 1731, heredándolo sus tíos D. Joaquín y D. Agustín Portocarrero, marqués de Almenara y conde de Palma, respectivamente¹. Como dueños de la casa palacio, con su capilla, jardín y plazuela, dieron poder ante Gaspar Romaní, escribano de Toledo, el 1 de agosto de 1733, a D. Diego de la Peña, racionero de la Iglesia de Toledo, para venderla a D. Juan Francisco Goyeneche, otorgando el oportuno instrumento ante Juan Arroyo de Arellano, el 12 de aquel mes y año. La compra de la jurisdicción, señorío y vasallaje de la villa de Ugena tuvo lugar el día primero, ante Gaspar Romaní, vendiéndosela el deán y Cabildo de Toledo, como patronos del hospital de la Santa Cruz de Niños Expósitos de Toledo, y en virtud de su comisión especial, los señores doctores D. Bernardo Froilán de Saavedra y D. Bernardo de Miranda y Argáiz.

Casó D. Juan Francisco de Goyeneche, primer marqués de Ugena, el 3 de enero de 1715, con doña Isabel María de la Cruz Aedo, que había nacido en Maracaibo, hija de D. Manuel de la Cruz Aedo, caballero de Santiago, natural de Toledo y consejero de Indias, y de doña Francisca Mateo Martínez de Acosta, natural de la Habana. Precedió inventario de los bienes del contrayente, que importaron 1.100.000 reales. A su muerte ascendían a 17.524.676 reales, cantidad respetable y muy propicia para garantizar al matrimonio el temor reverencial que prodigan las gentes a los afortunados mortales que logran patrimonio semejante. No hubo sucesión varonil de sus tres hijas. La mayor, doña María Teresa, contrajo matrimonio, el 14 de junio de 1739, con D. Bernardo de Castro Azcárraga, duque de la Conquista, que otorgó recibo de su dote, de 1.527.167 reales, el 24 de agosto siguiente. Se malogró su existencia sin dejar sucesión, y lo mismo ocurrió a sus hermanas. Doña María Josefa premurió a su madre el 7 de marzo de 1747, y doña María Antonia la sobrevivió unos días, pues falleció el 26 de mayo de 1747, siendo la segunda marquesa de Ugena, que se refundió luego en la rama segunda de los condes de Saceda².

¹ Protocolo 13.927, fols. 930 y 963.

² Extinguida la descendencia directa del primer marqués en 1747, sucedió su sobrino carnal, D. José Custodio de Barreneche y Goyeneche, hijo de doña Ana Catalina de Goyeneche, hermana mayor de aquél. Fué tercer marqués de Ugena y murió en

Murió el marqués el 11 de agosto de 1744, en su casa de la calle del Príncipe¹, siendo consejero de Hacienda, con poder para testar su mujer, dado el 2 de julio anterior, ante Juan Antonio Lapuente y ella lo otorgó el 1 de noviembre. Fundó mayorazgo del título de Castilla en Navarra, sobre su villa de Ugena, concedido por real despacho de 21 de septiembre de 1735, el señorío de las villas de Ugena y Torrejoncillo, adquiridas en la fecha antes consignada; el patronato de la capellanía fundada en Ugena, en la capilla de Nuestra Señora de la Portería, por la serenísima señora Doña María Ana de Neuburgo, por escritura que en su real nombre otorgó D. Manuel Monter, marqués de Selva Real, su mayordomo, y cesión a favor del marqués de Ugena por escritura de 10 de junio de 1743.

Las casas principales en la calle del Príncipe, esquina a la de las Huertas, que lindaban por la calle del Príncipe con casas de D. Pedro Serrano; por la de las Huertas, con otras de la viuda de D. Antonio Rogival, y por detrás, con otras pertenecientes a la Comunidad de Religiosas Carmelitas de Santa Ana y a la viuda de D. Manuel González².

Tres años sobrevivió doña María de la Cruz Aedo a su marido. Recibió como herencia de éste 6.750.906 reales y 27 maravedís. Murió en la villa de Hortaleza el 8 de mayo de 1747, y dejó encargado de

Madrid el 4 de agosto de 1747, bajo poder para testar, de 1 de agosto, ante Juan Antonio Lapuente, a favor de su primo, el conde de Saceda, D. Francisco Miguel Goyeneche, caballero de Santiago, quien lo formalizó el 13 de septiembre siguiente. El título pasó entonces a D. Francisco Javier de Narbarte y Goyeneche, nacido en Madrid el 8 de diciembre de 1711, muerto el 31 de julio de 1755, casado con doña María Teresa de Ugarte y Hermara, y luego a su hijo, D. Baltasar de Narbarte, quinto marqués de Ugena. Siguiendo lo dispuesto en la fundación del mayorazgo, en que se incluyó la dignidad nobiliaria, recayó en D. Luis de Goyeneche y Muzquiz, tercer conde de Saceda y de Gausa, que por su matrimonio en 1800 con doña María de Guadalupe Viana Rodríguez de Pedroso incorporó a su familia los de conde de Tepa y marqués de Prado Alegre. En 1820 recayó la representación de la familia en la de Muñoz de Baena, cordobesa de origen, por el matrimonio de doña Teresa de Goyeneche y Viana, marquesa de Prado Alegre, con D. Joaquín Muñoz de Baena y Carrillo de Albornoz, en cuya descendencia permanecen.

¹ Le asistió en su enfermedad el célebre médico D. José Sñuol, que lo era del príncipe de Asturias. No llevó cosa alguna por su asistencia, y le regaló la marquesa viuda una bata larga de mujer de gro de Nápoles bordada de seda y oro, seis jicaras de China con seis mancerinas de plata aovadas y cinceladas y una bandeja grande de plata, cuadrada, prolongada y recercada de hojas. (Protocolo 15.796.)

² En 1755 estaban arrendadas en 16.000 reales, según certificación de D. Francisco Barquero, secretario del marqués de Ugena, D. Francisco Javier de Narbarte. (Archivo Histórico Nacional, Cons., leg. 13.398, 1755, núm. 8.)

sus disposiciones al padre Nicolás Gallo, de la Congregación de Misioneros del Salvador del Mundo, que lo practicó por escritura de 18 de agosto de aquel año. Tenía facultad real, dada en El Pardo el 23 de enero de 1745, refrendada de D. Francisco Javier Morales y Velasco, para fundar mayorazgo; pero lo había suspendido por la muerte de su hija doña María Josefa. Siguiendo con esa intención, otorgó testamento el 23 de julio de 1746 ante Juan Antonio Lapuente, y codicilo en Hortaleza, el mismo día de su muerte, ante Luis Berrocal, y ordenó establecer uno para sus parientes y otro para los de su marido, como lo hizo el padre Gallo, que disfrutaría durante su vida la única hija que le sobrevivió. Comprendía el primero, para sus parientes, cinco casas en Madrid: «una en la calle de Tudescos, parroquia de San Martín, a mano izquierda como se entraba por la de la Luna, comprada el 27 de julio de 1740; otra pequeña inmediata a ella, lindando con una esquina a la calle de Hita; en la calle de Toledo, inmediata a una grande del Colegio Imperial, una comprada el 29 de agosto de 1742; en la Puerta de Guadalajara, esquina a la calle Mayor, otra que adquirieron el 7 de marzo de 1740, y por último, dos casas unidas en el Postigo de San Martín, a mano izquierda, como se sube a la calle de Preciados, inmediatas a unas que hacían esquina a la calle de la Sartén, compradas el 24 de diciembre de 1742»¹.

La torre de la fachada, en la esquina de ambas calles, que le daba singular realce y elegancia, fué demolida en 1786. Poseía el mayorazgo de Ugena D. Juan Javier de Goyeneche e Indaburu, marqués de Belzunce y Ugena, y había intentado mudarse a su casa de la calle de Alcalá, habitada por la condesa duquesa de Benavente, única proporcionada para su habitación. Desestimó el juez del Bureo y su Real Junta su pretensión de desalojar a la egregia inquilina, y obligado a permanecer en la calle del Príncipe, tuvo necesidad de hacer habitable el segundo piso, y entendía «estaba expuesta a una ruina por demasiado peso que recibe su fábrica de una elevada torre que tiene en la esquina que forman las calles del Príncipe y las Huer-

¹ Poseyó este mayorazgo D. Mateo Miguel de Ugarte y de la Cruz Aedo, regidor de Toledo en banco de caballeros. A su muerte, el 18 de septiembre de 1792, tomó posesión su hija única, doña María de los Dolores Jacinta de Ugarte y de la Palma, marquesa de Villar del Ladrón y condesa de Gausa, como mujer de Agustín de Muzquiz y Clemente, hermano legítimo de la segunda condesa de Gausa, según hemos visto antes. (A. H. N., Cons., leg. 4.236.)

tas, la cual, además de no ser útil, se halla construída sobre vanos y amenaza ruina por estar sus maderas pasadas y haber empezado a desprender y caer los adornos de ella, contribuyendo a esto no poco el crecido batidero de coches, por la proximidad al Coliseo de comedias del Príncipe y situación que goza»².

Para obtener la facultad real correspondiente, que se despachó en El Pardo el 16 de marzo de 1783, refrendada de D. Juan Francisco de Lastiri, informaron los arquitectos y académicos de San Fernando D. Manuel Machuca y Vargas y D. Ignacio Tomás. Decían en su declaración de 31 de marzo de 1783:

«Se compone su distribución y habitaciones en lo bajo de nueve piezas de sótanos, dos cuevas, dos depósitos de agua, dos fuentes, dos cuadras, una cochera y varias piezas, dos pozos de aguas claras. Un cuarto bajo muy capaz a la derecha del portal como se entra, que consta de catorce piezas, de otro a la izquierda que va por la calle de las Huertas hasta intestar con las cocheras, en el que se hallan nueve piezas destinadas a secretaría, archivo, comedor de familia, cocina y despensa, todo agregado hoy al cuarto principal. Sobre dichas cocheras hasta el piso del referido cuarto, hay unas piezas de entre-suelos que sirven para habitación de los cocheros. También consta de una escalera principal muy desahogada y magnífica, con algunos peldaños de piedra, que solo sube hasta el enunciado cuarto principal, de otras cuatro particulares para las comunicaciones interiores. De un patio muy grande al medio de la casa, solado de piedra berroqueña con su pilón en medio, que demuestra haber habido fuente, de otro reducido para luces en el ángulo que forman las dos medianerías. De un cuarto principal que coje todo el ámbito de la casa, el cual se halla sumamente mal distribuido en sus piezas y oficinas. Y un cuarto segundo con veinte y dos piezas y un paso de comunicación que todo coje lo que es la crugida principal de la calle del Príncipe. Las dos que hay desde el patio a la medianería del Norte y la otra que está arrimada a la medianería de Poniente, con más dos cocinas adeshanadas. El cual cuarto segundo está inutilizado para su arrendamiento, así por su mala distribución de piezas como por falta de escalera propor-

² A. H. N., Cons., leg. 5.100 (1786).

cionada a su uso. De varios desvanes, algunos destinados a encerrar paja, sobre las habitaciones principales, cosa bien expuesta y perjudicial a la fábrica por pasar por ellos el cañón de la chimenea de la cocina. De una torre en el ángulo que hace a las dos calles, que los dos paramentos de ella o tabicones de los cuatro que la forman, cargan en vano sobre los maderos de sus suelos, contra toda regla de fortificación y por lo mismo en sumo perjuicio de la fábrica y suelos que reciben, la aprecian 1.599.927 reales.»

Por pertenecer a la misma familia en quien recayó la Casa de Ugena, cuyo nombre va unido a una construcción tan interesante como el Nuevo Baztán, incluimos el mayorazgo del tesorero de la reina doña Isabel de Farnesio, D. Juan de Goyeneche, hermano segundo de D. Andrés, padre del primer marqués de Ugena, D. Juan Francisco, cuya identidad de nombres puede originar confusión. Nació en Arizcun el 29 de noviembre de 1656 y casó en Madrid en la fecha ya apuntada. Fué su hijo D. Francisco Miguel de Goyeneche, nacido en Madrid el 6 de octubre de 1705, caballero de Santiago, primer conde de Saceda por real despacho de 7 de diciembre de 1743.

Su padre fundó, con facultad real, dada en Sevilla en 27 de octubre de 1730, refrendada de D. Francisco de Castejón, por escritura ante José Saceda del Castillo, el 16 de marzo de 1733, tres mayorazgos en sus hijos: D. Francisco Javier, D. Francisco Miguel y doña Juana María de Goyeneche.

Asignó al primer mayorazgo el lugar del Nuevo Baztán, con el patronato de su iglesia parroquial; la caldera de fabricar jabón y todos los pedazos de tierra en los términos de Corpa, Pezuela y lugares circunvecinos; el señorío y pechas de Belzunce y el título de marqués, las casas en Zaragoza y Sevilla y el regimiento perpetuo de Guadalaajara.

La casa de la calle de Alcalá, que había fabricado desde sus cimientos, donde se hallaba la Superintendencia y Administración del Tabaco, «como no podía servir de cómoda habitación a los poseedores, por su demasiada extensión, era su voluntad agregar las casas en la misma calle junto a las caballerizas de la reina y las que lindan con ella y con casas del marqués de Valdeolmos, para si su

hijo quisiera hacer otra más proporcionada, 400.000 reales de principal y sus réditos anuales sobre la Real Hacienda y renta de población del reino de Granada, el crédito contra la Real Hacienda por razón del oficio de Tesorero del Consejo de Indias que compró en la quiebra del marqués de Fuente Hermosa y se mandó suprimir por S. M. La villa de la Olmeda, los molinos de papel y cuanto le pertenecía entre las riberas del Tajuña y del Henares y Jarama».

Y para que las personas que asistían al molino de papel sobre el Tajuña, una de las principales alhajas que incorporó en este mayorazgo, por la distancia a Orusco y Ambite, no se quedasen sin misa, legaba la casa y huerta cercana a la ermita de Nuestra Señora de Villaescusa, que pertenecía a la Congregación del Salvador, de Madrid, para que la misa de los días de fiesta se dijese dando aviso a los del molino, que por la distancia no oían la campana.

«Así mismo, por lo mucho que venero y estimo el primer tomo original que tengo de la Mística Ciudad de Dios, escrito por mano de la Venerable Madre María de Jesús de Agreda y diferentes cartas originales suyas escritas a la Magestad del señor Felipe cuarto, es mi voluntad, que dicho libro y cartas se hayan, tengan y conserven perpetuamente vinculadas como una de las más estimables alhajas de este mayorazgo, con el respeto y veneración correspondiente, para lo cual se haga una urna o caja decente con su cerradura y llave donde se encierren. Y para su mayor decencia, custodia y memoria se disponga en sitio principal de una de las salas principales de la Casa Palacio de mi Nuevo Baztán, o si pareciere mejor en algún paraje seguro de la Iglesia, un nicho con su reja de hierro y llave en forma de archivo, donde es mi voluntad estén y permanezcan perpetuamente con la mayor decencia y atención, y que el poseedor que es o fuese, tenga en su poder las llaves de urna y archivo, sin coniarlas a otra persona.»

Con carga de limosna a veinticuatro pobres, de cuatro reales de plata, el día de la Natividad de San Juan Bautista, y cada diez años entregar al párroco de Nuevo Baztán para el beneficio de la fábrica u ornamentos, 300 ducados. El sostenimiento de maestro y maestra para las escuelas de niños y niñas en dicho lugar del Nuevo Baztán, dotadas con cinco reales al primero y tres para la segunda.

El segundo mayorazgo se componía del patronato del colegio de la Compañía de Jesús, de la villa de Ammonaciad, las villas de Illana

y Saceda de Trasierra, la casa y bodega de Vallega, el privilegio de impresión y despacho de las *Gacetas* y las casas de la Red de San Luis, con cochera enfrente, compradas al conde de Sevilla la Nueva, en favor de su hijo segundo, D. Francisco Miguel de Goyeneche, caballero de Santiago, tesorero de la reina.

El tercero, de ocho juros en millones de León, Burgos y Toledo; un crédito contra la quiebra de D. Bernardino Tirado; un censo de 5.000 ducados de principal contra la villa de Madrid, sobre los impuestos del hierro y cerveza; otro, de lo mismo, contra los duques de Ciudad Real, sobre las casas, jardín y huerta del Prado viejo; otro, de 10.000 ducados de principal, constituido por el marqués don Luis de Miraval el 11 de diciembre de 1722; casas en la Puerta de Guadalajara; la que llaman del arco en la calle de Alcalá; otra en la Cruz del Espíritu Santo, barrio de las Maravillas; otra casa jardín detrás de las monjas de Santiago; otra en la calle de San Bernardo, esquina a la de la Flor, comprada al concurso de Palenqui y Fuente Hermosa, en favor de doña Juana María de Goyeneche, mujer legítima de D. Joaquín de Sobremonte, conde de Villafranca, conductor de embajadores, por su testamento en Madrid el 16 de marzo de 1733, ante José Saceda del Castillo, Registro de Manuel Rafael Mayoral.

Don Francisco Javier de Goyeneche y Balanza, llamado al primer mayorazgo, fué consejero de Indias y decano del mismo, caballero de Santiago, primer marqués de Belzunce. Fué su mujer doña María Micaela de Ovando y Solís, de quien no tuvo sucesión. Murió el 4 de marzo de 1748 en su lugar del Nuevo Baztán, donde otorgó testamento, el 28 de octubre de 1743, ante Cayetano Moreno, escribano de Valdilecha.

Los tres mayorazgos se refundieron en su sobrino nieto, don Ignacio de Goyeneche y Muzquiz, tercer conde de Saceda y marqués de Belzunce, muerto en Madrid el 5 de agosto de 1845.

Vendió de su mayorazgo, al amparo del decreto de las Cortes de 12 de octubre de 1820, por valor de 1.266.205 reales, en que se comprendieron las siguientes casas en Madrid: en la Red de San Luis, número 21 de la manzana 343, a D. Hilario de Mendunieta y Muzquiz, conde de Goyeneche; otra en el mismo sitio, número 40 de la manzana 291, a D. Manuel Gaviña; en la Cava de San Miguel, número 1 de la manzana 171, a D. Jenaro García del Peso; en la calle de las Dos Hermanas, número 30 de la manzana 64, a D. José Mireles;

en la de la Encomienda, número 11 de la manzana 63, a D. Facundo Pérez de Valverde, y a D. Antonio Gómez, una en la calle de las Huertas, número 19 de la manzana 235.

Publicado el decreto de 11 de marzo de 1824, que declaró nulas estas ventas, recurrió a la Cámara para aprobarlas. Se le concedió real facultad en El Pardo, a 3 de marzo de 1826, refrendada de don Miguel Gordón, reintegrando la cantidad aludida mediante la aportación anual de 25.000 reales hasta la extinción de la suma enajenada. Para ello otorgó escritura el 28 de marzo siguiente, asistido de su inmediato sucesor, su hermano segundo, D. Luis, ante D. Francisco Antero Cañado, situando la cantidad fijada por la Cámara sobre el Nuevo Baztán, que producía 150.000 reales, cantidad que había de entregarse en las Tablas Numularias y Depositaria Pública de la villa de Madrid.

Así se resquebrajó una gran fortuna, bien pronto disipada y perdida. Como testimonio de su grandeza, su nombre va unido al Nuevo Baztán, aún en sus descendientes, y a esta casa, que ni siquiera conserva el escudo de armas que ostentó en su día, cuya memoria hemos evocado, salvando del olvido el nombre de sus primeros poseedores, que el transcurso del tiempo, avasallador y disolvente, había borrado definitivamente.

EL MARQUÉS DEL SALTILLO.

De la Real Academia de la Historia.

NOTA AL BAILE VIII DE QUEVEDO

Aunque es muy posible que cuantos personajes aparecen en la *Festiva boda de pordioseros*—Merlo y María la Pindonga, los novios; y los acompañantes Arenas el de Soria, Polonia la Irlandesa, el Ronquillo, etc.—fueran tipos humanos auténticos, mendigos y hampones populares en el Madrid del primer tercio del siglo XVII, es sin duda seguro que la composición entera, en su asunto y desarrollo, sea una ficción poética, buen *spécimen* de tal género cómico, compuesto de monólogo, diálogo, canto, música y baile¹.

Quevedo no localiza la ocurrencia de la boda en un determinado lugar madrileño, y el único topónimo que ocurre en la pieza (estrofa segunda) se refiere a la residencia de los mendigos:

«A las bodas de Merlo

.....
En Madrid se juntaron
cuantos pobres y pobras
a la fuente del Piojo
en sus zahurdas moran.»

Evidente aquí, desde luego, la función de la preposición *a* indicando situación o proximidad a un lugar, uso ya muy restringido en el español actual (*sentarse a la mesa, a la puerta*), pero que en los

¹ Cotarelo y Mori, Emilio: *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas, desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*. (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, XVII, págs. 164-224.) Sobre la *Boda de pordioseros*, recientemente, Cotarelo Valledor, Armando: *El teatro de Quevedo*. Conferencia pronunciada en el Colegio Mayor de Santa Teresa de Jesús, de la Universidad de Madrid, el 25 de abril de 1945 (Madrid, 1945), págs. 53 y 54.

siglos xvii y xviii se extendía a otras palabras. Trátase, pues, de los «pobres» y «pobras» que vivían en las zahurdas existentes *en o junto a la fuente del Piojo*.

Dada la relativa frecuencia de esta denominación, aplicada a fuentes y arroyos del ámbito hispánico, y atendiendo además a que el nombre de tal parásito se acomodaba bien a la naturaleza claramente rufanesca de los personajes de la obrilla, cabría pensar en una invención poética del nombre, y no en una alusión a una fuente real y efectiva por parte del gran satírico madrileño. Sin embargo, la referencia a una fuente determinada nos parece cierta por las razones que seguirán.

Ahora bien; ¿a qué fuente del Piojo aludiría Quevedo, y en qué lugar de la Villa se hallaba situada? El erudito Sr. Martínez Kléiser, en un libro¹ lleno de útiles noticias para los amantes del pasado madrileño, al enumerar las fuentes existentes en Madrid hacia mediados del siglo xvii, cita la del Piojo, situándola «junto a la Puerta de Recoletos»; después recoge la mención cervantina² y añade: «De la fuente del Piojo escribió Quevedo, refiriéndose a la pobre vecindad que en sus alrededores vivía»; y seguidamente menciona las dos primeras estrofas del baile VIII.

No hay la menor alusión a ninguna fuente del Piojo en el curioso y preciado libro de Aznar de Polanco, impreso en 1727³, libro que habrá de tomar como punto de partida la persona que intente el estudio serio y definitivo de los antiguos viajes de agua madrileños; ni tampoco en la copiosa colección de expedientes relativos a visitas de fuentes efectuadas por los comisarios, veedores y fontaneros del servicio durante el siglo xvii, todos los cuales hemos ojeado, y desde luego leído con atención los referentes a la primera mitad

¹ Martínez Kléiser, Luis: *Guía de Madrid para el año 1656* (Madrid, 1926), pág. 52.

² *Quijote*, II, pág. 22. Mencionada también por Herrero García en REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, VI (1929), pág. 197. En el mismo lugar, el Sr. Herrero García, profundo conocedor de nuestra literatura del siglo xvii, recoge otra cita de *La pícara Justina* (lib. II, cap. 1, Rivad., XXXIII, pág. 97 a), probatoria de que «en León debía existir otra fuente del Piojo, con bastante prestigio entre los leoneses».

³ Aznar de Polanco, Juan Claudio: *Arithmética inferior y Geometría práctica y especulativa*. Origen de los nacimientos de las Aguas dulces y gordas de esta Coronada Villa de Madrid; sus viajes subterráneos, con la noticia de las Fuentes públicas y secretas de las Casas de Señores y Particulares, y la cantidad que tiene cada uno. Madrid: Por Francisco Martínez Abad, en la Calle del Olivo Baxa, encima de la Aloxería. Año de 1727. Debemos su manejo a la fina amistad del Sr. Herrero García.

de tal siglo¹. Únicamente hemos tropezado con dos menciones, ambas contingentes y relativas a fuentes distintas, pero unidas por la comunidad de tal título.

La más antigua, motivada por una concesión de agua a censo, acaece en un acuerdo de la Junta de Fuentes, tomado en la celebrada el 18 de junio de 1624², cuyo contenido literal es el siguiente:

«Que al alcalde Pedro Baez se le venda un cuartillo de agua de la baja para el jardín que tiene junto a la *f fuente del Piojo*, fundando censo de la cantidad que monta en el dicho jardín, con la condiciones con que se han fundado los demás censos del agua vendida.—Licenciado Baltasar Gilimón de la Mota (rubricado). — Don Juan de Castro y Castilla (rubricado). Juan de Pinedo (rubricado). — Ante mí, Pedro Martínez (rubricado).»

Tres años después, en 21 de junio de 1627, se otorga la escritura de venta, que no llegó a formalizarse, pues aparte de lo que inmediatamente se verá, carece del requisito legal de las firmas. En esta escritura⁴ se añade que el licenciado Pedro Báez era del Consejo

¹ Por la fecha (recuérdese que los bailes de Quevedo se suponen escritos entre 1619 y 1623) y pormenor del contenido, interesan sobre todo dos: una de 1631 (Archivo de Villa AS 1-200-12) y otra formalizada en 1632 por el veedor de las fuentes de la villa, Cristóbal de Aguilera (Archivo de Villa, AS 1-200-13). Ambas describen la procedencia y volumen de agua de cada viaje, su distribución en fuentes públicas y repartimiento a particulares, indicando lo dado a censo, por venta o de gracia.

² Archivo de Villa, *Acuerdos de la Junta de Fuentes de Madrid* desde 15 de junio de 1617 hasta 25 de mayo de 1630, lib. I, fol. 139 r.

³ Fol. 140 v. Don Juan de Castro y Castilla fué corregidor de Madrid de 1622 a 1625. Pedro Martínez era secretario del rey, y en aquel entonces escribano mayor del Ayuntamiento, cuyo celo en la asistencia a las sesiones de la Junta de Fuentes y en la expedición de títulos recompensó la propia Junta con la concesión graciosa de un real de agua. (Véase fol. 83 v. del libro de *Acuerdos* mencionado.) Sobre Gilimón de la Mota, véase Alonso Cortés, Narciso: *Miscelánea Vallisoletana*, séptima serie (Valladolid, 1944), págs. 179-186.

⁴ A fin de que el lector conozca los términos de una venta de agua a censo, la transcribimos a la letra:

«En la Villa de Madrid, a veintiún días del mes de Junio de mil y seiscientos y veinte y siete años, los señores Licenciado Baltasar Gilimón de la Mota, del Consejo de Su Magestad, y su Contador mayor de Hacienda, don Francisco de Brizuela y Cárdenas, su Corregidor de la dicha Villa, y Juan de Pinedo, Rexidor della y Comisario para las obras del agua que se conduce a ella, a quien por los señores del dicho Real Consejo está cometida la venta de la dicha agua, por sus autos de diez y seis de Marzo

de Su Majestad y alcalde de su Casa y Corte; que el cuartillo de agua se le concede «para que la lleve, conduzga y meta en su jardín, que tiene encima de la fuente del Aguila»; y que pagaría por él doscientos cincuenta ducados, fundando censo en favor de la Villa sobre sus bienes, rentas y dicho jardín. Posteriormente¹, D. Juan de Sada y Vidarte, «criado de Su Magestad y vecino de esta Villa», dirige una petición a la Junta, manifestando que había comprado la finca sita junto a la *fuentes del Piojo*, en la calle de la Verónica, y que, por haber fallecido el licenciado sin hacer escritura de venta, se le concediera el mentado cuartillo de agua², para lo cual estaba presto a hacer y otorgar escritura de venta en favor de la Villa. En

y dos de Diciembre del año pasado de seiscientos y veinte y uno. Y usando de la dicha Comisión dixerón: que vendían y vendieron al Licenciado Pedro Baez, del Consejo de Su Magestad y alcalde en su Casa y Corte, un cuartillo de agua de la baja, contenida en los dichos autos, para que la lleve, conduzga y meta en su jardín, que tiene encima de la fuente del Aguila, medido con la medida que de las dichas aguas tiene esta Villa y la dicha Comisión; pagando por él ducientos y cincuenta ducados, fundando censo dellos en favor de esta Villa sobre sus bienes y rentas y el dicho jardín, para pagar los réditos que montaren a razón de veinte desde el día que, por declaración de cualquier maestro de fontanería o certificación de escribano, constare que el dicho cuartillo de agua corre en el dicho jardín; con las condiciones con que se han otorgado los demás censos, que se han fundado de la demás agua que se ha vendido; y en virtud de la dicha Comisión obligan la dicha agua que se ha traído y trujere con todo lo que en ello se acrecentare y las dichas obras que para la dicha conducción se ha hecho e hicieren. Que el dicho cuartillo de agua que así se vende al dicho Licenciado Pedro Baez en el arca más cercana al dicho jardín, de donde la ha de llevar y encañar a su costa, le será cierta y segura para siempre; y que no se le quitará por esta Villa ni otra persona en su nombre, por más ni menos, ni por el tanto ni por otra causa que sea o ser pueda; y con que, antes que se le dé licencia para comenzar la obra, un empedrador con el maestro que hubiere de hacer la obra vea lo que será menester para quitar la tierra de los pozos, minas, y zanjás, y reenchir lo que fuere zanjás y volverlas a empedrar. Y lo que declarare, lo ponga el dicho Licenciado Pedro Baez en poder del Rezettor, en quien entra el dinero de la conducción del agua. Y con condición que el dicho licenciado Pedro Baez y las personas que sucedieren en el dicho jardín, ni sus criados ni otras personas puedan llegar a la dicha arca sin licencia desta Junta, ni de los a cuyo cargo estuviere las conducciones de las aguas, y distribución y administración dellas; pena de tener perdida el agua y pagar el censo. Y lo firmaron.» (*No constan las firmas.*) Lib. cit., fol. 174 v.

¹ La petición carece de fecha; pero el decreto de incoación de autos lleva la del 14 de mayo de 1636. (Archivo de Villa, AS 1-186-28.)

² La determinación de la medida de las aguas potables de Madrid es asunto complicado, que sólo podrá abordarse en un estudio de conjunto acerca de los viajes antiguos. Baste advertir por ahora que «el real fontanero, dividiéndose en cuartillos, consta de doce pajas, y cada una de éstas de nueve cubas diarias próximamente». (Domingo Palacio, Timoteo: *Manual del empleado en el Archivo General de Madrid* (Madrid, 1875), pág. 129.

efecto: D. Juan de Sada y Vidarte, y además un D. Miguel de Oviedo, vecino también de Madrid, otorgan mancomunadamente la oportuna escritura de censo ante el escribano D. Manuel de Robles, en la villa de Madrid, a 20 de abril de 1638¹.

Para nuestro objeto, y limitándonos tan sólo a lo que nos interesa, esta escritura aporta nuevos datos, que puntualizan la cuestión: «el cual dicho censo de doscientos y cincuenta ducados de principal, réditos y costas fundamos y situamos sobre nuestras personas y bienes, y especial y señaladamente, y por especial y expresa hipoteca, y sin que la obligación general derogue a la especial, ni por el contrario, sobre las dichas casas y jardín, que como dicho es, están en esta dicha Villa en la calle de la Verónica [*junto a la fuente del Piojo*]², que lindan con casas de Alonso Muñoz y casas de Jerónimo de Nájara; que la dicha calle de la Verónica se llamaba antiguamente la *calle de la Arboleda*»³.

Había, pues, una fuente pública, más bien caño vecinal, en la calle de la Verónica, que en el plano de Texeira de 1656—y por tanto de la época—iba de la costanilla de los Desamparados al Prado de Atocha⁴; la misma que hoy, más reducida, se extiende entre las calles de Fúcar y de la Alameda. Esta fuente estaría colocada frente, o bien adosada, a la fachada de las casas y jardín del alcalde de Casa y Corte D. Pedro Báez; es decir, en la calle de la Verónica, esquina a la de San Pedro—exactamente como en la actualidad—, ya que el primero y segundo sitios de la parcela número 3, correspondiente a la manzana 259, pertenecieron al citado alcalde, según nos informa la *Planimetría*⁵. Tal fuente se llamaba primeramente del Piojo, nombre sin duda popular, debido quizás a la insignifican-

¹ En el Archivo de Villa se conserva el traslado (AS 1-207-26) de la escritura y protocolo original, que quedó en los registros de dicho escribano y parará hoy, seguramente, en el Archivo de Protocolos.

² En el fol. 1 v.

³ Fol. 4 v. Nos limitamos a recoger, subrayándolo, este dato, en contradicción con lo apuntado por Peñasco y Cambroner. Según ambos, es la parte actual de la calle de la Alameda, entre la plaza de la Platería de Martínez y la calle del Gobernador, la que antiguamente se denominaría de la Arboleda. (*Las calles de Madrid*, pág. 26.)

⁴ El plano registra además otra calle de la Verónica, entre las de Tudescos y Jacometrezo, que después se llamó travesía de Moriana. (Peñasco, ob. cit., pág. 350.)

⁵ *Planimetría general de las casas, asientos..., formada por orden del Rey don Fernando VI* (manzana 259). Utilizamos la copia existente en el Archivo de Villa, más clara y manejable que el manuscrito de la Biblioteca Nacional.

cia o feo aspecto de su pila, o bien al exiguo volumen de su chorro, que, procedente de algún pozo de agua delgada, no pasaría de un cuartillo, como otras varias pequeñas fuentes públicas, posteriores en fecha, de los barrios de la calle de Hortaleza, de la Cruz y del hospital de San Andrés, dispuestas por la Junta en gracia a su población excesiva¹; después, y a partir al menos de 1627, cambió su feo nombre por el del Aguila, sin duda a propuesta oficial, ya que así aparece en los documentos de tal carácter, mientras que el primitivo y popular perdura en la petición de Sada y en las manifestaciones de este señor y de Miguel de Oviedo al redactar su escritura²; y perduraría largo tiempo en la mente del pueblo, hasta ser finalmente desplazado por el más decoroso del Aguila³.

La mención más reciente, relativa a una segunda fuente del Piojo, se halla en un expediente incoado en 1791⁴ con motivo del establecimiento de dos caños de agua dulce en la fuente de la Cibelles, proyecto original del arquitecto mayor D. Juan de Villanueva. La reproducción íntegra de uno de sus informes basta y sirve a nuestra finalidad, aparte de que el hecho en sí interesa a la historia de la famosa fuente:

«En el día 15 del corriente quedó cumplida la orden de la Junta de Propios y Arbitrios, que con fecha de 13 anterior V. S. me comunicó, a consecuencia de lo acordado en la que se celebró en 12 precedente, fluyendo la agua sobrante del viaje bajo de Abroñigal, que se vertía por el badén del Prado, al uso y beneficio público por el caño provisional en la arca cambija contigua a la posesión de los PP. Carmelitas Descalzos⁵; y de-

¹ *Acuerdos*, lib. cit., pág. 232.

² Págs. 440 y 441.

³ Así la menciona Mesonero en su *Manual de Madrid*, pág. 422 de la edición de 1844. Ello prueba que con posterioridad a la primera mitad del siglo XVII cuando menos, es decir, al período que nos interesa, debió adquirir alguna prestancia, bien ornamental, bien de caudal (procedente ahora del viaje bajo del Abroñigal), de que se hallaba carente en sus comienzos. Porque, insistimos, no existe un acuerdo, ni siquiera una mención especial concreta, dedicado a fuente alguna del Piojo, ni del Aguila, en todo el libro (citado en la nota núm. 2 de la pág. 439), fuera de las accidentales ya registradas, más otras cuatro posteriores del mismo carácter. (Fols. 171 v., 172 v. y 173 r. y v.)

⁴ Archivo de Villa, AS 1-109-20.

⁵ La actual parroquia de San José, en la calle de Alcalá, se halla instalada en la iglesia del desaparecido convento de San Hermenegildo, de Carmelitas descalzos, que ocupaba desde la calle de las Torres a la del Barquillo. Para detalles, véase Marqués

biendo continuar en la cañería que ha de conducir a verter en el Pilón de la fuente de la Cibeles aquella cantidad de agua, que más adelante no podrá fluir por varios inconvenientes que se causan en las minas, según me dice el fontanero de aquel viaje, sería de parecer, que estableciendo los dos pilares en la de la Cibeles (como parece ideó mi antecesor [*D. Ventura Rodríguez*], que pudo ser tal vez como demuestra ese diseño que remito adjunto¹, en que se figura el Oso y Dragón propios del Blasón de Madrid) pudiera convenir al decoro y desahogo de una entrada tan pública como la de la calle de Alcalá, el que colocando uno de los pilares con el agua que se ha hecho fluir provisionalmente, el otro se surtiese con el caudal de la que hoy existe llamada del *Piojo*, que tan mal y embarazosamente se halla colocada²; pues siendo corta la diferencia de la distancia hasta la Cibeles en ella se proporciona más desahogo sin causar estorbo para el concurso de los aguadores de caballerías y cubetas, con aprovechamiento de los sobrantes para el riego de los árboles del Prado; y la piedra que resultaría de la demolición del pilón viejo de la expresada fuente del *Piojo* sería servible para recomponer algún otro de varios que es indispensable reparar, o bien establecer uno en la Plazuela de los Capuchinos de la Paciencia³, donde pudiera colocarse, con más proporcionada y desahogada situación sin embarazo del público, la fuente que con gran estorbo, reducida, de feo aspecto y muy deteriorada se halla en la calle de Hortaleza, esquina a la de las Infantas⁴, paraje de los más transitados en esta Corte. Todo lo cual he de merecer a V. S. haga presente a la Junta, para que se sirva resolver lo que tenga por conveniente, y me repita sus órdenes, si lo que propongo merece su aprobación. Dios guarde a V. S. muchos años.—Madrid 18 de Julio de 1791.—B. L. M. de V. S.—Juan de Villanueva.—Señor Don Manuel de Pinedo.⁵

del Saltillo, *Casas madrileñas del pasado*, en la REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO, XIV (1945), págs. 94-102.

¹ Encabeza, en efecto, el expediente.

² En otro lugar dice: «La indecente, la infeliz y embarazosa fuente pública llamada del *Piojo* en la calle de Alcalá.»

³ Actual plaza de Bilbao.

⁴ La denominada del Soldado. Mencionada ya por Claudio Aznar, aunque sin nombre. (Lib. cit., pág. 229.)

⁵ Secretario del Ayuntamiento de la villa de Madrid y de la Junta de Propios y Arbitrios; era caballero pensionado de la Real Orden de Carlos III.

Sobre la traza de Villanueva ejecutó D. Alfonso Bergaz¹, profesor de Escultura, ambas figuras en mármol de Montes Claros, las cuales se colocaron a los costados de la fuente en diciembre de 1794, a fin de que corriera a través de ellas el agua fina del bajo Abroñigal. Fué, pues, una obra de aumento.

Mas lo conveniente a nuestro punto de vista es saber que el viejo pilón de la calle de Alcalá se encontraba situado cerca de la fuente de la Cibeles, y sobre todo, que a su fuente nutricia, cuya dotación líquida era de dos reales², se la llamaba del Piojo en el siglo XVIII, según el testimonio precedente de Villanueva. Nada impide suponer que también se denominara así en el siglo XVII; suposición verosímil, dada la persistencia de los nombres propios de origen popular.

Así, pues, tenemos hasta ahora dos fuentes nombradas del Piojo. La de la calle de la Verónica sería la mencionada por Cervantes en la segunda parte del *Quijote*, concebida de 1605 a 1615 y publicada en este último año, según es conocido; esta circunstancia nos ha llevado a buscar el origen de su dotación en un pozo de agua dulce, entre los muchos que surtían también a otras varias fuentes públicas, y sobre todo con anterioridad a la diligencia del licenciado Gilimón de la Mota y sus colaboradores de la Junta de Fuentes, actividad que no da comienzo hasta el año 1617³.

¿Se hallarían en sus cercanías las zahurdas aludidas por Quevedo, morada de los hampescos personajes de su baile? Basta observar el plano de Texeira y consultar la *Planimetría* para darse cuenta de que en aquel lugar no había sitio para zahurdas semejantes: en la misma manzana 259 vivían los herederos de Nájera; en las 260 y 261, los Orejones y Mirandas, y al otro lado del Prado de Atocha, ya entonces paseo de moda, las tapias del Buen Retiro. Y en lo que atañe a la fuente situada en la calle de Alcalá, frente, sin duda, a la posesión de Buenavista, su establecimiento es quizá posterior a la confección de los bailes quevedescos, ya que era originaria del bajo Abroñigal; aparte de que el después denominado barrio

¹ La Villa le pagó 13.000 reales vellón por la obra.

² Al enumerar las fuentes públicas dependientes del viaje bajo del arroyo Abroñigal, Claudio Aznar la menciona así: «A la fuente del pilón de la calle de Alcalá, por dos cañerías que corren en dos caños, se le da dos reales.» (Lib. cit., págs. 301 y 303.)

³ Véase la nota núm. 2 de la pág. 439.

de las Baronesas era más solemne aún que el barrio de la plaza de San Juan, y por ello menos apropiado a la existencia de aduare.

La solución hay que buscarla fuera del perímetro de la Villa; pero no al Norte, junto al solitario y enorme barranco de la Castellana¹, sino al Sur de ella, en la vega meridional del Manzanares.

La posesión de los prados, pastos y juncareales concejiles situados junto al molino y soto de la Arganzuela, concedida por los Reyes Católicos a Madrid en 1492, llevaba unida la facultad de comprar cuarenta aranzadas de viñas y yugada y media de tierras anejas, a fin de que, adhesado todo ello, la Villa poseyera un coto apto, sobre todo, al pasto del ganado de trabajo y labor². Pasáronse varios años antes de que se concluyeran las diligencias relativas al apeo y tasación de las tierras y viñas mencionadas en la real provisión; hasta que, al fin, se ejecutó el amojonamiento definitivo en 1495, al parecer³.

Después, y durante un período de cerca de tres siglos, los límites del coto se confunden y oscurecen: particulares y vecinos de la Villa roturan la mayor parte de este propio, cambiando su primitivo y puntual destino de servir de pasto al ganado—más el posterior de proporcionar solaz y recreo a los madrileños de los siglos XVI, XVII y XVIII con el usufructo de sus paseos—, en tierras de labor y huertas de propiedad particular. La representación que el marqués de Claromonte, personero del Común, hace a la Junta de Propios en 1769, y que transcribimos a continuación, demuestra que hasta los órganos directivos del Concejo tenían muy vaga idea de la existencia de tal propiedad comunal:

¹ Ignoramos de dónde habrá tomado el dato el Sr. Martínez Kléiser. Opinamos que, de haber existido otra fuente del Piojo junto a la puerta de Recoletos, ésta no podía ser otra que el piloncillo situado fuera de la cerca, en el campo, frente a la Fuente Castellana, según referencia de Claudio Aznar. (Ob. cit., págs. 224 y 230.) No lo recoge Texeira en su plano. Su agua nacía aparte: «antes de subir la cuesta del camino de Chamartín».

² Véase Domingo Palacio, Timoteo: *Documentos*, III, págs. 341-346.

³ Dato de segunda mano, tomado del expediente de reconocimiento y vista ocular de los terrenos correspondientes a la Dehesa de la Arganzuela, realizado por Bonifacio de la Torre en 1790. (Archivo de Villa, AS 3-70-5.) Las diligencias anteriores, practicadas en 22 de febrero y 6 de marzo de 1494, están en los expedientes 3-68-36 y 3-78-37 del Archivo de Secretaría.

«El Procurador Personero del Común hace presente a la Junta que habiéndosele informado haber antes de ahora varios baldíos desde la puerta del Matadero hasta el Prado o Soto del Hospital, y asimismo una grande y espaciosa cañada, por la que el ganado del abasto de carnes venía con comodidad y en los baldíos se refrigeraba, descansando y pastando, llegando al Matadero¹ con conveniencia; se le ha expresado, informado y aun visto con dolor que en grave perjuicio del público y del ganado de su abasto se han roto muchas de dichas tierras baldías y aun la cañada, de modo que el ganado llega al Matadero estropeado, fatigado y desmejorado; y aun contempla el que acaezca alguna vez que los pastores no le puedan hacer venir por lo estrecha y reducida que ha quedado la cañada y penosa que se pone en tiempo de lluvias, como vió en los días pasados, que a no haber habido ganado a la otra parte del río de la que se hizo traer, se hubiera experimentado algún ahogo. Con este motivo ha procurado el Personero saber de qué dimana esta falta de baldíos y cañadas, y se le ha dado a entender dependen de haberse introducido diferentes a romper aquellos, y ésto por la inmediación con sus heredades, y que aun no saben el título con que posean éstas; pues según oídas parece que Madrid tenía una dehesa que llamaban la Arganzuela, que cogía bastante distrito o terreno, inmediata a las paredes del Matadero, en la que el ganado pastaba y descansaba para entrar en él, y toda se ve alzada y levantada. Movidó el Personero del celo que corresponde y debe a la satisfacción que ha merecido al público, tanto por su alivio como por el aumento de los Propios de Madrid, utilidad del abasto y contener los daños apuntados, lo manifiesta a la Junta para que con la atención que corresponde y merece negocio tan grave, dé las providencias más vivas, prontas y eficaces a remediar dichos perjuicios, haciendo que con las citaciones y formalidades debidas se deslinden la dehesa citada, baldíos y cañada, castigando severamente a los que con tanto perjuicio común hayan roto e introducido en propiedades públicas, dejándolas libres y desembarazadas para beneficio del Común y del abasto de carnes. Madrid, diez y nueve de Diciembre de mil setecientos sesenta y nueve. — El Marqués de Claramonte.»²

¹ A la izquierda de la Puerta de Toledo, número 31 del plano de Texeira; parcelas 20 y 21, correspondientes a la manzana 100, de la *Planimetría*.

² Archivo de Villa, AS 3-68-43, fols. 1 r.-2 r.

La petición del marqués dió lugar a la incoación de unos autos inmensos: trece años de plumar, cuarenta y nueve piezas, que abarcan el moderno apeo de la dehesa, su cañada, pastos, abrevaderos, etc.¹

En la pieza primera de estos autos existe una prueba testifical, una representación del procurador personero, D. Alejandro Vallejo, y otras varias diligencias preparatorias para el apeo de un terreno nombrado el *Arroyo del Piojo*, sitio que había servido siempre «para descansadero del ganado del Abasto, en calidad de agregado a dicha Dehesa». Como el amojonamiento de este terreno no se había ejecutado, el mayordomo de Propios, D. Domingo González de Villa, pidió en julio de 1777 que se aclarasen y manifestasen sus límites, «reintegrando a Madrid, mi principal, y al público en la parte que se hallase despojado»². La diligencia de apeo y deslinde se efectuó años más tarde, el 13 de marzo de 1881:

«El señor don Francisco Antonio de Zamora Aguilar, abogado de los Reales Consejos, subdelegado del señor Corregidor de la Villa de Madrid para el apeo y deslinde de los terrenos pertenecientes a sus Propios, asistido del Oficial escribiente Francisco Javier Martín, y de mí, el infrascrito Escribano, se constituyó, siendo las nueve de su mañana, en una tierra llamada del Piojo, sita entre los caminos que salen del Puente de Toledo para los lugares de Getafe y Carabanchel, en donde compareció don Dionisio de la Torre, Mayordomo de Propios de dicha Villa, en compañía de Andrés Angelina, vecino de ella, a quien tiene nombrado en calidad de Práctico para esta diligencia, y del Agrimensor Julián Francisco García Gallego, a quien dijo nombraba para que volviese a medir dicha tierra, no obstante que su cabida se acreditaba de la certificación que tenía presentada; en cuya consecuencia, habiendo los referidos aceptado sus respectivos encargos, juraron por Dios Nuestro Señor, y una señal de Cruz ante mí, el

¹ Sin la detenida lectura de esta documentación, no es posible hablar seriamente de las vicisitudes de este importante propio de Madrid, fundamental a la vida de sus moradores en los siglos xiv y xv, al menos. Los legajos más interesantes, todos del Archivo de la Secretaría, son: 3-68-43, 3-68-44 y 3-69, conclusión del anterior. Hasta 1802 hemos seguido el asunto; ignoramos sus avatares posteriores hasta convertirse en el Parque Sur actual, cuya superficie alcanza tan sólo 127.694 metros cuadrados. Véase *Inventario del Patrimonio municipal de esta Villa* (Madrid, Artes Gráficas Municipales), 1943, número 265, pág. 32.

² Archivo de Villa, AS 3-33-10, fols. 1 y 3. La petición carece de fecha.

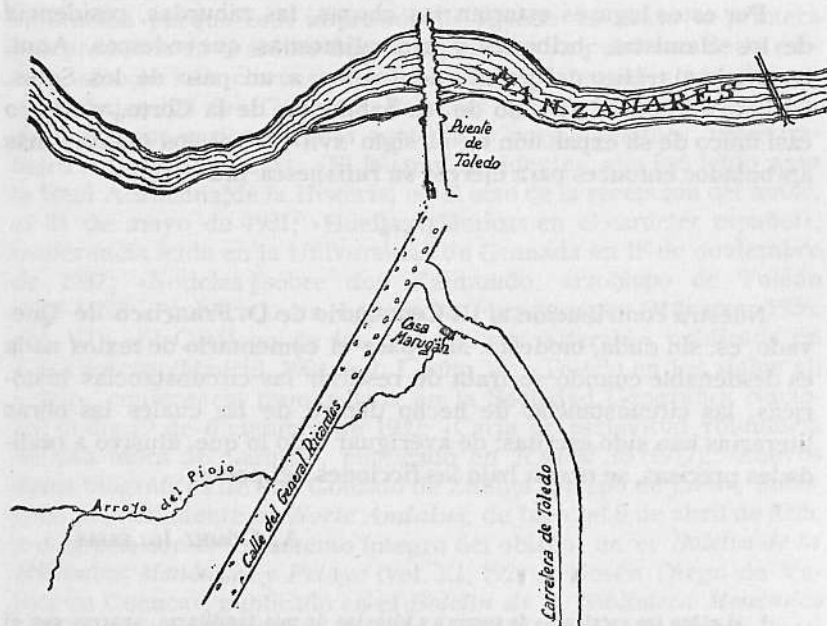
Escribano, cumplirlos bien y fielmente, sin perjuicio ni agravio de ningún interesado. Y consiguientemente, el Práctico Angelina, habiendo reconocido toda la tierra de mandato de su merced, declaró que sabía *lindaba al Oriente con el Arroyo llamado del Piojo y camino que va al lugar de Getafe; a mediodía, los Cerrillos; a Poniente, el camino que va a Carabanchel de abajo, y al Norte, el mismo camino y Arroyo del Piojo*, cuya tierra había visto el declarante tenerla Madrid destinada para pasto y descansadero del ganado del Abasto público de carnes cuando se conduce al Matadero, por lo que siempre se ha tenido y reputado por suya propia, sin cosa en contrario; en cuya vista mandó su merced que el Agrimensor, guardando las lindes señaladas, la midiese, como así lo efectuó a su presencia, llevándole las cuerdas Agustín Benito, y declaró que toda ella cabe catorce fanegas y cuatro celemines, de las cuales únicamente se pueden cultivar y están labradas diez fanegas, y las restantes están sin cultivo y llenas de barrancos, donde han sacado guijo para componer los caminos. En esta conformidad, no habiéndose hecho protesta ni oposición por persona alguna, mandó su merced que dicha tierra quedase apeada y deslindada como va dispuesto y por propia de Madrid y sus efectos, y que nadie le moleste ni perturbe en la posesión en que se halla, en la cual le amparaba y defendía, y en su nombre a don Antonio de la Torre, como Mayordomo de sus Propios, bajo la pena de cincuenta ducados en la forma ordinaria, con lo cual se concluyó esta diligencia de apeo y deslinde, que los citados Práctico y Agrimensor dijeron haber ejecutado bien y fielmente; y expresaron ser de edad el primero de setenta y cinco, y el segundo de sesenta y seis años, y todos lo firmaron con su merced, de que doy fe.—Dionisio de la Torre (rubricado).—Licenciado Zamora (rubricado).—Andrés Angelina (rubricado).—Julían Francisco García Gallego (rubricado).—Ante mí, Juan Antonio Badiola (rubricado).¹

Posteriormente, el mismo mayordomo de Propios arrienda a Juan de Uceda, «de esta vecindad», en 7 de agosto de 1797, parte de la propiedad: «una tierra de cabida dos fanegas y un celemin, situada en el camino real para Aranjuez, linde con éste, *Arroyo Fuente del Piojo y camino que va a Getafe*».

¹ Expediente citado, fols. 35 r-37 r.

El camino de Aranjuez es la actual carretera de Toledo; el de Getafe, la calle del General Ricardos. Desconocemos la suerte final del terreno: sería arrendado, enajenado después; desde luego, una pequeña parte, propiedad de Madrid, se enajenó en 1810¹, al construirse los cementerios de San Lorenzo y del Sur. En cuanto al arroyo, su cauce es visible aún: nace por bajo del cementerio de San Isidro, penetra en la calle del Comandante Cirujeda, frente al cementerio Inglés, y se corta en la calzada del General Ricardos, para aparecer al otro lado; pero de aquí a la finca del industrial Sr. Marugán el lecho apenas es visible, debido a las casas construídas sobre él; y termina en la finca del mentado señor, ante el pretil derecho del puente de los Ladrones o de Luis Candelas, cegado en la actualidad por la tierra.

Para mejor comprensión de estos datos, damos aquí un diseño. La distancia al puente de Toledo no llegará a los cincuenta metros. El término municipal cae muy lejos.



¹ Archivo de Villa, AS 2-401-87.

El nombre *Arroyo Fuente del Piojo* perdura aún entre los vecinos — viejos y de clase modesta — de aquellas hoy pobladas barriadas, según hemos comprobado personalmente en lugares diversos¹. La preferencia de D. Francisco por la denominación *Fuente*, en lugar de *Arroyo*, obedece, sin duda, a la sílaba de menos que tiene la primera; preferencia impuesta por el heptasílabo de la endecha.

En lo que a las zahurdas se refiere, ya no existen; pero han existido hasta hace poco. Así, en los terrenos que adquirió D. Cristóbal Bruñó a la derecha del camino de Carabanchel, hoy calle del General Ricardos, denominados en lo antiguo tierras del parador de San Dámaso, próximas al cementerio de Santa María, las primeras edificaciones datan de comienzos del siglo actual: hasta que surgieron las calles del Maestrazgo, Morella, Lorenza Alvarez, Armengot, etc. Y por la parte de la carretera de Toledo, ninguna de las edificaciones, a excepción, quizá, de la finca del Sr. Marugán, alcanza el siglo.

Por estos lugares estarían las chozas, las zahurdas, residencia de los clamistas, bribones y zampalimosnas quevedescos. Aquí, buscando el tráfico del puente de Toledo, a un paso de los Sotos, Sotillos y Floridas, «regalo de los habitantes de la Corte, y centro casi único de su expansión en el siglo XVII»; o sea los lugares más apropiados entonces para ejercer su rufianesca industria.

* * *

Nuestra contribución al III Centenario de D. Francisco de Quevedo, es, sin duda, modesta. Mas para el comentario de textos nada es desdeñable cuando se trata de restituir las circunstancias históricas, las circunstancias de hecho dentro de las cuales las obras literarias han sido escritas; de averiguar todo lo que, alusivo a realidades precisas, se oculta bajo las ficciones del poeta.

A. GÓMEZ IGLESIAS

¹ «Leídas las escrituras de compra e hijuelas de mis familiares, aparece con el nombre de *Arroyo de Valdecelada*; sin embargo, personas ya de edad manifiestan se los conocía por los nombres de *Arroyo del Piojo* y *Fuente de los Ladrones*.» (Comunicación reciente de D. Carlos García Marugán.)

RESEÑAS

GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL. — *Moros y cristianos en la España medieval*. Estudios histórico-literarios. Tercera serie. C. S. I. C., Instituto «Antonio de Nebrija». Madrid, 1945, 349 págs., en 8.º

Nos encontramos ante un agradable volumen; adelantamos esta valoración porque esta impresión de agrado es acaso la primera que producen en el ánimo del lector, no sólo la pulcritud de la edición, sino la feliz circunstancia de encontrar reunidos una docena de trabajos del Sr. González Palencia que hasta ahora andaban dispersos por varias revistas agotadas o poco accesibles. Estos trabajos son los siguientes: «El Islam y Occidente», que fué leído ante la Real Academia de la Historia, en el acto de la recepción del autor, el 31 de mayo de 1931; «Huellas islámicas en el carácter español», conferencia leída en la Universidad de Granada en 18 de noviembre de 1937; «Noticias sobre don Raimundo, arzobispo de Toledo (1125-1152)», publicado en *Spanische Forschungen* (Münster, 1936, vol. VI); «El Catálogo de las ciencias por Alfarabi», publicado en *Las Ciencias* (Madrid, 1934, vol. I, núm. 4); «Toledo en los siglos XII y XIII», conferencia pronunciada en la Sociedad Geográfica Nacional el día 19 de diciembre de 1932; «Carta de esclavitud voluntaria de una mora de Gaibiel», publicado en *RABM* 35 (1917); «Nuevos datos biográficos de don Gonzalo de Zúñiga, obispo de Jaén», publicado primeramente en *Norte Andaluz*, de Jaén, el 8 de abril de 1925, y después, con el testamento íntegro del obispo, en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* (vol. XI, 1929); «Mosén Diego de Valera en Cuenca», publicado en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* (vol. VIII, 1926); «Don Pedro Niño y el condado de Buelna», *ibidem* (vol. XVIII, 1932); «Alvar García de Albornoz», publicado en *El Centro* (Cuenca, 1 de diciembre de 1923); «Unas casas del

condestable don Miguel Lucas de Iranzo», publicado en *Norte Andaluz* (núm. 23, 4 de mayo 1934) y «Romance de Gerineldo en Albaracín», publicado en *Aragón* (Zaragoza, febrero 1929).

Temas tan dispares van trabados en sugestivo ramillete, no sólo por la comunidad de un título, sino por el fuerte vínculo de la personalidad científica del autor, quien, con su autoridad en estudios árabes y cristianos, nos demuestra prácticamente una vez más la necesidad de emparejar el conocimiento de ambos campos de la investigación histórica para poder llegar a trazar cabalmente y sin pecar de unilateral el cuadro de nuestra Edad Media, labrada al mismo tiempo por moros y por cristianos.

En el primer trabajo, *El Islam y Occidente*, que acaso sea el que da la tónica del volumen, se recogen y resumen en forma viva y amenísima todos aquellos aspectos en que han podido documentarse las influencias culturales de lo árabe sobre lo occidental cristiano a través de España. Desde el vocabulario hasta la teología, el Sr. González Palencia nos deleita con su profundo conocimiento de los restos de cultura árabe que perviven en España, pasando por aspectos tan importantes como son el arte, la agricultura, las industrias, la medicina, las matemáticas, la novela, la épica, la lírica, la filosofía, y por otros de carácter pintoresco, como la introducción del café como bebida y lugar de reunión, las primeras tentativas aeronáuticas, los juegos, la caza, etc.

El trabajo que sigue a éste, *Huellas islámicas en el carácter español*, viene a ampliar algunos aspectos tratados en el anterior, refutando con serenidad y justeza las opiniones del académico francés Luis Bertrand en su *Historia de España*. Considera este autor que los árabes produjeron en nuestro país funestas consecuencias: carácter individualista, versatilidad, doblez en los tratados, bárbaros procedimientos empleados en la conquista de América e incluso despoblación de la Península; en fin, cree que «la dominación árabe fué una gran desdicha para España». El Sr. González Palencia rebate toda esta argumentación con concisas, pero eficaces razones, y a seguida señala con toda claridad los efectos que la dominación islámica produjo realmente sobre el carácter de la España tradicional.

En las *Noticias sobre don Raimundo, arzobispo de Toledo*, se presenta la figura y la actividad de este gran personaje del siglo xii, claramente iluminado por la investigación del autor, que hubo de estudiarle con motivo de la publicación de su magna obra *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*; él fué quien supo aprovechar la contribución prestada por los mozárabes reconquistados

a la ciencia de Occidente, por obra de los traductores de Toledo, como muy bien expone el Sr. González Palencia; si bien es de lamentar, según sus propias palabras, que «a pesar del avance que mi artículo supone, he de confesar sinceramente que todavía no queda aclarada en detalle la intervención del arzobispo don Raimundo en el asunto de las traducciones de obras árabes». No obstante, no por eso pierde nitidez la pintura que traza del ilustre personaje, al cual, con ese dominio de la interpretación de fuentes documentales que distingue al verdadero historiador, logra presentárnoslo en una semblanza llena de vida y realidad, haciéndonos ver en él, no sólo al gran eclesiástico y magnate político de la Corte castellana, sino también al hombre activo y de ideas fecundas, interesado por la población de los territorios reconquistados, el cultivo de la campiña toledana, el aumento de las explotaciones agrícolas por medio del fomento de toda clase de obras hidráulicas y el desarrollo urbanístico y comercial de Toledo.

Como si fuera una continuación lógica, nos presenta el autor el *Catálogo de las ciencias por Alfarabi*, trabajo que, después de haber tratado de Toledo y sus traductores, constituye un a modo de elocuente ejemplo de cómo se realizó la transmisión de la ciencia árabe al Occidente. En él valora el Sr. González Palencia la importancia de la obra de Alfarabi, quien, desde la época de su florecimiento (870-950), tuvo a lo largo de toda la Edad Media gran popularidad entre cuantos querían profundizar en el tema de la clasificación general de las ciencias como propedéutica de cada disciplina en particular. Hace el autor, previamente, un estudio de las ediciones y versiones de que fué objeto la obra de Alfarabi modernamente y en la Edad Media. La primera de estas últimas es el *Opusculum de Scientiis*, publicado por Guillermo Camerario (París, 1638), relacionada ciertamente con el *De Divisione Philosophiae*, de Dominicus Gundisalvi, el célebre arcediano de Segovia. La segunda es el *Liber Alfarabii de Scientiis, translatus a Magistro Girardo Cremonensi, in Toletum, de arabico in latinum*. Ambas versiones medievales quedaron recogidas por el Sr. González Palencia en su edición del *Catálogo de las ciencias por Alfarabi*. (Madrid, 1932.)

Pasa después al estudio del *Catálogo* mismo, y nos da un breve, pero completo resumen de su contenido, haciendo destacar la importancia de los capítulos dedicados a la Lógica y a la Teología. En este aspecto es de notar que, ya unos trescientos años antes de Santo Tomás, encontramos en las doctrinas de Alfarabi importantísimos datos para la «historia del problema de la armonía entre la razón y la fe».

Si, como decimos, el anterior artículo constituye un exponente de las traducciones medievales de obras científicas orientales, en *Toledo en los siglos XII y XIII* nos proporciona el autor una imagen plástica del escenario en que aquella ingente labor se realizaba. Con una facilidad, fruto de un trabajo de muchos años sobre los documentos, principalmente mozárabes, de Toledo, nos lleva de la mano el Sr. González Palencia en un maravilloso paseo por las calles y plazas de la ciudad medieval, mostrándonos, no sólo su topografía, sino sus pobladores, de distintas razas, tanto de la capital como de la provincia, y el aspecto de la vida social, urbana y campesina en aquellos remotos siglos.

Termina anunciando sus trabajos de recopilación de documentos latinos y romances que permitan, junto con los mozárabes, ya por él minuciosamente estudiados, trazar la historia completa de la gran Toledo de los siglos XII y XIII.

Tras la *Carta de esclavitud voluntaria de una mora de Gaibiel*, en el que se estudia un «tema raro de Derecho musulmán», viéndose «cómo la realidad consuetudinaria se sobrepone a veces a los rígidos preceptos de la ley», siguen los estudios cristianos. Por razones de espacio nos limitaremos a insertar aquí el breve resumen que de ellos se nos da en el prefacio, que, no por conciso, dejará de dar al lector clara idea de ello: «Todavía el tema moro se refleja indirectamente en *Nuevos datos biográficos de don Gonzalo de Zúñiga, obispo de Jaén*; pero los documentos, con su claridad incontestable, demuestran la falsedad de los romances que suponen al obispo muerto en la cautividad granadina, cuando la realidad fué que pasó a dar cuenta a Dios de sus actos en su cómoda casa sevillana.»

Para perfilar caracteres biográficos servirán los artículos dedicados a *Mosén Diego de Valera en Cuenca*, donde se aclara la razón de ciertas propiedades y haciendas del famoso caballero y escritor; a *Don Pedro Niño y el condado de Buelna*, con noticias del tercer matrimonio del ilustre marino, de su descendencia y sucesión, y de las vicisitudes del condado de Buelna, ganado en las murallas de Granada en 30 de mayo de 1431; de *Don Alvaro García de Albornoz*, cuya fuerte personalidad ha quedado eclipsada en la Historia por el esplendor glorioso de la de su hermano, el famoso cardenal D. Gil Carrillo de Albornoz, fundador del colegio de San Clemente, de Bolona; de *Unas casas del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, personaje de tanta cuenta en la vida española del siglo XV.

Termina el volumen con una versión del *Romance de Gerineldo en Albarracín*, curiosa, por mezclar con el tema de Gerineldo otros dos: el del Prisionero y el del Conde Sol.—F. Pérez Castro.

CALVETE DE ESTRELLA, JUAN CRISTÓBAL.—*Encomio de D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba*. Traducción por José López de Toro. Edición y prólogo del duque de Alba, director de la Real Academia de la Historia. Madrid, Blass, 1945.

Aunque con mucha razón el proverbio reza *non bis in idem*, no siempre su cumplimiento es de rigurosa aplicación a la realidad, sobre todo cuando se trata de mejorar el mármol que pasa a estatua, el bloque de oro que se transforma en pieza de orfebrería, el arsenal histórico que se convierte en poesía, ofreciendo su espuma y su más delicada y suave esencia. No acabamos de reponernos de la grata sorpresa producida por la lectura de la mejor biografía del Gran Duque de Alba, en concepto de Menéndez y Pelayo, cual es la *Vida y hazañas de D. Fernando Alvarez de Toledo*, del padre Antonio Ossorio, cuando viene a nuestras manos la verdadera joya bibliográfica del *Encomio de D. Fernando Alvarez de Toledo*, de Calvete de Estrella. No puede darse pieza de imprenta más completa: parte documental propiamente dicha, con la orden de la duquesa de Alba mandando pagar a Calvete cien ducados por su *Encomio*, y el recibo firmado por el poeta; parte ilustrada, tan bien escogida como son la litografía de Pérez Villamil con el palacio ducal de Alba de Tormes, del cual tanto se habla en el *Encomio*, y el cuadro propiedad del conde de Casal, en el que se representa al duque de Alba y a su mujer, doña María Enríquez, que encargó el elogio al poeta español, entonces abanderado de este género poético; texto tan atrayentemente impreso por Blass (latín y castellano), que nos recuerda a aquel otro eminente helenista del mismo apellido, Federico Blass (1843-1907), que con Guillermo Dindorf (1802-1871) hacía importantes ediciones de clásicos; notas tan difíciles de evacuar, que casi exigen más tiempo que la misma traducción; resumen cronológico de la vida del Gran Duque, y su índice correspondiente. Hasta tiene la gran cualidad de lo bueno: la brevedad. Es de los libros que se leen de un solo tirón y se regustan a pequeños sorbos, como una taza de aromático café o una copa de vino generoso.

Desde la portada hasta el colofón es un libro próspero. Por los motivos. Tanto entonces como ahora estaba descartada de él toda mira interesada y todo afán que no versara sobre los más puros pensamientos. Las ingratitudes, los odios políticos, las envidias, el

sectarismo, en una palabra, los más bajos instintos y las más violentas pasiones de los hombres, habían cubierto de nubes la resplandeciente figura de D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, a raíz de la terminación de su campaña de Flandes. Las imprentas de los Países Bajos vomitaban libelos difamatorios contra él; en la Corte se intrigaba descaradamente por disminuir el prestigio de su nombre, al cual iba vinculada la gloria de España, y de entre toda ella no salía la voz amiga y vigorosa que acallara tanto insulto y maledicencia, hasta que, con un rasgo completamente femenino y de un alto valor y significación espiritual, doña María Enríquez, duquesa de Alba, encargó a Calvete de Estrella que hiciera resonar la trompeta de sus versos por los cuatro puntos cardinales, cantando sus heroicas hazañas y comparándolas con las de los otros héroes de la antigüedad.

Corrieron los tiempos, y el paso devastador de los siglos casi extinguió la memoria de aquel coloso de su época. Pero fénix el héroe de España, fénix el espíritu de mecenazgo de la Casa de Alba, fénix el poeta, no con intención apologética, como en el siglo xvi, sino con espíritu más selecto y fino, si cabe todavía, como remoto homenaje, el libro que en Amberes salió de las prensas plantinianas ha resucitado notablemente enriquecido y mejorado con el prólogo del actual duque de Alba—en el cual, de manera precisa y exacta, justifica los motivos que le impulsaron a la nueva edición del libro, y descubre el velo que tenía oculto este aspecto tan interesante de uno de nuestros más preclaros humanistas—, además de la traducción castellana, fruto de la pluma del culto bibliotecario D. José López de Toro.

Después de haber leído los quince o veinte mil endecasílabos que constituyen el cuerpo de las *Epístolas* de Verzosa, que acaban de ver la luz pública (*Clásicos Españoles*, II. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1945), con un magnífico estudio y jugosísimas notas y comentarios de este nuestro latinista, no nos debemos sorprender que encierre los mil treinta y tres hexámetros y pequeños arquilóquicos del *Encomio* en mil treinta y cinco endecasílabos. La dificultad de la traducción, y por ella precisamente el mérito, radica en la dignidad y elevación de tono, que se conserva con la misma frescura en el texto castellano que en el original latino. Para comprender en todo su alcance esta delicadísima operación literaria, yo invitaría a realizar esta tarea al que se tuviera por experto y competente en las lenguas latina y castellana. Vería con desesperación cómo las frases que en la lengua del Lacio resultan nítidas y precisas, al pasar al castellano iban perdiendo vigor y qui-

lates hasta convertirse en caricaturas del original latino; y no precisamente por deficiencias de nuestra lengua, sino a causa del martirio que supone en el traductor encontrar en una lengua menos precisa, menos rica en sintaxis y en vocabulario, la frase correspondiente, sin hacer perífrasis ni largos rodeos o explicaciones, en otra lengua, aunque sea tan similar a la latina como lo es la castellana. No digamos nada si se trata de llevar a cabo estos menesteres en versos sin trucos ni recursos de rimas, como es el verso blanco o endecasílabo libre. Lo que indudablemente costaría enormes esfuerzos poetizar a Calvete, a pesar del patrón preestablecido en la métrica latina, que brinda precedentes para cualquier clase de asunto y metro que se escoja, en el traductor se convierte en terreno intransitable si no se cuenta, como en el caso presente, con los grandes recursos de una pluma fácil, de un agudo sentido poético y de un conocimiento a fondo y nada vulgar de la lengua española. Para encajar los nombres propios en la debida distribución de los acentos dentro del verso y buscar el matiz a tantos adjetivos hiperbólicos que en castellano no tienen más que una sola correspondencia, amén de la captación del aire poético del *Encomio*, se requiere una destreza del lenguaje nada corriente y que el traductor demuestra poseer en grado envidiable.

Contribuyen también a dar valor intrínseco al libro que ocasiona esta reseña, además de la categoría del prologador y el excepcional prestigio del traductor, el mérito intrínseco y objetivo de la composición. Se trata de un precioso *spécimen* de poesía líricoépica de rancio abolengo en la literatura latina, siendo su más autorizado y auténtico precedente la oda (8 del libro IV) en que Horacio invita a Torcuato a vivir alegremente ante la ineludible necesidad de morir, compuesta en hexámetros alternando con una tripodia dactílica cataléctica—pequeño arquilóquico—, único ejemplar de esta combinación métrica, porque la oda 13 del *Libro de los Epodos* admite entre uno y otro verso un pequeño yámbico, circunstancia ésta que le hace asemejarse más a la lírica que a la épica, mientras que la combinación adoptada por Calvete intercalando con los hexámetros los pequeños arquilóquicos—que en fin de cuentas no son más que el segundo miembro de un pentámetro—, no se sale del género estrictamente épico y le da cierto aire de lirismo con tales versos cortos y de pies fijos. Las frecuentes alusiones a personajes históricos, a lugares consagrados por la lírica, a nombres de ríos como elementos poetizantes, junto al empleo del elemento maravilloso y celestial, con la descripción de pormenores de batallas y circunstancias geográficas y hasta heráldicas y genealógicas, nos hacen imposible una

rigurosa inclusión de esta pieza poética en un determinado sector; por ello, acordes con las intenciones de la duquesa de Alba y con las del poeta intérprete de sus sentimientos, tenemos que calificarla, por el contenido y por la forma, de la manera que lo hemos hecho.

No es éste el primero ni único «Encomio» salido de la pluma del autor del *De Aphrodisio Expugnato*. Al final de la edición de esta obra, dirigida por Cerdá y Rico, vienen como apéndice otros muchos «Elogios»; pero todos de menos valor y quizá extensión, incluyendo el mismo que tiene a Carlos V. Ya Páez de Castro, en 26 de abril del año 1555, escribía desde Bruselas a Jerónimo Zurita que Juan Cristóbal Calvete de Estrella estampaba unos epigramas en que no hay hombre a quien no celebre y haga inmortal. Indudablemente que ésta era la primera época de los «Elogios». El presente *Encomio* es con toda probabilidad uno de los últimos que hizo Calvete. Cuando en 19 de septiembre de 1581, ocho años después de la publicación del *Encomio* (1573), el poeta estampaba su firma en el recibo de los cien ducados, ya su pulso estaba demasiado tembloroso, y no está comprobado que publicase ninguna otra obra en los doce años que mediaron desde 1581 hasta 1593, en que ocurrió su muerte. No está mal este broche para la obra del insigne humanista de Sariñena. Vuelve ahora nuevamente a la vida, remozado, adornado y ennoblecido. Con él, entonces, la amante esposa desagrávi al esposo escarnecido y calumniado; con él, ahora, su ilustre descendiente, después de restituir a su verdad la figura egregia del Gran Duque del Alba por medio de la publicación de la biografía que de él hizo el padre Antonio Ossorio, le rinde homenaje, colocando sobre ella la más preciada flor del jardín de los *Encomios* de Juan Cristóbal Calvete de Estrella. — A. G. Palencia.

COTARELO VALLEDOR, ARMANDO. — *El teatro de Quevedo*. Conferencia pronunciada en el Colegio Mayor de Santa Teresa de Jesús, de la Universidad de Madrid, el 25 de abril de 1945. Madrid, Aguirre, 1945, 68 págs.

Quevedo, fecundísimo prosista, rico en vena poética, profundo como moralista y agudísimo en su sátira, no es, sin embargo, casi nada como autor dramático: una docena de piecicillas, amén de otras varias hoy perdidas, y el *Teatro inédito de D. Francisco de Quevedo y Villegas* (Madrid, 1927), que dió a la luz D. Miguel Artigas, muestra en realidad menguada de sus extraordinarias dotes.

Si el Quevedo literato es un regojo—dice Cotarelo—del Quevedo político y hombre de mundo, con más razón cabe decir que sus bocecos teatrales son virutas de su taller poético. Loas, bailes, jácaras y entremeses son tan sólo juguetones solaces del ilustre prócer.

Es, pues, dudoso que D. Francisco persiguiese alguna vez el laurel del triunfo. Un caballero santiaguista,preciado de sus blasones y su alcurnia, pagado de su linaje, no se rebajaría a mendigar el necio aplauso de la indocta plebe que invadía los corrales. Mas si, a pesar de todo, él hubiera pensado en la gloria callejera y tenido por más duradero el éxito popular que consagró en sus días a un Lope, ¿no hubiera invadido la escena con buena copia de obras de mayor empeño?

Quevedo, incluso, evitó un género que quizá, en el fondo, no le convenía; pero dada su avidez intelectual y su apasionada curiosidad por desentrañar la vida a fuerza de calar en la vida misma, no es extraño que conociese perfectamente la literatura dramática española, desde el engendro vituperable hasta ese otro «teatro bueno», cuya existencia tenía que reconocer. No extrañan, tampoco, sus alusiones a la farándula, región siempre pintoresca y joyante de la sociedad europea, más en época en que el oficio de cómico era patente de obligada picaresca.

* * *

Corre a lo largo de la obra de Quevedo la acre agudeza de su espíritu satírico. No es una resignada amargura, sino un agresivo y punzante resentimiento, cuya raíz queda fuera de nuestra investigación y nuestra crítica.

El Sr. Cotarelo, en gracia a su auditorio, femenino, espiritual y ávido por escrutar la intimidad del vate, intenta al final de su estudio esbozar el nudo de su vida amorosa. Lisi, una bella y coqueta dama de la Corte, abrió con su casi constante desvío una profunda herida en el corazón del poeta. Sus amoríos no fueron bastantes a curar el fracaso de su amor, y la mujer, cifra del más terrible engaño, fué, por ello, el blanco de sus invectivas más hirientes.

Queda así disculpado el negro humor de Quevedo, y de relieve el gentil rasgo de las residentes del Colegio Mayor de Santa Teresa, de Madrid, organizadoras del primer homenaje tributado a D. Francisco de Quevedo.

* * *

La conferencia del Sr. Cotarelo es un erudito y concienzudo estudio del teatro de Quevedo. Supone muchas lecturas, muchas notas y muchas fichas, pacientemente coleccionadas.

El juicio de Quevedo sobre el teatro, mejor dicho sobre cosas de teatro; sus obras teatrales, antiguas o nuevamente publicadas, las genuinas y las apócrifas, clasificadas por géneros, y finalmente un interesante apunte de *Quevedo en escena*.

Cuatro años después de su muerte, con ocasión de las fiestas que Madrid celebró con motivo de la entrada de Doña Mariana de Austria, (y no Doña Margarita, como dice la tipografía del discurso), hizo su primera aparición en un entremés titulado *El Parnaso*.

De estas fiestas hay buena documentación en el Archivo de Villa, con referencias incluso a dicha pieza.

Y para acabar, el autor desgrana la cuerda sentimental de un poeta que fué, para desgracia suya, zambo de cuerpo (quizá más de lo que Cotarelo dice) y no de alma.—*E. Pastor Mateos*.

G. DE AMEZÚA, AGUSTÍN.—*Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega Carpio*. Centro de Estudios sobre Lope de Vega. Madrid, 1945, 138 págs., en 8.º

No muchas veces, tratándose de tema de nuestra literatura tan trabajado por tantos y tan esclarecidos autores como es el de la vida y obras de Lope de Vega, aparecen libros que realmente aporten realidades nuevas y decisivas al acervo de datos fijos que a lo largo de muchos años de investigación ha venido acumulándose. Por tal motivo cobran especial relieve obras como la que nos ocupa, y por ello también, la simple relación de hechos nuevos que en ella quedan bien expuestos bastará para dar al lector idea justa de su alcance.

Quiso la veleidosa Fortuna, según nos refiere el Sr. Amezúa, que al terminar la guerra española apareciesen, sin saber cómo, en casa del marqués de Valdeiglesias «cinco volúmenes que forman esta desconocida colección manuscrita de comedias de Lope de Vega y de otros ingenios. Nadie tenía de ella la más mínima noticia: durante más de siglo y medio había permanecido muda y olvidada en el fondo de una biblioteca o archivo señorial, oculta a las miradas de los más sagaces y expertos investigadores».

Se compone la colección, como queda dicho, de cinco volúmenes en 4.º, manuscritos en letra del siglo XVIII. Los cuatro primeros

contienen obras de Lope, y el quinto, de varios dramaturgos del siglo XVIII. Los dedicados al Fénix de los Ingenios fueron copiados, fechados y firmados por un tal Ignacio de Gálvez en el año 1762. Es importante hacer notar que Gálvez, al final de cada comedia —y después de transcribir puntualmente las licencias y aprobaciones coetáneas—, solía añadir de su mano, a modo de colofón, la siguiente advertencia: «Esta comedia queda copiada a la letra, corregida y enmendada como su original, y clausuladas la dudas que rayadas y borradas se encontraron.»

Aparte del tomo V, que no es objeto del estudio del señor Amezúa, contiene la colección treinta y dos comedias del *Monstruo de la Naturaleza*, copiadas con toda seguridad por el desconocido Gálvez de los autógrafos originales de Lope, regalados a su Mecenas el duque de Sessa, y amorosamente coleccionados por éste; es decir, tienen el mismo origen que otra colección posterior: la copiada en la misma Casa ducal de Sessa por Miguel Sanz de Pliegos en 1781. Fué, por tanto, Ignacio de Gálvez el primero que en el siglo XVIII, tras el olvido en que había quedado relegado el teatro nacional, utilizó los autógrafos del Fénix, copiándolos, por fortuna, con absoluta honradez y muy de otra manera que lo hacían las compañías de farsantes contemporáneos de Lope.

Las conclusiones que inmediatamente saca Amezúa del estudio de esta magnífica colección son múltiples. En primer lugar, descubrir dos nuevas comedias de Lope, inéditas: *El Príncipe Inocente*, escrita en Madrid el 2 de junio de 1590, y *El Amor desatinado*, compuesta en Toledo el 4 de junio de 1597. En segundo lugar, y como cada pieza va cuidadosamente datada por el mismo Lope, averiguar la fecha de composición de muchas de sus comedias, pues efectivamente, de las treinta y dos que componen la colección, diecisiete eran de fecha desconocida. Por otro lado, este venturoso hallazgo tiene el gran valor de dar a conocer los nombres de los censores, muchos de ellos destacadas personalidades, y de los cómicos. Por lo que al texto de las comedias ya conocidas se refiere, la pulcritud de la copia de Gálvez permite fácilmente, no sólo completar, sino también mejorar las ediciones ya existentes; y decimos fácilmente, porque el Sr. Amezúa no se limita a indicarnos la existencia de tales variantes, sino que, en apéndice, establece claramente todas ellas en cada una de las comedias.

El hecho de que queden averiguadas las fechas de muchas obras del poeta, tiene además otras importantes consecuencias, como, por ejemplo, la de darnos seguros puntos de referencia, que permiten descubrir estancias desconocidas de Lope en Toledo y en Madrid,

lo cual es una importante contribución a su biografía personal y literaria. En este aspecto biográfico los nuevos datos son los siguientes:

Presentar cuatro comedias con seguridad pertenecientes a la juventud literaria de Lope: *El Príncipe Inocente* (1590), además, inédita; *El Perseguido* (Toledo, 1590), *El Caballero del Milagro* y *El Favor agradecido* (Alba de Tormes, 1593). Sólo de esta última se conocía la fecha.

Demostrarnos por la fecha del *Príncipe Inocente* que, a pesar de la condena de destierro, Lope estuvo en Madrid en 2 de junio de 1590, con lo cual se confirma su declaración de haber entrado en la corte «por cosas forzosas que se le ofrecieron».

Confirmar su residencia en Alba de Tormes al servicio de la Casa ducal, por lo menos en 1593 y 1594, años hasta ahora oscuros de la vida del poeta.

Revelar su estancia en Madrid durante casi todo el 1596, y probar en lo referente a su destierro por delito de amancebamiento (dada la proximidad de fechas de cuatro comedias datadas en Madrid aquel año), «o que Lope salió libre de esta causa, o que la pena fué tan leve que pudo cumplirla en los pocos meses que separan las fechas de unas y otras comedias».

Esclarecer un tanto el misterio que pesaba sobre su vida en el año 1597, pues según datos de la colección Gálvez, se encuentra en Toledo el 4 de junio, y en los últimos meses del año se traslada a Madrid.

Confirmar que hacia julio de 1599 regresa Lope de Cataluña a Madrid.

Descubrir dos nuevas residencias del Fénix en la corte: 14 de octubre y 2 de noviembre de 1599.

Poner en tela de juicio la creencia de La Barrera y Rennert de que Lope pasara en Sevilla el año 1600, ya que con tal fecha aparecen datadas en Madrid cuatro comedias de la colección Gálvez.

Documentar aún más la veracidad de su prontitud de pluma.

Proporcionar un dato para la oscura biografía del gran amigo de Lope, Pedro Liñán de Rianza, quien, según una aprobación, se encontraba en Madrid a 4 de mayo de 1602.

Intencionadamente hemos dejado para el final el reseñar acaso la más trascendental conclusión que saca Amezáa del feliz hallazgo, a saber: la exactitud del método de Morley y Bruerton, consistente en datar las obras de un poeta con arreglo a sus combinaciones métricas, formando con las que presentan metros análogos grupos

que se datan por la fecha de aquellas obras que la tengan segura. En efecto; el Sr. Amezáa nos presenta un cuadro de diecisiete comedias, en el que se compara la fecha que les atribuían Morley y Bruerton con la ahora con seguridad averiguada, y concluye: «Del examen del cuadro anterior, y tras el cotejo de las fechas de los autógrafos de Lope con las conjeturadas por los señores Morley y Bruerton, se llega a estas conclusiones: a) De las diecisiete comedias incluídas en él cuya data era desconocida hasta ahora, aciertan plenamente en catorce y yerran en tres. b) La proporción, por tanto, es del 82,35 por 100 para el acierto y 17,65 por 100 para el error. c) Ante esta proporción de aciertos alcanzada por los señores Morley y Bruerton, no cabe atribuir su resultado a casualidad o azar. d) Parece, pues, que su sistema tiene una base, si no científica, cuando menos comprobada y real, utilizable siempre que se intente formar la cronología de un dramaturgo antiguo que haya escrito en verso sus comedias.»

No queremos terminar esta reseña sin hacer constar que el Sr. Amezáa, con la amenidad y fluidez de su clásico estilo, nos demuestra que la exactitud científica no es incompatible con la belleza de la forma literaria.—F. P. C.

HAZAÑAS Y LA RÚA, JOAQUÍN.—*La Imprenta en Sevilla. Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX.* (Obra póstuma.) Publícala la Junta de Patronato del Archivo y Sección de Publicaciones de la excelentísima Diputación de Sevilla. Prólogo de D. Cristóbal Bermúdez Plata. Volumen I. Sevilla (Gráficas Sevillanas), MCMXLV.

Bastaría esta producción, que ve la luz años después de muerto su autor, para hacer memorable su recuerdo. No es éste el caso que nos ocupa: el Sr. Hazañas y la Rúa es sobradamente conocido en el campo de las letras, por su larga labor docente en la Universidad de Sevilla, y sobre todo por sus obras, algunas fundamentales.

Viene este libro a ampliar lo que ya había esbozado su autor, en su *Ensayo de la Tipografía Sevillana*, en 1892. Poco después, en 1894, publica el Sr. Escudero y Perosso su *Tipografía Hispalense*; luego, otros autores, algunos meritísimos, han iluminado diver-

sos puntos relacionados con tal cuestión; pero aun así, ¡cuántas cosas quedan por saber todavía!...

El Sr. Hazañas «investigó pacientemente durante muchos años en el riquísimo Archivo de Protocolos de Sevilla», buscando datos sobre la Imprenta sevillana. «Él creía, y estaba en lo cierto, que el camino para dar con lo que se desea en cualquier orden de conocimientos es el de los archivos, y no el de las complicadas y enrevesadas conjeturas», dice acertadamente su prologuista, el ilustre director del Archivo de Indias, D. Cristóbal Bermúdez Plata. No necesitan comentarios esta palabras; pero me parece conveniente subrayarlas, para que sepa el lector a qué atenerse.

El laconismo necesario de esta reseña no permite más que indicar que este primer volumen de *La Imprenta en Sevilla* comprende cronológicamente los impresores sevillanos hasta Juan Varela de Salamanca.

Los primeros que forman compañía para imprimir fueron Antón Martínez, Bartolomé Segura y Alonso del Puerto, de 1477 a 1478; después imprimen cada uno por su cuenta. Aparecen luego los Cuatro Alemanes Compañeros (1489-92); Meinargo Ungut y Lanzalao Polono (1491-99); Pedro Brun; Tres Compañeros Alemanes (1493-99); Dos Alemanes Compañeros (1499-1502); algunos de éstos, solos; Juan Pegnitzer, de Nuremberga (1503); y Lanzalao Polono y Jacobo Cromberger (1503).

Completísimo está el capítulo dedicado a Jacobo Cromberger (1503-1528), cuyas andanzas pueden seguirse año por año de su activa vida de trabajo y de comercio. Y tras varios artículos dedicados a Cristóbal Alemán (1504-26), Justo Alemán (1504 y siguientes), Juan de Mendieta (1506) y Maese Nicolás (1507), se explanan las actividades de Juan Varela de Salamanca (1509-28).

En las páginas de este libro pueden leerse multitud de documentos inéditos relativos a aquellos beneméritos hombres que implantaron y desarrollaron el noble arte de la imprenta en Sevilla durante el siglo xv y primer tercio del siglo xvi. Años de paciente labor en todos los archivos de Sevilla, principalmente en el de Protocolos notariales, dieron por fruto esta densa y nutrida obra del doctísimo profesor Sr. Hazañas.

Acompañan al cuerpo de la obra, y lo avaloran, en primer lugar, un erudito prólogo del Sr. Bermúdez Plata sobre la vida y actividades del Sr. Hazañas, destacando que sus amores principales fueron la Universidad y la historia de Sevilla y de su imprenta. Al final, copiosos índices de impresores, autores, personas y obras citadas, debidos a D. Manuel Justiniano, culto director del Archivo de la

Diputación de Sevilla, discípulo del Sr. Hazañas y corrector del libro, y por último, extensa nota bibliográfica de las producciones del Sr. Hazañas, comprensiva de 327 artículos.

Añádase la esmerada presentación del libro: edición numerada, papel de hilo, láminas, y todo esto cárguese contra algún pequeño defecto, si lo hay.

Felicitemos, pues, a la excelentísima Diputación de Sevilla y a todos los colaboradores de esta notable obra, por su publicación, y esperamos con anhelo los volúmenes siguientes.—E. S. S.

BELL, AUBREY F. G. — *El Renacimiento español*. Traducción y prólogo de Eduardo Juliá Martínez. Zaragoza, Editorial Ebro, 1944.

Redactada en diferentes términos, pero con igual intención demoledora y peyorativa, desde el siglo xvi se viene formulando la misma pregunta acerca de la capacidad intelectual de los españoles y de su aportación más o menos estimable a la cultura en general. Los tiros principales venían del extranjero; pero tampoco nosotros estábamos exentos de culpa, ya que con nuestra inhibición, o simplemente con nuestro descuido, contribuíamos a hacer más densas estas tinieblas en torno a nuestros valores. No bastaba que no fuésemos tal como nos pintaban nuestros detractores: era preciso deshacer las calumnias. En 1553, por medio de la imprenta de Brocar, en Alcalá, de una manera contundente y sagaz, tal como los tiempos lo permitían, respondió Alfonso García Matamoros con su *Apologia pro adserenda Hispanorum Eruditione*. A pesar de las deficiencias propias de la época y del corto número de sus páginas, había en el libro jugosa reciedumbre, agudo sentido crítico y varonil energía, cualidades no justipreciadas debidamente hasta que Menéndez y Pelayo puso a Matamoros en el lugar que merecía.

En 1769 la tormenta seguía sin conjurar, y Cerdá y Rico, animado del mismo espíritu patriótico que Matamoros, y siendo ejemplo viviente de las verdades que proclamaba, reprodujo con una documentada nota preliminar, en latín, la *Apologia* del catedrático complutense.

Corrieron los tiempos, y la cuestión seguía en pie. En la *Nueva Enciclopedia* apareció la pregunta de Masson: *¿Qué se debe a España? Desde hace dos siglos, cuatro o diez, ¿qué ha hecho por Europa?* Los términos de indignación en que le contestó Forner en 1786,

distaban mucho de la majestad de los acentos y del tono de gran oración empleados por Matamoros. Indudablemente que la inconsistencia de los ataques y la poca originalidad de la réplica hicieron perder categoría al asunto; pero también se acusó el golpe y se produjo la reacción en la medida de la cultura de entonces.

Con un tesón nunca desmentido y digno de mejor causa, ya de una manera sistematizada y científica, si no fuera gratuita, los pontífices de la moderna cultura siguieron negándonos la entrada en el templo del saber, repitiendo aquellas mismas preguntas generales y añadiendo las particulares de si hubo en España Renacimiento. En esta hora de los Buckhardt, Thode, Wantoch y Klemperer, nuestra obligación inmediata hubiera sido atenernos a la triste realidad del momento, y, en lugar de quedarnos embobados en éxtasis admirativo o

«en pereza febril adormecidos
y en las propias memorias embebidos»,

consagrar todos nuestros afanes a desvirtuar estas ideas ambientes por medio de la aportación de nuestro granito de arena de las monografías, que, multiplicadas con el tiempo, hubieran formado una montaña difícil de saltar o de ignorar. Las llamadas de A. Farinelli y de algún que otro hispanista de buena voluntad fueron voces perdidas en el desierto. El mismo libro de B. Croce, *España en la vida italiana*, tan descuidado en la traducción e impresión española, en fin de cuentas tanto tiene de defensa como de acusación contra nosotros. No era preciso un genio que volase a la altura de nuestros apasionados jueces: bastaba y hubiera sido suficiente un libro de la precisión y correcta factura del que publicó en Milán en 1935, con el título de *Umanesimo*, Nicola Festa. Con él logra el director de la Escuela de Filología Clásica de Roma, de un modo definitivo, dar una síntesis exacta de la génesis y desarrollo de aquel vastísimo movimiento literario.

Pero ni aun a eso nos atrevimos. No se trataba de contender desde posiciones iguales, sino de demostrar dentro de nuestra modestia, y sin salirnos del ámbito de lo nacional, que también tuvimos parte en el movimiento renacentista. Un extranjero tomó sobre sí este cuidado y empresa. En diciembre de 1930 aparecía en la *Revue Hispanique* (tomo LXXX) un trabajo que, por la abundancia de páginas (319-652) y por la frecuencia de citas, prometía ser algo sólido e interesante; se titulaba *Notes on the Spanish Renaissance*, y

era su autor Aubrey F. G. Bell. Quizá por estar escrito en lengua inglesa, o tal vez por la escasa circulación de dicha revista entre el gran público, es el caso que el trabajo no tuvo la merecida resonancia. Mucho antes, en 1905, el mismo autor nos regaló con su *Luis de León* una magnífica página de nuestro Renacimiento. Descontadas las *Observaciones* del agustino padre Miguélez — libro casi tan voluminoso como el del hispanista inglés, que en nada disminuyó el mérito del otro, antes por el contrario, sirvió para realzarlo —, no tuvo eco su aparición más que en los reducidos círculos de los especialistas.

Hoy saludamos su traducción a la lengua española con los debidos honores. Los nueve capítulos de que consta son, en moderno, lo que la *Apología* de Matamoros. Mejor que capítulos, podrían calificarse de conferencias estos nueve apartados. Tienen la brillantez y cambiantes de la obra de un ingeniero de luminotecnia. Impresionan por la facilidad de movimientos dentro de nuestra cultura, y cautivan como si escucháramos una disertación amena y erudita. Carecen, sin embargo, las piezas de este valioso mosaico del aglutinante que les dé consistencia y validez dentro de un engranaje científico riguroso. Las frases sueltas y desglosadas del organismo dentro del cual desempeñan su auténtico papel corren el peligro de convertirse, siendo verdades, si no en sofismas, en deleznable pirotecnia.

Véase un ejemplo. Al intentar demostrar *el ideal de unidad en España*, aduce Bell como pruebas (página 27) las palabras de Rufo Gutiérrez en el canto XXIV de *La Austriada*:

«Tiempo vendrá en que el mundo dé aposento
a un pastor solo y a una monarquía»;

o las de Virués en el canto XX de *El Monserrate*:

«Sólo un pastor en un aprisco solo».

Palabras éstas que aquí no tenían ni su lugar ni su propio sentido.

Una somera ojeada por el libro *In foedus et victoriam contra Turcas...* (Venetiis, 1572), nos suministra abundantísimos y aplastantes argumentos de que estas frases fueron transcripción exacta de los poetas italianos en la celebración de la victoria de Lepanto: Jano Pelusio (pág. 388): *Orbis in terris erit unum ovile | Pastor et unus*; Sebastián San Leonini (pág. 375): *Vivat et longum regat*

unus unum | *Pastor ovile*; Juan B. Evangelista (pág. 312): *Quod duplices uno populi Pastore regentur* | *Quodque unum geminum claudet ovile gregem*; el parmense Luis Cavani (pág. 266): *Pastor ut unum* | *Unius pascat sedula cura gregem*; F. Q. V. Tarvisini (pág. 334); el placentino Pedro de la Puerta (pág. 28); y J. Mario Verdizoti (pág. 138).

Muy a la ligera, siendo premisa de tan capital importancia para la tesis del Renacimiento en España el apartado segundo del capítulo III, acerca de *Los humanistas españoles y la lengua vernácula*, fluye sin adentrarse en el meollo del problema, que no es precisamente la fácil simultaneidad en los escritores españoles de la lengua latina y castellana, sino más bien cuándo y cómo se verificó el cruce entre ambas gramáticas. Como sobre alas, nos encontramos trasladados a la mística y al teatro, terreno donde seguramente se mueve el autor más a su gusto, por ser más ameno que los otros y prestarse, por su fertilidad, a disquisiciones más universales. Antes, también con demasiada rapidez, nos ha dado un cuadro de la épica, muy abocetado.

Sin publicar todavía, existe en la Biblioteca Nacional un manuscrito del madrileño Francisco de Pedrosa titulado *Austriaca sive Naumachia*, más voluminoso y completo que ninguno de los poemas que se escribieron en Italia y en España, todavía caliente la sangre derramada en el golfo de Lepanto. La entonación y factura de sus hexámetros no es mejor ni peor que la de cualquier otro autor del siglo xvi; pero ya es suficiente la existencia del poema como guía en la investigación de nuestra épica en el quinientos.

En manuscrito, también de nuestra Biblioteca Nacional, se conserva el que iba a ser primer canto de un poema heroico destinado a cantar la conquista del Perú, compuesto por J. C. Calvete de Estrella en los últimos años del referido siglo, con la particularidad curiosa de estar en versos falecios, separándose de la moda de los hexámetros y remontándose con ello hasta los más antiguos poemas medievales escritos en igual metro, según Ebert refiere en su *Histoire Générale de la Littérature du Moyen Age en Occident*. Con muchas adiciones y variantes, fué publicado el poema de Calvete el año 1741, como homenaje a D. Pedro de Castro, fundador del Sacromonte de Granada e hijo del virrey del Perú, su homónimo.

Todavía hay más: en 1713, por diligencia del abogado D. Sebastián de las Casas y Llerena, se imprimía en Lyon otro poema épico del también madrileño fray Manuel de San Bernardo, trinitario descalzo, quien le puso por título *Mathaidos (opus heroicum seu vita S. Io. de Matha)*; obra de unos cinco mil hexámetros aproxima-

damente, que, aun suponiendo carezca de valor artístico, no se le puede negar como síntoma.

Quizá la reiteración y múltiples alternancias de la *Estimación de las montañas* le comuniquen un poco de pesadez a este apartado con otros del capítulo V, en contraposición con el destinado al *Misticismo*, un tanto corto en relación con la extensión del asunto. Así, poco a poco, hasta el fin, a medida que particulariza el autor de manera tan magistral y documentada, va perdiendo interés el libro. La línea de la tesis, que debía desarrollarse llana y serenamente, tiene tantas desviaciones y quebraduras de datos, que en el análisis de ellos perdemos las fuerzas y llegamos a la meta abrumados con la preciosa carga, pero abrumados. Una última revisión y ordenación del libro por parte del autor le hubiera dado el punto adecuado para nuestros paladares. Este buen deseo es el que se advierte a todo lo largo del difícil trabajo del traductor, quien, como hacen los buenos traductores, lo traduce todo, sin escapar por la tangente de habilidades para esquivar lo espinoso. Algunos deslices que no están en el original inglés (por ejemplo, *multus et doctissimus*, de la página 86), y otros que constan en él (por ejemplo, el *quidem* de la nota 3, en la página 122), son lunares que fácilmente podrían haberse evitado.

Pese a todos los reparos apuntados, más con el deseo de ponderar debidamente que de rebajar el innegable valor del libro de Bell, hemos de proclamar llenos de agradecimiento el gran servicio prestado a la valorización de la cultura española, a los estudiosos del Renacimiento y del Humanismo, y a cuantos, preocupados por el buen nombre de España, veían con pena su postergación en el mundo de las letras, y desde ahora, en cambio, la contemplan ocupando el puesto que se merece gracias al libro de Aubrey F. G. Bell *El Renacimiento español*.—José López de Toro.

CERVANTES. — *El cerco de Numancia*. Tragedia en cuatro jornadas. Edición anotada por J. Givanel Mas. Publicaciones Cervantinas. Segunda serie, VI. Barcelona, 1945, XL + 760 páginas, en 4.º

Las «Publicaciones Cervantinas», con tanto acierto patrocinadas por D. Juan Sedó Peris-Mencheta, aumentan su ya copioso haber con la publicación de *El cerco de Numancia*. No queremos pasar por alto obra tan digna de lo como la que representan las mencionadas Publicaciones. En efecto; con dignísimo afán por enri-

quecer la bibliografía cervantina, han dado ya a la estampa doce cuidadosos volúmenes, que nos complacemos en consignar aquí como tributo a una empresa benemérita. Consta la primera serie de los siguientes: I y II, Cervantes: *Los primeros consejos de Don Quijote a Sancho*; III, Clemencín, Diego: *La biblioteca de los libros de caballería*; IV, Givanel: *Una nota para un nuevo comentario al «Don Quijote»* (En un lugar de la Mancha..., I, pág. 1); V, Cervantes: *La Gitanilla*, traducción italiana de Barezzi, y VI, Castillo Solórzano: *El agravio satisfecho*.

Segunda serie: I, Entremés de *Las sentencias del gobernador Sancho Panza* y el sainete *Las caperuzas de Sancho*; II, Cervantes: *La fuerza de la sangre*; III, Fernández de Navarrete: *Notas cervantinas*; IV, Cervantes: *El celoso extremeño*; V, *El comentario de Clemencín*, y VI, la presente obra reseñada.

Publica el Sr. Givanel Más, su anotador, un prólogo en el cual comienza valorando *El cerco de Numancia* como una de las once obras dramáticas de Cervantes anteriores a 1615, de las que sólo conocemos dos: ésta y *Los tratos de Argel*, no teniéndose otra noticia de las nueve restantes que la cita del título. Considera ésta, por tanto, como muy importante para la historia de la escena española antes de ser impulsada y vivificada por Lope de Vega.

Respecto a las fuentes en que pudo inspirarse Cervantes, cree Givanel que, aparte de que pudiera hacer uso de Tito Livio, Appiano de Alejandría y Lucio Anneo Florio, en sus respectivas historias de las guerras de los romanos, así como de la *Crónica* de Florián de Ocampo, lo que tuvo más a mano fué la *Corónica* de Mosén Diego de Valera, la *Corónica General de España* y algún romance como el que figura en la *Rosa gentil* de Timoneda.

Hace seguir después una amplia descripción del *Sitio de Numancia*, siguiendo el hilo de las citadas crónicas, lo cual es oportuno para la comprensión de la tragedia y de aquello en que Cervantes se aparta de ellas, como el hecho del mancebo Viriato, en que Cervantes sigue a Valera y al romance de Timoneda.

Ha utilizado el Sr. Givanel para su edición «un manuscrito que forma parte de la colección de piezas de teatro manuscritas que figuran en el catálogo de la Biblioteca Nacional» (Madrid, 1899, número 583). Tiene el número 15.000. Es un cuaderno de dieciocho hojas a doble columna y de letra de principios del siglo XVII.

Al parecer, este manuscrito no es copia del original cervantino, sino «una de tantas malas traslaciones como corrían de mano en mano, pertenecientes a alguno de los archivos o cajas de representantes de comedias». Sin embargo, le sirve al Sr. Givanel para

enriquecer la lista de unas veinte ediciones de esta tragedia, hechas a base de dos manuscritos: el utilizado por la edición de Sancha (1784), acaso retocado al hacerse dicha edición, y el dado a conocer por Schevill y Bonilla en 1920, y para rectificar algún punto inadvertido por Rodríguez Marín en la edición académica, como el de la pretendida identidad de Gayo Mario y Mario por un lado, y de Quinto Favio y Máximo por otro.

Con todo, cree Givanel que no puede hacerse una edición crítica hasta tanto no aparezca el original utilizado por Sancha y se comprueben las modificaciones introducidas en 1784. Así es la verdad; mas, con todo, la presente edición aparece prudentemente corregida, con un copioso aparato de notas. Es de lamentar, sin embargo, a este respecto que en dichas notas no aparezca muchas veces indicación que dé idea al lector curioso de cuál es la razón que en cada caso ha movido a introducir la corrección y la justifique. Por lo demás, las notas son oportunas y útiles.—F. P. C.

GONZÁLEZ DE AMEZÚA, AGUSTÍN.—*Andanzas y meditaciones de un procurador castellano en las Cortes de Madrid de 1592 a 1598*. Madrid, 1945, 86 págs., en 8.º, con dos láminas.

Con motivo de su recepción en el Consejo Académico de la Real de Jurisprudencia y *Legislación, el 15 de mayo de este año de 1945, leyó el Sr. Amezáa este discurso, basado principalmente en las noticias que proporcionan las *Actas de las Cortes*, completadas con otras acarreadas por la vasta erudición y cultura del autor.

El personaje que le sirve de eje de su discurso es D. Ginés Rocamora, procurador en aquellas Cortes por Murcia, persona dada al estudio de las ciencias y autor de un libro sobre la *Sphera del usurero* (1599). Con los datos biográficos que constan en las *Actas de las Cortes*, en este libro y en otros de nuestros bibliógrafos y cronistas, hace la semblanza del procurador y nos cuenta su viaje a Madrid y sus andanzas en la villa durante el período de aquellas Cortes, las más largas de la vida legislativa de los Austrias.

Queda claro el procedimiento para nombrar los procuradores y el alcance de su cometido. Se ve moverse a los procuradores en la sesión previa de revisión de poderes, en la sesión solemne de inauguración ante el rey, el discurso de éste expresando lo que pide el Reino junto en las Cortes, las disputas de Toledo y Burgos por la primacía del asiento, y se reproduce un plano de la disposición de

la sala de Cortes, tal como la ocuparon los procuradores de éstas de 1592 a 1598.

La situación general de la economía española se ve bien clara en los discursos de las Cortes, un poco olvidados como fuente de noticias por los historiadores. Los medios para conjurar la grave crisis agrícola e industrial en que el país se iba sumiendo, también se hallan diseminados en estas *Actas*. Las funciones religiosas, las diversiones en toros y fiestas, con los gastos moderados de los procuradores, se ven desfilar por estas páginas, y en ellas consta la oposición del Reino a que se continuaran las guerras que España mantenía en el exterior, y su negativa a votar más gastos para ello; pero ante el ataque de los ingleses a Cádiz en 1576, reaccionan y conceden los subsidios.

El Sr. Amezáa destaca en su discurso la personalidad de algunos procuradores, como D. Jerónimo de Salamanca, de Burgos, que podría considerarse como el jefe de la oposición de Su Majestad. Recoge el angustioso momento de la muerte del rey Don Felipe II y las solemnes obsequias a que asistió el Reino. Acompaña a Rocamora en su viaje de regreso a Murcia, sumido en dolorosas meditaciones sobre el porvenir de España.

La obrita está redactada con galanura y amenidad nada frecuentes en esta clase de discursos, y llena de exactitud en los datos históricos.

Don Francisco Soler hizo la presentación del nuevo académico, y señaló las actividades del beneficiario en la Academia de Jurisprudencia, principalmente. Este discurso es importante para la biografía del erudito madrileño, nuestro colaborador y amigo, a quien felicitamos por su nombramiento y por su discurso.—A. G. P.

OBSERVACION PRELIMINAR

INDICE DE LA «REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO»

ABARCA LOS TOMOS DE LA «REVISTA» NÚMEROS I A XII,
QUE CORRESPONDEN A LOS AÑOS 1924 A 1935,
ES DECIR, LA PRIMERA SERIE

OBSERVACION PRELIMINAR

El presente índice se ha redactado con referencias a los autores, a las materias y a los lugares; se han ordenado las fichas en un solo cuerpo, a fin de facilitar su manejo. Se ha tratado de agotar en lo posible las referencias, repitiendo varias veces el mismo capítulo por las diferentes palabras que puedan interesar al investigador; por ejemplo: el artículo de D. José Deleito y Piñuela titulado *La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, ha sido catalogado por *Deleito y Piñuela*, *José...*, *Vida...*, *Madrileña...*, y *Felipe IV*. De las reseñas bibliográficas se han hecho tres referencias: del autor del libro, del título del mismo y del autor de la reseña. Se ha procurado dar noticia de todos los artículos y notas referentes a Madrid, bajo este encabezamiento.

El volumen se indica con números romanos; las páginas, con números arábigos.

Confiamos en que este índice sea útil para los eruditos que deseen buscar en los volúmenes de la REVISTA los datos en ella recogidos sobre historia de Madrid o de España.—*Angela González Simón*.

(Continuación)

F

- | | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p><i>Fonda de San Sebastián, La</i>, por Angel González Palencia. II, 549-553.</p> <p><i>Fonseca y Ayala, Antonio de</i>, señor de Coca y Alaejos, contador mayor de Hacienda, por Cristóbal Espejo. — VIII, 297-302.</p> <p><i>Fontana de Oro</i>, Establecimiento de «La», por Angel González Palencia. — III, 110-113.</p> | <p><i>Forasteros en la Corte. Los avisos de</i>, por Benito Sánchez Alonso. II, 325-336.</p> <p><i>Formación y elementos de la novela cortesana</i>, por Agustín González de Amezúa y Mayo. Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña. — VII, 309-311.</p> <p><i>Format, Le, des livres. Notions pratiques suivies des recherches historiques</i>, por Charles Mortet. — Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez. — III, 122-123.</p> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

- Foronda, Don Valentín de, Alrededor del cervantófono*, por Aurelio Báig Baños.—III, 189-202.
- Fort, Valerio, y su arbitrio sobre mesones*, por Cristóbal Espejo. VI, 23-39.
- Fossil man in Spain*, por Hugo Obermaier.—Reseña por José Pérez de Barradas.—II, 448-450.
- Francisco el Grande, San*, por José Ferrándiz.—I, 431-441.
- Franco Rodríguez, José.—Burrell, Julio.—Artículos, Prólogo de...*—Reseña de José Rincón Lazcano.—II, 312-314.
- Frase literaria, La*, por Eduardo Juliá y Marthnez.—Reseña por Aurelio Báig Baños.—XI, 446-460.
- [Freud].—*Un personaje prefeudiano de Lope de Vega*, por Angel Valbuena Prat.—VIII, 25-35.
- Fuente, Ricardo.—*Fray Manuel Santos y la Inquisición*.—I, 203-207.
- Fuente, Ricardo.—[Necrología.] II, 196.
- Fuente, Ricardo.—*Nuestra Revista*.—I, 1-4.
- Fuentes de la historia española e hispanoamericana, por Benito Sánchez Alonso*.—Reseña por Luis Morales Oliver.—V, 320-322.
- Fuentes de Madrid, Las*, por Miguel Herrero García.—VI, 187-204; VII, 373-388.
- Fuentes narrativas, Las, de la Historia de España durante la Edad Moderna, por Rafael Ballester y Castell*.—Reseña por Agustín Millares Carlo. V, 322-324.
- Fuentes, Rosario.—*Sánchez Albornoz y Mendiña, Claudio.—Estampas de la vida en León durante el siglo X*.—Reseña por...—III, 257-258.
- Fuero castellano de Béjar, por Antonio Martín Lázaro*.—Reseña por Eulogio Varela Hervías.—III, 259.
- Fuidio, Fidel, y José Pérez de Barradas.—*Nuevos yacimientos neolíticos de los alrededores de Madrid*.—IV, 283-293.

G

- G. Iglesias, Agustín.—Véase Gómez Iglesias, Agustín.
- Gabriel y Galán, Madrid y el poeta*, por José Rincón Lazcano.—II, 165-173.
- Gaibrois de Ballesteros, Mercedes.—*Un recuerdo de los Infantes de la Cerda*.—XII, 1-10.
- Galdós y su topografía madrileña, Algo sobre*, por José Gavía.—X, 63-74.
- Galdós, T. Díaz.—Véase Díaz Galdós, Timoteo.

- Galera, Una batalla musical inédita. El asalto de*, por José Subirá.—I, 186-203.
- Galertas de obras dramáticas, Editores y, en Madrid en el siglo XIX*, por Emilio Cotarelo. V, 121-138.
- Galindo Romeo, Pascual.—*Bellas Artes, Circulo de. [Homenaje a las Artes Gráficas.]*—Reseña por...—IV, 235-236.
- Galindo Romeo, Pascual.—*Haebler, Konrad.—Handbuh der Inkunabelkunde.*—Reseña por...—III, 505-507.
- Galindo Romeo, Pascual.—*Kehr, Paul.—Das Papsttum und der Katalanische Prinzipat bis zur Vereinigung mit Aragon.* Reseña por...—IV, 109-114.
- Galindo, P.; Kehr, P.; Rasow, P., y Rius, J.—*Papsturkunden in Spanien vorarbeiter zur Hispania pontificia.—II, Navarra und Aragon.—I, Archivberichte. II, Urkunden und Regesten.* Reseña por José M. Lacarra.—VI, 371-374.
- Galindo Romeo, Pascual.—*Literatura latina (Estudios secundarios y universitarios).*—Reseña por Manuel Socorro Pérez.—V, 330-331.
- Galindo Romeo, Pascual.—*Schneider, Georg.—Handbuch der Bibliographie.*—Reseña por...—IV, 101-104.
- Galván, José María. *Un artista madrileño, divulgador de la obra de Goya*, por J. García Bellido.—II, 433-436.
- Gallardo, De, a Unamuno, por [Gómez de Baquero] Andreño.—Reseña por José Deleito y Piñuela.—IV, 486-489.
- Gallego y Burín, Antonio.—*José de Mora.*—Reseña por José Subirá.—III, 391-392.
- Gallego y Burín, Antonio.—*Pedro de Mena y el misticismo español.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 323-325.
- Garay, Narciso.—*Tradiciones y cantares de Panamá.*—Reseña por Luis de Sosa.—VIII, 441-442.
- García, Félix.—*Traducción de «Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro», por Ludwig Pfandl.*—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VII, 421-424.
- García, Manuel, «El Malo». *Un actor y autor madrileño del siglo XVIII*, por José Subirá. IV, 359-363.
- García Bellido, J.—*Un artista madrileño divulgador de la obra de Goya. José María Galván.*—II, 433-436.
- García Bellido, Antonio.—*Cartillas de arquitectura española, por J. M. Carriazo y E. Camps Cazorla.*—Reseña por Rafael Martínez.—VII, 217-218.

- García Bellido, A.—*Durán, Miguel*.—*La construcción del Palacio Real*.—Reseña por... V, 95-96.
- García Bellido, Antonio.—*Estudios del barroco español. Avances para una monografía de los Churriguera*.—Reseña por Jesús Domínguez Bordona.—VIII, 98-99.
- García Bellido, Antonio.—*Gómez de Mora y la Plaza Mayor de Madrid*.—VI, 222-225.
- García Bellido, Antonio.—*Notas de Archivo*.—VIII, 203-206.
- García Bellido, Antonio.—Reseña de *La escultura en el Ecuador, por José Gabriel Navarro*. VII, 319-321.
- García Bellido, Antonio.—Reseña de *Las iglesias del antiguo Madrid, por Elías Tormo*.—V, 422-424.
- García Bellido, Antonio.—Reseña de *Tres dibujos de Pedro de Ribera, por J. Moreno Villa*. VI, 111-112.
- García Bellido, Antonio.—*Sobre la estatua ecuestre de Felipe III. Una carta de Gómez de Mora al duque de Lerma*. VIII, 95-96.
- García Fayos, Juan.—*El Colegio de Traductores de Toledo y Domingo Gundisalvo*.—IX, 109-123.
- García de la Fuente, Arturo.—*La Numismática española en el reinado de Felipe II*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 328-330.
- García Gómez, Emilio.—*Un cuento árabe, fuente común de Albenfoñil y de Gracián*.—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—IV, 106-107.
- García Gómez, Emilio.—*Hurtado de la Serna, Juan, y González Palencia, Angel*.—*Antología de la literatura española*. Reseña por...—IV, 98-101.
- García Gómez, Emilio.—*Pérez de Urbel, Justo*.—*Origen de los himnos mozárabes*.—Reseña por...—IV, 218-221.
- García Pérez, Ramón.—*Una descripción topográfica de Madrid en el siglo XVI*.—IV, 85-88.
- García Pérez, Ramón.—*Homenaje del Ayuntamiento de Madrid al impresor Joaquín Ibarra*.—Reseña de...—I, 114-115.
- García Pérez, Ramón.—*Plan de unos Anales de Madrid*.—I, 248-250.
- García del Real, Eduardo.—*Trabajos de la cátedra de Historia crítica de la Medicina, publicados bajo la dirección del profesor García del Real*.—Reseña por Luis de Sosa.—XI, 115-116.
- García Rey, Verardo.—*El arcipreste de Talavera, Alonso Martínez de Toledo*.—V, 298-306.

- García Rey, Verardo.—*Artistas madrileños al servicio del Arzobispado de Toledo*.—VIII, 76-87.
- García Rey, Verardo.—*Escrituras inéditas de Lope de Vega Carpio*.—V, 198-205.
- García Rey, Verardo.—*Obras de artistas extranjeros en Madrid y su provincia*.—VI, 166-186.
- García Rey, Verardo.—*El retablo mayor de la iglesia de Colmenar Viejo*.—IX, 453-459.
- García Sanchiz, Federico.—*El viaje a España*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 488-489.
- García Villada, Zacarías.—*Historia eclesiástica de España*. Reseña por Rafael Martínez. VIII, 101-105.
- García Villada, Zacarías.—*Paleografía española*.—Reseña por A. Millares Carlo.—I, 110-112.
- García Villada, Zacarías.—*San Isidro Labrador en la Historia y en la Literatura*.—Reseña de J. Vergara Segovia.—I, 119.
- García Villada, Zacarías.—*La vida de los escritores españoles medievales*.—Reseña por E. Varela Hervías.—III, 509-510.
- Garcilaso de la Vega. *Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI, por Margot Arce Blanco*.—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VIII, 318-320.
- Garcilaso de la Vega, por Manuel Altolaguirre.—Reseña por Luis de Sosa.—XI, 113-114.
- Garrido, La tonadilla de, por Angel González Palencia.—III, 241-245.
- [Garrido y la Mayora].—*Bajo el imperio de la tonadilla. Un desafío de dos populares cantantes*, por José Subirá.—III, 371-375.
- Gato, «La Academia del, por Alejandro Larrubiera.—XI, 420-433.
- Gavira, José.—*Algo sobre Galdós y su topografía madrileña*. X, 63-74.
- Gavira, José.—*Aportaciones para la geografía española del siglo XVIII*.—Reseña por Federico Sainz de Robles.—X, 130-131.
- Gavira, José.—*La Hermandad de Ciegos de Madrid*.—IV, 482-484.
- Gavira, José.—*La iglesia de San Cayetano de Madrid*.—IV, 317-338.
- Gavira, José.—*Los problemas de la población penal en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo XVIII*.—V, 313-317.
- Gavira, José.—Reseña de Cosecha. *Antología de la lírica castellana, por Giacomo Prampolini*.—XII, 118-119.
- Geografía de España, por Leonardo Martín Echeverría*.

- Reseña por J. Martín Alonso. V, 417-420.
- Geografía española del siglo XVIII, Aportaciones para la*, por José Gavira.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—X, 130-131.
- Gesamtkatalog der Wiegendrucke...*—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—III, 252-253; IV, 223-230; VIII, 207-211.
- Gil Ayuso, Faustino.—*El puente de Toledo*.—Don Juan Alonso Villabrille y Rou, autor de las estatuas de San Isidro y Santa María de la Cabeza.—X, 249-253.
- Gil Ayuso, Faustino.—*Las ruinas de Palmira. Una edición francesa hecha en Madrid en 1797*.—IX, 428-438.
- Gil, Joaquín.—*Editor de Don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—X, 427.
- Ginés, San, *Notas y noticias sobre la capilla de la Congregación del Cristo de*, por Miguel Kréislér Padín.—VI, 333-352.
- Glosa, Una, atribuida al conde de Villamediana, por Erasmo Buceta.—IX, 222-224.
- Glosa, Una, de romances viejos por Romero de Cepeda, por S. Griswold Morley.—I, 349-361.
- Gobernadores de Guayaquil, Los, del siglo XVIII, por Abel
- Romeo Castillo.—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas. IX, 100-101.
- Gómez, Julio.—*Don Blas de Laserna. Un capítulo de la historia del teatro lírico español, visto en la vida del último tonadillero*.—II, 406-430, 531-548; III, 88-104, 222-240.
- Gómez, Julio.—Reseña de *La tonadilla escénica. Tomo I, Concepto, fuentes y juicios, orígenes e historia*, por José Subirá—VI, 232-234.
- Gómez, Julio.—*Subirá, José. La música en la Casa de Alba. Estudios históricos y biográficos*.—Reseña por....—IV, 368-370.
- Gómez, Julio.—Versión castellana de Wágner, Ricardo.—*El arte de dirigir la orquesta*. Reseña por Manuel Machado. III, 121-122.
- [Gómez de Baquero] *Andrenio. De Gallardo a Unamuno*.—Reseña por José Deleito y Piñuela. IV, 486-489.
- Gómez Iglesias, Agustín; Millares Carlo, Agustín, y Artiles, Jenaro.—*Bibliografía*.—IX, 338-352, 465-471.
- Gómez de Mora, Una carta de, al duque de Lerma, sobre la estatua ecuestre de Felipe III, por Antonio García Bellido. VIII, 95-96.
- Gómez de Mora y la Plaza Mayor de Madrid, por Antonio García Bellido.—VI, 222-225.

- Gómez Moreno, Manuel.—*La crisis de Goya*.—XII, 11-23.
- Gómez Moreno, Manuel.—*La novela de España*.—Reseña por Rafael Martínez.—VI, 92-93.
- Gómez Moreno, Manuel.—*La torre de San Nicolás de Madrid*, por Jesús Domínguez Bordona.—IV, 508-509.
- Gómez de Orozco, Federico.—*Catálogo de la colección de manuscritos de Joaquín García Icazbaleta relativos a la historia de América*.—Reseña por Ciriaco Pérez Bustamante. VI, 110-111.
- Gómez de la Serna, Julio.—Traducción de *La vida de Felipe II*, por Jean Cassou.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VIII, 111-112.
- Gómez de la Serna, Ramón.—*Elucidario de Madrid*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VIII, 440-441.
- Gómez de la Serna, Ramón.—*Goya*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 420-422.
- Góngora in the library of the Hispanic Society of America.—Reseña por Eulogio Varela Hervías.—IV, 375-376.
- Góngora, El padre de D. Luis de, corregidor en Madrid, por Antonio Martín Lázaro.—IV, 363-364.
- Góngora, Luis de.—*Las Soledades*. Edición de Dámaso Alonso.—Reseña por Eulogio Varela Hervías.—IV, 372-373.
- González, Fernando.—Reseña de las *Obras completas de Juan Álvarez Gato*, editadas con notas y una introducción por Jenaro Artiles Rodríguez.—VI, 494-495.
- González de Amezúa y Mayo, Agustín.—*Apuntes biográficos de D. Jacinto Octavio Picón*. Reseña por Manuel Machado. II, 442-444.
- González de Amezúa y Mayo, Agustín.—*El bando de policía de 1591 y el pregón general de 1613 para la villa de Madrid*. X, 141-179.
- González de Amezúa y Mayo, Agustín.—*Formación y elementos de la novela cortesana*.—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VII, 309-311.
- González de Amezúa y Mayo, Agustín.—*Las primeras Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid*.—III, 401-429.
- González Palencia, Angel.—*Un curandero morisco del siglo XVI*.—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VII, 426-430.
- González Palencia, Angel.—*Don Francisco Cerdá y Rico. Su vida y sus obras*.—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—VI, 237-239.

- González Palencia, Angel.—*La doncella que se sacó los ojos. La leyenda de Santa Lucía*. IX, 181-200, 272-294.
- González Palencia, Angel.—*Establecimiento de «La Fontana de Oro»*.—III, 110-113.
- González Palencia, Angel.—*La fonda de San Sebastián*.—II, 549-553.
- González Palencia, Angel.—*Historia de la España musulmana*.—Reseña por Maximiliano Alarcón.—III, 250-251.
- González Palencia, Angel.—*Meléndez Valdés y la literatura de cordel*.—VIII, 117-136.
- González Palencia, Angel.—*Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*.—Reseña por Ezio Levi d'Ancona, traducida y comentada por Joaquín de Entrambasaguas.—VIII, 433-439.
- González Palencia, Angel.—*Nuevas noticias bibliográficas del abate Hervás y Panduro*.—V, 345-359.
- González Palencia, Angel.—*Ocho sainetes inéditos de D. Ramón de la Cruz, editados por Charles Emil Kany*.—Reseña por...—V, 230-231.
- González Palencia, Angel.—*Una ofuscación de Moratín*.—X, 75-82.
- González Palencia, Angel.—*Pedro Montengón y su novela «El Eusebio»*.—III, 343-365.
- González Palencia, Angel.—Reseña del *Manual de Economía política de Ricardo Espejo de Hinojosa*.—V, 337-338.
- González Palencia, Angel.—*Tonadilla mandada recoger por Jovellanos*.—I, 138-142.
- González Palencia, Angel.—*La tonadilla de Garrido*.—III, 241-245.
- González Palencia, Angel.—*Walter Scott y la censura gubernativa*.—VI, 147-166.
- González Palencia, Angel.—*La Zangarilleja. Tonadilla y jácara del siglo XVII*.—II, 197-205.
- González Palencia, Angel, y Artiles, Jenaro.—*La Plaza Mayor y los caños del Peral*.—IX, 73-76.
- González Palencia, Angel, y Hurtado de la Serna, Juan.—*Antología de la literatura española*.—Reseña por Emilio García Gómez.—IV, 98-101.
- González-Ruano, César.—*Baudelaire*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IX, 243-245.
- Goya, *Un artista madrileño divulgador de la obra de... José María Galván*, por J. García Bellido.—II, 433-436.
- Goya, *La crisis de*, por Manuel Gómez Moreno.—XII, 11-23.
- Goya, *Las pinturas negras de*, por Emiliano M. Aguilera. IX, 68-73.

- Goya, La quinta de*, por Joaquín Ezquerro del Bayo.—I, 424-430.
- Goya, por Ramón Gómez de la Serna*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 420-422.
- Goya, Los últimos momentos de (Dos cartas inéditas de doña Leocadia Zorrilla a Moratín)*, por Jesús Domínguez Bordona.—I, 397-400.
- Goya, Francisco de*.—Colección de cuatrocientas cuarenta y nueve reproducciones de cuadros, dibujos y aguafuertes de Don.—Reseña de Jesús Domínguez Bordona.—II, 452.
- Grahit, Josep*.—*Las campanas de Girona*.—Reseña por José Subirá.—III, 513-514.
- Gramática española, Manual de*, por Rafael Seco.—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VIII, 304-305.
- Gran teatro del mundo*, «*El. Una representación de. La fuente de este auto*», por Angel Valbuena Prat.—V, 79-83.
- Guadalajara en Madrid, La Puerta de*, por Alfred Morel-Fatio.—I, 417-423.
- Guerra, José Alvarez, La autobiografía de Don. Un curioso manuscrito inédito*, por Manuel Machado.—III, 177-183.
- Guerra Junqueiro, por Antonio Escribano Iglesias*.—Reseña por José Rincón Lazcano.—II, 188-189.
- Guerra Sánchez-Moreno, Esperanza*.—*La Casa de Panadería*.—VIII, 363-391.
- Gula y avisos de forasteros que vienen a la Corte, de Antonio Litrán y Verdugo*.—Reseña por Agustín Millares Carlo.—I, 116-117.
- Gula del buen comer español, por Dionisio Pérez (Post-Thebussem)*.—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VII, 317-319.
- Gula de Madrid para el año 1656, por Luis Martínez Kléiser*.—Reseña por José Rincón Lazcano.—III, 511-513.
- Guiñón, J. G.*—*Maravillas del Universo*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IX, 94-96.
- Gundisalvo, Domingo, El Colegio de Traductores de Toledo y*, por Juan García Fayos.—IX, 109-123.

H

- Hacienda, Antonio de Fonseca y de Ayala, señor de Coca y Alaejos, contador mayor de*, por Cristóbal Espejo.—VIII, 297-302.
- Haebler, Konrad*.—*Handbuch der Inkunabelkunde*.—Reseña por Pascual Galindo Romeo.—III, 505-507.
- Habsburgo y Lorena, Doña María Cristina de, La discreta Re-*

- gente de España, por el conde de Romanones.*—Reseña por Luis de Sosa.—X, 524-525.
- Hallazgos prehistóricos de superficie del término de Madrid, Algunos,* por Julio Martínez Santa-Olalla.—V, 74-78.
- Handbuch der Bibliographie, por Georg Schneider.*—Reseña por Pascual Galindo Romeo. IV, 101-104.
- Hato, El, de las compañías cómicas a fines del siglo XVIII,* por Felipe Morales de Setién.—I, 106-108.
- Hautmann, Max.*—*El arte de la Alta Edad Media.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—XI, 112-113.
- Heilmeyer, Alexander.*—*La escultura moderna y contemporánea. Traducción por Ernesto Martínez Ferrando.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 236-237.
- Hemsi, Alberto.*—*Coplas sefardíes.*—Reseña por José Subirá. X, 525-527.
- Heráldica, por Alejandro Armengol y Pereyra. Colección Labor.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—X, 128-129.
- Hermanidad, La, de Ciegos de Madrid,* por José Gavira.—IV, 482-484.
- Hernández Pacheco, F.*—*Un nuevo yacimiento de vertebras*
- dos fósiles del mioceno de Madrid.*—Reseña por José Pérez de Barradas.—IV, 116-117.
- Herrero García, Miguel.—*El comercio de Madrid.*—VIII, 237-245.
- Herrero García, Miguel.—*Las fuentes de Madrid.*—VI, 187-204; VII, 373-388.
- Herrero García, Miguel.*—*Ideas de los españoles del siglo XVII.* Reseña por José Deleito y Piñuela.—VI, 96-100.
- Herrero García, Miguel.—*Imitación de Quevedo (por Salas Barbadillo).*—V, 307-309.
- Herrero García, Miguel.—*El Madrid de Calderón.*—II, 110-140, 273-300, 482-514; III, 282-329; V, 1-27.
- Herrero García, Miguel.—*El Rastro de Madrid.*—IX, 381-392.
- Herrero García, Miguel.—*Los relojes de Madrid.*—IX, 46-67.
- Herrero García, Miguel.—*Sobre la profesión del padre de Lope.* X, 117.
- Hervás y Panduro, Nuevas noticias bibliográficas del abate,* por Angel González Palencia. V, 345-358.
- Hevesy, André de.*—*Vida íntima de Beethoven. Traducción de Enrique Ruiz de la Serna.* Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IX, 103-104.
- Hiersemann, Karl W.*—*Katalog 550. Inkunabeln.*—Reseña

- por Agustín Millares Carlo. — II, 447-448.
- Hiersemann, Karl W.* — *Catálogo 547. España y Portugal con sus antiguas posesiones de Ultramar.* — Reseña por Agustín Millares Carlo. — II, 447-448.
- Hijosdalgos, El Montepío de, y Jovellanos*, por Miguel Tato y Amat. — X, 85-102.
- Hispanic Review.* — Reseña por Eulogio Varela Hervías. — X, 261.
- Hispanismo, El, y el italianismo musicales en la época de la tonadilla*, por José Subirá. — I, 401-404.
- Historia del Arte hispánico, por el marqués de Lozoya.* — Reseña por Rafael Martínez. — VIII, 314-316.
- Historia del Arte, Tres notas para la*, por Joaquín de Entrambasaguas y Peña. — VI, 215-220.
- Historia del Buen Retiro, Noticias para la*, por Jesús Domínguez Bordona. — X, 83-90.
- Historia del castillo de Buitrago, Descripción e*, por Francisco Layna Serrano. — XI, 206-233, 310-336.
- Historia del castillo de Torija, Descripción e*, por Francisco Layna Serrano. — X, 191-210.
- Historia de la conquista del Perú, por Guillermo H. Prescott.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. — V, 226-227.
- Historia del Derecho romano, por Robert von Mayr, traducida por Wenceslao Roces.* Reseña por Federico Sainz de Robles. — V, 222-224.
- Historia eclesiástica de España, por Zacarías García Villada.* Reseña por Rafael Martínez. — VIII, 101-105.
- Historia económica y social de España, Datos para la*, por M. Concepción Alfaya L. — III, 203-221.
- Historia de España y de la civilización española. Edad Contemporánea, por Pío Zabala y Lera.* — Reseña por Luis de Sosa. — VII, 201-203.
- Historia de España y su influencia en la Historia Universal, por Antonio Ballesteros Beretta.* — Reseña por José Deleito Piñuela. — IV, 500-502; VI, 489-492; IX, 332-334; XI, 344-347.
- Historia gráfica de la Nueva España, por José R. Benítez.* Reseña por Jesús Domínguez Bordona. — VIII, 225-226.
- Historia literaria, La, en los textos, por José Rogerio Sánchez.* Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. — XI, 236-237.
- Historia de la literatura alemana, por Max Koch.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. — IV, 497-499.

- Historia de la literatura rusa, por Alexander Brückner. Traducida por Manuel de Montoliu.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 499-500.
- Historia de Portugal, por Antonio Sergio de Sousa. Traducida por Juan Moneva Puyol.* Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 102-103.
- Historia del reinado de Enrique IV, Un dato para la,* por Agustín Millares Carlo.—VIII, 88-91.
- Historia de Rusia, por Alexis Markoff.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. VII, 333-334.
- Historia del teatro lírico español, Un capítulo de la, visto en la vida del último tonadillero. Don Blas de la Serna,* por Julio Gómez.—II, 406-430, 531-548; III, 88-104, 222-240.
- [Hita, Arcipreste de].—*Una laguna del «Libro de buen amor»,* por F. Castro Guisasaola.—VII, 124-130.
- Hombre fósil, El,* por Hugo Obermaier.—Reseña por José Pérez de Barradas.—III, 119-121.
- [Homenaje a las Artes Gráficas] *por el Círculo de Bellas Artes.* Reseña por Pascual Galindo. IV, 235-236.
- Homenaje del Ayuntamiento de Madrid al impresor Joaquín*
- Ibarra.*—Reseña de Ramón García Pérez.—I, 114-115.
- Horadado Libro, del Concejo madrileño, Índice y extractos del,* por Agustín Millares Carlo.—I, 46-101.
- Hors, Enriqueta.* — Reseña de Varios datos referentes al inquisidor Juan Adam de la Parrá, por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VIII, 215-216.
- Huarte Echenique, Amalio.—*La estancia del Archiduque en Madrid en 1710.*—VIII, 197-203.
- Huarte Echenique, Amalio.—*Una inscripción perdida.*—VI, 90-91.
- Huarte Echenique, Amalio.—*Nuestra Señora de Madrid.*—I, 362-377.
- Huarte Echenique, Amalio.—*El relacionero Andrés de Mendoza,*—II, 20-30.
- Huarte Echenique, Amalio.—*La edición príncipe de las «Empresas políticas» de Saavedra Fajardo.*—X, 91-97.
- Huarte Echenique, Amalio.—*Esbozos de la vida de Madrid, tomados del teatro de Lope de Vega.*—XI, 117-150.
- Huarte Echenique, Amalio.—*Una exención de la carga de huésped de aposento.*—VI, 220-222.

Huarte Echenique, Amalio.

El mayorazgo de treinta y cuatro cuentos. (Niebla.)—III, 20-55.

Huarte Echenique, Amalio.—*El Mesón del Toro.*—VII, 81-83.

Huarte Echenique, Amalio.—*Orígenes del Archivo de Protocolos de Madrid.*—VII, 194-199.

Huarte Echenique, Amalio.—*La proclamación del Archiduque en Madrid en 1706.*—VII, 298-305.

Huarte, Amalio, y Vicente Castañeda.—*Colección de pliegos sueltos, recogidos y anotados por...*—Reseña por M. Núñez de Arenas.—VII, 330-331.

Huerta Peña, Jesús, y Saborido Soler, Manuel.—*Estudio de antecedentes para la creación de Cooperativas locales.*—Reseña por José Rincón Lazcano. III, 515-516.

Huésped de aposento, *Una exención de la carga de,* por Amalio Huarte Echenique.—VI, 220-222.

Hurtado y Jiménez de la Serna, Juan.—*Estudios latinos.*—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VIII, 105-107.

Hurtado de la Serna, Juan, y González Palencia, Angel.—*Antología de la literatura española.*—Reseña por Emilio García Gómez.—IV, 98-101.

I

Ibérica.—I, *Alfabeto e inscripciones ibéricas, por Julio Cejador.* Reseña por Eulogio Varela Hervías.—V, 110-114.

Ideales de la Edad Media, Los, por Waldemar Védel.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IV, 503-506.

Ideas de los españoles del siglo XVII, por Miguel Herretero García.—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VI, 96-100.

Idioma, El, como elemento satírico en la literatura tonadillesca, por José Subirá.—IX, 449-453.

Iglesia de Colmenar Viejo. El retablo mayor de la, por Verardo García Rey.—IX, 453-459.

Iglesia parroquial, La, de la Concepción y San Carlos Borromeo, de la Casa de Campo, por Emiliano M. Aguilera. XI, 299-304.

Iglesia, La, de San Cayetano de Madrid, por José Gavira.—IV, 317-338.

Iglesias del antiguo Madrid, Las, por Elías Tormo.—Reseña por Antonio García Bellido.—V, 422-424.

Iglesias, Agustín Gómez.—Véase Gómez Iglesias, Agustín.

- Imitación de Quevedo (por Salas Barbadillo)*, por Miguel Herre-ro García.—V, 307-309.
- Imprenta de Juan de la Cuesta, La*, por J. J. Morato.—II, 436-441.
- Impresiones de Madrid. La Casa de la Abuela*, por Alberto Ostría Gutiérrez. — Reseña por José Rincón Lazcano.—II, 184-185.
- Impresores (1680-1755), Pleito entre ciegos e*, por Cristóbal Espejo.—II, 206-236.
- Impresos españoles publicados en Burdeos hasta 1850*, por M. Nuñez de Arenas.—Reseña por Agustín Millares Carlo. XII, 121.
- Incendio de la Plaza Mayor en 1631*, por Agustín Millares Carlo y Timoteo Díaz Galdós. IV, 83-85.
- Incunables de la Biblioteca Municipal de Madrid, Los*, por Agustín Millares Carlo. — II, 306-309.
- Indice y extractos del Libro Horadado del Concejo madrileño (siglos XV-XVI)*, por Agustín Millares Carlo. — Reseña por María del Pilar Lamarque. V, 102-103.
- Indice y extractos de los Libros de Cédulas y Provisiones del Archivo Municipal de Madrid (siglos XV-XVI)*, por Agustín Millares Carlo. — VI, 235-332, 382-419.
- Indice general del Archivo de la Secretaría*, por Eulogio Varela Hervías.—XII, 89-102.
- Infancia de la Humanidad, La*, por José Pérez de Barradas. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 106-107.
- Infantes de la Cerda, Un recuerdo de los*, por Mercedes Gai-brois de Ballesteros.—XII, 1-10.
- Información sobre la ciudad, por el Ayuntamiento de Madrid.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 204-206.
- Inkunabelkunde, Handbuch der*, por Konrad Haebler.—Reseña por Pascual Galindo Romeo.—III, 505-507.
- Inquisición, Fray Manuel Santos y la*, por Ricardo Fuente. I, 203-207.
- Inscripción perdida, Una*, por Amalio Huarte.—VI, 90-91.
- Inscriptions arabes d'Espagne, por Levi-Provençal.* — Reseña por Manuel Ballesteros Gai-brois.—IX, 106.
- Instituciones griegas, por R. Maisel y Pohlhammer.* — Reseña por Rafael Alvarez.—IX, 104-106.
- Instituto, Un cañón en el*, por Luis de Sosa.—520-522.
- Instrucciones de Felipe II a Juan Bautista de Tassis*, por Ciriaco Pérez Bustamante. — V, 241-

«Introducción», Un «Melólogo» curioso y una, a otro Melólogo. La escena trágica «Polícena», por José Subirá.—V, 360-364.

Investigaciones arqueológicas en 1928, Las, por Rafael Alvarez.—VI, 353-356.

Iparraguirre, El último bardo, por José María Salaverria.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IX, 334-335.

Iriarte y otros autores, Los «melólogos» de Rousseau, por José Subirá.—V, 140-161.

Isabel la Católica, Así llegó a reinar, por Félix de Llanos y Torriglia.—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—V, 231-233.

Isabel Clara Eugenia. I, «La novia de Europa», por Félix de Llanos y Torriglia.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 96-97.

Isaza y Calderón, Baltasar.—El retorno a la Naturaleza. Los orígenes del tema y sus direcciones fundamentales en la literatura española.—Reseña por Aurelio Báig Baños.—XI, 241-243.

Isidro Labrador, La festividad de San, Bajo el imperio de la tonadilla, por José Subirá.—II, 253-255.

Isidro, San, Labrador en la historia y en la literatura, por

Zacarias García Villada.—Reseña bibliográfica de J. Vergara Segovia.—I, 119.

Isidro, San, el Real, por Víctor Espinós.—IV, 454-476.

Isidro, San, y Santa María de la Cabeza.—Don Juan Alonso Villabrille y Rou, autor de las estatuas de... El puente de Toledo, por Faustino Gil Ayuso.—X, 249-253.

Isidro, El yacimiento paleolítico de San, por Paul Wernert y José Pérez de Barradas.—II, 31-68.

Islam y el cristianismo, El, por Ezio Levi. Traducción y comentario de Joaquín de Entrambasaguas.—Reseña de Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII, por Angel González Palencia.—VIII, 433-439.

Italianismo, El hispanismo y el, en la época de la tonadilla, por José Subirá.—I, 401-404.

J

Jaca, El pergamino original del Fuero de, concedido por el rey Sancho Ramírez, por Ricardo del Arco.—Reseña por Agustín Millares Carlo.—II, 564.

Jácara del siglo XVII. La Zangarilleja, tonadilla y, por Angel González Palencia.—II, 197-205.

- Jardines, Los, de la Moncloa*, por Javier de Winthuysen.—I, 378-396.
- Jarnés, Benjamín.—Castelar, hombre del Sinaí.*—Reseña por Luis de Sosa.—XI, 120-121.
- Jarnés, Benjamín.—Sor Patrocinio.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 87-90.
- Jarnés, Benjamín.—Zumalacárrregui, el caudillo romántico.* Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VIII, 226-227.
- Jeux de scène, Les, et l'architecture des idées dans le théâtre allégorique de Calderón*, por Lucien-Paul Thomas.—Reseña por Angel Valbuena Prat. V, 213-215.
- Jiménez Aranda.—Ensayo biográfico y crítico, por Bernardino de Pantorba.*—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VIII, 112-113.
- Jos, Emiliano.—La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre.*—Reseña por José Martín y Alonso. IV, 489-492.
- José I, Regreso a España de, en 1811, y obsequios dispuestos a su entrada en Madrid*, por José Rincón Lazcano.—I, 493-501.
- Jovellanos, Tonadilla mandada recoger por*, por Angel González Palencia.—I, 138-142.
- Jovellanos, El Montepío de Hijosdalgos y*, por Miguel Tato y Amat.—XI, 85-102.
- Juana la Loca, por Luis Pfandl, traducida por Felipe Villaverde.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IX, 238-239.
- Juárez el Impasible, por Héctor Pérez Martínez.*—Reseña por Luis de Sosa.—XI, 347-348.
- Juaristi, Victoriano.—Esmaltes. Colección Labor.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—X, 128-129.
- Judio, Matanza por el rito (Scheritah)*, por C. Sanz Egaña. VI, 75-82.
- Judios españoles, Documentos del Archivo Municipal de Madrid acerca de*, por Agustín Millares Carlo.—II, 395-405.
- Jugar con fuego, El estreno de, contado por Barbieri*, transcrito por Jesús Domínguez Bordona.—VI, 83-86.
- Juguets alemanes del siglo XVIII en Madrid*, por R. de Aguirre.—VI, 482-483.
- Juicios de las estrellas, El Libro de los, traducido para Alfonso el Sabio*, por Jesús Domínguez Bordona.—VIII, 171-176.
- Juliá Martínez, Eduardo.—Del epistolario de D. Nicolás Antonio.*—XI, 25-88.

Juliá Martínez, Eduardo. — *La frase literaria.* — Reseña por Aurelio Báig Baños. — XI, 446-460.

[*Juliá Martínez, Eduardo, y José Rogerio Sánchez*]. — *Edición de una «Serie escogida de autores españoles».* — Reseña por Aurelio Báig Baños. — VIII, 309-311.

Junta, La, de reforma de teatros. Sus antecedentes, actividades y consecuencias, por José Subirá. — IX, 19-45.

Juntas de la Administración española desde el siglo XVI hasta el año 1800. Enumeración y atribuciones de algunas, por Cristóbal Espejo. — VIII, 325-362.

Jurisconsulto toledano del siglo XV, La biblioteca de un, por Angel J. Battistessa. — II, 342-351.

K

Kany, Charles Emil. — *Plan de reforma de los teatros de Madrid aprobado en 1799.* — VI, 246-284.

Kany, Charles Emil. — *Ocho sainetes inéditos de D. Ramón de la Cruz, editados por...* — Reseña por Angel González Palencia. — V, 230-231.

Kehr, Paul. — *Das Papsttum und der Katalanische Prinzipat bis*

zur Vereinigung mit Aragon... Reseña por Pascual Galindo Romeo. — IV, 109-114.

Kehr, Paul; Rassow, P.; Riis, J., y Galindo, Pascual. — *Papsturkunden in Spanien vorarbeiten zur Hispania pontificia. II, Navarra und Aragon.* — I, *Archivuberichte.* — II, *Urkunden und Regesten.* — Reseña por José M. Lacarra. — VI, 371-374.

Klaiber, Ludwig. — *Die Altspanische und Altportugiesische Drucke und Handschriften der Universitätsbibliothek Freiburg.* — Reseña por Eulogio Varela Hervías. — XI, 244.

Koch, Max. — *Historia de la literatura alemana.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. — IV, 497-499.

Kréisler Padín, Miguel. — *Notas y noticias sobre la capilla de la Congregación del Cristo de San Ginés.* — VI, 333-352.

L

Labradores, Arbitrios para asegurar la siembra a los, por Cristóbal Espejo. — X, 98-101.

Lacalle, Angel. — *Prólogo y edición de los autos de Luis Vélez de Guevara.* — Reseña por Agustín del Saz. — IX, 102-103.

- Lacarra, José M.—*Reseña de Papsturkunden in Spanien vorarbeiter zur Hispania pontificia*.—II, Navarra und Aragon.—I, Archivberichte.—II, Urkunden und Regesten, por Paul Kehr, P. Rassow, J. Rhus y P. Galindo.—VI, 371-374.
- Lafuente Ferrari, Enrique. *Breve historia de la pintura española*.—Reseña por Jesús Domínguez Bordona.—XI, 240-241.
- Lamarque, María del Pilar.—*Millares Carlo, Agustín*.—Índice y extractos del *Libro Horadado del Concejo madrileño* (siglos XV-XVI).—Reseña por... V, 102-103.
- Lamarque, María del Pilar. *Nota sobre Juan Meléndez Valdés*.—VII, 189-193.
- Lamarque, María del Pilar. *Nota sobre Mariano Luis de Urquijo*.—VI, 470-477.
- Lamarque, María del Pilar. *Reseña de Mostra delle Biblioteche Italiane*.—XI, 461-462.
- Lambert, Dom A.—*Jean Parix, imprimeur en Espagne (1472?-1478?), puis a Toulouse*.—Reseña por Agustín Millares Carlo.—XII, 115-116.
- Larra y el Ateneo, por Jenaro Artiles Rodríguez.—VIII, 137-151.
- Larra, *Los últimos amores de*, por Emilio Cotarelo.—I, 222-241.
- Larrubiera, Alejandro.—*«La Academia del Gato»*.—XI, 420-432.
- Larrubiera, Alejandro.—*La Prensa madrileña política-satírica en el siglo XIX*.—X, 344-362.
- Laserna, Don Blas de, *Un capítulo de la historia del teatro lírico español, visto en la vida del último tonadillero*, por Julio Gómez.—II, 406-430, 531-548; III, 88-104, 222-240.
- Laserna. *El patriotismo musical del compositor. «Aragón restaurado»*, por José Subirá.—I, 502-513.
- Layna Serrano, Francisco.—*La arquitectura románica en la provincia de Guadalajara*. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—XII, 116-117.
- Layna Serrano, Francisco.—*Castillo del Real de Manzanares*. XI, 387-419.
- Layna Serrano, Francisco.—*Descripción e historia del castillo de Buitrago*.—XI, 206-233, 311-336.
- Layna Serrano, Francisco.—*Descripción e historia del castillo de Torija*.—X, 191-210.
- Lecturas de Historia de España, por Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas.—Reseña por Jesús Domínguez Bordona. VII, 214.

- Lema, Marqués de.-- Véase Bermúdez de Castro, Salvador.
- Lema, Marqués de.-- *Sobre la estatua de Mendizábal*.--II, 337-341.
- Leningrado, *Manuscritos españoles y portugueses en. De bibliofilia y bibliografía*.--I, Don Juan Valera entre bibliófilos. II..., por Jesús Domínguez Bordona.--VII, 58-74.
- Lenguas, Moratín secretario de la interpretación de, por Federico Ruiz Morcuende. --X, 273-290.
- Leon V de Armenia, señor de Madrid, *Otros documentos acerca de*, por Agustín Millares Carlo.--XII, 106-110.
- León, Fray Luis de, *Un documento inédito de, sobre el padre Báñez*, por Miguel de la Pinta Llorente.--X, 106-112.
- León Marchante, Don Manuel de, por Juan Catalina García. VI, 477-482.
- León Peralta, Alberto.--*La moderna ciencia del urbanismo*. Reseña por José Rincón Lazcano.--III, 394-395.
- Lerma, duque de, *Una carta de Gómez de Mora al, sobre la estatua ecuestre de Felipe III*, por Antonio García Bellido. VIII, 95-96.
- Levi d'Ancona, Ezio.--Reseña de *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, por Angel González Palencia, traducido y comentado por Joaquín de Entrambasaguas.--VIII, 433-439.
- Levi-Provençal, E.--*Inscriptions arabes d'Espagne*.--Reseña por Manuel Ballesteros Gaibrois.--IX, 106.
- Leyenda de Santa Lucta, La. *La doncella que se sacó los ojos*, por Angel González Palencia.--IX, 181-200, 272-294.
- Leyendas épicas de Grecia y Roma, por Mario Meunier. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.--VI, 374-375.
- Leyendo nuestras crónicas, por Pedro Martínez Vélez.--Reseña por Aurelio Báig Baños. IX, 329-332.
- Librero español, El. *Su labor cultural y bibliográfica en España desde el siglo XV hasta nuestros días*, por Francisco Vindel.--Reseña por Aurelio Báig Baños.--XI, 353-354.
- «Libro de buen amor», *Una laguna del*, por F. Castro Guisasa. --VII, 124-130.
- Libros de Cédulas y Provisiones del Archivo Municipal de Madrid (siglos XV y XVI), *Índice y extractos de los*, por Agustín Millares Carlo.--VI, 285-332, 382-419.
- Libro Horadado del Concejo madrileño (siglos XV-XVI), *Índice y extractos del*, por Agustín Millares Carlo.--I, 46-101.

- «*Libro de los juicios de las estrellas*», *El, traducido para Alfonso el Sabio*, por Jesús Domínguez Bordona. — VIII, 171-176.
- Libro de oro, El, de Lucio Anneo Séneca. Editorial Bergua.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. — XI, 239-240.
- Libro, Un, de la viuda de Bécquer*, por Jesús Domínguez Bordona.—III, 105-107.
- Licencias de D. Nicolás Salmerón, Las*, por Luis de Sosa.—XI, 337-338.
- Liñán y Verdugo, Antonio. Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte.*—Reseña de Agustín Millares Carlo.—I, 116-117.
- Literaria, La expresión, del sentimiento de la Naturaleza*, por B. Sánchez Alonso.—XI, 283-298.
- Literatura de cordel, Meléndez Valdés y la*, por Angel González Palencia.—VIII, 117-136.
- Literatura dramática española (Labor)*, por Angel Valbuena Prat.—Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VIII, 212-214.
- Literatura española, especialmente en las novelas de Diego de San Pedro, Algunas relaciones de la «Menina e Moça» con la*, por Erasmo Buceta.—X, 291-307.
- Literatura latina (Estudios secundarios y universitarios)*, por Pascual Galindo Romeo. Reseña por Manuel Socorro Pérez.—V, 330-331.
- Literatura tonadillesca, El idioma como elemento satírico en la*, por José Subirá.—IX, 449-453.
- Literatura tonadillesca, Madrid y sus calles en la*, por José Subirá.—IX, 220-222.
- López de Meneses, Amada.—*Gonzalo Fernández de Oviedo, traductor del «Corbaccio»*.—XII, 111-112.
- López Núñez, Juan.—*Románticos y bohemios*.—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VII, 97-99.
- López Prudencio, J.—*Notas literarias de Extremadura*.—Reseña por Antonio R. Rodríguez Moñino.—X, 118-128.
- Lopista, *Miscelánea*, por Juan Millé y Giménez.—X, 241-248.
- Lozoya, Marqués de.—Véase Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya.
- Lucía, Santa, *La leyenda de, La doncella que se sacó los ojos*, por Angel González Palencia.—IX, 181-200, 272-294.
- Luis de León, Fray, y Fray Héctor Pinto, por Joaquín Carvalho.—Traducción de Antonio R. Rodríguez Moñino.—IX, 295-301.

Lyell, James, P. R.--Early Book illustration in Spain.—Reseña por Gervasio de Artíñano. IV, 93-97.

LI

Llabrés Bernal, Juan.—*El Archivo de la Audiencia de Mallorca. Noticia histórica descriptiva.*—Reseña por Cristóbal Espejo.—II, 566-568.

Llanos y Torriglia, Félix de.—*Así llegó a reinar Isabel la Católica.*—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—V, 231-233.

Llanos y Torriglia, Félix de.—*Isabel Clara Eugenia. I, «La novia de Europa».*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 96-97.

Lloréns, Raimundo de.—*Monetario en Madrid (17 a 25 de enero de 1495).*—I, 105-106.

Lloréns, Raimundo de.—*Necrología.*—II, 195.

M

Machado, Manuel.—*Un Códice precioso. Manuscrito autógrafo de Lope de Vega.*—I, 208-221.

Machado, Manuel.—*Conde de Cerdillo.*—*Ocios poéticos, con un prólogo de D. Manuel de Sandoval.*—Reseña por...—III, 115-117.

Machado, Manuel.—*Un curioso manuscrito inédito. La autobiografía de D. José Alvarez Guerra.*—III, 177-183.

Machado, Manuel.—*La égloga «Antonia». Una obra inédita de Lope de Vega.*—I, 458-492.

Machado, Manuel.—*Felipe V, continuador del «Quijote».*—V, 365-380.

Machado, Manuel.—*González de Amezúa y Mayo, Agustín. Apuntes biográficos de don Jacinto Octavio Picón.*—Reseña por...—II, 442-444.

Machado, Manuel.—*La «Niña de Plata», de Lope, refundida por Cañizares.*—I, 36-45.

Machado, Manuel.—*Otra poesía inédita de Lope de Vega.*—II, 431-433.

Machado, Manuel.—*«La palabra vengada». Plan inédito de una comedia perdida de Lope de Vega.*—II, 302-306.

Machado, Manuel.—*Peers, E. Allison.*—*A Spanish Poetry Book for school and home.*—Reseña por...—II, 312.

Machado, Manuel.—Reseña de *El arte de dirigir la orquesta, por Ricardo Wágner. Versión castellana de Julio Gómez.*—III, 121-122.

Machado, Manuel.—Reseña de *La participación musical en el antiguo teatro español, por José Subirá.*—VII, 322-323.

- Machado, Manuel. — Reseña de *La tonadilla escénica*, por José Subirá. — IX, 92-94.
- Machado, Manuel. — Reseña de *La tonadilla escénica. Sus obras y sus autores*, por José Subirá. — X, 425-427.
- Machado, Manuel. — Reseña de *Tonadillas teatrales inéditas*, por José Subirá. — X, 129-130.
- Madrileño, *Un actor y autor del siglo XVIII: Manuel García «El Malo»*, por José Subirá. IV, 359-363.
- Madrid, *Lo actuado por el Concejo de, bajo la dominación austriaca de 1710*, por Eulogio Varela Hervías. — V, 207-212.
- Madrid. *Algunos hallazgos prehistóricos de superficie del término de*, por Julio Martínez Santa Olalla. — V, 74-78.
- Madrid, *El bando de policía de 1591 y el pregón general de 1613 para la villa de*, por Agustín González de Amezúa. X, 141-179.
- Madrid de Calderón, *El*, por Miguel Herrero García. — II, 110-140, 273-300, 482-514; III, 282-329; V, 1-27.
- Madrid y sus calles en la literatura tonadillesca, por José Subirá. — IX, 220-222.
- Madrid, *Cinco andaluces en*, por Aurelio Báig Baños. — V, 188-197.
- Madrid, *Las comedias en los conventos de, en el siglo XVII*, por Emilio Cotarelo. — II, 461-470.
- Madrid, *El comercio de*, por Miguel Herrero García. — VIII, 237-245.
- Madrid es Corte. *Cómo, La Capitalidad*, por Elías Tormo. — VI, 420-469.
- Madrid. *Las culturas nakuru y elmenteita y su relación con las industrias paleolíticas de. Arqueología del Este africano*, por Rafael Alvarez. — VI, 40-50.
- [Madrid], — *Curiosidades bibliográficas del Archivo de Villa*, por Jenaro Artiles Rodríguez. IV, 339-344; V, 162-168.
- [Madrid, descripción de, en el] *Memorial de Pedro Tamayo*, por A. Morel-Fatio. — I, 286-326.
- Madrid, *Los «diligentes» de*, por M. Muñoz Rivero. — I, 245-247.
- Madrid, *Documentos del Archivo Municipal de, acerca de ju-dtos españoles*, por Agustín Millares Carlo. — II, 395-405.
- Madrid, *Donación de doña Mencía Fernández hecha a favor de, para el arreglo del puente de Segovia en el siglo XIV*, por Eulogio Varela Hervías. V, 317-319.
- Madrid, *Editores y galerías de obras dramáticas en, en el siglo XIX*, por Emilio Cotarelo. V, 121-138.

- Madrid, Elogios de, en la loa para un auto de Calderón*, por Angel Valbuena Prat. — VII, 405-409.
- Madrid, Esbozos de la vida de, tomados del teatro de Lope de Vega*, por Amalio Huarte. — XI, 117-150.
- Madrid en 1710, La estancia del Archiduque en*, por Amalio Huarte. — VIII, 197-203.
- Madrid, La etimología griega de, según el «Messenger d'Athènes»*. — V, 205-207.
- Madrid de Felipe «el Grande», El*, por José Deleito y Piñuela. I, 442-457.
- Madrid, Las fuentes de*, por Miguel Herrero García. — VI, 187-204; VII, 373-388.
- Madrid, Gómez de Mora y la Plaza Mayor de*, por Antonio García Bellido. — VI, 222-225.
- Madrid, La Hermandad de Ciegos de*, por José Gavira. — IV, 482-484.
- Madrid, La iglesia de San Cayetano de*, por José Gavira. IV, 317-338.
- Madrid, Los incunables de la Biblioteca Municipal de*, por Agustín Millares Carlo. — II, 306-309.
- Madrid, Índice y extractos de los Libros de Cédulas y Provisiones del Archivo Municipal de, (siglos XV-XVI)*, por Agustín
- Millares Carlo. — VI, 285-332, 382-419.
- Madrid, Juguetes alemanes del siglo XVIII en*, por R. de Aguirre. — VI, 482-483.
- Madrid y su jurisdicción, Preliminares en, del Donativo de 1625*, por Cristóbal Espejo. II, 553-559.
- Madrid», Le «Manual de, de Mesonero Romanos*, por Jean Sarrailh. — II, 158-164.
- Madrid, Los manuscritos de versiones de Shakespeare en la Biblioteca Municipal de*, por Federico Carlos Sainz de Robles. — VIII, 420-432; XI, 19-37.
- Madrid, Monetario en (17 a 25 de enero de 1495)*, por Raimundo de Lloréns. — I, 105-106.
- Madrid, El neolítico de la provincia de*, por José Pérez de Barradas. — III, 75-87.
- Madrid, Nuestra Señora de*, por Amalio Huarte. — I, 362-377.
- Madrid, Nuevos yacimientos neolíticos de los alrededores de*, por José Pérez de Barradas y Fidel Fuidio. — IV, 283-293.
- Madrid, Orígenes del Archivo de Protocolos de*, por Amalio Huarte Echenique. — VII, 194-199.
- Madrid, Orígenes de la Ceca de*, por Casto María del Rivero. — I, 129-137.

- Madrid, Otros documentos acerca de León V de Armenia, señor de*, por Agustín Millares Carlo.—XII, 106-110.
- Madrid, El padre de D. Luis de Góngora, corregidor en*, por Antonio Martín Lázaro.—IV, 363-364.
- Madrid past and present, de mistress Esteuart Erskine*.—Reseña de Felipe Morales de Setién. I, 117-119.
- Madrid, Plan de unos anales de*, por Ramón García Pérez.—I, 248-250.
- Madrid, Plan de reforma de los teatros de, aprobado en 1799*, por Charles Emil Kany.—VI, 246-284.
- Madrid y el poeta Gabriel y Galán*, por José Rincón Lazcano.—II, 164-173.
- Madrid, Las primeras Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de*, por Agustín González de Amezúa y Mayo.—III, 401-429.
- Madrid, Los problemas de la población penal en la Cárcel de Corte de, durante el siglo XVIII*, por José Gavira. VI, 313-317.
- Madrid, La proclamación del Archiduque en, en 1706*, por Amalio Huarte Echenique. VII, 299-305.
- Madrid y su provincia, Obras de artistas extranjeros en*, por Verardo García Rey.—VI, 166-186.
- Madrid, La Puerta de Guadalajara en*, por Alfred-Morel-Fatio.—I, 417-423.
- Madrid, El Rastro de*, por Miguel Herrero García.—IX, 381-392.
- Madrid, Los relojes de*, por Miguel Herrero García.—IX, 46-67.
- Madrid, Regreso a España de José I en 1811 y obsequios dispuestos a su entrada en*, por José Rincón Lazcano.—I, 493-501.
- Madrid, Una rica colección artística en (siglo XVII)*, por Jenaro Artilles Rodríguez.—V, 83-87.
- Madrid (siglo XV), La «Cámara Nueva» del Concejo de*, por Eulogio Varela Hervías.—XI, 381-386.
- Madrid en el siglo XVI, Una descripción topográfica de*, por Ramón García Pérez.—IV, 85-88.
- Madrid en el siglo XVII. Aportaciones al estudio de la población de*, por Ricardo Martorell Téllez Girón.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. VIII, 107-109.
- Madrid en el siglo XVII. Nota sobre la población de*, por E. Varela Hervías.—IV, 88-92.
- Madrid, Sobre «El Año Santo en*, por Angel Valbuena Prat. VII, 75-77.

- Madrid, Los templos de*, por José Ferrandis.—I, 341-348.
- Madrid, Un viaje del Concejo de, a la ciudad de Sevilla en 1810*, por José Rincón Lazcano.—I, 178-185.
- Madrid, La Villa de, ante el traslado de la Corte (1600-1601)*, por Benito Sánchez Alonso.—I, 327-340.
- Madrid-Alcalá, Orígenes de la diócesis. Poncio Meropio Paulino y Therasia Crescente*, por Ignacio Calvo.—II, 1-19.
- Madrileña, Algo sobre Galdós y su topografía*, por José Gavira. X, 63-74.
- Madrileña, Antiguallas cervantinas de la Prensa*, por Aurelio Báig Baños.—VI, 345-358.
- Madrileña, En pro de la tonadilla*, por José Subirá.—VI, 205-214.
- Madrileña, Escenografía, en el siglo XVII*, por J. B. Trend. III, 269-281.
- Madrileña, La escultura, del paleolítico inferior*, por Manuel Serrano.—IX, 124-134.
- Madrileña, Introducción al estudio de la Prehistoria*, por José Pérez de Barradas.—I, 13-35.
- Madrileña, Nacimiento, vida y muerte de la romería, «La Cara de Dios»*, por José Cascales Muñoz.—IX, 314-323.
- Madrileña, La Prensa, política-satírica en el siglo XIX*, por
- Alejandro Larrubiera.—X, 344-362.
- Madrileña, La vida, en tiempo de Felipe IV*, por José Deleito y Piñuela.—II, 352-371, 471-481; III, 158-176, 330-342; IV, 56-74, 167-193, 432-453; V, 260-275; VI, 50-74; VII, 172-188, 357-372; VIII, 274-292; IX, 393-408; X, 471-490.
- Madrileñas, Estampas, en el teatro tonadillesco*, por José Subirá.—X, 255-259.
- Madrileñas, Las fábricas de tapices*, por Emiliano M. Aguilera.—XI, 1-18.
- Madrileñas, La participación musical en las comedias, durante el siglo XVIII*, por José Subirá.—VII, 109-123, 389-404.
- Madrileñas, Posibles Cecas*, por Ignacio Calvo.—III, 67-74.
- Madrileño, Antiguo teatro, Varias «Medeas» musicales en el*, por José Subirá.—X, 429-438.
- Madrileño, El costumbrismo, en la pintura*, por Pedro de Répide.—IV, 38-55.
- Madrileño, El duque de Rivas*, por Valentín Dorado Dellmáns.—VII, 305-308.
- Madrileño, El matemático, Maslama Benahmed*, por Francisco Vera.—IX, 135-149.
- Madrileño en la Revolución francesa, Un. Don Vicente María Santiváñez*, por M. Núñez Arenas.—II, 372-394.

- Madrileños, Artistas, al servicio del Arzobispado de Toledo*, por Verardo García Rey. — VIII, 86-87.
- Madrileños, Santos*, por Pedro de Répide. — IV, 194-208.
- Madrileños, Yacimientos, Las diferentes facies del musterien-se español, y especialmente del de los*, por Hugo Obermaier y José Pérez de Barradas. — I, 143-177.
- Maish, R. y Pohlhammer. — Instituciones griegas. — Reseña por Rafael Alvarez.* — IX, 104-106.
- Malo», «El, Un actor y autor madrileño del siglo XVIII, Manuel García*, por José Subirá. IV, 359-363.
- «Malbrú», El, de Valledor. Una tonadilla extraordinariamente aplaudida*, por José Subirá. V, 87-91.
- Mancha, La, y Cervantes*, por Aurelio Báig Baños. — XI, 38-48.
- Manrique, José. — Cancionero. Prólogo, edición y vocabulario*, por Agustín Cortina Aravena. — Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez. — VI, 484-488.
- «Manual de Madrid», Le, de Mesonero Romanos*, por Jean Sarrailh. — II, 159-164.
- Manuscrito inédito, Un curioso. La autobiografía de D. José Alvarez Guerra*, por Manuel Machado. — III, 177-183.
- Manuscritos de la Biblioteca Municipal, Catálogo de los*, por Angel Andarias. — I, 127-128, 265-268, 414-416, 548-553; II, 321-322, 457-458; III, 129-130.
- Manuscritos españoles y portugueses en Leningrado. — De bibliofilia y bibliografía. I, Don Juan Valera entre bibliófilos. — II...*, por Jesús Domínguez Bordona. — VII, 58-74.
- Manuscritos españoles, Retratos en*, por Jesús Domínguez Bordona. — V, 276-293.
- Manuscritos, Los, de versiones de Shakespeare en la Biblioteca Municipal de Madrid*, por Federico Carlos Sainz de Robles. — VIII, 420-432; XI, 19-37.
- Manzanares, Castillo del Real de*, por Francisco Layna Serrano. — XI, 387-419.
- Manzanares, El castillo del Real de. Una bella fortaleza madrileña*, por Rafael Alvarez. — VII, 259-274.
- Marañón, Gregorio. — Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo. — Reseña por José Deleito y Piñuela.* — VII, 410-412.
- Maravillas del Universo, por J. G. Guinón. — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.* IX, 94-96.
- Marcial, El «Avoir une maison...», de Chr. Plantin, y El «Vitam quae faciant bea-*

- tiorem...», de, por Antonio R. Rodríguez Moñino. — IX, 439-449.*
- Marco, Luis.—*Carlos María Cortezo. — Paseos de un solitario.* Reseña por...—I, 541-543.
- Marco, Luis.—*La emoción de España. Libro de Cultura patriótica popular, de M. Sturot.* Reseña por...—I, 406-407.
- Marco, Luis.—*Pi y Margall, católico y monárquico.*—II, 141-158.
- Marco, Luis.—*Necrología.*—II, 195-196.
- Marco, Luis.—Reseña de *Cortezo, Carlos María. —Cajal. Su personalidad, su obra, su escuela.*—I, 536.
- Marcos, *Sobre el origen de la iglesia de San,* por Angel Sánchez Rivero.—II, 180-183.
- Marchante, D. Manuel de León, por Juan Catalina García.—VI, 477-482.
- Marfiles y azabaches españoles, por José Ferrándis.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 433-434.
- María de la Cabeza, Santa. Don Juan Alonso Villabrille y Rou, autor de las estatuas de San Isidro y...—*El puente de Toledo,* por Faustino Gil Ayuso. V, 249-253.
- Markoff, Alexis.—*Historia de Rusia.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 333-334.
- Martín Alonso, J.—Reseña de *Geografía de España, por Leonardo Martín Echeverría.*—V, 417-420.
- Martín Alonso, José.—*Jos, Emiliano. —La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre.*—Reseña por...—IV, 489-492.
- Martín Echeverría, Leonardo. *Geografía de España.*—Reseña por J. Martín Alonso.—V, 417-420.
- Martín Lázaro, Antonio.—*Fuero castellano de Béjar.*—Reseña por Eulogio Varela Hervías. III, 259.
- Martín Lázaro, Antonio.—*El padre de D. Luis de Góngora, corregidor en Madrid.*—IV, 363-364.
- Martínez, Rafael.—Reseña de *Cartillas de Arquitectura española, por J. M. Carriazo, A. García Bellido y E. Camps Casorla.*—VII, 217-218.
- Martínez, Rafael.—Reseña de *La España del Cid, tomo I, por Ramón Menéndez Pidal.*—VI, 357-360.
- Martínez, Rafael.—Reseña de *la Historia del Arte hispánico, por el marqués de Lozoya.* VIII, 314-316.

(Continuará.)

INFORMACION

Una conferencia del Sr. González Palencia sobre Quevedo

El pasado día 21 de diciembre, en el salón de conferencias de la Casa de Cisneros, rindió homenaje al insigne D. Francisco de Quevedo la Corporación municipal.

Presidió el acto el excelentísimo señor alcalde, a quien acompañaban en la presidencia los regidores señores marqués de la Valdevia y conde de Casal; éste hizo la presentación del conferenciante, el también regidor y catedrático de la Central doctor D. Angel González Palencia.

Desarrolló el tema *Quevedo por de dentro*, erudito estudio de algunos aspectos inéditos de la biografía del ilustre madrileño, fruto de la incansable laboriosidad del doctor González Palencia. La conferencia unió al interés del tema y a la importancia de su aportación la galanura de estilo y la amenidad a que nos tiene acostumbrados el conferenciante.

El selecto público aplaudió calurosamente al Sr. González Palencia, que fué muy felicitado.

Hasta las mayores antítesis tienen un punto de coincidencia, que explica su existencia. Ese Quevedo moralista, profundamente religioso e intensamente dedicado a los quehaceres de la política, contrasta con el Quevedo jocosos e hiriente, de acerada sátira y punzante burla, exagerado hasta la caricatura, descompuesto hasta la parodia.

Pero al mismo tiempo cabe decir que ambos Quevedos tienen un punto de convergencia y una raíz común. El noble afán, las elevadas miras, la rebelde aspiración de estructurar un mundo mejor, desembocan, o en la crítica despiadada de lo existente, feo, injusto y sin valor, o en el estudio constructivo, serio y paciente de «un nuevo orden», dicho con frase del momento.

Este Quevedo noble y respetable, todo claridad y luz, hace resaltar como un fondo radiante la negra figura de un Quevedo avieso, que el doctor González Palencia nos describe con dos some-ros rasgos.

En primer lugar, Quevedo, que no tomó parte—dice—en la caballeresca aventura del atrio de San Martín, no es el enamorado y el inquieto galán de una Corte donjuanesca: es un burgués, D. Francisco, amancebado con una mujer de mala nota, de la cual tiene varios hijos y en cuya amistad persiste años y años contra la maledicencia, el escándalo y aun la intervención de sesudos magistrados. Hasta la ágil pluma de un enemigo vate saca a colación su ilícito trato con *La Ledesma*, nombre que suena a tuna y a trapío.

No es esto sólo. Quevedo persigue sañuda y astutamente a unos menores, los herederos de Alonso Abad, con la innoble arma de las argucias curialescas, y durante su vida entera manipula con expedientes y atestados. Sus negocios se urden en la oficina del embrollo, y su buena fe naufraga en un mar de alegatos y recursos.

Él, que tantas veces había clamado contra la mala vida de las busconas y de sus rufianes, y tantas cosas había dicho de procuradores, escribanos y otra gente de esta calaña, ¿era en su vida privada igual a ellos, procedía de la misma manera? Es decir, el *Quevedo por de dentro* ¿era igual a *el mundo por de dentro* que él tan bien nos describía? Esta es la tesis que el doctor González Palencia deja entrever en su conferencia. Sin embargo, este Quevedo ruin ¿era el Quevedo íntimo, verdadero?, o ¿es todavía un enigma cómo era *por de dentro*?

No lo sabemos y aun puede ser que nunca consigamos desentrañarlo; pero bien está que mientras tanto hayamos entrevisto, guiados por la mágica palabra de tan ilustre profesor, a Quevedo en la picota, y hayamos estudiado este pie zambo de su alma.
E. P. M.

Conferencia de D. Ciriaco Pérez Bustamante

El día 23 de noviembre, en la sala de actos de la Real Sociedad Económica Matritense, dió una conferencia sobre el tema «Quevedo, diplomático», el catedrático de la Universidad Central D. Ciriaco Pérez Bustamante.

Describe en primer término el panorama político de Italia en los tiempos de Felipe III, y fija su atención en las dos potencias

fundamentalmente enemigas de nuestro país: el Ducado de Saboya y la República de Venecia, y para conocer el mundo en que se movió Quevedo en sus gestiones diplomáticas, hace una semblanza de Carlos Manuel de Saboya, de algunos personajes venecianos y de los principales ministros y consejeros de Felipe III.

«La época de este monarca—dice—presenta una extraña fisonomía política: la de un Imperio en que el monarca se inhibe casi totalmente de sus funciones de gobernante; un valido o primer ministro, melancólico y rapaz, que busca en la quietud el fundamento de su poder, y una serie de virreyes, gobernadores y diplomáticos ambiciosos, enérgicos y activos, que obran por cuenta propia y sostienen el prestigio de la Monarquía frente a los enemigos exteriores y a la corrupción interior. El duque de Osuna en Nápoles, D. Pedro de Toledo en Milán, D. Alfonso de la Cueva en Venecia y el conde de Gondomar en Inglaterra, son figuras primerísimas en el retablo político.

»La astucia, la cautela, la amenaza y la violencia se combinan con destreza, en dosis adecuadas, para mantener el aparato imponente de un Estado cuya debilidad interna se acentúa por momentos. Falta ya el aliento de un príncipe, transmisor de energía y autoridad, y es preciso sustituirlo por estas reacciones periféricas, que inteligentemente sostienen la cohesión durante largo tiempo.

»En este mundo político de intrigas, pasiones y corrupción, aparece el duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, que después de una juventud escandalosa regresaba de Nápoles, en 1608, con la aureola de bravo capitán, y obtuvo del duque de Lerma el nombramiento de virrey de Sicilia. En Madrid conoció a Quevedo, que en 1613 se trasladó a la bella isla mediterránea, donde, además de actuar como poeta y hombre de letras, se distinguió como secretario político y hombre de confianza del virrey, y comenzó sus actividades diplomáticas.

»Pero Sicilia era un campo limitado y una posición excéntrica para desarrollar la política que ambos proyectaban. Nápoles era otra cosa; desde allí podrían realizarse maniobras geniales, singularmente contra la República de Venecia, enemiga solapada y peligrosa del predominio español. De aquí el interés para conseguir el traslado del duque al gran virreinato napolitano, y los viajes de D. Francisco a Madrid, coronados por el éxito.»

Habla después de la actuación de Quevedo en Nápoles y de su embajada a España para traer el donativo del Parlamento en 1617, como igualmente de las campañas navales del duque de Osuna contra Venecia, de tal modo **exasperantes para los dirigentes de esta Repú-**

blica, que imaginaron el gran embuste conocido con el nombre de *Conjuración de Venecia*.

•Según el relato tradicional, admitido por eminentes historiadores y críticos, el duque de Osuna, en combinación con el marqués de Bedmar, embajador en Venecia, y con D. Pedro de Toledo, gobernador de Milán, habría tramado una conspiración para introducir en Venecia tropas a su servicio, en las que figuraban numerosos mercenarios extranjeros, y apoderarse de la ciudad aprovechando la festividad que se celebraba el día de la Ascensión (aquel año, el 19 de mayo), en que salían el Dux, el Senado, el Consejo de los Diez y los grandes dignatarios de la República, en la galera *Bucentauro*, y llegados a alta mar, seguidos de numerosas góndolas, que transportaban a las familias de la nobleza, celebraban la bellísima ceremonia simbólica de los desposorios de la República con el Adriático, arrojando el Dux a las ondas un anillo nupcial.

•Don Francisco de Quevedo era el encargado de organizar los detalles para la ejecución de este atrevido proyecto, y para ello se había trasladado a Venecia, disfrazado, para conferenciar con el embajador español y dirigir la operación. Pero la trama fué descubierta, e inmediatamente se desencadenó una terrible persecución contra los extranjeros, y Quevedo, disfrazado de mendigo harapiento, se salvó a duras penas, gracias a su perfecto dominio del dialecto veneciano.

•El Gobierno de la República dió al suceso unas proporciones extraordinarias, y el embajador Gritti presentó a Felipe III una carta en la que reclamaba la inmediata sustitución del marqués de Bedmar por otro embajador, sin exponer las razones de su pretensión.

El profesor Pérez Bustamante estudia la correspondencia de Gritti, los documentos del *Archivo Gonzaga*, de Mantua, y las cartas de los nuncios de Venecia para deducir de este análisis que «Venecia inventó la participación española para desprenderse del marqués de Bedmar y complicar a Osuna en un aventura grotesca que le desacreditase en la Corte de Madrid, donde tenía muchos enemigos, y en Nápoles, cuya nobleza se valía de toda clase de procedimientos para desacreditarle, y a veces no sin razón, pues era más valeroso y extravagante, que cauto y continente».

Estudia por fin las últimas gestiones de Quevedo (hasta junio de 1619), y con ello termina las andanzas diplomáticas del gran escritor, «que en el fondo de su conciencia moralista hubo de sentir muchas veces la repugnancia que naturalmente habían de inspirarle una Corte corrompida, unos políticos venales y sin escrúpulos y un Gobierno sin ideales. Su labor tropezó con todos los obstáculos que

en ambiente de perfidia y de doblez, como era el de Italia, eran de esperarse. Cumplió como bueno, utilizó todos los procedimientos propios de la época, vivió su vida, con frecuencia desordenada y crapulosa, y fué fiel a su señor, aunque, a veces, como cuando regresó dolorido por última vez a España, profiriese expresiones amargas o inconvenientes, justificadas por la ingratitude.

Con la documentación aportada por el ilustre catedrático, recogida en su mayor parte en los archivos de Roma, queda perfectamente aclarada la no participación española en el famoso episodio. De ahí el gran interés con que la conferencia fué seguida por el distinguido auditorio, que llenaba el salón de actos de la Real Sociedad Económica Matritense.

ÍNDICE GENERAL

Número 11

ARTÍCULOS:

- R. MARQUÉS PÉREZ. — *El legado de don Álvaro de Luna en la Corona Castellana*, pág. 1.
 F. MARQUÉS DEL SOLAR. — *Unos apuntes de don Álvaro de Luna*, pág. 21.
 M. MARQUÉS DEL SOLAR. — *La muerte de don Álvaro de Luna*, pág. 31.
 E. CARRIL DE CAJAL. — *La vida de don Álvaro de Luna*, pág. 41.

MISCELÁNEA

- E. VARELA MARTÍNEZ. — *Noticia de una fiesta de 1565*, pág. 141.

RESEÑAS:

- Obispo (S. J.). P. Antonio. *Vida y hechos de don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba* (A. Gómez Labrador), pág. 142.
 Martínez Arias, Joaquín. *Historia del palacio de Buenavista, hoy del Ministerio del Ejército* (M. Melchor Contreras), pág. 143.

BIBLIOGRAFIA MADRILEÑA, por Ramón Paz, pág. 144.

- Ediciones modernas publicadas con motivo de la proclamación de Carlos III, que existen en la Biblioteca Nacional*, E. Vázquez Martínez, pág. 201.
Facsimil de la cédula de la Real Academia de Ciencias y Artes de Madrid, pág. 202.
Los libros de la Real Academia de Ciencias y Artes de Madrid, pág. 203.
Los libros de la Real Academia de Ciencias y Artes de Madrid, pág. 204.
Los libros de la Real Academia de Ciencias y Artes de Madrid, pág. 205.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

TOMO XIV.—Año 1945

ÍNDICE GENERAL

Número LI

ARTICULOS:

- R. MENÉNDEZ PIDAL.—*La etimología de Madrid y la antigua Carpetania*, pág. 3.
EL MARQUÉS DEL SALTILLO.—*Casas madrileñas del pasado*, pág. 25.
MIGUEL HERRERO.—*El mercado de la Plaza Mayor*, pág. 103.
EL CONDE DE CASAL.—*La casa de los Viáticos*, pág. 135.

MISCELANEA:

- E. VARELA HERVÍAS.—*Noticia de una carta de Wolf (1844)*, pág. 141.

RESEÑAS:

- Ossorio (S. J.), P. Antonio.—*Vida y hazañas de don Fernando Alvaréz de Toledo, duque de Alba* (A. GÓMEZ IGLESIAS), pág. 147.
Martínez Friería, Joaquín.—Historia del palacio de Buenavista, hoy día Ministerio del Ejército (M. MOLINA CAMPUZANO), pág. 149.

BIBLIOGRAFIA MADRILEÑA, por RAMÓN PAZ, pág. 157.

Relaciones madrileñas publicadas con motivo de la proclamación de Carlos III, que existen en la Hemeroteca Municipal, E. VARELA HERVÍAS, pág. 201.

Índice de la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» (abarca los tomos números I a XII, correspondientes a los años 1924 a 1935), ANGELA GONZÁLEZ SIMÓN, pág. 227.

INFORMACION:

Jubilación de D. Angel Pérez Chozas (A. G. I.), pág. 251.—*Conferencias del Sr. Tormo* (E. P.), pág. 251.

Número LII

ARTICULOS:

- ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*Quevedo, pleitista*, pág. 255.
 MANUEL F. GALIANO.—*Notas sobre una oda incompleta de Quevedo*, pág. 349.
 MIGUEL HERRERO.—*La primera edición del Buscón, «pirateada»*, pág. 367.
 EL MARQUÉS DEL SALTILLO.—*Casas madrileñas del pasado*, pág. 381.
 A. GÓMEZ IGLESIAS.—*Nota al baile VIII de Quevedo*, pág. 437.

RESEÑAS:

- González Palencia, Angel.—*Moros y cristianos en la España medieval* (F. PÉREZ CASTRO), pág. 451.—*Calvete de Estrella, Juan Cristóbal.-Encomio de D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba* (A. G. PALENCIA), pág. 455.—*Cotarelo Valledor, Armando.-El teatro de Quevedo* (E. PASTOR MATEOS), pág. 458.—*G. de Amezúa, Agustín.-Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega Carpio* (F. P. C.), pág. 460.—*Hazañas y la Rúa, Joaquín.-La Imprenta en Sevilla. Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX* (E. S. S.), pág. 463.
 Bell, Aubrey F. G.—*El Renacimiento español* (JOSÉ LÓPEZ DE TORO), pág. 465.—*Cervantes.-El cerco de Numancia* (F. P. C.), pág. 469.—*González de Amezúa, Agustín.-Andanzas y meditaciones de un procurador castellano en las Cortes de Madrid de 1592 a 1598* (A. G. P.), pág. 471.
Indice de la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» (abarca los tomos números I a XII, correspondientes a los años 1924 a 1935).
 ANGELA GONZÁLEZ SIMÓN, pág. 473.

INFORMACION:

- Una conferencia del Sr. González Palencia sobre Quevedo* (E. P. M.), pág. 503.—*Conferencia de D. Ciriaco Pérez Bustamante*, página 504.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- A. G. I. Véase GÓMEZ IGLESIAS, AGUSTÍN.
- A. G. P.—Véase GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL,
- CASAL, EL CONDE DE.—*La casa de los Viáticos*, pág. 135.
- E. P.—Véase PASTOR MATEOS, E.
- E. S. S.—*La Imprenta en Sevilla. Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX*, pág. 463.
- F. P. C.—Véase PÉREZ CASTRO, F.
- GALIANO, MANUEL F.—*Notas sobre una oda incompleta de Quevedo*, pág. 349.
- GÓMEZ IGLESIAS, AGUSTÍN.—*Vida y hazañas de don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba*, pág. 147. *Jubilación de D. Angel Pérez Chozas*, pág. 251. *Nota al baile VIII de Quevedo*, pág. 437.
- GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL.—*Quevedo, pleitista*, pág. 255. *Encomio de D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba*, pág. 455. *Andanzas y meditaciones de un procurador castellano en las Cortes de Madrid de 1592 a 1598*, pág. 471.
- GONZÁLEZ SIMÓN, ANGELA.—*Índice de la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo»* (abarca los tomos I a XII, correspondientes a los años 1924 a 1935), págs. 227 y 473.
- HERRERO, MIGUEL.—*El mercado de la Plaza Mayor*, pág. 103. *La primera edición del Buscón, «pirateada»*, pág. 367.
- LÓPEZ DE TORO, JOSÉ.—*El Renacimiento español*, pág. 465.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.—*La etimología de Madrid y la antigua Carpetania*, pág. 3.
- MOLINA CAMPUZANO, M.—*Historia del palacio de Buenavista, hoy día Ministerio del Ejército*, pág. 149.
- PASTOR MATEOS, E.—*Conferencia del Sr. Tormo*, pág. 251. *El teatro de Quevedo*, pág. 458. *Una conferencia del Sr. González Palencia sobre Quevedo*, pág. 503.
- PAZ, RAMÓN.—*Bibliografía madrileña*, pág. 157.
- PÉREZ CASTRO, F.—*Moros y cristianos en la España medieval*, página 451. *Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega Carpio*, pág. 460. *El cerco de Numancia*, pág. 469.

- SALTILO, EL MARQUÉS DEL.—*Casas madrileñas del pasado*, páginas 25 y 381.
- VARELA HERVÍAS, EULOGIO.—*Noticia de una carta de Wolf (1844)*, pág. 141. *Relaciones madrileñas publicadas con motivo de la proclamación de Carlos III, que existen en la Hemeroteca Municipal*, pág. 201.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO DE VILLA

FUERO DE MADRID. Edición facsímil, hecha por Agustín Millares. Estudio preliminar de Galo Sánchez y glosario por Rafael Lapesa. Precio: 100 pesetas (agotada).

LIBRO DE ACUERDOS DEL CONCEJO MADRILEÑO. Edición de Agustín Millares y Jenaro Artilles. Tomo I, 1464-1485.

Precio: 75 pesetas (agotada).

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Primera serie, tomos I-IV, 1152-1521. Edición de Timoteo Domingo Palacio.

Precio: 40 pesetas.

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Segunda serie, tomos I y II, 1284-1406 y 1408-1440. Edición de Agustín Millares y Eulogio Varela. Precio: Tomo I, 25 pesetas; tomo II, 15 pesetas.

PUBLICACIONES DE LA SECCION DE CULTURA E INFORMACIÓN DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

ESTADO ACTUAL DE LA ESCULTURA PÚBLICA EN MADRID. Edición del Conde de Casal. Precio: 15 pesetas.

NOTICIAS DE MADRID, 1621-1627. Edición de Angel González Palencia. Precio: 25 pesetas.

CARTAS DE PÉREZ GALDÓS A MESONERO ROMANOS. Edición de Eulogio Varela Hervías. Precio: 15 pesetas.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA

REVISTA DE FILOLOGIA ESPAÑOLA

Se publica en cuadernos trimestrales, formando cada año un tomo de unas 500 páginas.

Comprende estudios de lingüística y literatura, y da información bibliográfica de cuanto aparece en revistas y libros españoles y extranjeros referente a la filología española.

FUNDADOR:

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

DIRECTOR:

VICENTE GARCÍA DE DIEGO

En publicación el tomo XXIX, correspondiente a 1945.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 35 pesetas año. Tirada aparte de la bibliografía, 3 pesetas año. Cuaderno suelto, 10 pesetas.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ayuntamiento de Madrid, Medina del Campo, 4. — MADRID
www.memoriademadrid.es

